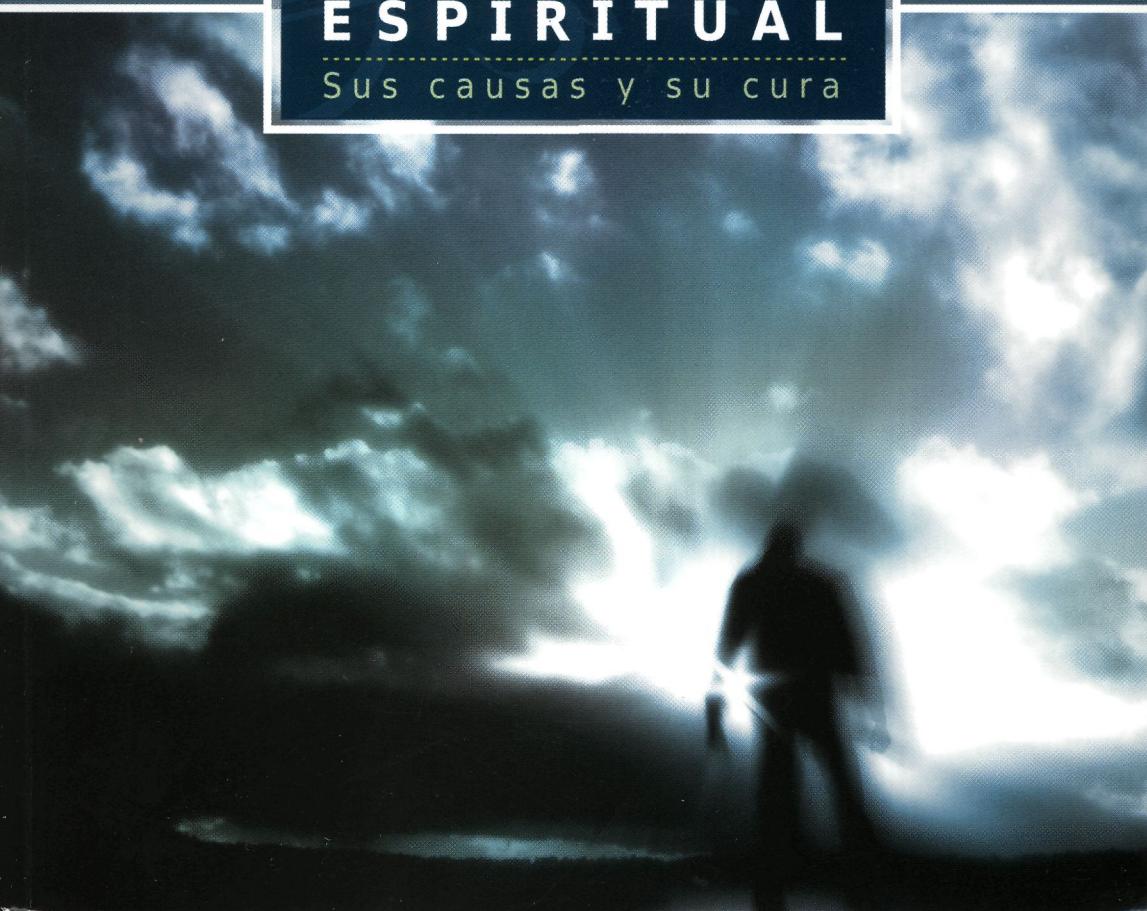


DEPRESIÓN ESPIRITUAL

D. MARTYN LLOYD-JONES

DEPRESIÓN  
ESPIRITUAL

Sus causas y su cura



**E**ste libro contiene 21 sermones que el autor predicara en la Capilla de Westminster (Londres). Con mucho esmero y tierna compasión, el autor analiza una de las características innegables de la sociedad moderna, la cual los creyentes no han podido eludir: la depresión.

Escribe Lloyd-Jones: «Los cristianos, por el contrario, con demasiada frecuencia dan la impresión de estar perpetuamente tristes, de ser infelices, faltos de libertad y carentes de gozo. No hay duda de que ésta es la razón principal por la que un gran número de gente ha dejado de interesarse en el cristianismo». El Dr. Lloyd-Jones nos recuerda que el gozo y la alegría fueron uno de los elementos más atractivos del cristianismo de los primeros siglos, y a través de la exposición de la Palabra, nos ayudará a recobrar la vitalidad espiritual y el gozo de ser cristiano.

**DAVID MARTYN LLOYD-JONES (1899-1981)**, dejó la carrera de medicina para entregar su vida a la labor pastoral y la predicación. En 1968 se jubiló de su cargo de pastor de la Capilla de Westminster. Falleció en 1981.



**LIBROS DESAFÍO**  
www.librosdesafio.org

2850 Kalamazoo Ave. SE  
Grand Rapids, Michigan 49560, EE.UU.

ISBN 0-939125-61-7



9 780939 125616

**DEPRESIÓN  
ESPIRITUAL**

---

Sus causas y su cura

## Índice

Copyright © 2004 por Libros Desafío

Depresión espiritual: Sus causas y su cura

Título original en inglés: *Spiritual Depression: Its Causes and Its Cure*

Autor: D. Martin Lloyd-Jones

Publicado por Harper-Collins Religious, Reino Unido

Título: *Depresión espiritual: Sus causas y su cura*

Traductor: Alfredo Tepox Varela

Diseño de cubierta: Josué Torres

Para las citas de la Biblia hemos recurrido a la versión Reina-Valera 1960, excepto en casos donde se especifican otras versiones o la versión propia del autor.

Sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, queda totalmente prohibida, bajo las sanciones contempladas por la Ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Primera edición en español por T.E.L.L.: 1991

Primera reimpresión por Libros Desafío: 1998

Publicado por

LIBROS DESAFÍO

2850 Kalamazoo Ave SE

Grand Rapids, Michigan 49560

EE.UU.

info@librosdesafio.org

www.librosdesafio.org

ISBN 0-939125-61-7

Impreso en los EE.UU.

Prefacio del autor . . . . .	7
1 Consideraciones generales . . . . .	9
2 El verdadero fundamento . . . . .	25
3 Parecen árboles que caminan . . . . .	41
4 Mente, corazón y voluntad . . . . .	55
5 Ese pecado . . . . .	69
6 Vanos remordimientos . . . . .	83
7 El temor al futuro . . . . .	97
8 Los sentimientos . . . . .	113
9 Los obreros del viñedo . . . . .	127
10 ¿Dónde está la fe de ustedes? . . . . .	141
11 Puestos los ojos en Jesús . . . . .	155
12 El espíritu esclavizante . . . . .	169
13 La falsa enseñanza . . . . .	185
14 Cansados de hacer el bien . . . . .	201
15 Disciplina . . . . .	215
16 Pruebas . . . . .	229
17 El castigo . . . . .	245
18 En el gimnasio de Dios . . . . .	259
19 La paz de Dios . . . . .	275
20 Aprendiendo a estar satisfecho . . . . .	289
21 El remedio final . . . . .	303
Índice general . . . . .	317

## *Prefacio del autor*

Los sermones recogidos en este volumen fueron predicados en domingos consecutivos por la mañana, en la Capilla Westminster, y se reproducen aquí virtualmente como fueron presentados. La necesidad de ellos surgió como resultado de una experiencia pastoral, y ahora se publican como libro principalmente en respuesta a repetidas peticiones de que fueran dados a conocer así.

Convencido como estoy de que la necesidad más grande de nuestro tiempo es un cristianismo renovado y gozoso, el tema tratado en estos sermones es para mí de la mayor importancia. Los cristianos infelices son, para decir lo menos, una pobre recomendación de la fe cristiana. En cuanto al gozo exuberante de los primitivos cristianos, poca duda puede haber de que fue uno de los factores más poderosos en la expansión del cristianismo. El tratamiento del tema no es de ninguna manera exhaustivo. Ha sido mi intención tratar lo que yo he encontrado que son las causas más comunes del problema. En varios casos (p. ej., la relación entre lo físico, lo psíquico y lo espiritual) me hubiera gustado ocuparme del problema de manera más amplia, pero eso difícilmente es posible en un sermón. En todo caso, los sermones no van dirigidos a “los expertos” sino a “la gente común” y a aquellos que necesitan ayuda.

Es mi oración que Dios bendiga a todos ellos.

Todos los que puedan derivar algún beneficio de estos sermones, querrán unirse conmigo en una expresión de agradecimiento a la Sra. Hutchins, quien originalmente los tomó en taquigrafía, y a mi esposa, que hizo correcciones, revisiones, etc.

D. M. Lloyd-Jones

Capilla Westminster, septiembre de 1964

# Consideraciones generales

*¿Por qué estás abatida, oh alma mía?  
¿Por qué estás intranquila dentro de mí?  
Espera en Dios, pues todavía he de alabarle.  
¡Salvación de su rostro!*

*Salmo 42:5*

*¿Por qué estás abatida, oh alma mía?  
¿Por qué estás intranquila dentro de mí?  
Espera en Dios, pues todavía he de alabarle.  
¡Salvación de mi rostro y mi Dios!*

*Salmo 42:11<sup>1</sup>*



a manera más sencilla de referirse a los cinco libros de los Salmos es decir que éstos eran el libro inspirado de oración y alabanza de Israel. En ellos se revela la verdad, y no de modo abstracto sino en términos de la experiencia humana. Esta verdad revelada se funde en las emociones, deseos y sufrimientos del pueblo de Dios mediante las circunstancias por las que ellos atraviesan.

Tan cierta es esta descripción de los Salmos que, a través de los siglos, han probado ser fuente de gran solaz y de aliento para el pueblo de Dios, es decir, los hijos de Israel y los miembros de la iglesia cristiana. En ellos podemos observar a nobles almas que luchan con sus problemas y con ellas mismas. En ellos dialogan consigo mismas, desnudan su corazón, analizan sus problemas, se reprenden y se estimulan. Algunas veces eufóricas, otras veces deprimidas, pero siempre honradas consigo mismas. Por eso los Salmos nos resultan tan valiosos, siempre y cuando también nosotros seamos honrados con nosotros mismos.

En este salmo en particular, que nos proponemos considerar, el salmista se halla infeliz y en problemas. De allí su dramático clamor, expresado en estos términos: “¿Por qué estás abatida, oh alma mía? ¿Por

---

<sup>1</sup>Traducción literal de Salmo 42:5, 11.

qué estás intranquila dentro de mí? Espera en Dios, pues todavía he de alabarle. ¡Salvación de mi rostro y mi Dios!” (Sal. 42:11).

Tal declaración, que se encuentra repetida en este salmo, también se encuentra en el salmo siguiente, es decir, en el Salmo 43, que algunos consideran parte de esta misma declaración y no un salmo aparte. Eso es una cuestión aún no determinada, y en realidad carece de importancia. Lo cierto es que tal declaración se repite en ambos salmos, pues la hallamos también al final del Salmo 43.

El salmista hace una relación de su infelicidad, de la infelicidad de su alma, condición por la que atravesaba al momento de escribir estas palabras, y nos habla de la causa de su infelicidad. Tal vez en ese momento específico no le era posible reunirse con otros en la adoración pública en la Casa de Dios. Y no sólo eso. Resulta evidente que era víctima de los ataques de ciertos enemigos. No faltaban los que hacían todo lo posible por deprimirlo, y él así nos lo hace saber. Sin embargo, lo que a nosotros nos interesa principalmente es la forma en que él encara la situación, y su modo de tratarse a sí mismo.

Dicho de otra manera, nuestro tema es lo que puede llamarse ‘depresión espiritual’, así como sus causas y el modo de tratarla. Es interesante notar la frecuencia con que se trata en las Escrituras este tema en particular, y la única conclusión a que puede llegarse es que ésta es una condición muy común, que parece haber afligido al pueblo de Dios desde el principio mismo, ya que se habla de ella y se le trata lo mismo en el Antiguo Testamento que en el Nuevo. Esto en sí mismo bastaría para llamar nuestra atención, pero también lo señalo porque en muchos sentidos parece ser el problema particular que enfrentan muchos en el pueblo de Dios, y algo que les preocupa en nuestros días.

Hay muchas razones para ello. Y, sin duda, una de las principales razones son los terribles acontecimientos que hemos experimentado en esta generación, es decir, las dos guerras mundiales y los consecuentes levantamientos. Y aunque no tengo la menor duda de que ésta es la razón parcial, de ningún modo es la única razón. Pero cualquiera que ella sea, no puede negarse el hecho de que hay muchísimos cristianos que dan la impresión de ser infelices. Están abatidos, ‘angustiadados’. De allí mi interés en el tema.

Al analizar ampliamente este asunto, debemos girar en torno a dos focos. Antes que nada, debemos ver qué nos enseña la Biblia en relación con este asunto, y luego proceder a examinar en la Biblia algunos ejemplos o casos notables de tal condición, a fin de observar el

comportamiento de las personas involucradas y el modo en que Dios las trató. He aquí un buen método para encarar cualquier problema en la vida espiritual: siempre es conveniente empezar por la Biblia, donde hay enseñanzas explícitas acerca de toda circunstancia; también es conveniente considerar los ejemplos e ilustraciones de esta misma fuente.

Ambos métodos pueden sernos de gran ayuda, y quisiera en este punto recalcar la importancia de seguir uno y otro. Hay quienes sólo muestran interés por las ilustraciones, por los relatos; pero, si descuidadamente pasamos por alto los principios presentes en esos relatos, probablemente terminaremos agravando nuestra propia condición. Aunque puede ser muy provechoso considerar los ejemplos y las ilustraciones, es de capital importancia sacar primero las enseñanzas. Mucha gente parece estar en problemas porque de una u otra manera vive las experiencias de otros, o quisiera vivirlas. Con frecuencia esta gente pierde el rumbo de manera irremediable, y esto les sucede por poner la vista en las personas y en las historias, en vez de procurar captar primero las enseñanzas. Nuestro conocimiento de la Biblia debiera habernos prevenido y salvaguardado de este peligro específico, pues invariablemente hace ambas cosas, como veremos en el desarrollo de nuestro tema. Contamos con esta gran enseñanza doctrinal, clara y sencilla, a la que Dios, en su gracia, ha sumado también las ilustraciones para que podamos ver en práctica estos grandes principios.

No hace falta explicar por qué juzgo importante que encaremos este asunto. Lo hago, en parte, por los que se hallan en esta situación, a fin de que puedan librarse de su infelicidad, de su inquietud, de su falta de tranquilidad, de su tensión, de su perturbador estado que tan perfectamente nos describe el salmista en este salmo específico. Es muy triste ver que hay cristianos que pasan en tal condición la mayor parte de su vida en este mundo. Lo cual no significa que no sean cristianos, sino que se están perdiendo de mucho. Y de tal modo lo están perdiendo, que es importante investigar en su totalidad esa depresión espiritual tan claramente bosquejada en este salmo. Al menos, por el bien de ellos mismos.

Pero hay otra razón más importante, y es que debemos enfrentar este problema por el bien del reino de Dios y por su gloria. En cierto sentido, un cristiano deprimido es una contradicción de términos, y habla en contra del Evangelio. Los días en que vivimos son pragmáticos. La gente de hoy no tiene interés en la Verdad sino en los resultados. Sólo

quieren saber si algo funciona. Frenéticamente buscan y rebuscan algo que pueda ayudarlos. Nosotros creemos que Dios extiende su Reino, en parte, por medio de su pueblo; y sabemos que, no en pocas ocasiones, algunos de los acontecimientos más notables en la historia de la iglesia los ha efectuado Dios por medio de gente común que vivía con sencillez su vida cristiana. Por tanto, nada es más importante que librarnos de una condición que da, a quien nos mira, la impresión de que ser cristiano significa ser infeliz, y andar triste y moribundo, y que los cristianos 'menosprecian la alegría y viven sólo para trabajar'. Son muchos los que aducen tal razón para no ser cristianos y para renunciar a todo interés que pudieran haber tenido en la fe cristiana. "¡Miren a los cristianos! —exclaman— ¡Miren la impresión que dan!". Son muy afectos a compararnos con la gente del mundo, gente que se muestra emocionada por aquello en lo que cree, sea lo que sea. Muy emocionados gritan en sus juegos de fútbol, hablan de las películas que han visto, y quieren que todo el mundo lo sepa. Los cristianos, por el contrario, con demasiada frecuencia dan la impresión de estar perpetuamente tristes, de ser infelices, faltos de libertad y carentes de gozo. No hay duda de que ésta es la razón principal por la que un gran número de gente ha dejado de interesarse en el cristianismo. Seamos enteramente francos y admitamos que, en cierto modo, su actitud se justifica. Tenemos que admitir que su crítica es justa. Nos corresponde, por lo tanto, representar a Cristo y a su causa, y a su mensaje y poder, de tal modo que hombres y mujeres, lejos de vernos como enemigos, queden impresionados al observarnos y se sientan atraídos, cualesquiera que sea nuestra circunstancia o condición. Y esto, no sólo por nuestro propio bien sino también por el bien del reino de Dios y por la gloria de Cristo, en quien creemos. Debemos vivir de tal manera que ellos se sientan impulsados a decir: "¡Quiera Dios permitirme ser así! ¡Quiera Dios permitirme vivir en este mundo como vive esa persona!". Obviamente, si nosotros mismos estamos abatidos, nunca vamos a poder funcionar así.

Por el momento, quiero que dirijamos nuestra atención a nuestro tema general. Quiero estudiar y considerar sus causas en general, y también ver cómo podríamos tratar, en términos generales, esa condición en nosotros mismos, si es que padecemos de ella. Una vez que la hayamos observado, estaremos en condiciones de entrar a un análisis más detallado de tal condición, y yo recalcaría la importancia de hacerlo así. Si en la historia de la iglesia de este país examinamos las

obras y los escritos de gente famosa por su trabajo en este problema especial, invariablemente encontraremos que ellos lo trataron del mismo modo. Sé muy bien que no es esto lo que se acostumbra hacer hoy. Andamos tan de prisa que todo lo queremos de inmediato. Creemos que toda verdad puede formularse en unos cuantos minutos. Pero lo cierto es que eso no es posible, y la razón por la que muchos hoy en día viven vidas cristianas superficiales es porque no quieren dedicar tiempo para el autoexamen. Recurriré a un ejemplo. Con frecuencia oímos decir que hay quienes tienen dificultad para llevar a cabo algún tratamiento prescrito por un médico. Van al médico, y éste les dice lo que deben hacer, y vuelven a casa creyendo que saben exactamente lo que hay que hacer; sin embargo, cuando están por iniciar el tratamiento se dan cuenta de que el médico no les dio instrucciones suficientemente detalladas sino que habló en términos generales, sin entrar nunca en detalles. De modo que se encuentran perplejos, y no saben qué hacer ni recuerdan cómo exactamente ha de aplicarse el tratamiento. Lo mismo se aplica a la enseñanza: el maestro sabio siempre comienza estableciendo los principios generales, pero sin dejar de desarrollarlos detalladamente. Los enunciados generales no bastan por sí mismos; también hay que llegar a lo específico. Sin embargo, de momento nos ocuparemos del aspecto general.

Antes que nada, veamos cuál es la situación. Y no podríamos hallar mejor descripción que la que este hombre nos ofrece aquí: un cuadro extraordinariamente exacto de depresión espiritual. Al leer las palabras, casi podemos ver el rostro de este hombre, derrotado y deprimido. En relación con esto, se nota una diferencia entre el versículo 5 y el versículo 11. Mientras que en el versículo 11 se lee: "¿Por qué estás abatida, oh alma mía, ¿Por qué estás intranquila dentro de mí? Espera en Dios, pues todavía he de alabarle. ¡Salvación de mi rostro y mi Dios!", en el versículo 5 se lee: "¿Por qué estás abatida, oh alma mía? ¿Por qué estás intranquila dentro de mí? Espera en Dios, pues todavía he de alabarle. ¡Salvación de su rostro!"<sup>2</sup> En el versículo 5 el salmista declara que siempre es de ayuda ver el rostro de Dios, pero en el versículo 11 habla de "mi rostro". Dicho de otra manera, el hombre que se encuentra desalentado, perturbado y miserable, infeliz y deprimido, siempre lo manifiesta en su rostro. Se le ve inquieto y preocupado. Basta mirarlo para ver su condición. Y, en

<sup>2</sup>El argumento del autor se basa en la traducción de la versión inglesa King James, la cual no tiene paralelo en las versiones españolas NVI y RV60. *N. del T.*



efecto, el salmista lo reconoce y dice: "Sí, pero cuando realmente miro a Dios, mejoro yo y mejora mi rostro. 'Él es la salvación de mi rostro'. Pierdo entonces esa apariencia cansada, macilenta y abatida, molesta e introspectiva, y empiezo a verme sereno y tranquilo, equilibrado y radiante". Esto no es ponerse una máscara, sino que es algo inevitable. Si estamos deprimidos o infelices, querámoslo o no, lo manifestamos en nuestra cara. Por otra parte, si estamos en buenas relaciones con Dios, y en una condición verdaderamente espiritual, esto inevitablemente hallará expresión en nuestro rostro. Sin embargo, no estoy sugiriendo que siempre debemos andar con esa sonrisa hueca en la cara, que algunos consideran la manifestación esencial del verdadero gozo cristiano. No tenemos que ponernos nada, porque ese gozo estará allí, y no podremos menos que expresarlo. "Él es la salvación de mi rostro".

Pero miremos otra vez el cuadro que este pobre hombre nos ofrece. ¡Parece, por así decirlo, que estuviera cargando sobre su espalda el universo entero! Está agobiado, triste, afligido, perplejo. Y no sólo eso; también llora: "Mis lágrimas son mi pan de día y de noche" (v. 3). Se ahoga en llanto, y todo porque se halla perplejo y temeroso. Le preocupa su persona, le preocupa lo que le sucede, le angustia que sus enemigos lo ataquen y hagan insinuaciones acerca de él y de su Dios. Todo parece haberle caído encima. No puede controlar sus sentimientos. Va incluso más allá y nos dice que eso ha afectado su apetito. Nos dice que "[sus] lágrimas son [su] pan". Todos conocemos este fenómeno. Cuando estamos preocupados y llenos de ansiedad, perdemos el apetito y no queremos probar bocado. A decir verdad, hasta nos parece repulsiva la comida. Ahora bien, aunque ésta es una condición interesante, aun desde el punto de vista puramente físico y médico, no debemos detenernos aquí, a no ser para subrayar la importancia que tiene reconocer el cuadro que presenta. El problema de esta condición es que, mientras la estamos experimentando, con frecuencia no advertimos la impresión que ocasiona en los demás. De modo que no está mal que miremos el cuadro objetivo, ya que debiéramos preocuparnos de tal impresión. Si pudiéramos vernos a nosotros mismos como nos ven los demás, habríamos dado un paso gigantesco hacia la victoria y la liberación. Conviene, pues, que nos miremos a nosotros mismos y tratemos de conjurar esa imagen que proyectamos a los demás, de una persona deprimida y sollozante, que no quiere comer ni ver a nadie, y que tanto le preocupan todas sus miserias que acaba por dar la impresión de alguien melancólico y deprimido.

Después de esta descripción general, ya podemos proceder a establecer algunas de las causas generales de esta condición. En primer término, y como algo de suma importancia, no dudaría yo en mencionar el temperamento. Después de todo, hay ciertos tipos distintos de personas. ¿Habrán quien se sorprenda de que haya puesto yo esto en primer lugar? ¿Habrán quien diga: "Cuando usted habla de los cristianos, no debiera considerar el temperamento ni sus varios tipos. Es un hecho que el cristianismo ha puesto fin a todo eso, y usted no debiera traer a colación tales consideraciones en un asunto como éste?". Tal objeción es muy importante, y merece una respuesta. Empecemos por decir que el temperamento, la psicología y el maquillaje no afectan en nada la cuestión de nuestra salvación. Gracias a Dios, éste es el fundamento mismo de nuestra postura cristiana: no importa cuál sea nuestro temperamento, todos somos salvados del mismo modo por el mismo acto de Dios, realizado en su Hijo y a través de su Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Tal es nuestra respuesta a la psicología y a la crítica del cristianismo que a menudo resulta del estudio de la psicología. Pero debo aclarar lo siguiente: No importa de qué trasfondo vengamos, ni cuál sea el temperamento que hayamos recibido en este mundo. Todo ello no afecta en nada la cuestión de la salvación. No reconocemos en ella un "complejo religioso". Más bien, nos gloriamos en el hecho de que la historia de la Iglesia aporta abundantes pruebas de que en la iglesia del Dios Viviente se ha encontrado todo tipo imaginable de temperamento, y todavía se le encuentra hoy. Pero aunque recalco con todas mis fuerzas el hecho de que el temperamento no afecta en nada la cuestión de nuestra salvación fundamental, me apresuro igualmente a subrayar el hecho de que el temperamento sí tiene un gran efecto en la experiencia misma de la vida cristiana, y que cuando se trata de diagnosticar una condición tal como la depresión espiritual, se debe comenzar por allí y hay que ponerlo en primer término.

Dicho de otra manera, y tal como yo entiendo la enseñanza bíblica en relación con esto, no hay nada más importante que llegar a conocernos a nosotros mismos, sin dilación alguna y lo más pronto posible. Pues lo cierto es que, aunque todos juntos seamos cristianos, también somos todos diferentes, y los problemas y las dificultades, las perplejidades y las pruebas con las que podemos llegar a encontrarnos están en gran medida determinadas por nuestras diferencias de tipo y de temperamento. Por supuesto, estamos todos en la misma lucha, pues

compartimos la misma salvación común y tenemos la misma necesidad fundamental. Pero las manifestaciones del problema varían de uno a otro caso, y de una a otra persona. Al tratar esta condición, nada hay más fútil que actuar sobre el supuesto de que todos los cristianos son idénticos en todo, pues no lo son ni se supone que debieran serlo.

Aquí, una vez más, puedo ilustrar mejor lo que quiero decir tomando un ejemplo de otro campo. Todos nosotros somos seres humanos y, como tales, tenemos fundamentalmente la misma constitución. Sin embargo, sabemos perfectamente bien que no hay dos personas iguales, y que, de hecho, todos somos diferentes en muchos sentidos. Ahora bien, frecuentemente nos cruzamos con gente que defiende maneras de vivir o de tratar enfermedades, que pasan completamente por alto este hecho fundamental y que, por lo tanto, obviamente están equivocadas. Gente así pondría a todo el mundo bajo la misma dieta, con la seguridad de que esta dieta universal puede curar a todo el mundo. Esto, digo yo, es imposible, y por definición totalmente erróneo. Con frecuencia he dicho que la primera ley fundamental de la dietética es aquel viejo refrán que dice: "Lo que para uno es vida, para otro es veneno". ¡Ni más ni menos! Pero esto, que en cierto modo es divertido, es por otra parte un principio fundamental y de vida o muerte para la dietética. Por constitución física, somos diferentes, de modo que sugerir que una misma dieta es buena para todos es incurrir en una falacia de fondo. Todos somos seres humanos, pero como tales somos también físicamente diferentes. O bien, para tomar otro ejemplo, fijémonos en la tendencia a insistir en que en la escuela todos los niños hagan ejercicios gimnásticos. He allí nuevamente la misma falacia evidente. Todos diferimos en la longitud de nuestras extremidades, de modo que no es razonable establecer una regla inflexible y expedita que abarque a todos los tipos humanos. Algunos tienen aptitud para la gimnasia, y otros no, así que sugerir que todo niño deba realizar la misma actividad física es tan absurdo como poner a todos bajo una misma dieta. Todos necesitamos hacer ejercicio, pero no del mismo modo ni con la misma frecuencia.

Todo lo anterior es para dar un ejemplo de la tendencia a estandarizarlo todo, y lo que quiero dejar en claro es que no es posible establecer esta clase de legislación universal, como si los hombres fueran máquinas. Si, como lo he venido demostrando, esto es erróneo en el campo físico, lo es más todavía en el campo espiritual.

Es a todas luces evidente que podemos dividir a los seres humanos en dos grupos principales. Hay los llamados introvertidos, y los

extrovertidos. Hay los que generalmente están mirando hacia dentro, y los que siempre están mirando hacia fuera, y es de importancia capital no sólo que sepamos a qué grupo pertenecemos sino, más aún, que esta condición de depresión espiritual tiende a afectar más a unos que a otros. Tenemos que empezar por conocernos y por entendernos a nosotros mismos.

Hay un tipo de persona particularmente propenso a la depresión espiritual. Lo que no significa que sea peor que los demás. A decir verdad, éste sería un buen momento para decir que, con frecuencia, la gente que más gloriosamente sobresale en la historia de la Iglesia ha sido gente del tipo que estamos considerando. Algunos de los más grandes santos pertenecían al grupo de los introvertidos; el extrovertido es, por lo general, una persona más superficial. En el campo de lo natural se da el tipo de persona que tiende a estar siempre analizándose y analizando todo lo que hace, y a preocuparse por los efectos posibles de sus acciones. Este tipo de persona siempre vuelve al punto de partida, y siempre está llena de vanos arrepentimiento. Puede tratarse de algo que hizo una sola vez, pero que él no puede olvidar. Y aunque no puede revertir lo hecho, todavía pasa el tiempo analizándose, juzgándose y culpándose. Todos conocemos este tipo de persona. Ahora bien, todo eso se transfiere al campo espiritual y a su vida espiritual. En otras palabras, el peligro evidente para esas personas es que se tornan enfermizas. Ya he dicho que podría citar nombres, y ciertamente el gran Henry Martyn pertenecía a este tipo. No es posible leer la vida de este hombre de Dios sin descubrir de inmediato que él pertenecía al tipo introspectivo. Martyn era introvertido, y sufrió de una obvia tendencia a la morbilidad y la introspección.

Estos dos términos nos recuerdan que el problema fundamental de esta gente es que no siempre tienen cuidado de trazar la línea divisoria entre el autoexamen y la introspección. Todos estamos de acuerdo en que debemos examinarnos a nosotros mismos, pero también estamos de acuerdo en que la introspección y la morbilidad son negativas. Pero, ¿cuál es la diferencia entre examinarse a uno mismo y volverse introspectivo? Propongo que pasamos del autoexamen a la introspección cuando, en cierto sentido, no hacemos más que examinarnos a nosotros mismos, y cuando tal autoexamen llega a ser el objetivo principal y de mayor importancia en nuestra vida. Se espera de nosotros algún autoexamen periódico; pero cuando lo hacemos siempre y por costumbre, y ponemos nuestra alma sobre una mesa de disecciones,

hemos caído ya en la introspección. Y cuando siempre hablamos con los demás acerca de nosotros mismos, y de nuestros problemas y nuestras dificultades, y siempre nos dirigimos a ellos con el ceño fruncido, y les decimos: “Estoy en un aprieto”, eso probablemente significa que siempre estamos centrados en nosotros mismos. Eso es introspección, y con el tiempo, nos lleva a lo que se conoce como morbidez.

Éste debe ser siempre nuestro punto de partida: ¿Nos conocemos a nosotros mismos? ¿Conocemos nuestros propios peligros? ¿Sabemos a qué estamos particularmente sujetos? La Biblia rebose de enseñanzas al respecto. La Biblia nos advierte que debemos tener cuidado de nuestra fuerza y de nuestra debilidad. Allí está un Moisés, de quien se nos dice que era el hombre más humilde que el mundo haya conocido; sin embargo, su gran pecado, su gran falta, radicó precisamente en eso: impuso su propia voluntad, y se enojó. Debemos cuidar de nuestra fuerza y de nuestra debilidad. La esencia de la sabiduría consiste en darnos cuenta por nosotros mismos de este punto fundamental. Si yo soy introvertido por naturaleza, debo siempre cuidar este aspecto y tomar medidas para contrarrestarlo, a fin de evitar que, inconscientemente, caiga yo en un estado de morbidez. Del mismo modo, el extrovertido debe conocerse a sí mismo y cuidarse de las tentaciones típicas de su naturaleza. Algunos de nosotros, por nuestra propia naturaleza y por el tipo al cual pertenecemos, estamos más propensos que otros a caer víctimas de esta enfermedad espiritual llamada depresión espiritual. Y no estamos solos. Contamos con la compañía de Jeremías y de Juan el Bautista, de Pablo y Lutero, y de muchos otros. ¡Tremenda compañía, en verdad! Pero no podemos formar parte de ella sin quedar inusualmente sujetos a este tipo particular de prueba.

Pero pasemos a la segunda causa principal: las condiciones físicas. ¿Alguien se ha quedado nuevamente sorprendido? ¿Mantiene alguien el punto de vista de que, por ser cristiano, la condición de su cuerpo no es importante? Bien, si hay alguien que piense así, pronto quedará desilusionado. Las condiciones físicas juegan su parte en todo esto. Es muy difícil trazar la línea divisoria entre esta causa y la anterior, ya que el temperamento parece estar en cierto modo controlado por las condiciones físicas, y hay quienes, por su constitución, en un sentido casi físico están propensas a esta condición. En otras palabras, hay ciertos padecimientos físicos que tienden a promover la depresión. Me parece que Thomas Carlyle constituye un buen ejemplo de esto. O tomemos a Charles Haddon Spurgeon, ese gran predicador del siglo

pasado —uno de los verdaderamente grandes predicadores de todos los tiempos— que durante casi cuarenta años predicó en Londres. Ese gran hombre estaba sujeto a la depresión espiritual, y la razón principal, en su caso, fue indudablemente el hecho de padecer de una condición gotosa, que finalmente lo mató. Spurgeon tuvo que enfrentar con frecuencia, y a veces con grandes sufrimientos, ataques de depresión espiritual. La propensión a caer en una depresión aguda va siempre de la mano con la gota, mal que Spurgeon heredó de sus antepasados. Y me he encontrado con casos de personas que vienen a hablarme de estas cuestiones, cuyo problema me parece que es claramente de carácter físico. En términos generales, dentro de este grupo se encuentran el cansancio, la tensión excesiva y toda clase de enfermedades. No podemos separar lo espiritual de lo físico, pues somos cuerpo, mente y espíritu. Los más grandes y mejores cristianos están más propensos a sufrir un ataque de depresión espiritual cuando están físicamente débiles que en cualquier otro momento, y de esto hay grandes ejemplos en las Escrituras.

Al llegar a este punto, es necesario hacer una advertencia. No debemos olvidarnos de la existencia del diablo, ni permitirle hacernos creer que es espiritual lo que fundamentalmente es físico. Pero al trazar tal distinción debemos cuidar todos los flancos, pues de cederle el paso a la condición física seremos reos de culpa en un sentido espiritual. Sin embargo, si reconocemos que lo físico puede ser en parte responsable de nuestra condición espiritual, y dejamos margen para ello, estaremos en mejores condiciones de tratar con lo espiritual.

Otra causa frecuente de depresión espiritual es lo que podríamos llamar una reacción, ya sea después de haber recibido una bendición extraordinaria, o bien después de haber experimentado algo insólito y excepcional. Espero en algún momento llamar la atención al caso de Elías, cuando éste se hallaba a la sombra del enebro. No me cabe la menor duda de que el mayor problema de Elías era que, después de lo sucedido en el Monte Carmelo (1 R. 19), se hallaba presa de una reacción. Esta misma experiencia la vivió Abraham (Gn. 15). Por tal razón, cuando la gente viene a mí y me cuenta que ha tenido una experiencia notable, aunque me regocijo con ellos y le doy gracias a Dios, no dejo de observarlos siempre con cuidado, quedándome a la expectativa y con cierta aprehensión por ellos, temeroso de que aparezca una reacción. No siempre ocurre así, pero si no estamos conscientes de tal peligro, puede suceder. Si nos diéramos cuenta de

que, cuando a Dios le place darnos alguna bendición excepcional, debemos luego mantenernos excepcionalmente atentos, podríamos evitar esta reacción que tan frecuentemente tiende a presentarse.

Llegamos ahora a la siguiente causa. En cierto modo, y en última instancia, la única y verdadera causa de la depresión espiritual es el diablo, enemigo de nuestras almas. El diablo puede sacar de nuestro temperamento y de nuestra condición física. De tal manera nos maneja que, en vez de mantener nuestro temperamento donde deberíamos mantenerlo, le permitimos que nos controle y nos gobierne. Son innumerables los caminos por los cuales puede el diablo provocar la depresión espiritual. Siempre debemos tenerlo presente. El diablo tiene como objetivo deprimir al pueblo de Dios, de modo que él pueda dirigirse al hombre mundano y decirle: "He aquí al pueblo de Dios. ¿Quieres ser como ellos?". Obviamente, la estrategia total del adversario de nuestras almas y adversario de Dios consiste en deprimirnos y hacer que nos veamos como se veía este hombre, cuando atravesaba por este período de infelicidad.

A decir verdad, puedo finalmente formular esto de la siguiente manera: la causa fundamental de la depresión espiritual es la incredulidad. Si nos rendimos ante el diablo y caemos ante sus ataques es porque en vez de escuchar a Dios lo escuchamos a él. Por eso el salmista continúa diciéndose a sí mismo: "Espera en Dios, pues todavía lo alabaré...". Él mismo se hace presente a Dios. ¿Por qué? Porque estaba deprimido y se había olvidado de Dios, de modo que su fe y su confianza en Dios y en su poder, y su relación con él, no eran las que debían ser. En realidad, podemos resumir todo lo anterior diciendo que, en última instancia, la verdadera causa es simplemente la incredulidad por sí misma.

Ahora que ya hemos considerado las causas, ¿qué haremos en cuanto al tratamiento general? Lo diré aquí muy brevemente. Lo primero que debemos aprender es lo que aprendió el salmista: debemos aprender a hacernos cargo de nosotros mismos. El salmista no se contentó con postrarse y compadecerse de sí mismo, sino que hizo algo al respecto: se hizo cargo de sí mismo. Y no sólo eso, sino que hizo algo aún más importante: habló consigo mismo. El salmista se dirige a sí mismo cuando dice: "¿Por qué estás abatida, oh alma mía? ¿Por qué estás intranquila?". Dialoga consigo mismo, conversa consigo mismo. Pero alguien me dirá: "¿Y acaso no es esto lo que no debemos hacer, ya que nuestro gran problema es que pasamos demasiado tiempo con

nosotros mismos? Esto ciertamente contradice lo que usted ya ha dicho, pues nos previno contra la morbilidad y la introspección, ¡y ahora nos sale usted con que tenemos que conversar con nosotros mismos!".

¿Cómo reconciliar ambas cosas? De la siguiente manera. Yo sostengo que debemos hablar con nosotros mismos, antes que permitir que "nuestro yo" nos hable a nosotros. ¿Podemos darnos cuenta de lo que esto significa? Me permito sugerir que el problema principal en todo este asunto de la depresión espiritual es, en cierto modo, que dejamos que nuestro yo nos hable a nosotros, en vez de que nosotros hablemos con nuestro yo. ¿Intento acaso parecer deliberadamente paradójico? Todo lo contrario. He aquí la esencia misma de la sabiduría en este asunto. ¿Estamos conscientes de que gran parte de nuestra infelicidad en esta vida se debe a que estamos escuchándonos a nosotros mismos, en vez de dialogar con nosotros mismos? Tomemos por ejemplo esos pensamientos que nos asaltan al despertar. No los hemos originado, pero ellos comienzan a hablarnos, y nos recuerdan los problemas del día anterior, etc. Alguien está hablando, ¿pero quién? Nuestro yo. Ahora bien, el salmista aborda el problema de la siguiente manera: en vez de permitir que su yo le hablara, fue él quien comenzó a hablar consigo mismo. Y pregunta: "¿Por qué está intranquila dentro de mí?". Su yo había estado deprimiéndolo y aplastándolo. Así que se sobrepone y dice: "Ego, escúchame un momento, que voy a hablarte". ¿Hemos captado el sentido de mis palabras? Si no es así, nuestra experiencia es muy limitada.

El arte de la vida espiritual consiste, fundamentalmente, en saber cómo manejarnos. Tenemos que hacernos cargo de nosotros mismos; tenemos que dialogar con nosotros mismos, y predicarnos a nosotros mismos, y cuestionarnos a nosotros mismos. Debemos preguntarnos: "¿Por qué voy a inquietarme? ¿Qué motivos tengo para perturbarme?". Tenemos que volver los ojos a nosotros mismos, y reconvenirnos a nosotros mismos, y condenarnos a nosotros mismos, y exhortarnos a nosotros mismos, y en vez de estar murmurando de modo tan apesadumbrado e infeliz, decirnos a nosotros mismos: "¡En Dios pondré mi esperanza!". Después de esto, debemos tener presente a Dios, y quién es él, y lo que él es y lo que ha hecho, y lo que se ha comprometido a hacer. Una vez hecho esto, terminemos con esta gran nota: desafiémonos nosotros mismos, y desafíemos a los demás; desafiémos también al diablo y al mundo entero, y digamos con el salmista algo como: "... todavía he de alabarle por la salvación de su rostro, que es también la salvación del mío. Él es mi Dios".

He aquí, en síntesis, la esencia del tratamiento. Según vayamos avanzando con nuestras consideraciones en torno a este asunto, habremos de desarrollarlo. El punto esencial es entender que debemos controlar a nuestro ego, a ese otro hombre que habita dentro de nosotros. No lo escuchemos, sino dirijámonos a él; hablemosle, condenémoslo, reconvengámoslo, alentémoslo; en vez de escucharlo plácidamente y permitirle que nos arrastre y nos deprima, recordémosle lo que sabemos. Pues esto es lo que siempre hará: arrastrarnos y deprimirnos, si le permitimos asumir el mando. El diablo se apodera de nuestro ego, y lo usa para deprimirnos. Debemos erguirnos, a la manera del salmista, y decir: “¿Por qué estás abatida, oh alma mía? ¿Por qué estás intranquila dentro de mí? ¡Basta ya! En Dios pondré mi esperanza, y todavía lo alabaré por la salvación que viene de su rostro, pues él es la salvación de mi rostro, y mi Dios”.

# El verdadero fundamento

*Sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige.*

*Romanos 3:28*



quisiera reflexionar en torno a esta declaración con mis lectores, a la luz del texto básico que en el capítulo anterior comenzamos a analizar.

No hay margen de duda en cuanto a que la condición que se conoce como “depresión espiritual” es una dolencia muy común. A decir verdad, mientras más se piensa y se habla acerca de ella, más evidente resulta lo común que es. Estas consideraciones respecto de tal condición se ven motivadas porque, como ya lo he insinuado, hay por lo menos dos grandes razones para hacerlo así. La primera de ellas es que resulta muy triste ver que alguien se encuentre en dicha condición. La segunda razón es aún más grave e importante, y es que tales personas son un pobre reflejo de la fe cristiana. Al enfrentarnos al mundo moderno, con todos sus problemas y agitaciones, dificultades y tristezas, es de suma importancia que nosotros, los que nos llamamos cristianos y proclamamos el nombre de Cristo, representemos nuestra fe ante los demás de tal manera que les demos la impresión de nosotros tenemos la solución y la respuesta. En un mundo donde tristemente todo anda por caminos erróneos, nosotros deberíamos destacarnos como hombres y mujeres de otra índole, como gente caracterizada por una certeza y un gozo

fundamentales, a pesar de las condiciones adversas. Creo que estaremos de acuerdo en que tal es la imagen del pueblo de Dios que en todas partes nos presentan las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Los hombres de Dios se destacaban por eso, y en cualesquiera circunstancias y condiciones parecían poseer un secreto que los capacitaba para vivir triunfantemente y salir más que vencedores. Nos corresponde, por tanto, examinar muy de cerca este estado de depresión espiritual.

Ya hemos dado un vistazo general a esta condición, y hemos considerado algunas de sus causas principales. Ya hemos visto que, de acuerdo con el salmista, la esencia del tratamiento es que, en realidad, debemos enfrentarnos con nosotros mismos. Dicho de otra manera, debemos hablarnos a nosotros mismos, en vez de permitir que sea nuestro yo quien hable con nosotros. Debemos hacernos cargo de nosotros mismos, debemos dialogar con nosotros mismos, así como el salmista dialogó consigo mismo, y hacernos la pregunta: “¿Por qué estás abatida, oh alma mía? ¿Por qué estás intranquila dentro de mí? (Sal. 42:5). ¿Por qué vamos a deprimirnos y desanimarnos? No tenemos derecho a sentirnos así. El salmista se encara consigo mismo y habla consigo mismo, discute con él, y se lleva a sí mismo a una postura de fe. Se autoexhorta a tener fe en Dios, y es entonces cuando está en condiciones de orar a Dios.

Quiero adoptar el método propuesto por el salmista. El principio vital es que debemos enfrentarnos a nosotros mismos y hacer un autoexamen; y si nos contamos entre aquellos que parecen nunca haber conocido el gozo de la salvación y el gozo del Señor, tenemos que descubrir las causas. Que pueden ser muchas. Soy del parecer que lo más sabio en este caso es ocuparnos de estas causas una a la vez, y de manera detallada. No debemos dar nada por supuesto, pues hasta podría asegurarse que la causa principal del problema en esta cuestión es la tendencia fatal a tomar todo por supuesto. A medida que hablo con los demás acerca de esto, más y más he podido constatar que ésta es la causa principal. Hay tantos que parecen nunca haber llegado a una verdadera postura cristiana, porque no hay claridad en su mente en cuanto a ciertos asuntos primordiales y ciertas cosas fundamentales, que deberían tratarse desde el principio.

A riesgo de ser mal interpretado en este punto, digámoslo de la siguiente manera: Me parece que el problema particular que nos ocupa tiende a ser más común entre aquellos que han sido educados a la manera

religiosa, y que es más probable que afecte a quienes han sido educados en hogares cristianos y siempre han sido llevados a un lugar de adoración, que a quienes no han tenido esta experiencia. Hay mucha gente así, que parece ir por la vida como “envuelta en la superficialidad de la miseria”, para usar las palabras de Shakespeare. Son gente que parece nunca salir de esta condición. Son gente que pertenece a la Iglesia y que está muy interesada en todo lo que tenga que ver con ella; sin embargo, cuando se les compara con el concepto neotestamentario del nuevo hombre en Cristo, de inmediato se nota una gran diferencia. Ellos mismos lo saben, y ésta es con frecuencia la causa de su depresión y de su infelicidad. Cuando ven el regocijo de otros cristianos, dicen: “Bien, no puedo decir que yo sea así. Esa persona tiene algo que yo no tengo”. Y darían el mundo entero si pudieran llegar a tener algo de lo que aquella persona tiene. Toman las biografías cristianas y leen la vida de varios santos que adornan la historia de la Iglesia Cristiana, y reconocen abiertamente que no son como ellos. Saben que nunca lo han sido, y que esa gente obviamente ha disfrutado de algo que ellos mismos jamás han tenido.

Son muchos los que se encuentran en tan infeliz situación. La vida cristiana les parece un problema constante, y siempre están haciéndose la misma pregunta: “¿Por qué no puedo llegar allí? ¿Por qué no puedo ser así?”. Leen libros destinados a instruir en la vida cristiana, y asisten a reuniones y conferencias, siempre buscando ese “algo”, sin encontrarlo. Y se desaniman, y se abaten y se angustian.

Ahora bien, es muy importante que, al enfrentarnos con estas personas, estemos completamente seguros de que entienden con claridad los principios más elementales y de mayor importancia de la fe cristiana. No han sido pocas las ocasiones en que, al hablar con ellas, encuentro que su verdadero problema radica precisamente aquí. No podría decir que no son cristianos, pero son lo que propongo que llamemos “cristianos miserables”, simplemente porque no han entendido el camino de la salvación y, por tal razón, toda su fe y todos sus esfuerzos resultan, en grado mayor o menor, inútiles. A menudo centran su atención en la cuestión de la santificación; pero esto no les ayuda porque, no habiendo entendido lo que es la justificación, y habiendo dado por hecho que están en el camino correcto, dan también por hecho que todo lo que deben hacer es seguir ese camino.

Un interesante punto teológico sería ver si tales personas son realmente cristianas. En mi opinión, diría que lo son. Y el ejemplo clásico es, por supuesto, Juan Wesley. Yo vacilaría en decir que antes de 1738

Juan Wesley no fue cristiano, pero de una cosa estoy seguro: antes de 1738 Juan Wesley no había entendido el camino de la salvación, entendido este como la justificación sólo por la fe. En cierto sentido, Wesley se había sometido a la enseñanza plena de la Biblia, pero no la había entendido ni la había hecho plenamente suya. No tengo la menor duda de que él habría contestado correctamente si alguien le hubiera preguntado incluso acerca de la muerte de nuestro Señor; sin embargo, de manera vivencial, Wesley no entendía claramente la justificación por la fe. Podemos recordar que Wesley llegó realmente a entender esta vital doctrina sólo después de haberse reunido con los cristianos moravos y, en particular, luego de la conversación que sostuvo con alguien de nombre Peter Böhler mientras viajaba de Londres a Oxford. He allí un hombre que intentaba hallar la felicidad en su vida cristiana haciendo buenas obras, predicándoles a los prisioneros de Oxford, renunciando a sus privilegios universitarios y enfrentándose a los peligros de cruzar el Atlántico a fin de predicarles a los paganos de Georgia. Wesley intentaba hallar la felicidad viviendo una vida de acuerdo con lo prescrito. En realidad, todo el problema de Juan Wesley consistía en que él nunca había llegado a entender plenamente la doctrina de la justificación por la fe; no había entendido este versículo que estamos considerando: “Sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige” (Ro. 3:28). Resulta casi imposible creer que tal hombre, que había sido educado en un hogar excepcionalmente religioso, y que había dedicado toda su vida y todo su tiempo a la obra cristiana, pudiera desde un principio haber estado equivocado respecto de algo tan primordial y básico. Pero así fue.

Lo que estoy diciendo es que esto mismo sucede todavía con un gran número de personas. Han dado por hecho que están en lo correcto respecto de los fundamentos, pero nunca han estado en lo correcto respecto de su justificación, y es precisamente aquí donde el diablo causa confusión. A él le conviene que tales personas se preocupen por la santificación y la santidad, y por varias otras cosas, pero nunca podrán estar en lo correcto mientras estén en lo incorrecto respecto de la justificación. De allí que debemos empezar por este punto. No tiene caso que nos ocupemos de la superestructura si el fundamento no está bien puesto. Por lo tanto, empezaremos con esta doctrina.

La confusión no es algo nuevo sino, en cierto modo, la obra maestra de Satanás. Mientras él nos mantenga confundidos en cuanto a esta doctrina, hasta nos alentará a ser “justos”. Y es evidente que él lo está

haciendo así ahora, ya que la gente promedio de la Iglesia parece considerar cristiano a cualquiera que haga buenas obras, aun cuando tal persona pueda estar enteramente equivocada en cuanto a esta verdad preliminar. El problema no es nuevo, y ya lo enfrentaban los judíos. Esto era lo que nuestro Señor continuamente les decía a los fariseos, y lo que el apóstol Pablo ciertamente discutía con los judíos. Estos estaban del todo equivocados respecto de la ley, y el problema principal radicaba en poder mostrarles el punto de vista correcto. Los judíos creían que Dios había hecho la ley para que, mediante su cumplimiento, el hombre pudiera salvarse a sí mismo. Según ellos, todo lo que debía hacerse era cumplir la ley; quien la cumpliera, podría justificarse a sí mismo; quien llevara una vida conforme a la ley sería aceptado y bien visto por Dios. Y creían poder lograrlo porque nunca entendieron la ley. Más bien, le impusieron su propia interpretación y la acomodaron para que les resultara accesible. Pensaban que, con esto, todo estaba bien. Tal es la imagen de los fariseos que se nos presenta en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento. Éste fue el problema esencial con los judíos, y es todavía el problema esencial con mucha gente. Debemos darnos cuenta de que hay ciertas cosas que debemos entender muy claramente, antes de que podamos esperar tener paz y disfrutar de la vida cristiana.

Este punto preliminar dejarlo bien establecido mediante una exposición general de las enseñanzas de este tercer capítulo de la Epístola a los Romanos. En realidad, los primeros cuatro capítulos de esta grande y poderosa epístola se concentran en este solo tema. Lo que Pablo ansiaba aclarar era este mensaje de la justicia de Dios mediante la fe en Jesucristo. Ya en el capítulo 1, versos 16 y 17, había dicho: “A la verdad, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen; de los judíos primeramente, pero también de los gentiles. De hecho, en el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios, la cual es por fe de principio a fin, tal como está escrito: ‘El justo vivirá por la fe’”.

Muy bien. Pero la pregunta era: ¿Por qué no todos creían esto? ¿Por qué no todos los que oían esta noticia la aceptaban casi automáticamente como la noticia más impresionante que el mundo hubiera alguna vez oído? La respuesta es que no la creían porque no creyeron necesitarla. Su percepción de la justicia estaba equivocada. La justicia de la que habla Pablo significa estar bien con Dios. En última instancia, no hay felicidad, ni paz ni gozo, a menos que estemos bien con Dios. Todos estamos de acuerdo en esto. Sí, lo afirma el cristiano miserable y el cristiano que está



firme en su fe. Pero la gran diferencia entre uno y otro es que el primero, el cristiano miserable, tiene una idea equivocada de cómo se llega a estar bien con Dios. Y éste fue también el problema de los judíos: ellos sostenían, como ya lo he mencionado, que el hombre llegaba a estar bien con Dios sometiéndose a la ley y cumpliéndola, tal como ellos la entendían. Pero toda su percepción de la ley era completamente errónea, de modo que la pervirtieron. Y el resultado fue que, en sus manos, justamente lo que Dios les había dado para promover su camino de salvación se convirtió en el principal obstáculo para salvarse.

¿Qué aprendemos de esto? Que antes de esperar que podamos llegar a disfrutar del gozo de esta salvación cristiana, debemos tener bien claros algunos principios muy sencillos. El primero de ellos es la convicción de pecado: debemos reconocer con absoluta claridad nuestra pecaminosidad. Aquí, siguiendo el método del apóstol Pablo, presento una objeción imaginaria. Y no faltará quien de inmediato me pregunte: “¿Así que va usted a predicarnos acerca del pecado, y de la convicción de pecado? Usted ha dicho que se propone hacernos felices; pero con tales predicaciones va a hacernos más infelices todavía. ¿Acaso se propone hacernos miserables e infelices?”. Mi respuesta es simplemente afirmativa. Eso es lo que en estos capítulos nos enseña el gran apóstol. Tal vez parezca paradójico —¡el término es lo de menos!— pero no hay duda de que esa es la regla, y de que no hay excepciones. Antes de que alguien pueda saber lo que es el verdadero gozo cristiano, tiene que llegar a sentirse miserable. En realidad, el verdadero problema con los cristianos miserables es que nunca han llegado a sentirse verdaderamente miserables porque nunca han llegado a sentirse pecadores. Al pasar por alto el primer paso esencial que lleva al gozo, han supuesto algo que no tienen derecho a suponer.

Permítanme decir esto en términos bíblicos. ¿Quién no recuerda al anciano Simeón de pie y con nuestro Señor Jesucristo en brazos, cuando aún era niño? Simeón expresó algo muy profundo cuando dijo: “Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel” (Lc. 2:34). Y no hay levantamiento si antes no ha habido una caída. Ésta es una regla absoluta y, sin embargo, tristemente es algo que hoy día muchos olvidan, y muchos más dan por hecho. Pero la Escritura tiene su propio orden; y si hemos de derivar los beneficios de la salvación cristiana, ese orden tiene que observarse. Lo único que lleva a un hombre a Cristo y lo hace confiar plenamente en él es, en última instancia, una verdadera convicción de pecado. Si perdemos el rumbo

es porque no estamos verdaderamente convencidos de nuestro pecado. Por eso digo que éste en particular es el problema de quienes han recibido una formación religiosa y cristiana. Muy a menudo su problema principal es que tienen una idea equivocada del pecado. Recuerdo que en cierta ocasión una persona, mujer por cierto, me expresó esto mismo de la manera más dramática. Había sido educada en un hogar muy religioso, siempre había asistido a un templo, y era muy activa en la vida de la Iglesia. A la sazón era miembro de una iglesia donde un buen número de personas súbitamente se había convertido, dejando el mundo y su malvivencia, es decir, embriaguez y cosas por el estilo. Recuerdo bien cuando ella me dijo: “Puedo decir que casi desearía no haber recibido nunca la educación que recibí. Quisiera haber llevado la clase de vida que esta gente ha vivido, a fin de poder tener tan maravillosa experiencia”. ¿Qué es lo esta mujer estaba diciendo? Pues que en realidad jamás se había considerado pecadora. ¿Y por qué no? Por muchas razones. La gente como ella piensa en el pecado sólo en términos de hechos concretos, en términos de pecados. Y no sólo eso, sino que piensa que estos pecados se limitan sólo a ciertas acciones específicas. Por lo tanto, tienden a pensar que, en realidad, no son pecadores porque nunca han cometido tales acciones. A decir verdad, algunas veces expresan esto de manera muy clara: “Realmente, nunca me he considerado un pecador; y esto no es ninguna sorpresa, ya que desde un principio mi vida ha estado siempre protegida. Nunca he sentido la tentación de cometer este tipo de cosas, así que no es de sorprenderse que nunca me haya sentido un pecador”. Ahora bien, aquí podemos ver la esencia misma de esta falacia. Esta gente piensa en términos de hechos específicos, y se compara con otra gente y sus experiencias, y así sucesivamente. Por tal motivo nunca ha tenido una convicción real de pecado, y por eso mismo nunca ha visto con claridad que necesita, de manera absoluta, al Señor Jesucristo. Ha oído predicar que Cristo murió por nuestros pecados, y asegura compartir esa fe, pero nunca ha conocido, por sí misma, su necesidad absoluta.

¿Cómo entonces puede tal gente llegar a sentirse convicta de pecado? De esto nos habla el apóstol Pablo en el tercer capítulo de su Epístola a los romanos, aunque también trata el tema en todo el segundo capítulo. Y lo hace a partir de esta gran tesis: “No hay un solo justo, ni siquiera uno; . . . todos han pecado y están privados de la gloria de Dios” (Ro. 3:10ss.). ¿Y quiénes son esos “todos”? Pablo nos dice a continuación que son los judíos, y también los gentiles. Los judíos convendrían, por

supuesto, en la indudable pecaminosidad de los gentiles, esos pecadores contra Dios que no pertenecían a su círculo. Pero Pablo aclara: "Un momento. También ustedes los judíos son pecadores". La razón por la que los judíos odiaban a Cristo y lo crucificaron; la explicación completa de "la ofensa de la cruz"; la razón por la que Pablo fue maltratado por sus compatriotas que odiaban la fe cristiana, fue que la fe cristiana afirma que los judíos, que creían haber vivido siempre una vida justa y religiosa, son tan pecadores como el peor pecador de los gentiles. "Todos pecaron", de modo que, ante Dios, judíos y gentiles están igualmente condenados.

Tal verdad sigue vigente en nuestros días. Y si realmente nos preocupa la convicción de pecado, lo primero que debemos hacer es dejar de pensar en pecados específicos. ¡Cuán difícil nos resulta esto a todos, pues todos tenemos estos mismos prejuicios! Limitamos nuestra noción de pecado a unas cuantas cosas, y pensamos que no somos pecadores porque no las hemos cometido. Pero no es así como se llega a la convicción de pecado. Ni fue así como Juan Wesley llegó a verse como pecador. ¿Recordamos cómo fue que Wesley llegó a la convicción de pecado? Todo empezó cuando, durante una tormenta en medio del Atlántico, Wesley observó la conducta de algunos cristianos moravos: mientras que él estaba aterrizado por la tormenta y temía morir, los moravos no mostraban ningún temor; al contrario, se veían tan felices en medio del viento huracanado como si estuvieran disfrutando de un día soleado. Allí Juan Wesley cobró conciencia de su temor ante la muerte, y de que, en cierto modo, parecía no conocer a Dios como esa gente lo conocía. Dicho de otra manera, Wesley comenzó a sentir su necesidad de Dios, y siempre es así como empieza a manifestarse la convicción de pecado.

El punto medular de todo esto es que, para llegar a reconocernos pecadores, no debemos compararnos con los demás sino enfrentarnos cara a cara con la Ley de Dios. Pero, ¿qué es la Ley de Dios? ¿Acaso es simplemente "No matarás", o "No robarás"? ¿Acaso es "Yo nunca he hecho algo así, y por lo tanto no soy pecador"? Amigos míos, esa no es la Ley de Dios en su totalidad. Pero si realmente queremos conocerla, hela aquí: "Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'. No hay otro mandamiento más importante que éstos" (Mr. 12:30, 31). Olvidémonos de borrachos y de gente así; olvidémonos de toda esa gente de la que día tras día se habla en los periódicos que

leemos. La prueba para todos nosotros es la siguiente: ¿Amamos a Dios con todo nuestro ser? Si no es así, entonces somos pecadores. ¡He allí la prueba! "Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios" (Ro. 3:23). Dios nos ha hecho, para que vivamos para él. Dios hizo al hombre para su propia gloria, y con el propósito de que éste viviera enteramente para él. El hombre debía de ser su representante, y habitar en comunión con él; debía ser señor del universo, y glorificar a Dios. Como lo expresa el *Catecismo menor*: "El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios, y gozar de su presencia para siempre". Si no lo hacemos así, somos pecadores de la peor calaña, aunque nos pese reconocerlo.

O digámoslo de este modo, que en mi opinión lo encuentro de gran valor para enfocar este asunto. Dios sabe muy bien que les estoy predicando acerca de mi propia experiencia, ya que yo mismo recibí una educación muy religiosa. Estoy predicando también acerca de mi propia experiencia, como alguien que frecuentemente tiene que ayudar a gente que ha sido educada del mismo modo. El hombre nació para conocer a Dios, de modo que la pregunta es: ¿Conocemos a Dios? Y conste que no estoy preguntando acerca de la fe de nadie, ni de las creencias que de él puedan tenerse. Ser cristiano es tener la vida eterna, como lo dice nuestro Señor en Juan 17:3: "Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado". He aquí, entonces, la prueba que debemos aplicarnos. No se trata de si yo he incurrido en esto o en aquello. Mas bien, se trata de una prueba positiva: "¿Conozco a Dios? ¿Es Jesucristo una realidad para mí?". No pregunto quién sabe algo acerca de Dios, sino si realmente lo conocemos, y si estamos disfrutando de su presencia, y si él es el centro de nuestra vida, el alma de nuestro ser y la fuente de nuestro más grande gozo. Porque Dios debe ser todo esto. De tal manera creó Dios al hombre que esa debía ser la relación: el hombre en comunión con Dios, disfrutando de él y caminando con él. Todos nosotros debemos tener esa relación con Dios, y si no la tenemos, vivimos en pecado, pues la esencia del pecado consiste en no tener tal relación con Dios. Y no tenemos ningún derecho a no tenerla, pues eso es pecado, en su peor y más profunda expresión. Dicho de otro modo, la esencia del pecado consiste en que no vivamos totalmente para la gloria de Dios. Por supuesto, cuando incurrimos en pecados específicos agravamos nuestra culpa ante Dios, pero podemos ser inocentes de todos los peores pecados y, no obstante, ser culpable del terrible pecado de estar satisfechos con nuestra propia vida, de estar orgullosos de nuestros

logros, y de despreciar a los demás y creernos mejores que ellos. No hay nada peor que eso, porque estaremos haciéndonos creer que de alguna manera estamos más cerca de Dios que los demás, cuando la verdad es que en ningún momento lo hemos estado. Cuando asumimos tal actitud, somos iguales al fariseo en el templo, que le daba gracias a Dios de no ser como aquel otro, “como ese recaudador de impuestos”. Nunca el fariseo había sentido la necesidad del perdón, y no hay pecado más terrible que ése. No conozco a nadie peor que a quien dice: “¿Sabes una cosa? la verdad es que nunca he sentido que soy un pecador”. Ése es el colmo del pecado, pues significa que quien lo dice no ha cobrado conciencia de la verdad acerca de Dios ni de la verdad acerca de él mismo. Leamos la argumentación del apóstol Pablo y encontraremos que su lógica no sólo es inevitable sino incontestable: “No hay un solo justo, ni siquiera uno” (Ro. 3:10). “Sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a quienes están sujetos a ella, para que todo el mundo se calle la boca y quede convicto delante de Dios” (3:19). Quien nunca ha cobrado conciencia de su culpa ni de su culpabilidad ante Dios, nunca experimentará el gozo en Cristo. Resulta imposible. “No he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt. 9:13). “No son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos” (9:12).

He allí el primer paso: convicción de pecado. Si no tenemos convicción de pecado ni conciencia de que ante Dios somos indignos, y de que estamos absolutamente condenados y que le hemos fallado, no hagamos nada que no sea llegar a tal convicción y cobrar tal conciencia, porque jamás tendremos gozo ni nos libraremos de nuestra depresión hasta que arreglemos esto. La convicción de pecado es un paso esencial hacia una verdadera experiencia de salvación.

Esto me lleva al segundo principio. El cristiano verdadero se da cuenta de que a la convicción de pecado le sigue el camino de Dios de la salvación en Cristo. Esta es la grandiosa buena nueva. “Ésta es la justicia que proclamo” —dice, en efecto, Pablo a los Romanos— “la justicia que es de Dios en Jesucristo, justicia de Dios” (cf. Ro. 3:21, 22). ¿De qué habla Pablo? Si se prefiere, puedo plantearlo en forma de pregunta: ¿Cuál es nuestro punto de vista acerca de Cristo? ¿Por qué vino al mundo? ¿Qué ha hecho Dios en Cristo? ¿Es Cristo solamente un maestro, un ejemplo a seguir, o algo por el estilo? No desperdiciemos nuestro tiempo en trivialidades. No. Esta justicia de Dios en Jesucristo es un asunto positivo. La salvación está toda en Cristo; y, a menos que nos sintamos silenciados en Cristo cuando todo lo demás ha fallado, no es ninguna

sorpresa que no seamos felices. “La justicia de Dios en Jesucristo” significa que Dios lo envió al mundo para que él pudiera honrar la Ley, y así el genero humano pudiera ser perdonado. He aquí Alguien que obedeció perfectamente a Dios. He aquí Alguien, Dios encarnado, que tomó la naturaleza humana y se hizo hombre, y rindió a Dios perfecto homenaje, perfecta lealtad y perfecta obediencia. Cristo cumplió la Ley de Dios de manera completa y absoluta, sin fallar en nada. Y no sólo eso. En su clásica doctrina de la expiación, Pablo añade otras cosas: “Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre, para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús” (Ro. 3:25, 26). Lo cual significa que antes de que el hombre pueda ser reconciliado con Dios y llegar a conocerlo, debe haberse quitado su pecado. Dios ha dicho que él castigará el pecado, y que el castigo del pecado es la muerte y la expulsión de la presencia de Dios. Esto es algo que debemos encarar. ¿Y qué es lo que ha sucedido? Pablo nos hace saber que Dios ha puesto como propiciación a Jesucristo. Éste es el medio empleado por Dios. El hecho de que Jesucristo sea la propiciación de nuestros pecados significa que Dios lo ha hecho responsable de éstos. Se le hecho cargar con ellos, y Dios se ha ocupado de ellos y los ha castigado en él. Y puesto que Dios ha castigado nuestros pecados en Cristo, en su cuerpo crucificado, ahora puede perdonarnos con toda justicia. Como podemos ver, se trata de doctrina de altura. Es muy atrevido que el apóstol lo diga, pero hay que decirlo, y yo debo repetirlo: Siendo Dios justo, santo y eterno, no podía perdonar el pecado del hombre sin antes castigarlo. Así lo había dicho, así tenía que hacerlo, y así —¡bendito sea su Nombre!— lo ha hecho. Por lo tanto, Dios es justo, y es también el que justifica a los que creen en Jesucristo. El pecado ha sido castigado, de modo que Dios, que es justo y recto, puede perdonar el pecado.

Pero entonces, ¿cómo funciona esto? De la siguiente manera: Dios acepta la justicia de Cristo, esta justicia perfecta de cara a la Ley que Jesucristo ha honrado en todos sus aspectos. Jesucristo la ha cumplido y obedecido, y ha sufrido su castigo. La Ley ha sido plenamente satisfecha. Ése es, nos dice Pablo, el camino de la salvación divina. Dios nos ha dado la justicia de Cristo. Si estamos conscientes de nuestra necesidad de esa justicia y acudimos a Dios y reconocemos tal carencia, Dios nos dará la justicia de su propio Hijo. A los que creemos en él, nos

imputa su justicia y nos considera justos, declarándonos y pronunciándonos justos en Jesucristo. Éste es el camino de la salvación, el camino de la salvación en Cristo, el camino de la salvación mediante la justificación por la fe. Lo que puede resumirse de la siguiente manera: Yo no veré, ni creeré, ni buscaré nada ni a nadie, que no sea el Señor Jesucristo. Me gusta la manera en que Pablo lo expresa cuando pregunta: “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál principio? ¿Por el de la observancia de la ley? No, sino por el de la fe” (3:27). Judíos insensatos —dice Pablo— ustedes se jactan de haber sido circuncidados, y de que tienen los oráculos de Dios y de que son el pueblo de Dios. Pero deben dejar de jactarse y no seguir confiando en el hecho de que cuentan con esta tradición y de que son descendientes de sus antepasados. No hay lugar para la jactancia, sino que deben confiar exclusivamente en el Señor Jesucristo y en su obra perfecta. En este sentido, el judío no es superior al gentil, pues “todos han pecado y están privados de la gloria de Dios”. Nosotros miramos a Cristo, y solamente a él. En ningún sentido fijamos la mirada en nosotros mismos.

Pongamos esto en términos enteramente prácticos, y permítanme decirles que hay una manera muy sencilla de ponernos a prueba y ver si realmente creemos esto. Nuestras palabras nos traicionan. ¡Cuan cierto es lo que el Señor mismo nos dijo, que seríamos justificados por nuestras palabras! Con frecuencia he tenido que hablar de esto con la gente, y al explicarles el camino de la justificación por la fe les he dicho que todo se halla en Cristo, y que Dios nos imputa su justicia. Luego de explicarles todo esto, les he dicho: “Muy bien, ¿están enteramente felices de saber esto? ¿Lo creen?”. Cuando me contestan que sí, les pregunto: “Bien, entonces ya están listos para confesarse cristianos”. Si los veo titubear, sé que aún no han entendido. Les pregunto entonces: “¿Qué pasa? ¿Por qué titubean?”. Si me dicen: “Es que no creo ser suficientemente bueno todavía”, me doy cuenta en seguida de que, en cierto modo, he estado perdiendo el tiempo. Esa gente todavía piensa en términos de su propio yo; todavía tienen la idea de que para ser cristianos y para que Cristo los acepte deben volverse bastante buenos. ¡Todavía creen que tienen que hacer algo! Parece muy modesto decir “No soy suficientemente bueno”. Pero eso es una mentira del diablo; eso es negar la fe. Tal vez nos creamos muy humilde al decir eso, pero lo cierto es que nunca seremos suficientemente bueno. Nadie lo ha sido. La esencia de la salvación cristiana consiste en decir que Cristo sí es suficientemente bueno, ¡y que estamos en él!

Mientras sigamos pensando en nosotros mismos y digamos: “Ah, sí, me encantaría, pero no soy lo bastante bueno. Soy un pecador, un gran pecador”, estaremos negando a Dios y nunca seremos felices. Seguiremos inquietos y angustiados. En algún momento creeremos haber mejorado, tan sólo para darnos cuenta de que no somos tan buenos como creíamos. Leeremos la vida de los santos y nos daremos cuenta de que no hemos avanzado mucho. Volveremos a preguntarnos: “¿Qué puedo hacer? Todavía no me siento lo suficientemente bueno”. Pues olvidémonos de nosotros mismos, y olvidémonos de todo lo que tenga que ver con nosotros. ¡Claro que no somos lo suficientemente buenos! Nunca lo seremos. El camino de la salvación en Cristo nos dice que no importa lo que hayamos sido ni lo que hayamos hecho. ¿Cómo decirlo en términos más sencillos? Todos los domingos trato de comunicar esto desde el púlpito, porque creo que esto es lo que está privando a muchos del gozo en el Señor. No importa si casi hemos caído en las profundidades del infierno, ni si somos culpables de homicidio o de cualquier otro pecado vil. Desde la perspectiva de la justificación con Dios, eso no importa. No tenemos menos esperanza que la persona más respetable y que se crea más justa en este mundo. ¿Podemos creerlo?

Hay otro buen método de someternos a la prueba. ¿Podemos creer que, desde la perspectiva de la salvación y de la justificación con Dios, todas nuestras distinciones habituales quedan abolidas de un solo golpe, y que lo que determina si somos o no pecadores no es lo que hayamos hecho sino nuestra relación con Dios? Digo que ésta es la prueba: que nos reconozcamos prontamente y digamos con claridad que nuestra mirada está en Cristo y sólo en él, y no en nada ni en nadie más; que dejemos de pensar en pecados específicos y en personas en particular. No pongamos la mirada en nada ni en nadie que no sea Cristo, y digamos:

*No ¿finco? en nada mi esperanza  
que no sea en la sangre y la justicia de Jesús;  
ni me atrevo a confiar en mi más dulce anhelo  
Sino que plenamente espero en el nombre de Jesús.  
Firme estoy sobre Cristo, mi Roca inamovible;  
Todo otro fundamento no ofrece solidez.*

Debemos creer de tal manera que seamos capaces de ir más allá y decir con santa valentía:

*Nada tienen ya que ver conmigo  
los terrores de Dios y de su Ley;  
Mi Salvador, con su sangre y su obediencia,  
ha ocultado todos mis pecados.*

¿Desea usted librarse de la depresión espiritual? Antes que nada debe despedirse, y de una vez por todas, de su pasado. Debe darse cuenta de que, en Cristo, su vida pasada ya no existe. Jamás debe volver la mirada a sus pecados, sino decir: "¡Eso es cosa del pasado, y la sangre de Cristo le ha puesto fin!". Ése es el primer paso. Adelante, pues; ponga usted fin a toda esa palabrería acerca de su bondad, y ponga la mirada en el Señor Jesucristo. Sólo entonces se harán realidad en su vida el gozo y la verdadera felicidad. Lo que usted necesita no es hacerse el propósito de vivir una vida mejor, ni empezar a ayunar, traspasar y orar. ¡No! Lo único que debe decir ya es:

*Mi fe descansa sólo en él,  
que murió para expiar mis transgresiones.*

Si usted da este primer paso, comenzará a experimentar de inmediato un gozo y una libertad que nunca antes conoció. "Sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige" (Ro. 3:28). ¡Bendito sea el Nombre de Dios por ofrecer salvación tan maravillosa a los desesperados pecadores!

# Parecen árboles que caminan

*Cuando llegaron a Betsaida, algunas personas le llevaron un ciego a Jesús y le rogaron que lo tocara. Él tomó de la mano al ciego y lo sacó fuera del pueblo. Después de escupirle en los ojos y de poner las manos sobre él, le preguntó:*

*—¿Puedes ver ahora?*

*El hombre alzó los ojos y dijo:*

*—Veo gente; parecen árboles que caminan.*

*Entonces le puso de nuevo las manos sobre los ojos, y el ciego fue curado: recobró la vista y comenzó a ver todo con claridad. Jesús lo mandó a su casa con esta advertencia:*

*—No vayas a entrar en el pueblo.*

*Marcos 8:22-26*



Como parte de nuestra consideración del tema que ahora nos ocupa, y que he denominado “depresión espiritual”, quisiera detenerme en este incidente entre Jesús y el ciego.

Este asunto merece nuestra atención no sólo porque resulta triste y trágico que algún cristiano pueda ser desdichado, sino por causa del estado general de la Iglesia de nuestros días. No vacilo en afirmar una vez más que una de las razones por las que la Iglesia Cristiana no es tomada en cuenta en el mundo moderno, es que muchos cristianos se hallan en esta condición. Si todos los cristianos empezáramos simplemente a funcionar como el Nuevo Testamento nos pide que lo hagamos, la Iglesia no confrontaría el problema de la evangelización sino que el asunto se resolvería por sí mismo y de manera inmediata. Que a la Iglesia no se le toma en cuenta, y que muy pocas personas sean atraídas a Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, se debe a que en nuestra vida diaria y en nuestro comportamiento y testimonio estamos fallando como pueblo cristiano. De modo que por esta sola razón, que es extremadamente urgente, nos corresponde encarar este asunto.

Ya hemos visto el problema desde una perspectiva general, y en el capítulo anterior consideramos uno de sus aspectos específicos. Vimos allí que hay cristianos que se hallan en esta condición porque en realidad nunca han entendido claramente la gran doctrina central de la justificación por la fe. A decir verdad, todo el problema previo a la Reforma Protestante fue esta falta de entendimiento, pero la Reforma trajo a la vida de la Iglesia paz, felicidad y gozo como nunca los había experimentado desde los primeros siglos. Todo esto sucedió porque la importante doctrina de la justificación por la fe había sido redescubierta. Esto llevó a Martín Lutero a cantar y a regocijarse, y a ser el medio por el cual otros cobraran conciencia de esta gran verdad. Todo ello produjo esta gran nota de alegría, y aunque podríamos titubear al decir que quienes no han entendido esto claramente no son del todo cristianos, también podríamos asegurar que en el momento en que lo entiendan dejarán de ser cristianos desdichados y se volverán cristianos gozosos.

Damos ahora un paso adelante, hacia una consideración posterior, y me gustaría que la consideremos a la luz de este incidente extraordinario en la vida y el ministerio de nuestro Bendito Señor, tal como se encuentra registrado en Marcos 8:22-26. De inmediato podemos observar que estamos ante un caso completamente diferente; y por razones de conveniencia lo hacemos así en relación con este contexto. En muchos sentidos, se trata de uno de los milagros más notables de todos los realizados por nuestro Señor y Salvador. Podemos recordar los detalles de lo que hizo Jesús con este ciego: lo tomó de la mano, lo llevó fuera del pueblo, le escupió en los ojos, le impuso las manos, y luego le preguntó si veía algo. El hombre respondió afirmativamente: "Veo gente; parecen árboles que caminan" (Mr. 8:24). Entonces nuestro Señor puso nuevamente sus manos sobre los ojos de aquel hombre y le pidió ver de nuevo. Esta vez su vista fue reestablecida, y aquel hombre "comenzó a ver todo con claridad" (8:25).

Ahora bien, todo esto tiene obviamente un significado muy profundo, pues lo sucedido en este caso no fue accidental. Sabemos de otros casos en que nuestro Señor curó a otros ciegos, y no hay duda de que al instante pudo haber sanado a este ciego, con sólo decirle: "Recibe la vista". Nuestro Señor tenía ese poder; para él nada era imposible. Lo había hecho en otra ocasión, y podía haberlo hecho ahora. En este caso actuó deliberadamente y con un propósito específico. pues nada de lo que nuestro Señor hacía era accidental o producto de la casualidad. Todos sus actos eran deliberados. Y si variaba su técnica, siempre tenía

una buena razón para hacerlo así. De modo que, como en este caso no había nada particularmente difícil, la variación en el tratamiento no se debió a tal razón sino al propio plan determinado de nuestro Señor de hacerlo así, a fin de que El pudiera darnos una lección y comunicarnos cierto mensaje. Dicho de otro modo, todos los milagros de nuestro Señor son más que simples acontecimientos; en cierto modo, son también parábolas. Lo cual no significa que no creamos en la historicidad de este incidente real. Simplemente estoy afirmando que un milagro es también una parábola, y que si esto puede afirmarse de todos los milagros, con más razón puede afirmarse lo mismo de éste, ya que en él nuestro Señor obviamente varió el procedimiento a fin de presentarnos y enseñarnos algo vital e importante.

Estoy muy dispuesto a convenir con quienes sugieren que tal vez la lección principal del caso iba dirigida a los discípulos. Todos recordamos lo que había pasado antes. Cuando los discípulos entraron en la barca se olvidaron de llevar pan, lo que redundó en que no llevaban consigo más que una sola hogaza. En cuanto comenzaron a preocuparse por esto, se sintieron los más desdichados. Nuestro Señor, al hablar con ellos en el bote, dijo: "Tengan cuidado . . . ¡jojo con la levadura de los fariseos y con la de Herodes!" (Mr. 8:15). Ellos discutían entre sí: "Lo dice porque no tenemos pan" (Mr. 8:16). Y como nuestro Señor mencionó la palabra "levadura", ellos creyeron que él les hablaba de pan. Su literalismo se tradujo en falta de comprensión espiritual, de modo que al oír "levadura" pensaron solamente en pan y en que carecían de este; por lo tanto, se sentían desdichados e incómodos, así que nuestro Señor les hizo varias preguntas incisivas, y terminó con ésta: "¿Y todavía no entienden?" (Mr. 8:21). En efecto, lo que está diciéndoles es: "Aquí me tienen. He estado predicándoles y enseñándoles y, sin embargo, parece que ustedes todavía no entienden. Se preocupan porque no tienen más que un pan y, sin embargo, ustedes han sido testigos de dos milagros, los cuales prueban que con sólo unos cuantos panes y pescados pude alimentar a cinco o cuatro mil gentes. ¿Cómo es que no entienden?". A mi me parece que el Señor trató al ciego como lo hizo a fin de que ellos se vieran en él. En el caso que nos ocupa el Señor adoptó esta técnica, a fin de que sus discípulos pudieran verse tal como eran.

La lección, sin embargo, trasciende al caso específico, pues siempre será una lección permanente para el pueblo de Dios. Éste es un mensaje tremendo, y me urge que le prestemos atención porque, como este

ciego, hay mucha gente que parece estar en la primera etapa por la que el ciego pasó en su proceso de sanidad. Como recordamos, nuestro Señor puso saliva en sus ojos y le preguntó: "¿Puedes ver ahora?" (Mr. 8:23). Y él respondió: "Veo gente; parecen árboles que caminan". ¿Podemos entender lo que pasaba? Es difícil describir a este hombre. Porque no podemos decir que seguía siendo ciego. No podemos decirlo, porque sí puede ver; y sin embargo, titubeamos en decir que puede ver porque lo que ve son "árboles que caminan". ¿Qué pasa, entonces? ¿Es ciego, o no lo es? Tengo la impresión de que al mismo tiempo tenemos que decir que es ciego, y que no lo es. Porque no es ni una cosa ni la otra.

Y esto es precisamente lo que me urge tratar ahora. Me preocupan los cristianos que por no tener esto en claro se hallan inquietos, infelices y desdichados. Casi es imposible definirlos. Hay veces en que hablamos con gente así y pensamos: "He aquí un cristiano". Pero luego volvemos a encontramos con esa misma persona, y de inmediato nos asalta la duda y tenemos que decir: "Si éste puede decir y hacer algo así, no puede ser cristiano". Y cada vez que nos encontramos con alguien así tenemos una impresión diferente. Nunca sabemos con seguridad si es o no cristiano. Decir que sea ciego o que no lo sea no resulta satisfactorio. Pero hay un problema aún mayor, y es que no sólo otros tienen esa impresión de tales personas, sino que ellas mismas tienen esa impresión de sí mismas. Voy a permitirte reconocerles esto: son infelices porque ellos mismos no saben quiénes son. Algunas veces, luego de haber asistido a algún culto, puede oírseles decir: "Sí, soy cristiano, y comparto esta fe". Pero algo sucede más tarde, y declaran: "No es posible que sea yo cristiano. Si lo fuera, no tendría tales pensamientos ni me sentiría movido a hacer lo que hago". De modo que comparten con otros cristianos las mismas preocupaciones acerca de su personalidad. Se sienten cristianos, pero no están seguros de serlo. Parecen saber del cristianismo lo suficiente para no disfrutar de los placeres del mundo y, sin embargo, no saben lo suficiente como para sentirse contentos con ellos mismos. No son "ni fríos ni calientes". Pueden ver y, sin embargo, son ciegos. Creo que estamos de acuerdo en que, lastimosamente, estoy hablando de la condición de un gran número de personas. Se trata de una condición aflictiva y, como ya puede anticiparse, mi mensaje completo es que nadie debería hallarse en ella ni quedarse en ella. Más aun, nadie tiene que quedarse en ella.

Sigamos las enseñanzas de nuestro Señor. Y la mejor manera de hacerlo es enfocar el caso de esta gente desde una perspectiva distinta.

Hasta ahora he estado hablando en términos generales. Pero voy a permitirme mencionar algunos casos específicos para que esas personas puedan verse a sí mismas, y también para que todos nosotros podamos visualizar esta condición. ¿Qué es lo que puede ver esta gente? Algo. Nuestro ciego dijo algo como esto: "Sí, puedo ver, y veo gente; pero algo anda mal, porque los veo como árboles que caminan".

¿Qué es lo que ve esta gente? Con frecuencia les resulta muy claro que algo anda mal con su modo de ser. No están contentos consigo mismos. Algo ha sucedido que les provoca ese halo de insatisfacción consigo mismos. En otro tiempo estaban perfectamente satisfechos de ser como eran. Siguieron viviendo su vida, pensando que no había nada malo en vivir así. Pero ahora todo ha cambiado. Algo ha sucedido que les hace ver su vida de manera totalmente diferente. No necesito entrar en detalles. Basta con pensar en la gente que ahora mismo lleva esta clase de vida, gente que devora los chismes periodísticos, gente que considera maravillosa y envidiable la vida de los círculos sociales y del teatro, gente que todo el tiempo piensa que "esto sí es vida". Pero esta gente ya no es así; ha llegado a darse cuenta de cuán vacua, vana y falsa resulta esa clase de vida, y todo esto les produce una profunda insatisfacción. Además, y al margen de todo, han visto que vivir así no es nada inteligente, sino más bien superficial. Llegan a estar insatisfechos consigo mismos y declaran que ya no pueden seguir así. Son muchos los que se hallan en esta condición, y son muchos también los que pasan por esta etapa, etapa en la que, en todo caso, el hombre llega a darse cuenta de que todo está mal, aunque aún no se da cuenta de que el cristianismo está bien. Darse cuenta de esto a menudo lo lleva al cinismo lo mismo que a la desesperación.

De esto se han dado algunos casos muy dramáticos. Recuerdo bien el caso de un sobresaliente cirujano londinense en la cumbre de su carrera. Súbitamente, y para asombro y sorpresa de quienes lo conocían, llegó a saberse que lo había abandonado todo para hacerse a la mar como médico del primer barco que encontró. Lo que sucedió fue que este hombre destacaba en su profesión y tenía legítimas ambiciones de recibir ciertos honores inherentes a la misma. Pero súbitamente el desengaño le abrió los ojos al respecto, y concluyó que no había satisfacción alguna en la vida que llevaba. Todo esto lo percibió con claridad, pero no llegó a ser cristiano. Tan sólo se volvió cínico, y todo lo abandonó. Como éste, ha habido muchos otros casos notables de gente que ha renunciado a todo para buscar refugio en la soledad y encontrar



allí, en cierta medida, paz y felicidad, sin llegar a ser cristianos. Esa es una posibilidad.

Pero pueden ir más lejos todavía y llegar a ver las excelencias de la vida cristiana, tal como se encuentran en el Sermón del Monte. Esta gente admite: "No hay duda alguna al respecto. La vida cristiana es la vida, ¡si tan sólo todos vivieran así!". Esta gente puede también haber leído la vida de los santos y concluir que algo maravilloso había en torno de ellos. Tal vez en algún momento de su vida no mostraron ningún interés, pero ahora han llegado a ver que la vida bosquejada en el Sermón del Monte es verdadera vida; y al ver el modelo de vida que nos presenta 1 Corintios 13, exclaman: "Si tan sólo todos viviéramos así, este mundo sería el Paraíso". Hasta este grado de lúcida percepción han llegado.

Pueden haber llegado aún más lejos. Pueden haber llegado a percibir que Jesucristo es la única esperanza y que Jesucristo es, en cierto modo, el Salvador. Nótese el tono con que digo que Jesucristo es, "en cierto modo", el Salvador. Han llegado a percibir que Jesús podría ayudarlos; han llegado a ver que el cristianismo es la única esperanza para el mundo, y de alguna manera ven y saben que este Jesús puede ayudarlos. En algún momento de su vida no mostraron mayor interés en Jesús, y sin darle importancia hasta le dieron la espalda. Pero las cosas han cambiado. Se han dado cuenta de la vaciedad del mundo; han visto algo de la vida que llevan algunos cristianos; se han dado cuenta de que Jesucristo es la única alternativa de cambio, y se han dado cuenta igualmente de que, "en cierto modo", Jesucristo es el Salvador. De modo que ahora muestran interés en él y se ocupan de él. Todo esto lo ven con mucha claridad.

En realidad, podemos ir más allá y decir en cuanto a ellos que, a diferencia de la gente de que hablamos en el capítulo anterior, estos se han dado cuenta de que no pueden salvarse a sí mismos. El problema con quienes no tienen un claro entendimiento de la justificación por la fe es que todavía están tratando de justificarse a sí mismos, pero esta gente sabe que no puede hacerlo. A menudo lo han intentado, pero no han tenido éxito; y como perciben la verdadera naturaleza de la calidad de vida cristiana, perciben también que, por sí mismo, el hombre no puede llegar tan alto. Esta gente sabe que no puede salvarse a sí misma.

No faltará quien me diga que he ido demasiado lejos y que soy muy generoso con ellos ¡Pero no! Simplemente estoy hablando de lo que esta gente puede ver, del mismo modo que cuando a aquel hombre en las manos de nuestro Señor se le preguntó: "¿Puedes ver?", él respondió

que sí. Y ciertamente podía ver; podía ver gente. Y la gente de que hablo ha llegado a ver algo. A decir verdad, esta gente puede ver todo lo que ya he mencionado.

Lastimosamente, tengo que decir también que esta gente todavía está confundida y no ve aún con claridad. Sólo han visto a la gente como "árboles que caminan". ¿Hasta que punto puede decirse esto de ellos con verdad? La dificultad en este caso radica en saber qué es lo que hay que desechar; sin embargo, trataré de seleccionar tres aspectos que considero de la mayor importancia.

En primer lugar, esta gente no capta con claridad ciertos principios. Por eso cautamente dije que ellos saben que, "en cierto modo", Cristo es el Salvador. Lo que no saben es de qué modo es el Salvador. Por ejemplo, no entienden con claridad la muerte de Cristo ni la absoluta necesidad de que muriera. Ni tampoco entienden con claridad la doctrina del nuevo nacimiento. Cuando uno habla con ellos al respecto, pronto se da cuenta de que están totalmente confundidos. Claramente dicen que no ven, ¡y tienen toda la razón! No ven ni entienden por qué Cristo tuvo que morir; no ven la necesidad del nuevo nacimiento. Los conocemos bien. No están satisfechos con la vida que llevan, pero alaban la vida cristiana; están dispuestos a hablar de Cristo como el Salvador, pero todavía "no pueden ver" ciertas verdades. Esto redundante, para ellos, en tribulación, infelicidad y desdicha.

En segundo lugar, ellos no tienen clara conciencia de que su corazón no está del todo comprometido. Aunque son capaces de ver muchas cosas, en realidad no encuentran su felicidad en el cristianismo ni en la postura cristiana. Por una u otra razón esto no los conmueve ni hallan allí un gozo verdadero. Siempre tienen que estar recordandoselo y tratando de involucrarse. No son felices. Y si acaso lo son, hallan esa felicidad en alguna otra parte, pues su corazón no está del todo comprometido. Menciono esto aquí simplemente porque, si Dios así me lo permite, espero ocuparme de esto más y con mayor detalle más adelante. Ahora estoy presentando sólo un panorama sinóptico y general de esta condición.

En tercer lugar, es un hecho comprobable que la gente de que hablamos tiene una voluntad dividida. Son personas rebeldes, y no ven por qué alguien que se dice "cristiano" debe hacer ciertas cosas y dejar de hacer otras. Piensan que eso es ser obtuso; no obstante, atacan su vida anterior y, en términos generales, abrazan la vida cristiana. Reconocen a Cristo como Salvador y, sin embargo, cuando se llega a la cuestión de

aplicar voluntariamente sus enseñanzas, no tienen un concepto claro sino que siempre están discutiendo al respecto, y siempre se preguntan si está bien que hagan esto o aquello. En el campo de la voluntad carecen de tranquilidad. Y no los estoy caricaturizando, sino dando una descripción muy literal, precisa y detallada de cómo son. Muchos de nosotros hemos pasado por esa etapa, y la conocemos por experiencia; tal parece que así como nuestro Señor adoptó físicamente este procedimiento especial en el caso del ciego, algunas veces hace algo semejante en la conversión. Hay quienes de inmediato captan esto con claridad; hay otros que pasan por etapas. Ahora estamos tratando con aquellos que pasan por esta etapa en particular, y así es como yo hablaría de su condición.

Y paso ahora al siguiente asunto. ¿Por qué cuando nuestro Señor salió a enseñar, planteó a sus discípulos esta serie de preguntas, y luego las dramatizó en este incidente? O bien, para decirlo de otro modo, ¿cuáles son las causas que provocan esta condición? ¿Por qué habría de estar la gente en condiciones tan ambiguas, entre ser cristianos y no serlo, entre ser y no ser, al mismo tiempo? No hay duda de que en algunos casos la responsabilidad recae enteramente en el evangelista respectivo, que por primera vez suscitó estas cuestiones. Con frecuencia, son los evangelistas los que causan el problema, pues en su afán de dar a conocer resultados generan esta condición.

Pero no siempre es culpa del evangelista. Con frecuencia, y tal vez con demasiada frecuencia, la culpa es de la gente misma. He aquí algunas de las principales razones por las que se encuentran en este estado. En primer lugar, estas personas generalmente son reacias a las definiciones claras; les disgusta la franqueza y la certidumbre. No hace falta que entremos aquí en razones específicas, pero me parece que se oponen a las ideas y las definiciones claras en razón de lo que estas demandan. El tipo más cómodo de religión es siempre aquella de carácter vago, nebuloso e incierto, atiborrada de formas y rituales. Por eso no me sorprende que el catolicismo romano atraiga a cierto tipo de gente. *Una religión resulta más cómoda mientras más vaga e indefinida sea.* No hay nada más incómodo que la precisión de las verdades bíblicas, pues demandan decisiones. Por eso esta gente dice: "Usted está siendo demasiado preciso, demasiado legalista. Y eso no me gusta. Yo creo en el cristianismo, pero usted es demasiado rígido y estrecho en sus conceptos". Conocemos esta clase de gente. Pero si partimos de la teoría de que el cristianismo no es claro ni definido, no nos sorprenda encontrarnos como el ciego, viendo a los otros como "árboles que

caminan". Si nuestra vida y experiencia cristianas parten de la idea de no necesitar un enfoque claro ni una definición precisa, ¡es muy probable que jamás lleguen a tenerlos!

La segunda causa, que con mucha frecuencia representa el verdadero problema, es que esta gente nunca acepta del todo la enseñanza y la autoridad de las Escrituras. Al fin de cuentas, me parece que esta es la causa de todo el problema, porque esta gente no se acerca a la Biblia ni se somete a ella de manera total y absoluta. Si nos acercáramos a las Escrituras como niños pequeños, y las tomáramos al pie de la letra y les permitiéramos hablarnos, nunca se suscitaría esta clase de problema. Pero esta gente no quiere hacerlo así, sino que mezcla sus propias ideas con la verdad espiritual. Alegan, por supuesto, que esas ideas tienen base bíblica, pero esa base bíblica —y ésta es la palabra fatal!— fue "modificada" por ellos de inmediato. Aceptan ciertas ideas bíblicas, pero han transportado y mezclado con ellas otras ideas y filosofías de su antigua vida. Mezclan las ideas naturales con las ideas espirituales. Admiten que les gusta el Sermón del Monte y el capítulo 13 de 1 Corintios; declaran que creer en Cristo como Salvador, pero todavía argumentan que no hay que exagerar la nota, y se confiesan adeptos de la moderación. Y allí es donde empiezan a modificar las Escrituras. Se niegan a reconocer su autoridad en todos los aspectos de la vida, en la predicación y en su modo de vivir, en doctrina y en cosmovisión. Alegan que "las circunstancias han cambiado", y que "la vida ya no es lo que antes era", y que "ahora vivimos en el siglo veinte". Y así, en vez de asimilar las doctrinas de las Escrituras de principio a fin, y reconocer cuán fútil es hablar acerca del siglo veinte, aquí y allá modifican las Escrituras y las acomodan a sus propias ideas. Pero la Palabra de Dios trasciende al tiempo, y precisamente por ser la Palabra de Dios debemos someternos a ella y confiar en que Dios usará sus propios métodos como a él le parezca mejor.

Pero hay otra causa de esta condición, y es que a sus víctimas casi invariablemente no les interesa la doctrina. Y a usted, ¿le interesa? En algunos casos, estas personas son tan necias que contrastan la doctrina con lo que consideran una lectura espiritual de las Escrituras. Se declaran partidarias de las exposiciones bíblicas, pero no de la doctrina, porque no les interesa. Declaran creer en las doctrinas que se encuentran en la Biblia, y en las que de ella se derivan, pero establecen un contraste fatal entre exposición bíblica y doctrina. ¡Increíble, pero cierto! Porque, ¿que propósito tiene la Biblia que no sea presentar la doctrina? ¿Y qué

valor tiene la exposición que no sea conducirnos a la verdad? Sin embargo, no resulta difícil entender su postura. Lo que duele, es la doctrina; lo que enfoca las cosas, es la doctrina. Porque una cosa es contemplar cuadros y estar interesado en las palabras y en los matices de significado. Eso no molesta, porque no centra la atención en el pecado ni demanda una decisión. Podemos arrellanarnos y disfrutar de la experiencia, pero la doctrina nos habla directamente y nos exige tomar una decisión. La doctrina es verdad, y nos examina y nos prueba y nos lleva al autoexamen. No resulta entonces sorprendente que, si empezamos por objetar a la doctrina como tal, no podamos ver con claridad. El propósito fundamental de todos los credos emanados de la Iglesia Cristiana, y de todas las confesiones de fe sobre doctrina y dogma, fue el de llevar a la gente a ver y pensar con claridad. Así fue como llegaron a formularse. En los primeros siglos de la Iglesia Cristiana, el Evangelio se predicaba de generación en generación; pero hubo algunos que empezaron a impartir enseñanzas erróneas. Algunos decían, por ejemplo, que en realidad Cristo no se había encarnado, sino que su apariencia era la de un fantasma. Se decían las cosas más disparatadas, y esto a muchos les causaba desasosiego y confusión. Fue así como la Iglesia empezó a formular sus doctrinas a la manera del Credo de los Apóstoles, etc. ¿O acaso pensamos que los primeros padres hicieron todo esto sólo por el placer de hacerlo? De ninguna manera. Lo hicieron por razones prácticas: la verdad debe definirse y salvaguardarse; de lo contrario, la gente caerá en el error. Por tanto, no debe sorprendernos que, si objetamos a la doctrina, no veamos las cosas claramente y seamos infelices y desdichados. No hay nada que aclare tanto la visión espiritual del hombre como el que llegue a asimilar y entender las doctrinas de la Biblia.

Finalmente, propongo que lo que explica esta condición es que mucha gente no toma las doctrinas de las Escrituras en su orden correcto. Este es un punto muy importante, y espero retomarlo más adelante. Pero esto lo sé por experiencia personal. Es muy importante que tomemos las doctrinas de la Escritura en su orden correcto, porque si tomamos la doctrina de la regeneración antes de la doctrina de la expiación, vamos a estar en problemas. Si nos interesa el nuevo nacimiento y la vida nueva, antes de que entendamos claramente nuestra relación con Dios, estaremos tomando el camino equivocado y, con el tiempo, nos sentiremos desdichados. Lo mismo pasará si tomamos la santificación antes que la justificación. Las doctrinas deben

tomarse en su orden correcto. O dicho de otro modo, podemos resumir todo lo anterior diciendo que la causa principal de la condición que estamos considerando es nuestra negativa a pensar bien las cosas. Éste es el peligro fatal de querer disfrutar de algo antes de tenerlo en nuestras manos y sentirlo nuestro. Por lo general, las víctimas de esta confusión espiritual, de esta falta de claridad, de este absurdo de ver y no ver al mismo tiempo, son los hombres y las mujeres que se niegan a pensar bien las cosas, los hombres y las mujeres que no quieren aprender y que, por varias razones —la más frecuente de ellas, la autoprotección— tampoco pueden aprender.

Esto nos lleva a la pregunta final. ¿Qué remedio hay para curar esta condición? De momento, sólo ofreceré unos principios. El primero de ellos resulta evidente: evitemos a toda costa adelantarnos a declarar que nuestra ceguera ya ha sido curada. El ciego debe haberse sentido fuertemente tentado a hacerlo así. Porque tenemos en su caso a alguien que había estado ciego. Nuestro Señor le echa saliva en los ojos y le pregunta: “¿Puedes ver ahora?” (Mr. 8:23). El otrora ciego responde: “Veo”. ¿Qué tentación debe haber sentido de echarse a correr y anunciarle a todo el mundo: “¡Puedo ver!” En cierto sentido, este hombre podía ver; pero hasta ese momento su visión era incompleta e imperfecta, de modo que resultaba sumamente importante que no testificara hasta que pudiera ver con claridad. Aunque ésta es una gran tentación, y puedo comprenderla, resulta fatal dejarse llevar por ella. ¡Cuántos no están haciendo lo mismo en este momento! ¡Cuántos no se sienten presionados a hacerlo, y proclaman que pueden ver, cuando en realidad son muchos los que saben que no ven con claridad, y que todavía se encuentran en la etapa de la confusión! ¡Cuánto daño causa la gente así al describir a los otros como “árboles que caminan”! ¡Cuán desorientador resulta esto para los demás!

El segundo principio es exactamente lo contrario del primero, en que la tentación es salir corriendo y proclamando que se puede ver, antes de que en realidad pueda verse claramente. La segunda tentación es sentirse absolutamente desesperanzado y decir: “No tiene caso seguir adelante. Tú has puesto saliva en mis ojos y me has tocado. En cierto sentido, veo; pero la gente que veo parecen ‘árboles que caminan’”. Personas así vienen a mí frecuentemente y dicen que no pueden ver claramente la verdad. En su confusión, se desesperan y preguntan: “¿Por qué no puedo ver? ¡Ya todo está perdido!” Entonces dejan de orar

y de leer su Biblia. Con sus mentiras, el diablo ha desalentado a muchos. No lo escuchemos.

¿Cuál, entonces, es la cura? ¿Y cuál el camino correcto? La cura consiste en ser sincero y en responder a las preguntas de nuestro Señor con verdad y honradez. Todo el secreto del asunto consiste en esto Jesús se dirigió a este hombre y le preguntó: “¿Puedes ver bien?” Y el hombre respondió con absoluta honradez: “Ver puedo; pero los hombres que veo parecen árboles que caminan”. Lo que salvó a este hombre fue su absoluta honradez. Y la pregunta es ahora: ¿Dónde estamos nosotros? Todo este sermón tiene como objeto plantearnos precisamente esta pregunta: ¿Dónde estamos? ¿Qué es lo que vemos? ¿Ya tenemos todo en claro? ¿Somos felices? ¿Realmente podemos ver? Es necesario que sepamos si vemos o no vemos, y dónde estamos. ¿Conocemos a Dios, y a Jesucristo? Y no sólo como nuestro Salvador, sino que ¿lo conocemos? ¿Estamos llenos de “gozo inefable y de gloria”? Ése es el cristiano del Nuevo Testamento. ¿Podemos ver? Seamos honrados. Encaremos las preguntas. Encarémoslas con absoluta honradez.

¿Y ahora, qué? Bueno, el último paso es que nos sometamos a él, y esto de manera íntegra, como lo hizo nuestro ciego, que no se opuso a recibir un tratamiento posterior sino que se regocijó en él. Yo creo que si nuestro Señor no hubiera dado el siguiente paso, el ciego se lo habría solicitado. Y nosotros podemos hacer lo mismo. Acerquémonos a la Palabra de Dios, y dejemos de hacer preguntas. Empecemos con las promesas en su debido orden. Digamos: “Quiero la verdad, cueste lo que cueste”. Sujétemonos a ella, y sométemonos a ella; alleguémonos a él en completa sumisión, como si fuéramos niños, y pidámosle que nos dé una visión clara y perfecta, y que nos sane del todo. Si lo hacemos, podemos estar seguros de que él puede hacerlo así. Es más, contamos con la promesa de que, en su bendito nombre, él así lo hará, pues nunca deja nada incompleto. Esa es la enseñanza. Escuchémosla. Este ciego fue sanado y restaurado, y “vio claramente a todos”. La postura cristiana es clara al respecto. No estamos condenados a quedarnos en un estado de duda y de recelo, de incertidumbre y de infelicidad. ¿Creemos que el Hijo de Dios vino de los cielos, que vivió en este mundo e hizo todo lo que hizo, que murió en una cruz, que fue sepultado y resucitó, y que ascendió a los cielos y envió al Espíritu Santo, tan sólo para dejarnos en un estado de confusión? ¡Imposible! Jesús vino para que pudiéramos ver con claridad, y para que pudiéramos conocer a Dios. Jesús vino para darnos vida eterna, y “ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el

único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado” (Jn. 17:3). Si como resultado de este examen aún nos sentimos infelices, acerquémonos a él y a su Palabra, esperemos en él, y supliquémosle, y aferrémosnos a él, y pidámosle, con las palabras del himno:

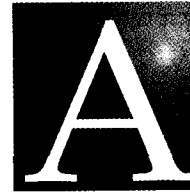
*Santo Espíritu, Verdad Divina,  
Hazme ver la luz de un nuevo día;  
Palabra de Dios, Luz interior,  
Despierta mi espíritu, aclara mi visión.*

Jesús se ha comprometido a hacerlo, y lo hará. Y nunca más seremos cristianos inseguros, que ven y no ven. Entonces podremos decir: “Puedo ver, y en él veo todo que necesito y más de lo que necesito, pues sé que le pertenezco”.

# Mente, corazón y voluntad

*Pero gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida.*

*Romanos 6:17*



sí aparece esta frase en la Versión Autorizada de la Biblia inglesa. En la versión Reina-Valera 1960 leemos (en este texto de Romanos) “forma de doctrina” en vez de “enseñanza”. Sin embargo, veremos que en ambos casos el significado es el mismo. Llamo la atención a este versículo porque, por medio de él, deseo continuar con nuestras reflexiones en torno a la causa y la cura de la “depresión espiritual”.

Al hacerlo así, habrá de impresionarnos el hecho de que las manifestaciones que puede presentar esta condición específica parecen no tener fin. Son tan variados sus modos de manifestarse que ese sólo hecho sirve a muchos de tropiezo, pues les asombra que esta sola enfermedad, esta condición espiritual, pueda tener tantos síntomas y manifestaciones. Por supuesto, el hecho de desconocer el problema en sí mismo, y por sí mismo, puede conducir a la condición que estamos considerando. Quien piense que una vez que se cree en el Señor Jesucristo todos los problemas quedan atrás, y que la historia termina con el clásico final feliz de los cuentos, lo más seguro es que tarde o temprano sufra de esta depresión espiritual. Llegamos a esta vida maravillosa, a esta condición espiritual, sólo por la gracia de Dios. Pero

no debemos olvidar jamás que sobre nosotros, y en contra de nosotros, existe otro poder. Somos ciudadanos del Reino de Dios, pero la Biblia nos dice que hay otro reino, también espiritual, que se opone a nosotros, y que en todo momento estamos bajo sus ataques y asedios. Estamos enfrascados en “la lucha por la fe”, y “nuestra lucha no es contra seres humanos sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales”. Mientras esto sea así, debemos estar preparados para cuando se manifieste la condición que estamos considerando, manifestación que puede darse en todo tipo de gente y en las más variadas formas.

Nada caracteriza mejor a Satanás que la sutileza con que actúa. Porque no sólo es Satanás capaz y poderoso; también es sutil. En efecto, el apóstol Pablo nos dice que, de ser necesario, Satanás puede transformarse en “un ángel de luz”. No hay nada que desee tanto como la ruina y la destrucción de la obra de Dios; y ninguna otra obra de Dios desea destruir con mayores ansias que la obra de gracia de Dios a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por lo tanto, desde que llegamos a ser cristianos nos convertimos en objeto especial de su atención. De allí que Santiago nos diga: “Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas” (1:2). Debemos considerarnos dichosos porque tales pruebas fortalecen nuestra fe. Tan pronto como llegamos a ser cristianos, el diablo deja ver un marcado interés por derribarnos, y nada le resulta tan exitoso como el hacernos desdichados, o el hacernos padecer lo que Charles Lamb llama “las paperas y el sarampión del alma”. Los cristianos víctimas de tales dolencias son como niños raquíuticos: no crecen, ni se muestran sanos y vigorosos. Cualquier cristiano en esta condición es, en grado mayor o menor, una negación de su propia fe, y esto complace a Satanás. Por eso le interesa tanto crear en nosotros esta condición; por eso recurre a incontables maneras de afectarnos y de manifestarse en nosotros. Bien podemos esperar que las manifestaciones de esta condición sean también muy cambiantes y variadas.

Me concentro ahora en otra causa general de esta condición, y que se halla descrita en el versículo que tenemos a la vista. Este versículo es una descripción positiva del cristianismo, pero puede usarse en forma negativa. Una de las causas más comunes de toda depresión espiritual es la falta de adecuación a la descripción que nos presenta este versículo. La descripción que aquí tenemos del cristiano es absoluta. Lo que Pablo

está diciendo es: “Ustedes eran esclavos de Satanás y estaban bajo su dominio. En esa condición estaban, pero ya no lo están”. Y da gracias a Dios de poder decir esto acerca de esos cristianos, que aunque alguna vez estuvieron en esas condiciones, ahora ya no lo están. ¿Por qué no? Porque “se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida” (Ro. 6:17), o bien “a la cual fuisteis entregados” (RV60). Así es como el apóstol describe a un cristiano.

Puede advertirse que lo que a Pablo le interesa recalcar es la totalidad y el equilibrio de la vida cristiana. Es una vida en la que uno “se somete” —he aquí la voluntad— “de corazón” —he aquí la emoción, la sensibilidad— a “la enseñanza”, la cual llega a la mente y al entendimiento. Así que cuando Pablo habla del cristiano, lo que pone de relieve es la totalidad de su vida: el todo del hombre —mente, corazón y voluntad— está involucrado. Y una causa muy común de la depresión espiritual proviene de no darse cuenta que la vida cristiana es una vida total y equilibrada. Una de las causas que más producen tribulación, discordia e inquietud en la vida del cristiano es precisamente esta falta de equilibrio.

Una vez más debo señalar que la causa de esta falta de equilibrio se origina —me temo que con demasiada frecuencia— en el predicador o evangelista. Por lo general, los cristianos carentes de equilibrio son el resultado de predicadores o evangelistas con doctrinas carentes de firmeza, definición e integridad. Según vayamos avanzando en nuestro estudio iremos viendo más y más cuán vitales e importantes son las circunstancias en que nace el cristiano. He llegado a pensar que alguien debería tomar esto como tema de estudio e investigar la relación que existe entre el desarrollo ulterior de los cristianos y los medios o métodos específicos que concurrieron en su conversión. Estoy seguro de que sería tan significativo como interesante. Generalmente, los hijos participan de las características de sus padres, y los conversos tienden a adoptar ciertas características de los que fueron usados por Dios para su conversión. Pero no sólo esto, sino que el tipo y clase de reunión en que la gente llega a la luz, y de hecho todo el entorno del nuevo nacimiento, tienden a influir en el desarrollo subsecuente de estos convertidos, más de lo que con frecuencia advertimos. Esto ya lo señalamos en un capítulo anterior, y ciertamente es muy importante en relación con el asunto que ahora estamos considerando. Esto explica la existencia de diferentes tipos de cristianos con ciertas características. Todos los miembros de un grupo cualquiera son muy semejantes entre sí, y comparten cierto “sello”, mientras que los de otros grupos son

diferentes. Ahora bien, en la medida en que esto sea cierto, y en la medida en que estas características particulares las tengamos asociadas con un tipo particular de ministerio, será la medida en que estaremos propensos a ser víctimas de esta falta de equilibrio, el cual puede, finalmente, manifestarse en infelicidad y desdicha.

El apóstol Pablo se ocupa de esto porque siempre suscita un problema práctico. Les estaba escribiendo a los cristianos de Roma, y no podemos asegurar si él se imaginó esta postura a fin de refutarla, o si ésta en realidad prevalecía en Roma. Tal vez en realidad había gente que decía: “¿Vamos a persistir en el pecado para que la gracia abunde?”, o tal vez el apóstol, habiendo establecido la doctrina de la justificación sólo por la fe, súbitamente se dice a sí mismo: “Ahora bien, hay un peligro en dejar esto así, pues no faltará quien diga: ‘Muy bien, ¿vamos a persistir en el pecado para que la gracia abunde?’”, porque él ha estado diciendo que “donde abundó el pecado, sobreamundó la gracia”. En la iglesia primitiva había gente que argumentaba de este modo, y todavía hay muchos que tienden a hacer lo mismo. Su actitud es: “Muy bien. A la luz de esta doctrina, no importa lo que haga un hombre. Mientras más peque, más glorificado será Dios al perdonarlo. No importa lo que yo haga, pues soy cristiano y la gracia de Dios me protégé”. ¿Pero qué dice a esto el apóstol? Su respuesta es que sólo puede decir algo semejante quien no ha entendido esta enseñanza. Quien la ha entendido, jamás llegará a tales conclusiones. Sería imposible. Por lo tanto, responde de inmediato: “¡De ninguna manera! Nosotros, que hemos muerto al pecado (y eso es lo que he estado predicando), ¿cómo podemos seguir viviendo en él?”. El cristiano está ahora “en Cristo” y, por lo tanto, no sólo ha muerto con él sino que también ha resucitado con él. Sólo quien nunca ha llegado a captar la enseñanza puede preguntar algo tan terrible como: “¿Vamos a persistir en el pecado para que la gracia abunde?”. Todo lo que el apóstol se propone en este capítulo es mostrar la importancia de captar el equilibrio de la verdad, así como la importancia de aferrarse al Evangelio completo y de darse cuenta de que no asirse a él conduce inevitablemente a ciertas consecuencias.

Me voy a permitir fragmentar un poco este asunto. Tenemos aquí enumerados ciertos principios. El primero de ellos es que la depresión espiritual o infelicidad en la vida cristiana es muy frecuente debido a que perdemos de vista la grandeza del Evangelio. El apóstol Pablo habla acerca de la “forma de doctrina a la cual fuisteis entregados” (RV60), es

decir, se refiere a “la enseñanza” (NVI). Si a menudo la gente se encuentra infeliz en la vida cristiana es porque ha visto el cristianismo, y todo el mensaje del Evangelio, en términos inadecuados. Algunos piensan que se trata simplemente de un mensaje de perdón, y si uno les pregunta qué es el cristianismo, su respuesta será: “Si crees en el Señor Jesucristo, tus pecados te serán perdonados”. Y eso es todo. No pasan de allí. Se sienten infelices por ciertas cosas de su pasado, y han oído decir que, en Cristo, Dios los perdonará. Y aceptan su perdón, pero no pasan de allí. Ése es todo su cristianismo. Hay otros que conciben el cristianismo sólo como moralidad. Desde su propia perspectiva, no necesitan el perdón, pero desean destacarse en la vida; quieren hacer el bien en este mundo, y el cristianismo es para ellos un programa de acción ético y moral. Tales personas están condenadas a la infelicidad, pues inevitablemente surgirán en su vida algunos problemas que, estrictamente, caen fuera de la moralidad; por ejemplo, la muerte de alguien, o alguna relación personal. Llegado el caso, la moral y la ética no resultarán de ayuda, ni les servirá de mucho lo que ellos creen que es el Evangelio. Cuando sobreviene el golpe, sobreviene también la infelicidad porque nunca han visto adecuadamente el Evangelio, sino sólo de manera parcial y fragmentaria. Hay también los que están interesados en el cristianismo sólo como algo bueno y hermoso, y se sienten atraídos a él sólo por razones estéticas. Así es como conciben el Evangelio. Para ellos, todo su mensaje completo no es más que algo muy bello y maravilloso, que les produce una sensación de bienestar cuando lo escuchan.

Pongo todos estos puntos de vista incompletos y parciales frente a esa gran verdad que el apóstol Pablo, con sus poderosos argumentos y proposiciones, y con sus vuelos de imaginación espiritual, elabora en esta Epístola a los romanos, y a la cual llama “la forma de doctrina”, o “la enseñanza”. Citando aquí una frase de Thomas Carlyle, todo lo “infinito e inmenso” de esta epístola, y de las epístolas a los Efesios y a los Colosenses, ¡eso es el Evangelio! Debemos tener un punto de vista preciso de estas cosas.

Pero alguno puede decir: “Cuando usted habla acerca de la epístola a los Efesios, o de la epístola a los Colosenses, seguramente no está usted hablando del ‘mensaje del Evangelio’, pues en el mensaje del Evangelio sólo se le habla a la gente del perdón de los pecados”. En cierto sentido, esto es verdad; pero en otro sentido no lo es. Cierta vez que había estado en el culto un domingo por la noche, me dio una carta, y en ella

me decía que había descubierto algo. Su descubrimiento consistía en que un día, durante un culto, obviamente evangelístico, había encontrado que había un mensaje para los ya creyentes. Decía aquel hombre: “Jamás me imaginé que esto podría suceder. Jamás pensé posible que, en un mismo culto, pudiera predicarse un mensaje evangelístico a los incrédulos y que, no obstante, ese mismo mensaje pudiera ser también para los creyentes, y que pudiera inquietarlos”. Lo que ese hombre estaba haciendo era una tremenda confesión: me estaba diciendo cuál había sido hasta ese momento su concepción del Evangelio. Era una de esas concepciones parciales e incompletas, que seleccionan una cosa aquí y otra cosa allá. ¡Pero no! La manera de evangelizar es compartir “todo el consejo de Dios”. Pero la gente alega estar muy ocupada, o no poder entender todo esto. Yo les recordaría que el apóstol Pablo predicó esto mismo a esclavos. No fueron “muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna” (1 Co. 1:26) a quienes Dios llamó. Lo que Pablo les dio fue esta tremenda presentación de la verdad. El Evangelio no es algo que se administra parcialmente, o en pequeñas dosis, sino que abarca toda la vida, toda la historia, y el mundo entero. El Evangelio nos habla de la creación y del juicio final, y de todos los sucesos intermedios. El Evangelio es una visión integral y completa de la vida, y la infelicidad de muchos en la vida cristiana se debe a que nunca se han dado cuenta de que este modo de vida es provechosa para la vida entera del hombre y abarca toda eventualidad de su experiencia. No hay un solo aspecto de la vida, del cual el Evangelio no tenga algo que decir. La totalidad de la vida debe estar bajo su influencia porque lo abarca todo; el propósito del Evangelio es el de controlarlo todo y gobernarlo todo en nuestras vidas. Si no podemos ver esto, lo más seguro es que tarde o temprano nos encontraremos en condiciones de infelicidad. Muchos son los que están propensos a verse en problemas, y esto es inevitable, porque se entregan a estas nocivas dicotomías antibíblicas y aplican su cristianismo sólo a ciertos aspectos de su vida. Eso es lo primero que vemos aquí. Debemos darnos cuenta de la grandeza del Evangelio, y de sus dimensiones vastas y eternas. Debemos vivir más de las riquezas, y en las riquezas, de estos grandes absolutos doctrinales. Y no debemos quedarnos siempre en los evangelios. Podemos partir de allí, pero debemos seguir adelante; entonces, cuando lo veamos realizado y puesto íntegramente en su contexto general, veremos lo poderoso que es el Evangelio, y que el propósito integral de nuestra vida es que ésta sea gobernada por él.

Lo cual nos lleva al segundo punto, que nos señala que así como frecuentemente pasamos por alto la grandeza y la totalidad del mensaje, así también pasamos por alto el hecho de que el hombre, en su totalidad, debe ser envuelto en el mensaje y por el mensaje. “[Ustedes] se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida” (Ro. 6:17). El hombre es una criatura maravillosa: es mente, corazón y voluntad. Estos son los elementos principales de que está constituido. Dios le ha dado una mente, un corazón y una voluntad, que le permiten actuar. Y una de las mayores glorias del Evangelio es tomar al hombre entero. A decir verdad, me atrevo a afirmar que no hay nada que pueda hacerlo. Solamente este Evangelio completo, esta visión total de la vida y de la muerte y de la eternidad, es lo bastante grande como para incluir al hombre entero. Muchos de nuestros problemas son el resultado de no darnos cuenta de esto. Nuestra repuesta a este gran Evangelio es sólo una respuesta parcial.

Voy a permitirme enumerar algunos aspectos en apoyo a mi argumento. Hay personas en las que predomina sólo la cabeza, es decir, el intelecto, el entendimiento. Tales personas dicen estar tremendamente interesadas en el Evangelio, pero como un punto de vista, como una filosofía cristiana. Tales personas siempre están hablando de la perspectiva cristiana, o de las percepciones cristianas, para usar el vocabulario en boga. Todo es algo puramente filosófico, y totalmente intelectual. Creo que estaremos de acuerdo en que hoy día hay un gran número de personas que asumen tal postura. Para ellas, el cristianismo reviste gran interés, y creen y proclaman que todos nuestros problemas podrían resolverse si tan sólo este punto de vista cristiano pudiera aplicarse a la política, a la industria y a cualquier otra esfera de actividades. Se trata enteramente de la actitud y del punto de vista intelectuales.

Hay otros, quizá no tantos hoy como antes, cuyo principal interés en el Evangelio radica en cuestiones teológicas, doctrinales y metafísicas, y en grandes problemas, argumentos y discusiones. Hablo de tiempos pasados, de días que ya se han ido. No quiero defenderlos, pero eran infinitamente preferibles a las posturas de nuestros días. Eran gente interesada solamente en los problemas teológicos del Evangelio, en torno a los cuales argumentaban y discutían, pues ése era su interés y su pasatiempo intelectual. Eran gente de mente muy comprometida. La tragedia, sin embargo, era que no iban más allá de ese interés, y que sus corazones jamás fueron tocados. En esas vidas no sólo estaba ausente la gracia del Señor Jesucristo, sino que a menudo había una ausencia de la



leche ordinaria que es la bondad humana. Eran gente que podía discutir, y casi pelear, acerca de doctrinas particulares, pero eran por lo general hoscos en su trato, gente a la que nadie acudiría en caso de estar en problemas, pues daban la impresión de ser incapaces de entender, o de condolerse. Peor aun: la verdad que con tanto interés buscaban no tenía aplicación alguna en sus vidas, pues se limitaba solamente a sus estudios. Esta verdad no afectaba en absoluto su conducta ni su comportamiento, sino que estaba confinada enteramente al campo del pensamiento. Obviamente, tarde o temprano debieron enfrentar dificultades y experimentar la infelicidad. ¿Ha visto alguien a una persona así en los últimos días de su vida? ¿La ha visto cuando ya no puede leer, o en su lecho de muerte? Yo he visto a una o dos, y no quiero ver a otra. Qué terrible es cuando un hombre llega al punto en que se sabe al borde de la muerte, y el “evangelio” que tanto ha discutido y razonado, y aun “defendido”, parece no ayudarlo porque nunca le afectó. Era sólo un pasatiempo intelectual.

Pero hay otros a quienes el Evangelio parece afectarles sólo el corazón. Éste es el fenómeno más común en nuestros días. Se trata de gente que piensa haber experimentado una liberación emocional; gente que ha pasado por una crisis emocional. No quiero menospreciar tales experiencias, pero hay un verdadero peligro en sólo tener experiencias puramente emocionales. La gente así probablemente tienen un problema en su vida. Tal vez ha cometido algún pecado en particular, y trata de olvidarlo, pero no logra hacerlo. Por fin, oye un mensaje que parece liberarla del problema, y lo acepta, y asunto arreglado. Pero no pasa de allí. Esta clase de gente necesita descargarse de un problema específico, y lo ha conseguido. Una presentación incompleta del Evangelio puede lograr esto, pero conduce a una experiencia parcial e incompleta. Y como tales personas desean principalmente eso, tienen su experiencia emocional y nada más.

También puede suceder que tengan una inclinación natural hacia el misticismo y los fenómenos místicos. Hay personas que son místicas de nacimiento; hay en ellas algo de sobrenatural, y por lo tanto se interesan en lo místico. En nuestros días hay gran interés en los fenómenos psíquicos y en las experiencias extrasensoriales. Siempre ha habido gente interesada en esta clase de fenómenos. Son místicos naturales, y se sienten atraídos por todo lo que parezca ofrecer una experiencia mística. Se acercan a las Escrituras porque creen que en ellas verán satisfechos

sus anhelos y deseos de una experiencia mística. Buscan eso, y eso encuentran. Pero nada más.

También puede ser que algunas personas se encuentren en esta situación simplemente porque las conmueve la presentación del Evangelio desde una perspectiva estética, ya sea la atmósfera de la iglesia, los coloridos vitrales, los monumentos, el ritual, los himnos que se cantan, la música, el sermón, o cualquiera de estas cosas, o todas ellas. La vida las ha tratado con crueldad y dureza, y se han quedado amargadas por las circunstancias. Pero asisten a un culto especial y, de alguna manera, se sienten consoladas y aliviadas, felices y complacidas. Eso es todo lo que necesitaban; ahora lo tienen, y no les hace falta nada más. Se sienten felices, y felices se van. Pero lo más seguro es que pronto se encuentren en un predicamento, y en una situación que en nada les ayudará. Algún día se enfrentarán a una crisis, y tendrán que resolverla, aunque nunca han aprendido a pensar en cosas así. Simplemente se han contentado con disfrutar de sus sentimientos.

Hay también los que se encuentran en esta posición unilateral porque en una reunión respondieron a un llamamiento. Recuerdo a varios ministros que me contaban sus experiencias como consejeros de un famoso evangelista que en cierta ocasión visitó nuestro país, y que ahora ya es anciano y se ha retirado del ministerio. Cuando les preguntaban a los asistentes por qué habían acudido a la consejería, no eran pocos los casos en que la persona misma no sabía la razón. “Pero usted ha venido aquí en busca de consejo”, le decían; “¿por qué lo hizo?”. Y la respuesta era: “Pues vine porque el predicador nos dijo que viniéramos”. Y es que ese predicador tenía un don maravilloso y excepcional para contar historias. Podía dramatizarlas y, con frecuencia, terminaba su mensaje con una historia conmovedora. Luego invitaba a la gente a pasar al frente y, casi en una especie de trance y sin saber por qué, la gente cruzaba el pasillo y se dirigía a la sala de consejería. Esa gente había sido conmovida, había sido fascinada, pero no parecía haber allí ninguna noción de la verdad, ni relación alguna con la “forma de doctrina” entregada. Esa gente había llegado a la consejería conmovida emocionalmente, pero nada más. Lo más seguro es que esa gente inevitablemente se encuentre en problemas en algún momento. Y se deprimirá, y será infeliz y desdichada. Esta gente tiene algo en el corazón, pero nada en la mente, y con frecuencia —y para su desgracia— tampoco en la voluntad. Se contentan con seguir

disfrutando de sus emociones y de sus sentimientos, y no les preocupa en absoluto aplicar la verdad a la mente y a la voluntad.

Por último, encontramos algo semejante en aquéllos que sólo involucran su voluntad. Es posible que suceda, y por desgracia ha sucedido, que la gente se sienta persuadida a aceptar el cristianismo. Esa clase de gente admite creer en las bondades de la vida cristiana, y solemnemente decide aceptarla. Soy de la opinión de que deberíamos abolir la palabra “decisión”. No me gusta. Me parece que hablar de “decidirse” por Cristo es una negación del texto que estamos considerando, como habré de demostrarlo. Vuelvo a repetir que esto de “hacer una decisión” es con frecuencia el resultado de un llamamiento. Cuando se bombardea la voluntad del hombre, no falta alguna voluntad que responda. Esa voluntad hará una decisión porque ha sido invitada a decidir, porque se ha ejercido presión sobre esa voluntad. Se les ha dicho que deben decidir, y deciden, pero no siempre saben por qué lo hacen. Más tarde, comienzan a hacer preguntas, pues el diablo se encarga de suscitarlas en su mente. Pero se encuentran con que tales preguntas no tienen respuesta.

Puedo resumir lo anterior de la siguiente manera: Personas así son de las que deciden adoptar el cristianismo, en vez de que éste las adopte a ellas. Nunca han experimentado ningún sentimiento de contrición; nunca han llegado a decir: “Dios mío, ya no puedo más; ¡ayúdame!”; no han sentido el imperativo de que todo lo demás debe quedar excluido; de que la verdad tiene que llegar a ellas, y que deben aceptarla. Eso es lo que Pablo nos dice en este capítulo. Parafraseamos lo que Pablo dice de esta manera: “¿De qué hablan? ¿Que vamos a persistir en el pecado, para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! ¿Cómo pueden decir tal cosa? ¿Se dan cuenta de cuál es la verdad? Eso quiere decir que aún no han entendido lo que significa la gracia” (cf. Ro. 6:1). Sólo quienes han entendido la verdad, desean ponerla en práctica. La tragedia de los otros es que jamás la han conocido.

Eso es lo que provoca esta condición. Pero debo recalcar algo. Se dan casos de gente que, como lo he venido demostrando, tiene comprometida sólo una parte de su personalidad: sólo la cabeza, sólo el corazón, sólo la voluntad. Creo que estaremos de acuerdo en que esta gente debe estar equivocada. Pero debo también aclarar que es igualmente erróneo comprometer sólo dos de estas tres partes, como por ejemplo, comprometer la cabeza y el corazón, pero no la voluntad. Y me parece que esto es lo que el apóstol quiere que entendamos. La

postura cristiana es de un triple compromiso; se comprometen los tres elementos juntos, al mismo tiempo, y en todo tiempo. Un Evangelio tan grandioso como éste adopta todo nuestro ser; y si todo nuestro ser no es adoptado por el Evangelio, pongámonos a pensar en dónde estamos. “Ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida” (Ro. 6:17). ¡Qué Evangelio! ¡Qué mensaje tan glorioso! Puede satisfacer del todo la mente del hombre; puede conmover del todo su corazón, y puede conducir a una obediencia de todo corazón en el campo de la voluntad. ¡Eso es el Evangelio! Cristo murió para que pudiéramos llegar a ser hombres completos, y no sólo para que se salvaran algunas partes de nosotros ni para que fuéramos cristianos incompletos; Cristo murió para que haya en nosotros una finalidad equilibrada.

Pero no sólo eso. Si nos falta esta proporción, más tarde nos veremos en dificultades, pues Dios ha hecho al hombre de manera equilibrada. ¿Nos hemos puesto a pensar en esto? En psicología resulta interesante ver que Dios ha puesto en nosotros estos tres poderes: la mente, el corazón y la voluntad. ¡Y son unos poderes tremendos! Nosotros habríamos pensado que los tres jamás podrían coexistir en una sola persona, pero Dios hizo perfecto al hombre. En el Señor Jesucristo podemos ver esto perfectamente. Y el propósito de la salvación es que lleguemos a esa perfección, que de tal manera nos conformemos a su imagen que los efectos y las marcas del pecado sean borrados y destruidos.

Me voy a permitir agregar algo en relación con este equilibrio. Estos elementos deben seguir siempre el orden correcto. En este versículo hay un orden bien definido, y obviamente es el siguiente: Esta gente era esclava del pecado, pero ya no lo es. ¿Por qué no? Según nos dice el apóstol, la forma de doctrina llegó a ellos: “Ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida”. Ellos vivían en la esclavitud; ¿cómo llegaron a ser libres? ¡Mediante la verdad que les fue presentada! No fueron conmovidos sólo emocionalmente, en el ámbito del corazón, ni se apeló solamente a su voluntad. ¡No! ¡Se les presentó la verdad! Todo este debe ponerse siempre en el orden correcto, y en primer orden va la verdad. Antes que nada, la doctrina; antes que nada, la norma de enseñanza; antes que nada, el mensaje del Evangelio. No nos interesa apelar simplemente a las emociones de la gente, ni quedarnos en el campo de lo volitivo; los que nos interesa es “predicar la Palabra” (cf. Mr. 2:2). Los apóstoles no fueron enviados sólo a producir resultados y a cambiar a la gente. Fueron enviados a “predicar el evangelio” (1 Co. 1:17; cf. Mt. 4:23; 9:35), a predicar “la verdad” (cf. 2 Co. 6:7; Ef. 1:13), a predicar

y proclamar a Jesús y la resurrección (cf. Hch. 4:2; 1 Co. 15:21). ¡Fueron enviados a predicar este mensaje, esta forma de doctrina, este depósito! Tales son los términos que se usan en el Nuevo Testamento, y la Iglesia acaba produciendo monstruosidades espirituales cuando deja de poner antes que nada esta predicación.

El cristiano debe saber por qué lo es. El cristiano no es alguien que simplemente dice: "Algo maravilloso me ha ocurrido". De ninguna manera. El cristiano puede y está listo "para dar razón de la esperanza que hay en él". Si no puede hacerlo así, más le vale ver dónde se encuentra. El cristiano sabe por qué es cristiano, y sabe qué terreno pisa. Se le ha transmitido la enseñanza; ha recibido la verdad. Esta "forma de sana enseñanza" ha llegado hasta él, hasta su mente, y debe siempre empezar con su mente. La verdad llega a la mente y al entendimiento mediante la iluminación del Espíritu Santo. Una vez que el cristiano ha conocido la verdad, llega a amarla. La verdad le conmueve el corazón, pues ve lo que era, y la vida que llevaba, y acaba por aborrecerla. Cuando vemos que la verdad acerca de nosotros es que somos esclavos del pecado, acabamos por aborrecernos. Pero cuando vemos la gloriosa verdad que nos habla del amor de Cristo, la queremos, la deseamos. Así es como se compromete el corazón. En realidad, conocer la verdad significa conmoverse ante ella y llegar a amarla. Esto es inevitable. Cuando vemos claramente la verdad, lo sentimos. Esto, a su vez, nos conduce a experimentar grandes deseos de practicarla y de vivirla.

He aquí el argumento completo de Pablo. Nos dice: "Hablar de persistir en el pecado es impensable. Si tan sólo tuvieran conciencia de que están unidos a Cristo, de que han muerto con él y de que, por tanto, han resucitado con él, jamás hablarían así. Ustedes no pueden estar unidos a Cristo, y ser uno con él, y al mismo tiempo hablar de persistir en el pecado. ¿Acaso esta gran verdad me da licencia para seguir haciendo lo que antes me atraía? ¡Por supuesto que no! Eso es inconcebible. Todo el que sabe y cree que ha resucitado con Cristo, inevitablemente deseará andar con él en novedad de vida".

Así es como presenta Pablo su poderoso argumento y su demostración, y de allí arriba a mi conclusión final: en este campo debemos siempre estar conscientes de que, al hablar con otros, nunca debemos dirigirnos sólo al corazón. Y aún añadiría que tampoco debemos dirigirnos sólo a la voluntad. Este es un principio muy importante, y debemos tenerlo presente tanto en el trato personal como en la predicación. Siempre habrá de influirse en el corazón a través del

entendimiento: primero la mente, después el corazón, y finalmente la voluntad. No tenemos derecho de enfocar nuestras baterías hacia el corazón, ni en nosotros mismos ni en ninguna otra persona. He sabido de hombres de mala vida que, para su propia condenación, han hallado consuelo en el hecho de que, en una reunión religiosa, llegaron a conmoverse emocionalmente hasta las lágrimas, y hasta alegraron: "Yo no debo ser tan malo; de lo contrario, no habría reaccionado así". Pero sus deducciones son falsas, pues su respuesta emocional la produjeron ellos mismos. Si ésta hubiera sido una respuesta a la verdad, su vida habría cambiado. No debemos dirigirnos nunca sólo al corazón o a la voluntad. La verdad llega al hombre a través del más grande don que Dios le ha dado: la mente, el entendimiento. Dios hizo al hombre a su propia imagen, y sin duda la parte más impresionante de esta imagen es la mente y su capacidad de asimilar la verdad. Dios nos ha dotado de ella, y a través de ella nos hace conocer la verdad.

Sin embargo, Dios no nos permite pensar que todo termina con el intelecto. Empieza con él, pero sigue adelante; conmueve luego al corazón y, finalmente, el hombre rinde su voluntad, no para obedecer de mala gana o contra su voluntad sino con todo el corazón. La vida cristiana es una vida gloriosa y perfecta, que envuelve y cautiva la personalidad entera. ¡Quiera Dios hacer de nosotros cristianos equilibrados, hombres y mujeres de quienes pueda decirse que, de manera clara y evidente, se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida!

# Ese pecado

*Pero precisamente por eso Dios fue misericordioso conmigo, a fin de que en mí, el peor de los pecadores, pudiera Cristo Jesús mostrar su infinita bondad. Así vengo a ser ejemplo para los que, creyendo en él, recibirán la vida eterna.*

1 Timoteo 1:16



En el capítulo anterior estuvimos considerando a quienes son infelices y nunca disfrutaban realmente de su vida cristiana por no mantener el equilibrio entre la mente, el corazón y la voluntad. En esta primera Epístola a Timoteo, Pablo se ocupa de esto y nos dice que debemos mantener “la fe y una buena conciencia”, pues “por no hacerle caso a su conciencia, algunos han naufragado en la fe”. Y entre ellos cuenta a Himeneo y Alejandro, “a quienes he entregado a Satanás para que aprendan a no blasfemar” (1 Ti. 1:19, 20). Esta falta de equilibrio es una de las grandes causas no sólo de la infelicidad sino del fracaso y del tropiezo en la vida cristiana.

No faltan los que se sorprendan de todo esto. Tienen un punto de vista muy superficial del cristianismo, pues sostienen que una persona es cristiana si ha firmado una tarjeta de compromiso y, por lo tanto, debe ser perfectamente feliz. Pero, como claramente lo demuestran la experiencia y la historia de la Iglesia, nada hay más alejado de la verdad, y si adoptamos tan superficial punto de vista, muy pronto nos veremos en dificultades. La realidad es que, por varias razones, siempre hay cristianos en problemas, y no es posible leer las epístolas del Nuevo Testamento sin advertir que lo que estoy diciendo es verdad. Si todo se

redujera a creer y aceptar la salvación, entonces nunca habrían hecho falta las epístolas del Nuevo Testamento y, para decirlo francamente, tampoco haría falta la Iglesia. La gente sólo tendría que ser salva y vivir felizmente su vida cristiana por el resto de sus días. Pero abundan las pruebas de que no es así. La gente del Nuevo Testamento había creído y llegado a ser cristiana; sin embargo, fue necesario que los apóstoles Pablo, Pedro y Juan, y otros, les escribieran cartas porque, de una u otra manera, pasaban por dificultades. Eran infelices por varias razones; no estaban disfrutando de su vida cristiana. Algunos sentían la tentación de mirar retrospectivamente a la vida de la cual habían sido rescatados; otros enfrentaban duras tentaciones; otros eran cruelmente perseguidos. Vemos, pues, que la mera existencia de las epístolas del Nuevo Testamento demuestra que la infelicidad es una condición que aflige al pueblo cristiano. Hay en esto un extraño consuelo y, no obstante, un hecho innegable. Si alguno de mis lectores se halla en problemas, permítame decirle que el hecho de que se sienta infeliz o esté pasando por dificultades no significa que no sea cristiano; y me atrevo a decir que si usted nunca ha tenido ningún problema en su vida cristiana, dudo mucho que en verdad sea usted cristiano. Porque se puede tener una paz engañosa; se puede creer en algo ilusorio. El Nuevo Testamento en su totalidad, y la historia de la Iglesia a través de los siglos, dan testimonio elocuente de que estamos librando una "lucha de fe", de modo que la ausencia de problemas anímicos dista mucho de ser una buena señal. O bien, es un grave indicio de que algo anda radicalmente mal. Y hay una muy buena razón para afirmarlo. Desde el momento en que nos declaramos cristianos nos convertimos en el blanco principal de los ataques del diablo, quien del mismo modo que asedió y atacó a nuestro Señor también asedia y ataca a su pueblo. "Considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas" (Stg. 1:2), o tentaciones, nos dice Santiago. Esto pone a prueba nuestra fe, y no sólo nuestra fe sino, en cierto modo, el hecho mismo de que tenemos fe. Precisamente por pertenecer nosotros al Señor, el diablo hará todo lo posible por molestarnos y trastornarnos. Gracias a Dios, el diablo no puede robarnos nuestra salvación, pero sí puede hacernos la vida imposible y, si somos lo bastante tontos como para escucharlo, puede también afectar seriamente el gozo de nuestra salvación. Eso es precisamente lo que trata de hacer todo el tiempo, y precisamente por eso contamos con estas enseñanzas e instrucciones en las epístolas del Nuevo Testamento.

En este capítulo vamos a ver la manera más común que tiene el diablo de atacarnos. No sólo la sugiere este versículo en particular sino todo el capítulo de esta sección biográfica, sección en la que el apóstol se refiere a sí mismo como ministro del Evangelio del Señor Jesucristo. El problema en este caso es el que afrontan los cristianos que, por causa de algún pecado específico en su vida anterior, o por la forma tan particular en que el pecado se introdujo en su caso, se sienten desdichados o sufren de depresión espiritual. Por mi experiencia en el ministerio, que abarca ya muchos años, yo diría que no hay problema más común. Es un problema recurrente, y me parece que he atendido a más gente en relación con éste en particular que en relación con cualquier otro problema.

A primera vista, no faltará quien se pregunte, y hasta dude, si tales personas son realmente cristianas. La verdad es que lo son. Si se les pide que definan la fe cristiana, lo harán a la perfección, y hasta parecerán tener bien clara la doctrina de la justificación por la fe. Es decir, para estas personas no hay discusión de que jamás podrán, por sí mismas, justificarse ante Dios. No confían en su propia vida o acciones, ni en ninguna otra cosa que pudieran hacer, pues están plenamente conscientes de que no hay nada que puedan hacer por ellos, sino que dependen de la gracia de Dios en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Esto lo entienden claramente, y pueden dar testimonio de ello, y han creído en el Señor Jesucristo. Entonces puede uno preguntarse qué pasa con ellos. Lo que pasa es que, no obstante que parecen entender claramente esta importante doctrina, y que hablan como cristianos, son infelices; y lo son por causa de algo que hay en su vida anterior. Uno habla con ellos y los ve infelices, realmente desdichados, y siempre hablando de lo mismo; invariablemente sacan a colación el tema. Como regla, se trata de alguna acción o agravio que antes cometieron, y que puede o no haber involucrado a otras personas. Por lo general, se trata de algo grave, y constantemente lo traen a la memoria; lo machacan y remachacan, y no pueden dejar de mencionarlo. Siempre están analizando y ahondando en el asunto, y condenándose ellos mismos por esta razón, que algunas veces es algo que dijeron, alguna palabra que profirieron. Esto redundará en su infelicidad.

Voy a permitirme presentar un ejemplo gráfico de esto mismo, y que es algo que he encontrado en mi propia experiencia. Lo menciono simplemente para aclarar lo que trato de comunicar. Recuerdo a un anciano que se hizo cristiano a los setenta y siete años, y que representa una de las conversiones más impactantes de las que yo tenga memoria.

Ese hombre había llevado una vida realmente perversa; difícilmente había algo malo que él no hubiera cometido alguna vez. Pero acudió al llamado del Evangelio, y se convirtió a Cristo en su ancianidad. El día en que se le recibió como miembro de la Iglesia, y la noche del domingo en que participó en su primer culto de comunión, fueron para él una experiencia inolvidable, lo más impresionante que le había sucedido en la vida. Su gozo era indescriptible y a todos nos alegraba verlo feliz. Pero sucedió algo más: a la mañana siguiente, antes de que yo me levantara, ese pobre hombre estaba a las puertas de mi casa, llorando incontrolablemente. Era la imagen vida de la desdicha y la desolación. Yo me quedé asombrado y atónito, especialmente en vista de lo sucedido la noche anterior, que había sido la más grande de su vida, el clímax de cuanto pudiera haberle sucedido. Luego de hacer que se controlara físicamente, le pregunté qué le pasaba. Su problema era el siguiente: Cuando llegó a su casa, luego del culto de comunión, de pronto recordó que treinta años antes, mientras se encontraba con un grupo de amigos en una casa pública, bebiendo y hablando de religión, él había dicho con burla y desprecio que Jesús era un mal nacido. De repente, todo eso vino a su memoria, y estaba seguro de que para eso —¡sólo para eso!— no había perdón. Claro, él estaba muy feliz de poder olvidarse de sus juegos, borracheras e inmoralidades. Todo eso estaba bien, y ya había sido perdonado. Eso lo entendía perfectamente. Pero eso que había dicho acerca del Hijo de Dios, del Salvador del mundo, ¡eso lo había arrojado a una total desesperanza! Y no había nada que lo calmara ni lo consolara. (Gracias a Dios, por medio de las Escrituras pude devolverle su gozo.) De este tipo de reacciones estoy hablando: de algo que alguien dijo, o hizo, alguna vez, y que lo obsesiona y no lo deja en paz, sino que lo hace miserablemente desdichado aun cuando todavía suscriba la fe cristiana en su totalidad. Esta condición, aunque parezca contradictoria, es una realidad y debemos reconocerla como tal. La causa del problema, en otros casos, puede ser la sujeción a una promesa o juramento, hechos pero aún no cumplidos. Se me han presentado muchos casos de este tipo; de gente que estando enferma hace algún voto o promesa a Dios, de que harán esto o aquello si se recuperan. Pero jamás cumplen su promesa; al contrario, se dedican mientras tanto a hacer cualquier otra cosa, lo que hace imposible que cumplan lo prometido. Y allí están, infelices y atrapadas por esta promesa.

Esa es, entonces, la clase de condición a la cual estoy llamando ahora la atención. Son gente que parece entender a la perfección la doctrina de

la salvación, sólo que, en su caso, sienten que hay algo —ese pecado suyo en particular, o la forma que en su experiencia ha adoptado ese pecado— que de alguna manera las pone en una categoría diferente. Dicen: “Pues sí, lo sé, pero . . .”. Son gente abatida, son cristianos desdichados, son gente que sufre de depresión espiritual.

¿Pero cuál es el verdadero problema en este caso? Dos son las explicaciones principales que pueden darse de esta condición. La primera de ellas, y por supuesto la más importante, es la obra del diablo; porque es precisamente Satanás quien, no pudiendo despojarnos de nuestra salvación, opta por arrebatar nos nuestro gozo. Su mayor preocupación es la de evitar que alguien llegue a ser cristiano; pero cuando falla, se propone hacer de ellos unos cristianos miserables, de modo que pueda mostrarlos a la gente que está bajo la convicción de pecado y decirles: “¡Miren a ese hombre! ¡Miren a esa mujer! ¡He allí la imagen viva del cristianismo! ¡Y a eso le llaman ser cristiano! Mira a esa criatura desdichada. ¿Quieres ser como ella?”. Indudablemente, la causa principal de estas condiciones es mayormente el diablo.

Por hay también una causa secundaria, y la quisiera destacar. Repetiría yo aquí que esta condición se debe casi enteramente a que se desconoce la doctrina, a que no se tiene una clara comprensión de la doctrina de salvación del Nuevo Testamento, y que ésta es la esencia misma del tratamiento de esta condición. Me voy a permitir exponer esto de modo sencillo y directo, a fin de poder recalcarlo, aun a riesgo de ser mal interpretado. Si hay algo que quienes se encuentran en esta condición deben hacer, ¡es NO orar para que sean liberados de ella! Porque orar es lo que siempre hacen, y es lo que invariablemente han estado haciendo cuando vienen en busca de ayuda; de hecho, es lo que generalmente se les recomienda que hagan. Ciertamente, el cristiano debe orar siempre; debe “orar sin cesar”; pero éste es uno de esos casos en que el cristiano debe dejar de orar por un momento, ¡y comenzar a pensar! En la vida cristiana se presentan algunos problemas especiales, y con respecto a ellos quiero decir que, si sólo nos ponemos a orar, jamás los resolveremos. Hay casos en que conviene dejar de orar, porque la oración puede estar solamente evocando el problema y manteniendo nuestra mente fija en éste. De modo que, en vez de orar, pongámonos a pensar y pongamos en práctica nuestra doctrina.

¿En qué piensan mis lectores? Yo comenzaría por sugerir que pensemos en el caso del apóstol Pablo y en estas palabras suyas: “Doy gracias al que me fortalece, Cristo Jesús nuestro Señor, pues me

consideró digno de confianza al ponerme a su servicio. Anteriormente, yo era un blasfemo, un perseguidor y un insolente; pero Dios tuvo misericordia de mí porque yo era un incrédulo y actuaba con ignorancia. Pero la gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí con abundancia, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús. Este mensaje es digno de crédito y merece ser aceptado por todos: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero precisamente por eso Dios fue misericordioso conmigo, a fin de que en mí, el peor de los pecadores, pudiera Cristo Jesús mostrar su infinita bondad. Así vengo a ser ejemplo para los que, creyendo en él, recibirán la vida eterna" (1 Ti. 1:12-16). ¡Esto es maravilloso! Podemos advertir lo que dice el apóstol: en cierto sentido está afirmando que el Señor Jesucristo lo salvó para ponerlo de ejemplo. ¿Pero ejemplo de qué? Pues ejemplo de quienes sienten que, de uno u otro modo, su pecado personal rebasa el límite de la gracia y de la misericordia de Dios. El argumento del apóstol es que su caso es suficiente prueba de que, de una vez por todas, debemos dejar de razonar así. Dicho de otro modo, hay personas que creen que hay distintos grados de pecados, y concluyen que es posible distinguir entre unos y otros, ¡y hasta los clasifican, afirmando que unos son perdonables pero que otros evidentemente no lo son. A quienes piensan así, el apóstol les hace ver que su propio caso es más que suficiente para dar por terminado el asunto. Pareciera decirnos: "Cualquiera cosa que puedan ustedes pensar, cualquiera cosa que pudieran haber hecho, piensen en mí y en lo que fui: 'blasfemo, perseguidor e insolente'". ¿Puede haber algo peor? Pablo aborrecía el nombre mismo de Jesucristo de Nazaret; hizo todo lo posible por exterminar a los seguidores de Jesús; se dirigió a Damasco "respirando aún amenazas de muerte" (Hch. 9:1) contra ellos; se encontró siendo blasfemo y perseguidor. "Ahora bien" —dice el apóstol— "yo soy una prueba viva, y cualquier cosa que quieras pensar de ti mismo, compárala con mi caso y fíjate dónde estás". Éste es el primer argumento: pensar en el caso de Pablo y decir: "Si él fue tratado con misericordia, y pudo ser perdonado, yo debo volver a pensar en ese pecado que hay en mi vida". Por allí hay que empezar.

Pero el apóstol no se detiene allí, porque en cierto modo no debemos hacer diferencia entre uno y otro pecado. A primera vista, el apóstol pareciera hacer tal distinción, pues dice: "Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (1 Ti. 1:15), que es como si dijera que hay grandes pecadores, pecadores intermedios y

pecadores menores. Sin embargo, no era eso lo que quiso decir, y definitivamente no pudo decirlo, pues eso contradiría su doctrina fundamental. Lo que sí quiso decir es que mientras más se acerca el hombre a Dios, más se da cuenta de lo mucho que ha pecado. Cuando el hombre se asoma a las tinieblas de su alma, se declara "el primero de los pecadores". Y esto sólo puede declararlo un cristiano. El hombre del mundo jamás hará tal declaración, pues siempre está tratando de probar lo bueno que es. Pablo, sin embargo, parece decirnos algo más, como ya lo he señalado. En cierto modo parece sugerir que estos pecados en contra de la persona de Cristo son los peores, pero luego aclara lo que quiere decir cuando lo expresa de este otro modo: "Yo era un incrédulo y actuaba con ignorancia" (1 Ti. 1:13). Al expresarlo así, echa por tierra estos grados de pecado. Visto desde cierto ángulo, su pecado era lo peor que alguien podía concebir; pero visto desde otro ángulo, su pecado es la suma total de los pecados, pues al fin de cuentas no hay sino un solo pecado, y es el pecado de la incredulidad.

He aquí la gran doctrina del Nuevo Testamento al respecto, y que esta clase de personas debe captar por encima de todo: que no debemos pensar jamás en términos de pecados específicos sino siempre en términos de nuestra relación con Dios. Al llegar a este punto, todos tendemos a perder el rumbo, y por eso nos sentimos inclinados a pensar que algunas conversiones son más impresionantes que otras. Pero no lo son. La misma gracia de Dios es necesaria para salvar a la persona más respetable del mundo que para salvar al peor de los pecadores. Nada puede salvar a nadie sino la gracia de Dios, y esa misma gracia es necesaria para salvar a todos. Pero nosotros no pensamos así, sino que consideramos que unas conversiones son más impresionantes que otras. Hacemos distinciones entre uno y otro pecado, y pensamos que algunos pecados son peores que otros porque nuestra doctrina es equívoca. Y esto nos lleva de nuevo a nuestra relación con Dios; todo se reduce a una cuestión de fe o de incredulidad.

En las Escrituras hallamos muchos ejemplos notables de esta índole, y uno de ellos es el caso de José, quien al ser tentado por la esposa de Potifar mostró de manera impresionante su perspicacia y entendimiento espirituales. Dijo: "¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?" (Gn. 39:9). Lo que turbaba a José no era la posibilidad de pecar contra la mujer sino contra Dios Mismo. Esto es lo que se llama tener un verdadero razonamiento espiritual. Tendemos a pensar demasiado en el pecado en sí mismo, pero no es lo que

debiéramos hacer. Para José, lo que constituía el pecado era el hecho de que esto involucraba su relación con Dios: "Si yo incurro en esto, estaré pecando contra Dios". Y David percibió esto mismo. Era un asesino y un adúltero, pero lo que lo atribulaba era lo siguiente: "Contra ti he pecado, sólo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos" (Sal. 51:4). Con esto David no restaba importancia al daño que había causado a otros, pues aunque sabía que había actuado mal, también sabía que eso no era lo peor; era su relación con Dios lo que le preocupaba. En el momento en que empezamos a razonar así, nos olvidamos de los pecados específicos y de que uno pueda ser peor que otro. "El problema era mi incredulidad", dice Pablo, y no los hechos en particular. Lo importante, en realidad, es nuestra relación con Dios y con su Ley.

El Nuevo Testamento nos da al respecto algunas enseñanzas sorprendentes. Me pregunto si hemos leído con detenimiento la lista de las obras de la carne que Pablo enumera en el quinto capítulo de la Epístola a los gálatas. "Las obras de la naturaleza pecaminosa se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería". Todo esto lo conocemos bien, y es malo. Pero, ¡ah, de pronto menciona "odio"! (Gá. 5:19). ¿Dijo "odio"? ¡Y nosotros que creíamos que el pecado sólo tenía que ver con gente adúltera e inmoral! Pero resulta que no es así, sino que tiene que ver con "odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos" (Gá. 5:20). Y notemos cómo mezcla todo esto con envidias y asesinatos, los cuales no sólo son reales sino que se cometen en el corazón. Y sigue: "borracheras, orgías, y otras cosas parecidas" (5:21). ¡Vaya lista! El Señor dijo esto mismo cuando nos hizo recordar que "del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios", etc. (Mt. 15:19). Y puso juntos no sólo algunos pecados grandes sino todos los pecados, cualquier pecado, cualquier cosa que sugiera desobediencia o quebrantamiento de la Ley o una mala relación con Dios. Santiago señala de una vez por todas este punto en el versículo 10 del segundo capítulo de su Epístola: "Porque el que cumple con toda la ley pero falla en un solo punto ya es culpable de haberla quebrantado toda". Como podemos ver, todos estamos en el mismo nivel; y si el maligno quiere hacernos creer que nuestros pecados son diferentes, respondámosle que lo importante no es qué punto de la Ley quebrantamos, ya que si la violamos en un solo punto somos culpables de haberla violado toda ella. Lo importante no es un punto específico de la Ley sino la Ley en su totalidad. Tal es la perspectiva divina. de modo que no permitamos que el diablo nos engañe. Lo

importante es la Ley De Dios, y nuestra relación con ella y con Dios mismo, y no algún pecado en particular.

Esto nos lleva al tercer punto. El problema con los cristianos que no son felices es que, en realidad, no creen en las Escrituras. ¿Nos habíamos puesto a pensar en esto? A veces decimos: "Mi problema parte de ese terrible pecado que he cometido". Pero debo permitirme decir, en el nombre de Dios, que no es ese el problema. Nuestro problema radica en nuestra incredulidad, y es que no creemos en la Palabra de Dios. Me remito a la primera Epístola de Juan, donde en el primer capítulo leemos: "Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad" (v. 9). Esta declaración tan categórica la hace Dios el Espíritu Santo por medio de su siervo, y en ella no hay límites ni diferenciación entre pecado y pecado. Yo, al menos, no puedo ver ninguna excepción. No importa de qué pecado se trate ni qué pecado se haya cometido, sea cual fuere —tan amplia es la declaración— "si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad" (v. 9). De modo que si no creemos en esta declaración sino que seguimos conviviendo con nuestro pecado, tampoco hemos tomado en serio lo que Dios dice ni hemos aceptado su Palabra; nuestro verdadero pecado consiste en no creer lo que él nos dice. Recordemos lo que una vez le sucedió a Pedro (véase Hechos 10): había subido a la azotea para descansar, y de pronto le sobrevino un éxtasis; entonces vio que del cielo descendía un gran lienzo en el que había toda clase de animales cuadrúpedos, y oyó una voz que le decía: "Levántate, Pedro; mata y come". Pedro respondió: "¡De ninguna manera, Señor! Jamás he comido nada impuro o inmundado" (Hch. 10:13, 14). ¿Recordamos también lo que le sucedió? La voz de Dios vino otra vez a él desde el cielo, y dijo: "Lo que Dios ha purificado, tú no lo lllames inmundado" (v. 15). En efecto, Dios le dijo: "¿Te das cuenta de lo que haces? Tú insistes en llamar impuro e inmundado lo que yo te he mandado matar y comer. 'Lo que Dios ha purificado, tú no lo lllames impuro'". Y eso es precisamente lo que quisiera decir en este momento a cualquiera que durante muchos años, y por causa del diablo, haya estado sometido a la depresión por algún pecado en particular o por algún suceso infeliz de su vida anterior. No me importa lo que haya sido; lo que yo quiero decirle a esa persona, en el nombre de Dios, es lo siguiente: "Lo que Dios ha purificado —por la sangre de su Hijo unigénito— tú no lo lllames impuro". "La sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado" y de toda injusticia. Querido lector, cree en la Palabra de Dios.



No sigas orando frenéticamente por alcanzar el perdón, sino cree en la Palabra de Dios. No le pidas un mensaje de perdón, pues ya te lo ha dado. A estas alturas, tu oración bien puede ser una expresión de incredulidad. Cree en Dios y en su Palabra.

Hay otro problema con gente así, y es que no parecen darse cuenta cabal de lo que hizo nuestro Señor en la cruz del monte Calvario. Creen, sí, en el sacrificio expiatorio de su muerte, pero no hacen realidad sus implicaciones. No han llegado a captar completamente la doctrina. Saben lo suficiente para ser salvos —hablo de los cristianos— pero se hallan en un estado de depresión porque no se están plenamente conscientes de lo que esto significa. Olvidan que ya desde el principio el ángel le había anunciado a José que “él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). No dijo el ángel que Jesús nos salvaría de todos nuestros pecados, excepto de ese pecado específico que hemos cometido. ¡No! Lo que dijo fue: “Él salvará a su pueblo de sus pecados”. Y escuchemos a Pedro decir lo mismo: “Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas hemos sido sanados” (1 P. 2:24). No hay aquí calificación ni límite algunos. O escuchemos las palabras del apóstol Pablo cuando dice: “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador” (2 Co. 5:21). Todos los pecados, uno por uno, sin límite y sin dejar fuera a ninguno, fueron puestos en él. Todos y cada uno de los pecados de su pueblo están puestos en él. De hecho, él mismo lo dijo en la cruz; ¿no es verdad? Porque él dijo: “¡Todo se ha cumplido!” (Jn. 19:30), absolutamente todo. Pero, ¿en qué sentido se ha cumplido? En el sentido de que no sólo se tomaron en cuenta todos los pecados cometidos en el pasado, sino que también se tomaron en cuenta todos los pecados que pudieran cometerse alguna vez. El sacrificio de Cristo se hizo una vez y para siempre. Cristo nunca volverá a ser crucificado, de modo que en la cruz fueron tomados en cuenta todos los pecados, absolutamente todos, y esto de manera definitiva y completa. Nada quedó inconcluso: “¡Todo se ha cumplido!”. Lo que unos a otros nos recordamos, lo que proclamamos al participar del pan y el vino, es esa obra realizada por completo. No ha quedado nada por hacer, ni hay calificación alguna con respecto a pecados específicos. Todos y cada uno de los pecados de quienes creen en Jesucristo ya han sido tomados en cuenta, y Dios los ha borrado como si disipara una espesa nube. Todos los pecados que pudiéramos cometer ya han sido tomados en cuenta; de

modo que, cuando acudimos a él, lo que nos limpia es “la sangre de su Hijo Jesucristo”.

Por lo tanto, nuestro siguiente paso es que debemos entender claramente lo que significa la justificación. Ya me he ocupado de esto en un capítulo anterior, pero voy a permitirme repetirlo. Recordemos que nuestra justificación no sólo significa que nuestros pecados han sido perdonados y que Dios mismo nos ha declarado justos, sino que somos declarados justos de manera permanente, y no sólo en el momento en que creímos. Además, la justificación significa que Dios nos adjudicó la justicia positiva de su propio Hijo, el Señor Jesucristo. Tal es el significado de la justificación: no sólo que nuestros pecados son perdonados, sino más aún; significa que él nos viste además con la justicia de Jesucristo. En efecto, nos dice: “Tú eres justo; y veo en ti, no a un pecador sino a un hijo mío que es justo; en Cristo, te veo cubierto por su santidad y justicia”. Y cuando Dios hace esto con nosotros, lo hace de una vez y para siempre. Nuestro propio yo queda escondido, y nuestra vida y personalidad enteras se manifiestan en la presencia de Dios en la justicia de Cristo. Por lo tanto afirmo, con reverencia y basado en la autoridad de la Palabra de Dios, que Dios ya no ve en nosotros nuestros pecados sino la justicia de Cristo. Aferrémonos a esto.

En última instancia, todo se reduce a lo siguiente: la causa real de nuestro problema es que perdemos de vista que estamos unidos a Cristo. Muchos parecen pensar que el cristianismo como liberación significa solamente que nuestros pecados son perdonados; pero eso es apenas el comienzo, es apenas uno de sus aspectos. La salvación significa, esencialmente, estar unido a Cristo, ser uno con él; así como estuvimos unidos a Adán, ahora lo estamos a Cristo. Con él hemos sido crucificados. Así lo afirma Pablo: “He sido crucificado con Cristo” (Gá. 2:20). La idea es: “Todo lo que le sucedió a él, me ha sucedido a mí. Soy uno con él”. Basta con que leamos los capítulos quinto y sexto de la Epístola de Pablo a los romanos. La enseñanza que recibimos es que hemos muerto con Cristo, que hemos sido sepultados con él, que hemos resucitado con él, que estamos sentados en los lugares celestiales, en él y con él. Tal es la enseñanza de las Escrituras: “. . . ustedes han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3). El viejo hombre, con todo lo que le pertenecía, ha sido crucificado. También se han tomado en cuenta sus pecados. Hemos sido sepultados con Cristo, y hemos resucitado con Cristo: “De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Ro. 6:11).

De modo que voy a permitirme resumirlo de la siguiente manera. En mi opinión, uno de los grandes descubrimientos de la vida cristiana, que me produjo una sensación de libertad que nunca olvidaré cuando por primera vez lo descubrí, es que ni usted ni yo debemos jamás volver la mirada a nuestra vida anterior; jamás debemos, de ninguna manera, volver la mirada hacia ningún pecado de nuestra vida pasada, a menos que hacerlo así nos conduzca a alabar a Dios y a magnificar su gracia en Cristo Jesús. Hagámoslo así. Si miramos nuestro pasado y, en consecuencia, nos deprimimos, lo que nos lleva a sentirnos unos cristianos miserables, hagamos lo que hizo Pablo, quien reconoció "yo era un blasfemo" (1 Ti. 1:13), pero no se detuvo allí. ¿Acaso dijo: "Por tanto, soy indigno de ser un predicador del Evangelio"? A decir verdad, declara exactamente lo contrario: "Doy gracias al que me fortalece, Cristo Jesús nuestro Señor, pues me considero digno de confianza al ponerme a su servicio" (v. 12). Cuando Pablo vuelve la mirada a su pasado, y ve su pecado, no se queda arrinconado ni dice: "Yo no estoy listo para ser cristiano; he incurrido en cosas terribles". Al contrario, el efecto que tal regreso al pasado produce en él es que prorrumpe en alabanzas a Dios. Se gloria en la gracia y dice: "Pero la gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí con abundancia, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús" (v. 14).

Así debemos ver nuestro pasado. Pero si al verlo nos sentimos deprimidos, eso querrá decir que estamos prestándole atención al diablo. En cambio, todo estará bien si miramos al pasado y decimos: "Lamentablemente, es verdad que yo estuve cegado por el dios de este mundo, pero doy gracias a Dios porque fue más poderoso, y su gracia más abundante; de tal modo su amor y su misericordia vinieron sobre mí, que todo está perdonado. Soy un hombre nuevo". Así es como debemos mirar al pasado. Si no lo hacemos así, casi estoy tentado a decir que merecemos vivir desdichados. ¿Por qué hemos de creerle al diablo, en vez de creerle a Dios? Pongámonos de pie y démonos cuenta de la verdad acerca de nosotros mismos: las cosas pasadas ya se han ido, y nosotros somos uno en Cristo, y todos nuestros pecados han sido borrados de una vez y para siempre. Tengamos presente que es pecado dudar de la Palabra de Dios, y que es pecado permitir que el pasado, del cual se ha encargado Dios, nos robe nuestro gozo y nuestra posibilidad de servicio en el presente y en el futuro. Escuchemos otra vez las palabras dirigidas desde el cielo al receloso y titubeante apóstol Pedro: "Lo que Dios ha purificado, tú no lo llares impuro" (Hch. 10:15).

Regocijémonos en esta maravillosa gracia y misericordia que ha borrado nuestros pecados, y que nos ha hecho hijos de Dios. "Alégrese siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrese!" (Fil. 4:4).

# Vanos remordimientos

*Y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí. Admito que yo soy el más insignificante de los apóstoles y que ni siquiera merezco ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo.*

1 Corintios 15:8-10



Existe en los hombres y las mujeres de nuestros días una inclinación a interesarse en cualquier cosa que parezca atractiva. Vivimos en la era de la publicidad, y la gente está dispuesta a creer todo lo que se le diga. Cree en los anuncios, cree lo que se le dice, lo que hace suponer que si viera en el pueblo cristiano algo que le diera la impresión de que estos viven gozosos, felices y triunfantes, se arremolinaría en torno de ellos, ansiosa por descubrir el secreto de vida tan afortunada. Por lo tanto, no es aventurado deducir que lo que cuenta para las grandes masas de afuera es la condición de los de adentro. Con mucha frecuencia damos la impresión de que estamos desanimados y deprimidos; a decir verdad, algunos hasta dan la impresión de que llegar a ser cristiano significa encarar problemas nunca antes conocidos. Y así, vistas las cosas de manera superficial, el hombre del mundo llega a la conclusión de que hay más gente feliz fuera de la iglesia que dentro de ella. Tal percepción, por supuesto, es del todo errónea. Pero tenemos que admitir que, en cierta medida, algunos de nosotros debemos declararnos culpables de tal acusación, y que muy a menudo nuestra depresión espiritual y nuestra mediocre

condición de cristianos infelices nos hacen pésimos representantes del evangelio de la gracia redentora.

Todo esto se debe, por supuesto, a que nos enfrentamos a un adversario muy poderoso. Lo cierto es que desde el momento de nuestra conversión quedamos sujetos a los asaltos más sutiles y poderosos de alguien a quien la Biblia llama "el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia" (Ef. 2:2), "el dios de este mundo" (2 Co. 4:4), "Satanás" y "el diablo". Conforme vayamos avanzando en nuestro estudio y veamos cómo el diablo es capaz de acercarse a nosotros y atacarnos, y con qué sutileza nos engaña y nos aparta del camino, muchas veces sin que nos demos cuenta de ello, iremos entendiendo por qué tanta gente fracasa. Por supuesto, él es más peligroso cuanto más sutil viene, ya como "ángel de luz", ya como un supuesto amigo de la iglesia, ya como alguien interesado en el Evangelio y en su difusión. Según las Escrituras, él hace todo esto (2 Co. 11), y en ese punto es de lo más sutil. No sólo es poderoso; también es sutil. Esto se verá más claramente a medida que vayamos viendo las varias formas y manifestaciones de la depresión.

En vista de esto, debemos prepararnos para hacerle frente a él y a sus ataques, y la manera de hacerlo es estudiando las Escrituras. Sólo allí se nos da una idea de sus métodos. "No ignoramos sus artimañas", repite el apóstol Pablo a los corintios (2 Co. 2:11); pero lo trágico es que muchos las desconocen, al grado de no creer en su existencia; y aun quienes las conocen llegan a olvidar que él siempre está al acecho y que puede manifestarse bajo las apariencias más sutiles. Cuando miramos con objetividad sus acciones contra nosotros, no podemos menos que asombrarnos de nuestra inefable insensatez. Cuando observamos alguno de estos casos de depresión espiritual, nos preguntamos: "¿Cómo pudo alguien llegar a caer en esto?". Todo parece tan perfectamente claro y obvio, y no obstante todos seguimos cayendo en la misma trampa. Eso se debe a los sutiles métodos del diablo. Nos presenta todo de modo tan atractivo que nos damos cuenta de haber caído cuando ya estamos en el suelo. Sólo hay una manera de enfrentarnos a todo esto, y es mediante el estudio de sus métodos, y mediante el estudio de las varias enseñanzas de la Escritura con referencia a esta condición de depresión espiritual. Eso es lo que nos esforzamos por lograr en nuestro estudio presente.

Consideremos ahora el caso de gente incapacitada en el presente como resultado de mirar hacia el pasado. Incapacitada esta vez no por

haber cometido algún pecado específico sino, más bien, por el hecho de haber pasado tanto tiempo fuera del Reino y de haber entrado en él tan tarde. Ésta es también una causa extremadamente común de depresión espiritual. Esta gente se halla deprimida por el hecho de haber desperdiciado tanto tiempo, tantos años, y por haberse tardado tanto para llegar a ser cristianos. Siempre están lamentando el hecho de haber perdido tantas oportunidades de hacer el bien y de ayudar y servir a otros. Suelen decir: "Si tan sólo hubiera sabido de todo este servicio cuando era joven, me habría ofrecido voluntariamente a realizarlo; pero apenas ahora me he enterado, y ya es demasiado tarde". ¡Oportunidades perdidas! Otras veces lo expresan en términos de lo que podrían haber logrado, si tan sólo . . . Y ésa es su queja: "Si tan sólo . . .". Pero no creyeron, y al mirar retrospectivamente los años malgastados en el mundo sin haber llegado a entender estas cosas, se llenan de vanos remordimientos por lo que pudieron haber sido, por el grado de gracia que podrían haber alcanzado, y por el punto donde ahora podrían estar. Miran al pasado de este modo y sienten remordimientos y lo lamentan; miran hacia atrás, a los momentos felices que podrían haber disfrutado, a los años de felices y gozosas experiencias que podrían haber tenido, pero ya es demasiado tarde. Las oportunidades se han ido. ¿Por qué fueron tan necios? ¿Cómo pudieron ser tan ciegos? ¿Por qué fueron tan lentos? Oyeron el Evangelio, leyeron buenos libros, y en algún momento hasta llegaron a sentir algo, pero sin que nada concreto resultara de ello, y dejaron ir la oportunidad. Ahora lo han entendido finalmente, pero siguen obsesionados con la idea de que "si tan sólo . . .".

Ésta es una condición muy común, que explica el estado de depresión espiritual que sufre muchísima gente. ¿Pero cómo tratarla? ¿Qué podemos decir al respecto? Comenzaré por decir que, aunque está muy bien que tales personas sientan remordimientos por haberse tardado tanto en creer, está muy mal que por esa razón se sientan desdichadas. Nadie puede volver la vista hacia el pasado sin encontrar cosas de qué arrepentirse. Y así debe ser. Pero es allí precisamente donde interviene la sutileza de tal condición, y es allí donde cruzamos la delgada línea divisoria entre el remordimiento legítimo y la errónea condición de infelicidad y abatimiento. La vida cristiana es una vida delicadamente equilibrada. Ésta es una de sus más asombrosas características; hasta se le ha comparado con alguien que camina sobre el filo de una daga, corriendo el riesgo de caer fácilmente hacia uno u otro lado. Constantemente hay que hacer distinciones sutiles, y he aquí

una de ellas: debemos distinguir entre el remordimiento legítimo y la errónea condición de abatimiento y desdicha.

Pero entonces, ¿cómo podemos evitar sentirnos desdichados al respecto? Vamos a pensar en esto, en términos de lo que el apóstol Pablo dice aquí en cuanto a él mismo. Esto siempre me ha parecido un ejemplo perfecto de lo que nuestro Señor nos enseñó en la parábola que se halla registrada en los versículos 1 al 16 del capítulo veinte de Mateo, la cual nos habla de los trabajadores de la viña que fueron contratados a diferentes horas del día, algunos de ellos no antes de las cinco de la tarde. La analizaremos desde la perspectiva de la gente que fue contratada a esa hora tardía, y que fueron los últimos en entrar al Reino.

Antes de abordar el tema específicamente desde la perspectiva bíblica, considerémoslo de manera más general. Hay ciertos principios de sentido común y de sabiduría general que deben aplicarse a esta condición. Parece que hay quienes piensan que está mal que los cristianos usemos el sentido común. Quienes así piensan, por lo visto creen que todo debe hacerse siempre de modo exclusivamente espiritual. Curiosamente, me parece que eso va en contra de las Escrituras. El cristiano no es, en modo alguno, inferior al incrédulo, sino que siempre es superior; no sólo puede hacer todo lo que hace un incrédulo, sino que excede a éste en sus capacidades. Así es como debe verse al cristiano, como alguien que debe enfrentar las circunstancias aplicando el sentido común, y que al hacerlo así actúa de manera correcta y legítima. Si podemos vencer al diablo a ese nivel, hagámoslo. No importa a qué nivel derrotemos al diablo, con tal de que lo derrotemos. Y sí podemos vencerlo y librarnos de él mediante la aplicación del sentido común y la sabiduría general, hagámoslo. No hay en tal acción nada que no sea perfectamente correcto y legítimo para un cristiano. Digo todo esto porque frecuentemente me encuentro con gente que tiene escrúpulos en este punto, y en vez de hacer algo completamente obvio desde la perspectiva del sentido común, dedica ese tiempo a orar al respecto.

Me explico. Lo que estoy diciendo es que lo primero que debe decirse a sí mismo cualquiera que se encuentre en esta condición (lo mismo vale para quien tenga que ayudar a otro en la misma condición), es que es una verdadera pérdida de tiempo y de energía el sentirse desdichado hoy por los fracasos del ayer. Esto es obvio. Esto lo dicta el sentido común. Nadie puede hacer que vuelva el pasado, ni puede hacer nada al respecto. Uno puede sentarse y vivir desdichado, y dejarse comer y

carcomer de remordimiento por el resto de sus días, sin que esto cambie lo que antes se hizo. Esto es sentido común, y no hace falta ninguna revelación cristiana especial para demostrarlo. La sabiduría popular nos dice que "palo dado, ni Dios lo quita". Bien, ¡repetámosle esto al diablo! ¿Por qué los cristianos tenemos que ser más tontos que otros? ¿Por qué no podemos aplicar el sentido común y la sabiduría popular a una situación dada? Sin embargo, eso es lo que mucha gente no hace, y el resultado es que desperdician su tiempo y energía en vanos remordimientos por cosas que ya no pueden cambiar ni deshacer. Actuar así e verdaderamente insensato e irracional, aun desde la norma humana del sentido común. Establezcamos, pues, el siguiente principio: No vamos a preocuparnos ni un segundo por nada que no podamos afectar ni cambiar. Eso es dilapidar nuestro energía. Si no podemos cambiar la situación, dejemos de preocuparnos por ella y no le dediquemos más tiempo. Si lo hacemos, el diablo nos ha vencido. Los remordimientos vagos e inútiles debemos desecharlos como irracionales. Amigos míos, ¡echémoslos fuera! Muy al margen del cristianismo, resulta tonto pensar en ellos, pues perdemos tiempo y energía.

Pero sigamos adelante y démonos cuenta de que alentar el pasado significa simplemente fracasar en el presente. Mientras nos sentemos a llorar por el pasado y a lamentar todo lo que antes no hicimos, nosotros mismos estaremos impidiéndonos trabajar en el presente. ¿Y a eso podemos llamarle cristianismo? ¡Claro que no! El cristianismo es más que sentido común, pero lo incluye. Claro que alguien me dirá: "¡Ah, pero eso puedo oírlo allá afuera, en el mundo!". Y yo contesto: "Pues si puede oírlo, ¡ójigalo y actúe en consecuencia!". Nuestro Señor mismo ha dicho que los hijos de este mundo son más astutos en su generación que los hijos de la luz. Nuestro Señor alabó al mayordomo injusto, y yo simplemente hago lo mismo. El mundo, desde su perspectiva de sabiduría popular, tiene toda la razón en este caso. Siempre es un error hipotecar el presente por el pasado; siempre es un error dejar que el pasado actúe sobre el presente como un freno. ¡Dejemos que los muertos entierren a sus muertos! En el tribunal de los cánones comunes del pensamiento, nada es más reprobable que permitir que lo que pertenece al pasado nos haga fracasar en el presente. Y eso es lo que provoca esta mórbida preocupación por el pasado. La gente a que me estoy refiriendo está fracasando en el presente. En vez de vivir en el presente y seguir adelante con su vida cristiana, se sientan a lamentar el

pasado. Tan afligidos están en cuanto a su pasado que no hacen nada en el presente. ¡Qué error más garrafal!

Mi tercer argumento, desde la perspectiva del sentido común y la sabiduría popular, es el siguiente: que si realmente creemos lo que decimos acerca del pasado, y que si realmente lamentamos el haber perdido tanto tiempo en el pasado, lo que debemos hacer es recuperarlo en el presente. ¿Acaso esto no es sentido común? Cierta hombre viene a verme, y totalmente abatido me dice: “¡Cuánto tiempo he desperdiciado! Si tan sólo . . .”. He aquí mi respuesta inmediata: “¿Y está usted tratando de recuperar ese tiempo perdido? ¿Para qué desperdicia usted tanta energía hablándome del pasado, si no puede cambiarlo? ¿Por qué no invierte esa energía en el presente?”. Y le hablo con vehemencia porque esta condición hay que tratarla con firmeza. Lo último que hay que hacer con gente así es mostrarles compasión. Y si alguno de mis lectores sufre de esta condición, le sugiero examinarse desde la simple perspectiva del sentido común: su conducta es insensata e irracional, está malgastando su tiempo y su energía, y en realidad no cree en lo que dice. Y si lamenta usted haber desperdiciado su pasado, recupérela ya y dedíquese a vivir el presente en plenitud. Así lo hizo Pablo, quien nos dice: “Y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí”. Lo que en efecto está diciendo es: “He desperdiciado mucho tiempo; otros se me han adelantado”, pero tiene la capacidad de seguir adelante y de agregar: “He trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo” (1 Co. 15:10).

Pues bien, he aquí el argumento; he aquí la manera de tratar este problema desde la perspectiva del sentido común y de la sabiduría popular común y corriente. Esto ya es bastante, y debiera ser suficiente; no obstante, sigamos adelante. Yo afirmo que el cristiano nunca es menos que el incrédulo, sino que siempre es más. Debiera tener todo el sentido común y toda la sabiduría del incrédulo, pero también algo más. Y aquí llegamos a la afirmación del gran apóstol y a la enseñanza de nuestro Señor en la parábola de la viña, en el capítulo 20 de Mateo.

Veamos lo que el apóstol tiene que decir. Ya hemos visto lo que dijo en cuanto al gran pecado de su vida, y lo mismo encontraremos en este problema. El apóstol hace aquí un recuento de las apariciones del Señor resucitado. Su preocupación inmediata tiene que ver con esta gran doctrina, pero dice lo siguiente: “. . . por último, . . . se me apareció también a mí”. Indudablemente, al apóstol le pesaba el hecho de haber llegado tan tarde a la vida cristiana. Pero aclaremos lo que quiere decir

con la frase “por último”: con esto quiere decir que él fue el último de los apóstoles en ver al Señor resucitado. Todos ellos lo habían visto juntos en diferentes momentos. En aquel tiempo Pablo no estaba con ellos, pues era entonces un blasfemo y un perseguidor de la iglesia. De modo que “por último” quiere decir “después de todos los demás apóstoles”. Pero Pablo no sólo fue el último de los apóstoles, sino que literalmente fue el último que vio al Señor resucitado. Desde que el apóstol Pablo vio al Señor resucitado en el camino a Damasco, nadie más ha vuelto a verlo con sus propios ojos. El Señor “se apareció a más de quinientos hermanos a la vez” (1 Co. 15:6). Ni siquiera sabemos cómo se llamaban, pero él se reveló a ellos y a los otros varios testigos mencionados en este pasaje. Sin embargo, el último en verlo fue Saulo de Tarso. Lo que sucedió en el camino de Damasco no fue una visión que Pablo haya tenido. Desde entonces muchos han tenido visiones. Lo que sucedió fue que Pablo vio, literalmente, al Señor de la Gloria. Y esto es lo que él dice aquí: “por último, . . . se me apareció también a mí”. El hecho de ser un testigo de la resurrección fue lo que hizo de él un apóstol. Pero lo que Pablo enfatiza es que precisamente él fue el último de todos. No contento con esto, añade: “. . . por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí”. Hubo en su nacimiento espiritual algo extemporáneo, algo fuera de lo natural. Pablo no fue como los otros, los cuales habían escuchado las enseñanzas del Señor y habían pasado con él mucho tiempo; después de la Resurrección habían estado con él cuarenta días, y habían presenciado la Ascensión. Habían estado con él desde el principio hasta el fin. Pablo, por el contrario, había tenido un nacimiento espiritual de carácter extemporáneo y antinatural; había llegado, “por último”, de manera extraña e inusitada.

Esto es lo que él dice de sí mismo. Por supuesto, al pensar en ello no podía menos que lamentarlo, pues podría haber estado con Jesús desde el principio; podría haber tenido todas las facilidades y oportunidades, . . . pero había aborrecido el Evangelio. “Verdaderamente pensaba dentro de sí que debería hacer muchas cosas en contra del Nombre de Jesús . . .”. Pablo consideraba a Jesús un blasfemo; trató de exterminar a Sus seguidores y a la Iglesia. Mientras él estaba afuera, todos los demás estaban adentro. Pero “por último”, y de la manera más extraña, entró. ¡Qué fácil le hubiera sido pasarse el resto de su vida en vanos remordimientos acerca del pasado! Él mismo nos dice aquí: “. . . por último, . . . se me apareció también a mí . . . que soy el más insignificante de los apóstoles . . . porque perseguí a la iglesia”. Todo era muy cierto, y

él lo lamentaba amargamente; pero eso no lo paralizó, ni lo hizo pasarse el resto de su vida sentado en un rincón y repitiendo: “Fui el último en entrar. ¿Por qué lo hice? ¿Cómo pude haberlo rechazado?”. Eso es lo que hace la gente que sufre de depresión espiritual. Pero Pablo no lo hizo. Lo que lo conmovió fue la irresistible gracia que finalmente lo hizo entrar. Así fue como Pablo ingresó a la nueva vida con un celo tremendo, y aunque había sido el “último” de todos, en cierto sentido llegó a ser el primero.

¿Qué es, entonces, lo que hemos aprendido? Tomemos la enseñanza del apóstol y observémosla a la luz de la parábola en el capítulo 20 de Mateo, pues ambas dicen lo mismo. Si somos cristianos, lo que importa, antes que nada, no es lo que hayamos sido sino lo que ahora somos. ¿Ridículo? A todas luces resulta obvio que no importa lo que hayamos sido sino lo que ahora somos. Claro, resulta obvio si lo expreso de esta manera, pero qué difícil resulta a veces verlo así cuando el diablo nos ataca. El apóstol dijo “ni siquiera merezco ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios”, aunque más adelante añadió: “Por la gracia de Dios soy lo que soy”. ¿Qué importa lo que yo haya sido? Mejor pongamos el énfasis en “Soy lo que soy”, y dejemos de pensar en lo que fuimos. La esencia de la postura cristiana consiste en que tengamos presente lo que somos. Es verdad que el pasado queda allí, con todos sus pecados, pero repitámonos lo siguiente:

*“Sano, salvo, limpio, perdonado;  
¿Quién podrá alabarlo como yo?”*

No importa cuál haya sido mi pasado, “yo soy lo que soy”. Y lo que importa es lo que soy. ¿Y qué soy yo? Una persona que ha sido perdonada y reconciliada con Dios por medio de la sangre que su Hijo derramó en la cruz. Soy un hijo de Dios, he sido adoptado en la familia de Dios, soy coheredero con Cristo, y voy camino a la gloria. Lo que importa no es lo que fui, ni lo que haya sido. Por lo tanto, si el enemigo me ataca con estas argucias, haré lo mismo que el apóstol; me volveré a él y le diré: “Todo lo que dices es verdad; yo fui todo lo que dices. Pero ya no me interesa lo que fui sino lo que soy, y soy lo que soy por la gracia de Dios”.

Y llegamos a una segunda deducción, tan sencilla y evidente como la primera. Lo importante no es el momento de nuestra entrada al Reino sino el hecho de que ya estamos en el Reino. Eso es lo verdaderamente importante. ¿Qué caso tiene llorar por no haber entrado antes, y dejar

que esta idea nos prive de lo que ya podríamos estar disfrutando? Es como quien va a una exposición muy novedosa y, al llegar, descubre que hay una larga fila para entrar. Ha llegado bastante tarde a la exposición, de modo que tiene que esperar largo tiempo y es casi el último en entrar. ¿Qué pensaríamos de tal hombre si, después de haber franqueado la entrada, simplemente se detuviera allí y dijera: “¡Qué vergüenza que no fui el primero en entrar! ¡Qué lástima que no llegué más temprano!”. Seguramente nos reiríamos al escucharlo, y con mucha razón; pero notemos que tal vez nos estaríamos riendo de nosotros mismos, ya que es eso precisamente lo que estamos haciendo al nivel espiritual. “¿Cómo pude dejarlo para más tarde?”. Amigos míos, ¡empecemos a solazarnos con los cuadros, contemplemos las esculturas, disfrutemos de los tesoros! ¿Qué importa la hora de entrada? ¡Ya estamos adentro, y la exposición está allí, ante nuestros ojos! Lo importante no es la hora a la que entramos. Leamos otra vez el capítulo 20 de Mateo: eran las cinco de la tarde y aquellos hombres habían sido los últimos en entrar a trabajar en la viña, pero entraron. Eso era lo importante. Se les había llamado, se les había contratado, y se les había dejado entrar. Y eso es lo que cuenta: no cuándo entramos, ni cómo entramos, sino el hecho de estar adentro. Podría seguir recalcando esto, pues a veces me veo obligado a repetirlo una y otra vez. Lo importante no es el modo o manera de nuestra conversión; lo importante es el hecho de que somos salvos. Pero hay gente que se sienta a cavilar cómo, cuándo y de qué manera llegaron a ser cristianos. Eso no importa en absoluto; lo que sí importa es que ya estamos adentro. Y si estamos adentro, alegrémonos de ello y olvidémonos de que alguna vez estuvimos afuera.

Pero debemos llevar esto aún más lejos. Me permito sugerir que esta manifestación específica de depresión espiritual se debe al hecho de que hay personas preocupadas todavía por ellas mismas, y esto, de manera mórbida y pecaminosa. Acabo de decir que debemos ser brutales con esta condición. Y tengo que añadir que el verdadero problema con gente así es todavía su “ego”. ¿Qué es lo que hacen? En sentido metafórico, se azotan y se hieren a sí mismas por haber llegado tan tarde y después de tanto tiempo, y siguen juzgándose y condenándose a sí mismas, en vez de dejarle ese juicio a Dios. Se muestran humildes y llenas de contrición, pero tal modestia es una burla, pues sólo están preocupadas por ellas mismas. Escuchemos lo que al respecto nos dice Pablo en 1 Corintios 4:1-4: “Que todos nos consideren servidores de Cristo, encargados de

administrar los misterios de Dios. Ahora bien, a los que reciben un encargo se les exige que demuestren ser dignos de confianza. Por mi parte, muy poco me preocupa que me juzguen ustedes o cualquier tribunal humano; es más (y esto es una de las más grandes cosas que Pablo dijera alguna vez) ni siquiera me juzgo a mí mismo. Porque aunque la conciencia no me remuerde, no por eso quedo absuelto; el que me juzga es el Señor". Como cristianos, debemos reconocer que Dios es el Juez y dejar que sea él quien juzgue. Nosotros no tenemos derecho a desperdiciar su tiempo, ni nuestro tiempo y energías, condenándonos a nosotros mismos. Olvidémonos de nosotros, pongámonos a trabajar, y dejémosle el juicio a él. Todo este problema se debe a la mórbida preocupación del ego por juzgarse a sí mismo. No sólo eso, sino que revela nuestra propensión a seguir pensando en términos de lo que podemos hacer. Esta clase de gente viene a vernos con aparente modestia, y dice: "Si tan sólo hubiera yo venido antes, imagínense todo lo que podría haber hecho". Esto, por una parte, parece del todo correcto, pero es por otra parte del todo erróneo y totalmente falso. Nuestro Señor pronunció la parábola acerca de los trabajadores de la viña precisamente para echar por tierra este argumento.

Para concluir, me voy a permitir expresar lo anterior en forma positiva. Ya he dicho que parte del problema con personas así es que siguen mórbidamente preocupadas por ellas mismas; que, como cristianas, no han aprendido que deben negarse a sí mismas, tomar la cruz, y seguir a Cristo, poniendo en Sus manos su pasado, su presente y su futuro. ¡Sí, claro! Pero ¿por qué siguen mórbidamente preocupadas por sí mismas? La respuesta es que no están suficientemente ocupadas con él. El problema real y craso error de nuestra parte consiste en no conocerlo a él ni Sus caminos como debiéramos conocerlos. Si tan sólo dedicáramos más de nuestro tiempo a contemplarlo, pronto nos olvidaríamos de nosotros mismos. Ya he dicho antes que, una vez en la exposición, no debemos quedarnos en la puerta lamentando el hecho de haber llegado tarde, sino más bien dedicarnos a admirar los tesoros. Voy a permitirme pasar este ejemplo al campo espiritual. Nosotros ya hemos entrado en la vida espiritual, así que dejemos de fijarnos en nosotros y comencemos a disfrutar de él. ¿Cuál es la diferencia entre un cristiano y alguien que no lo es? En la segunda Epístola a los Corintios, capítulo 3, Pablo nos dice que es la siguiente: el que no es cristiano mira a Cristo y a Dios con un velo sobre sus ojos; por lo tanto, no puede ver. En cuanto a lo que es un cristiano, nos da la siguiente descripción (v. 18): "... todos

nosotros, ... con el rostro descubierto (el velo ha sido quitado) reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más gloria". Éste es el cristiano: su tiempo lo dedica a mirar a Cristo, a contemplarlo. Tan extasiado está de verlo que se olvida de sí mismo. Si nosotros mostráramos más interés en Cristo, menos interesados estaríamos en nosotros mismos. Empecemos, pues, a mirarlo, a contemplarlo cara a cara, sin ningún velo. Aprendamos entonces que, en su Reino, lo que importa no es la antigüedad de servicio sino la actitud que se tenga hacia él, y el deseo de complacerlo. Volvamos nuevamente a la parábola. El Señor no toma en cuenta el servicio como lo hace otra gente. Lo que a él le interesa es el corazón. A nosotros nos interesa el tiempo, y todo lo cronometramos; contamos el tiempo que hemos empleado, y el trabajo que hemos hecho; lo mismo que en la parábola, decimos, como los primeros que llegaron, que todo lo hemos hecho nosotros, y nos jactamos del tiempo que hemos dedicado a la obra. Y si no nos contamos entre los que llegaron primero, nos preocupamos por no haber hecho esto o aquello, y porque perdimos todo ese tiempo. Pero a nuestro Señor no le interesa nuestro trabajo de este modo. Lo que a él le interesa es la moneda de la viuda: no la cantidad de dinero sino nuestro corazón. Y tenemos el mismo caso en la parábola del capítulo 20 de Mateo. Por la misma razón, el Señor decidió dar a la gente que había trabajado en la viña sólo una hora, la misma cantidad que dio a los que habían trabajado todo el día. Y el caso de Pablo es el mismo: "... por último, ... se me apareció también a mí". Gracias a Dios, eso no cambia nada, porque su gracia se anticipa: "por la gracia de Dios soy lo que soy". Al Señor no le interesa el tiempo sino la relación.

Esto nos lleva al último principio. En el Reino de Dios, lo que importa es su gracia. En esto puede resumirse toda la parábola. Dios ve las cosas de manera diferente, y no a la manera del hombre; Dios no lleva una contabilidad como la nuestra; de principio a fin, todo es gracia. Los últimos trabajadores recibieron exactamente la misma paga que los primeros, y con ello el Señor imprime en nosotros su verdad: "Así que los últimos serán primeros, y los primeros, últimos" (Mt. 20:16). Debemos abandonar nuestra manera de pensar tan material, tan humana, tan carnal. En el Reino de Dios y de Cristo todo se ve desde la perspectiva de la gracia, y sólo de la gracia. Todos los otros reglamentos quedan sujetos a este parámetro. Lo que cuenta es su gracia: "por la gracia de Dios soy lo que soy". Dejemos, pues, de pensar en lo que no hemos hecho y en los años que hemos perdido, y tengamos presente



que en su reino es su gracia lo que importa. Los últimos en llegar pueden un día encontrarse con que, para su propio asombro, son los primeros; y, como los que estaban a la derecha del Señor en la parábola al final de Mateo 25, preguntarán: “¿Cuándo hicimos esto? ¿Cuándo hicimos aquello?”. Pero el Señor lo sabe y lo ve, y su gracia es suficiente.

Quiero terminar con una exhortación del Antiguo Testamento: “Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno” (Ec. 11:6). Me pregunto si acaso alguno de mis lectores ha pasado su vida fuera de Cristo, en el pecado y en el mundo; me pregunto si acaso ha entrado en el Reino a una edad avanzada, y ha sido tentado a la manera que he estado describiendo. Si es así, quiero decirle lo siguiente: “En la tarde de su vida, en el crepúsculo de su existencia, no se dé reposo en este maravilloso Reino de la gracia. Éste es un reino sobrenatural, y en el Día del Juicio puede usted encontrarse con que su recompensa es mayor que la de quienes fueron salvados en su juventud”. ¡Qué Evangelio tan glorioso! En nuestros días se habla mucho de juventud, ¡juventud! Pero en el reino de Dios la cuestión de la edad no tiene mayor importancia, y el énfasis que en ella ponemos no cuenta con base bíblica. “Por la mañana siembra tu semilla”, sí, pero con la misma fuerza yo diría: “y a la tarde no dejes reposar tu mano”.

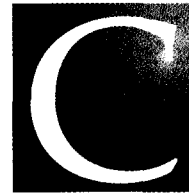
Después de esto, querido lector, recuerda las palabras que tal vez sean las más reconfortantes y maravillosas que hallamos en las Escrituras. Fueron comunicadas al profeta Joel cuando recibió esa gran visión y entendimiento de la venida del Cristo que habría de venir. Esto fue lo que se le ordenó proclamar: “Y os restituiré los años que comió la oruga” (Jl. 2:25). Dios ha prometido hacerlo, y Dios puede cumplirlo. De esos años perdidos, de esos años estériles, de esos años que se devoraron las langostas hasta aparentemente no dejar nada, Dios dice: “Y os restituiré los años que comió la oruga”. Si pensamos en ellos en términos de lo que podríamos hacer con nuestra fuerza y poder, entonces el tiempo forma parte esencial del contrato. Pero estamos en un campo donde el tiempo no cuenta. El Señor viene y puede darnos, en un año, una cosecha equivalente a una de diez. “Y os restituiré los años que comió la oruga”. Tal es el carácter de nuestro Señor, de nuestro Salvador, de nuestro Dios. Por lo tanto, quiero decir a la luz de esto: Jamás volvamos la mirada; jamás desperdiciemos nuestro tiempo presente; jamás desperdiciemos nuestra energía. Olvidemos el pasado y regocijémonos en el hecho de ser lo que por la gracia de Dios somos;

regocijémonos de que, en la alquimia divina de su maravillosa gracia, podemos todavía tener la más grande sorpresa de nuestra vida y experiencia; podemos encontrarnos con que, aun en nuestro caso, resultará que los últimos serán los primeros. Alabemos a Dios por ser lo que somos, y por el hecho de estar en el reino.

# El temor al futuro

*Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio.*

2 Timoteo 1:7



on esta frase nos vemos remitidos a otra causa más de la condición que en términos generales hemos descrito como depresión espiritual. Son prácticamente innumerables los diferentes modos en que puede sobrevenirnos y atacarnos esta condición, esta enfermedad del alma. Ya hemos dado ejemplos de las sutilezas de nuestro adversario el diablo, quien es capaz de transformarse en un ángel de luz, y esto es muy cierto. Pero también es igualmente cierto que el diablo es implacable. Con esto quiero decir que nunca está quieto ni se da por vencido. No le importa recurrir a todos los medios posibles, con tal de hacernos caer y desacreditar así la obra de Dios. Para él, la congruencia carece de importancia, pues no vacila en cambiar de procedimiento ni de enfoque; tampoco titubea en retractarse ni en contradecirse. Uno solo es su objetivo; una sola es su preocupación, y es desacreditar el nombre y la obra de Dios, especialmente la grandiosa obra de nuestra redención por medio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Nos cuenta la Biblia que en el principio, cuando Dios hizo y creó este mundo, "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera" (Gn. 1:31). Dios estaba muy complacido con su creación,

pues era perfecta. Precisamente por esta causa el diablo, en su envidia y maldad, decidió echar a perder y arruinar la obra de Dios, y concentró sus esfuerzos especialmente sobre su obra suprema, la creación del hombre. Si lograba hacer que el hombre cayera, entonces el pináculo mismo de la creación quedaría dañado. Fue así como se concentró, según recordamos, en la mujer, a la cual sedujo; ella, a su vez, engañó a su esposo, y así cayó el género humano. Pero la historia de la humanidad no termina aquí. Dios en sus designios planeó una excelente vía de redención, que sin lugar a dudas es lo más glorioso y sobresaliente que Dios haya hecho. La redención es una obra más grandiosa aún que la creación, especialmente cuando consideramos la manera en que Dios la realizó: enviando a su Hijo Unigénito a este mundo con todo el sorprendente y milagroso prodigio de la Encarnación; pero, sobre todo, enviándolo a morir en la cruz. He aquí la obra máxima: que el hombre pecaminoso y caído pueda ser redimido y restaurado y, con él, la creación entera. Obviamente, y en consecuencia, la mayor preocupación del diablo, adversario y oponente, es la de tratar, por todos los medios a su alcance, de desacreditar y deshorrar la obra de Dios. Con este fin, hace del pueblo cristiano, de los herederos de la salvación, su objetivo principal de ataque. Y nada se aviene mejor a sus propósitos que deprimirnos y abatirnos, a fin de dar la impresión de que esta salvación tan proclamada no es más que una ficción del pensamiento, y que nosotros, que creemos en ella, hemos creído en "sutiles cuentos supersticiosos". ¿Y qué mejor modo de hacerlo que llevarnos a tal condición que demos la impresión de estar deprimidos, agobiados e infelices?

Ya hemos visto cómo el diablo trata de deprimirnos haciendo que fijemos la mirada en el pasado, para que al vivir en el pasado lleguemos a abatirnos. Pero si eso fallara, no es difícil adelantar que él cambiará de procedimiento y comenzará a hacernos ver hacia el futuro. Esto es precisamente lo que hace, y eso es lo que de manera particular nos enseña este versículo que ahora estamos viendo. Vamos a considerar el caso de quienes sufren de depresión espiritual por temor al futuro. Tienen miedo del futuro.

Una vez más, ésta es una condición muy común, y es realmente impresionante notar cómo, con frecuencia, el enemigo produce fundamentalmente la misma condición en la misma gente mediante métodos que parecen ser diametralmente opuestos. No bien se ha corregido en la gente su idea acerca del pasado cuando, casi de

inmediato, comienza ésta a hablar del futuro, con el resultado de que siempre está deprimida en el presente. No bien se le ha dejado satisfecha en cuanto al perdón de sus pecados, incluso de ese pecado específico que parecía tan excepcional, y se le ha mostrado que, aunque haya desperdiciado los años, Dios le "compensará por los años en que todo lo devoró ese gran ejército de langostas", cuando objeta: "Sí, claro, pero . . .", y comienza a hablar de sus temores en cuanto al futuro y lo que éste le tiene reservado.

La Biblia nos enseña mucho al respecto, pero creo no equivocarme al decir que sin duda el mejor ejemplo de esta condición particular es el joven Timoteo, a quien el apóstol escribió esta Epístola y la anterior. Seguramente Timoteo enfrentaba este problema en particular, y por tanto el apóstol le escribió ambas cartas al respecto. Timoteo dependía mucho de Pablo debido a sus temores de las dificultades y los peligros venideros, así que ambas epístolas tienen como objetivo principal corregir en Timoteo lo referente al problema de enfrentar el futuro. Pero no debemos dedicarle mucho tiempo a Timoteo y sus problemas; simplemente lo menciono como ejemplo de alguien a quien su temor al futuro le causaba depresión espiritual.

¿Qué es lo que provoca esta condición? ¿Por qué la gente le teme al futuro? ¿Qué razones dan para ello? ¿Qué aspectos específicos presenta esta dificultad, y qué problemas genera, que sus víctimas siempre están hablando de ellos? No hay duda en absoluto de que como la primera y más importante de las causas debemos poner al temperamento, el modo de ser en particular. Todos hemos nacido diferentes. No hay dos personas iguales; todos tenemos nuestras propias características, nuestras virtudes, nuestras fallas, nuestras debilidades y nuestros defectos. El ser humano guarda un equilibrio muy fino y delicado. Fundamentalmente, todos compartimos las mismas características generales, pero las proporciones relativas varían tremendamente de un caso a otro, y de igual manera varían y difieren nuestros temperamentos. Es muy importante que tengamos esto presente. Alguien me dirá: "¡Ah, pero ahora somos cristianos, y cuando alguien llega a ser cristiano todas estas diferencias caen por tierra". Debo decir que ésta es una falacia muy socorrida con respecto a todo este asunto. No hay cambio más profundo en el universo que el que conocemos como "regeneración", pero ésta, que es la obra de Dios en el alma por medio de la cual él implanta en nosotros un principio de vida divino y espiritual, no cambia nuestro temperamento, que sigue siendo el mismo. El hecho de que hayamos

llegado a ser cristianos no significa que dejemos de vivir con lo que somos. Mientras vivamos, tendremos que aprender a vivir con lo que somos, y nosotros somos nosotros y nadie más. Después de su salvación y conversión, Pablo no se convirtió en otra persona sino que siguió siendo esencialmente el mismo de antes; Pedro siguió siendo Pedro, y Juan siguió siendo Juan, tanto en temperamento como en sus características esenciales. Allí es donde se manifiesta la gloria de la vida cristiana. Se asemeja a la variedad en la naturaleza y en la creación. Fijémonos en las flores: no hay dos flores iguales. Dentro de la unidad fundamental, es en la variedad donde Dios despliega las maravillas de sus caminos. Lo mismo pasa en la Iglesia Cristiana: todos somos diferentes, y nuestros temperamentos son también diferentes, porque todos somos nosotros mismos. Esta es una de las grandes glorias de la Iglesia: Dios distribuye sus dones de diferentes maneras por medio del Espíritu Santo, aunque lo esencial de nuestra personalidad sigue siendo exactamente lo que era antes de nuestra conversión. Cuando hablo de personalidad me refiero a nuestro temperamento, a nuestro modo particular de hacer las cosas. Seguimos haciendo lo mismo, sólo que lo hacemos de diferente manera. Como cristianos, todos debemos hacer esencialmente lo mismo, aunque nuestra manera de hacerlo será diferente. Pensemos en la diferencia que hay entre los predicadores: predicán el mismo Evangelio y viven la misma vida cristiana; sin embargo, su manera de presentar el Evangelio es diferente, y tiene que serlo. Además, Dios usa estas diferencias a fin de extender el Evangelio. Para que el mensaje logre conmover a alguien, Dios puede usar a cierto tipo de persona, mientras que no podría usar a otra con el mismo propósito. Las diferentes presentaciones conmueven a personas diferentes, y así tiene que ser, y de todas ellas echa mano Dios.

Así que anteponeamos a todo el temperamento, y hay personas que por temperamento son nerviosas, aprehensivas, timoratas. Pablo mismo era, me parece, un ejemplo de esto, pues en el aspecto natural era nervioso y falto de confianza en sí mismo. Cuando fue a Corinto, lo hizo "con tanta debilidad que temblaba de miedo" (1 Co. 2:3). Era timorato por naturaleza, de allí que su naturaleza lo llevara a hablar de "conflictos por fuera, temores por dentro" (2 Co. 7:5). Lo mismo puede decirse de otros, especialmente de Timoteo. Hay personas que ya nacen así; hay otras que tienen confianza en sí mismas y actúan con seguridad; a nada le temen, y todo lo acometen; sobresalen en todas partes. No saben lo que es ponerse nervioso. Ambos tipos de gente son cristianos

y, sin embargo, en ese aspecto son vital y fundamentalmente diferentes. Hay cristianos a quienes sólo con grandes dificultades se les puede persuadir a hablar en público, y hay otros que responden de manera exactamente opuesta. De modo que esto del temperamento es una cuestión importante al considerar las causas de esta manifestación específica de ansiedad y depresión.

Surgen luego otras cosas al considerar el caso de la gente que le teme al futuro. Se encuentra uno con que siempre están preocupadas en cuanto a la naturaleza de la tarea que enfrentan los cristianos. A juzgar por lo que dicen, tienen un concepto muy alto de la causa cristiana y una idea exaltada de la vida cristiana. Están conscientes de que no es nada fácil ser cristiano, y de que no se trata sólo de convertirse y luego tenderse sobre un lecho de rosas por el resto de sus días. No. Se dan cuenta de que el llamamiento es altamente exigente; que se trata de una lucha de fe; se dan cuenta del exaltado carácter de esta vida; saben que ser cristiano significa seguir a Cristo. Por lo general, se trata de gente inteligente que al leer su Nuevo Testamento se dan cuenta de las tremendas proporciones de la tarea y del llamamiento. Pero esto, a su vez, tiende a deprimirlas porque están igualmente conscientes de su propia pequeñez. En otras palabras, le temen al fracaso; tienen miedo de fallarle a la causa. Y dicen: "Me gusta el Evangelio. Creo que mis pecados han sido perdonados. Quiero ser cristiano, pero ¡tengo tanto miedo de fallar! Todo marcha a la perfección mientras estoy en reuniones o en la compañía de gente cristiana; pero tengo que vivir y me conozco a mí mismo y conozco mis debilidades; conozco la grandeza de la tarea, y también las dificultades". Tienen temor de fracasar porque ¿quiénes son ellos para vivir la vida cristiana? Y como no quieren fallarle a Dios ni al Señor Jesucristo, ni a su Iglesia en el mundo, se ven oprimidos por lo enorme de la tarea y por la clara conciencia que tienen de sus propias deficiencias y necesidades. También puede ser que sufran sólo de cierto temor general por el futuro, aunque no pueden señalar nada en particular. Si se les pregunta si tienen temor de algo en especial, no lo saben; sin embargo, sienten este temor general, esta aprehensión con respecto al futuro por cosas que pueden suceder y por las que tal vez tengan que sufrir. Con frecuencia he tenido que tratar con gente así. Recuerdo a una dama que una vez me dijo: "Bien, yo creo en Cristo, pero no sé si pueda llamarme cristiana". Cuando le pregunté por qué no podía hacerlo, su respuesta fue más o menos la siguiente: "He leído acerca de gente en el pasado y de gente en el presente, que se han

visto perseguidas por causa de Cristo. He tratado de imaginarme a mí misma teniendo qué enfrentar esa situación, ¿y sabe usted una cosa?", me dijo, mostrándome a un niño que entonces tendría unos tres años, "si realmente tuviera que optar entre negar mi fe o abandonar a este niño, ¿yo no sé qué haría! No creo ser lo suficientemente fuerte, y dudo si tendría el valor de poner primero a Cristo a toda costa y, de ser necesario, sufrir la muerte". Aunque ella nunca había estado sujeta a tal prueba, y tal vez nunca llegaría a estarlo, estaba consciente de esa posibilidad, y esa sola idea la deprimía. Tal depresión espiritual se debe al temor al futuro, que con frecuencia resulta ser un temor imaginario.

Aunque podríamos multiplicar los casos, no debemos detenernos en estos ejemplos. No deja de sorprendernos, sin embargo, que tales cosas puedan hacer presa de nosotros al grado de paralizarnos del todo en el presente. La gente así frecuentemente corre el riesgo de verse tan absorbida y presa de estos temores, que realmente pierden su eficacia en el presente. No hay ninguna duda de que éste era, en esencia, el problema de Timoteo. Pablo estaba en prisión y Timoteo empezaba a preguntarse qué iba a sucederle. ¿Qué pasaría si Pablo era ejecutado? ¿Cómo podría él, Timoteo, enfrentar solo las dificultades que estaban surgiendo en la iglesia y la persecución que comenzaba a manifestarse, en la cual él mismo podría verse envuelto? De modo que Pablo tuvo que ser muy firme con él y decirle que no debía avergonzarse de él ni de su sufrimiento: "Así que no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que por su causa soy prisionero. Al contrario, tú también, con el poder de Dios, debes soportar sufrimientos por el evangelio" (2 Ti. 1:8). Indudablemente, la esencia del problema de Timoteo era su temor al futuro.

La pregunta que se nos plantea es cómo manejar esta condición, y cómo tratarla. Una vez más, no se me ocurre nada mejor que seguir el procedimiento adoptado en el problema anterior. Hay ciertas consideraciones generales que debemos señalar antes de llegar a la enseñanza precisa de las Escrituras. Por tanto, presentaré algunas proposiciones. Primero que nada, hay que descubrir y saber, una vez más, dónde exactamente tirar la línea entre la previsión legítima y la previsión paralizadora. Está bien que pensemos en el futuro, y sería muy tonto de nuestra parte no hacerlo así. Sin embargo, las Escrituras siempre nos advierten que no debemos afligirnos por el porvenir. "No se angustien por el mañana" (Mt. 6:34), significa "No incurran en la culpa de preocuparse angustiosamente por el mañana". Esto no quiere decir que

no debemos pensar en nada, pues de lo contrario el agricultor no araría, ni desterraría, ni sembraría. El agricultor mira hacia el futuro, pero no se pasa todo su tiempo preguntándose y preocupándose por los resultados finales de su labor. De ninguna manera. Primero piensa razonablemente, y luego lo deja todo al tiempo. Una vez más, todo aquí es cuestión de saber dónde trazar la línea. Está bien pensar, pero hasta cierto punto; pasado ese punto, todo se convierte en aflicción y ansiedad, en inacción e incapacidad. Dicho de otro modo, aunque está bien pensar en el futuro, está mal dejarse controlar por él. El problema con la gente presa de estos temores es que el futuro la controla, y el pensar en éste la domina, de modo que se pasa la vida tronándose los dedos y sin hacer nada, deprimida por temor al futuro. De hecho, el futuro desconocido la gobierna y la domina, y eso nunca está bien. Es muy conveniente preve, pero no es nada conveniente dejarse controlar por el futuro. Ésta es una proposición fundamental, y el mundo la ha descubierto, la cual nos dice que "hay que darle tiempo al tiempo". Incluyamos este refrán entre nuestras enseñanzas cristianas, pues en este caso el mundo tiene la razón y el cristiano debe reconocer la sabiduría aquí presente. Hay que darle tiempo al tiempo. En efecto, muchas declaraciones bíblicas en torno a este mismo asunto han llegado a ser proverbiales: "No se angustien por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes". Ciertamente el Nuevo Testamento recoge la idea y la expresa de manera espiritual. Pero aun en su mínima expresión la verdad permanece: "Cada día tiene ya sus problemas". Esto es sano sentido común. Como ya hemos visto, es un desperdicio de tiempo el preocuparse por el pasado, el cual ya no podemos cambiar; pero es igualmente erróneo afligirse por el futuro, que de momento nos es desconocido. "Al paso se va lejos". Disfrutemos del presente cuanto podamos; no lo hipotequemos por un futuro incierto, ni tampoco por el pasado.

Sigamos ahora con lo que nos dice el apóstol, quien lleva este razonamiento a un nivel más alto y nos da enseñanzas específicas de carácter doble: en primer lugar nos da una reprimenda, y en segundo lugar nos da un recordatorio. Una y otro son absolutamente vitales y esenciales. Lo primero que hace es reprender a Timoteo; se vuelve a él y dice: "Dios no nos ha dado un espíritu de timidez". Esa es una reprimenda. En ese momento Timoteo era culpable del espíritu de temor, pues se había dejado dominar por él; por eso Pablo lo reprende: "Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio". El principio y la doctrina que tenemos aquí es que

nuestro problema esencial, si sufrimos de esta manifestación particular de depresión espiritual, proviene de no darnos cuenta de lo que Dios nos ha dado, y nos sigue dando, mediante el don del Espíritu Santo. Ese era realmente el problema con Timoteo, y es también el problema de cristianos como él. No nos damos cuenta de lo que Dios ha hecho por nosotros, y de lo que sigue haciendo en nosotros. De hecho, podemos emplear las mismas palabras que una vez usó nuestro Señor, aunque en un caso ligeramente diferente: al responderles a Santiago y a Juan, que querían que cayera fuego del cielo sobre ciertos samaritanos, el Señor dijo: "Ustedes no saben de qué espíritu son" (Lc. 9:55). Y esto es precisamente lo que Pablo le está diciendo a Timoteo. En aquel caso, el sentido es negativo; en este, es positivo; el apóstol tiene que decirle a Timoteo que avive el don de Dios.

Nuestros temores se deben a que no avivamos ese don; no pensamos, no nos hacemos cargo de nosotros mismos. De pronto nos encontramos atisbando al futuro, y luego empezamos a imaginarnos cosas y a decir: "Me pregunto qué irá a suceder". Y dejamos que nuestra imaginación corra y nos atrape; no nos detenemos ya a pensar en quiénes somos y qué somos, sino que nos dejamos abrumar por tales ideas hasta hundirnos. Ahora bien, lo primero que debemos hacer es aferrarnos a lo que somos, erguirnos, acicatearnos, hacernos cargo de la situación y hablar con nosotros mismos. Tal como lo expresa el apóstol, tenemos que recordarnos ciertas cosas. Y tal como yo lo entiendo, el peso de lo que en efecto Pablo le está diciendo a Timoteo es: "Oye, Timoteo: tal parece que sólo piensas en ti mismo, y en la vida y en todo lo que tienes que hacer, como si todavía fueras una persona común y corriente. Pero, Timoteo, ¡tú no eres ya una persona común y corriente! ¡Tú eres cristiano, has nacido de nuevo, y el Espíritu de Dios está en ti! Sin embargo, estás encarándolo todo como si aún fueras lo que antes fuiste: ¡como una persona común y corriente!". ¿Y no es, en este sentido, el problema de todos nosotros? Aunque seamos verdaderamente cristianos, aunque creamos la verdad, aunque hayamos nacido de nuevo, y aunque ciertamente seamos hijos de Dios, caemos en esta condición, en la que volvemos a pensar como si nada de todo esto nos hubiera acontecido. Al igual que los que todavía están en el mundo, los que aún no han sido regenerado, dejamos que el futuro venga y nos domine, y comparamos nuestra propia debilidad y carencia de fuerza con la grandeza del llamamiento y la tremenda tarea ante nosotros. Y nos hundimos, como si todavía dependiéramos de nosotros mismos. Lo

que hay que hacer entonces, le dice Pablo a Timoteo, es tener presente que Dios nos ha dado su Santo Espíritu, y cobrar conciencia de que, precisamente por esto, nuestra perspectiva de la vida y del futuro debe ser, en consecuencia, esencialmente diferente. Debemos concebir el sufrimiento, y encarar todas las cosas, de manera diferente. Y la manera de encararlo todo es recordándonos que el Espíritu Santo está con nosotros. Allí está el futuro, allí también el excelso llamamiento, y la persecución, y el enemigo. Puedo verlo todo. Debo también admitir que soy débil, que carezco de fuerzas y de la disposición necesaria; pero en vez de detenerme allí, tengo que seguir adelante y decir: "Sí, lo sé muy bien, pero . . .". Y en el momento de decir "pero" estoy haciendo lo que el apóstol quiere que yo haga. Digo: "Pero . . . pero el Espíritu de Dios está en mí; Dios me ha dado su Santo Espíritu". En el momento de decir eso, cambia toda la perspectiva. Dicho de otro modo, tenemos que aprender a decir que lo que importa en cualquiera de estas circunstancias no es nuestra verdad sino la verdad del Señor. Sí, Timoteo era débil por naturaleza, el enemigo poderoso, y la tarea era grande; pero él no debía pensar sólo en sí mismo, ni en la situación en términos de lo que él podía hacer. "Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder". Así que no pensemos en nuestra propia debilidad; más bien, pensemos en el poder del Espíritu de Dios. Cuando empezamos a hacer esto es cuando equilibramos nuestra doctrina y vemos todo el panorama con claridad.

Me he esforzado por dejar bien claro que todos nuestros temperamentos son diferentes, y quiero volver a subrayarlo. Sólo que al llegar a este punto quisiera decir también que, aunque nuestros temperamentos sean diferentes, éstos no debieran afectar en absoluto la tarea a la que nos enfrentamos. He aquí el milagro de la redención. Dios nos ha dado nuestro temperamento. Vuelvo a repetir que nuestros temperamentos son diferentes, y que también eso viene de Dios. Claro que sí, pero nunca debe decirse de nosotros, como cristianos, que es nuestro temperamento el que nos controla. Quien debe controlarnos es el Espíritu Santo. Debemos poner las cosas en ese orden. Hay poderes y capacidades, y hay también el temperamento particular que los usa, pero el punto clave es que, como cristianos, debemos estar bajo el control del Espíritu Santo. Lo trágicamente erróneo en un cristiano es dejar que sea su temperamento el que lo controle. Al hombre natural siempre lo controla su temperamento, y nada puede hacer por evitarlo; pero la diferencia entre el hombre natural y el hombre regenerado es

que éste tiene ahora un control mayor sobre su temperamento. En el momento en que el Espíritu Santo entra en nosotros, toma el control de todo, incluso de nuestro temperamento, de modo que nos capacita para actuar a nuestra manera mediante nuestro temperamento. Tal es el milagro de la redención: nuestro temperamento permanece, pero ya no nos controla. Quien nos controla es el Espíritu Santo.

Entremos en detalles. "Dios no nos ha dado un espíritu de timidez". ¿Cuál es, entonces, el espíritu que nos ha dado? Notemos que "Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder . . .". Eso es lo primero que establece, y por buenas razones. Tenemos una tarea, y conocemos nuestras propias debilidades. Claro que sí, pero he aquí un poder incluso para los debiluchos, y quiere decir "poder" en el sentido más amplio que podamos concebir. ¿Sentimos temor de no poder vivir la vida cristiana? La respuesta es: "Lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer". El temor y el temblor permanecen, pues son parte de nuestro temperamento, pero recibimos la facultad de actuar por el poder "que produce [en nosotros] tanto el querer como el hacer". No es que de pronto nos convirtamos en personas sin miedo y libres de temores, pues todavía tenemos que llevar a cabo nuestra salvación con temor y temblor; pero, a pesar de eso, contamos con poder: es el poder de Dios, que produce en nosotros "tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad". Esto tiene que ver no sólo con la cuestión de vivir la vida cristiana y de batallar contra la tentación y el pecado; también significa poder para resistir, poder para seguir adelante en cualesquiera condiciones, cualesquiera circunstancias; poder para perseverar y para no claudicar. Puedo decir más: esto significa que a la persona más timorata se le reviste de poder para todo, incluso para morir. Podemos verlo en los apóstoles; podemos verlo en alguien como Pedro, que le temía a la muerte, que tenía miedo de morir. Por causa de ese miedo llegó incluso a negar a su Señor, cuando dijo: "¡A ese hombre ni lo conozco! ¡No tengo nada que ver con él!". Y para salvar su vida, con juramentos y maldiciones negó a su propio bendito Señor, a su más grande benefactor. Pero veámoslo después, en el libro de los Hechos de los apóstoles. El Espíritu de poder había entrado en él, y ahora estaba dispuesto a morir. Pedro se enfrentaría a las autoridades, se enfrentaría a quien fuera. Ésta es una de los acontecimientos más gloriosos en los largos anales de la historia de la Iglesia, acontecimientos que todavía tienen lugar. Nunca me canso de decirles a los cristianos que lean las

historias de los mártires y de los confesores, de los Padres Protestantes, de los Puritanos y de los Pactantes; que las lean y encontrarán no sólo hombres fuertes y valientes sino también muchachas y mujeres débiles, y aun niños que murieron gloriosamente por la causa de Cristo. No pudieron hacerlo por sus propias fuerzas, sino que les fue dado el espíritu de poder. Y eso es precisamente lo que Pablo quiere decir aquí cuando le dice a Timoteo: "No hables así. Estás hablando como cualquier otro hombre. Estás hablando como si tú mismo, con tu propio poder, tuvieras que enfrentarlo todo. Pero Dios te ha dado el espíritu de poder. Así que sigue adelante, que él estará contigo. Tú mismo no te reconocerás, y hasta te asombrarás de ti mismo. Y aun cuando eso signifique que debas afrontar la muerte, te regocijarás de que se te haya considerado digno de ser humillado, y aun de sufrir la muerte, por causa de su glorioso Nombre" (cf. 2 Ti. 1:7). ¡Se nos ha dado poder! Y a medida que nos sintamos inclinados a caer en la depresión por lo que está en contra de nosotros, lo que tenemos que hacer es decir: "Yo tengo el Espíritu Santo, que es el Espíritu de poder".

A continuación Pablo menciona el "amor" (2 Ti. 1:7). Esto me parece de lo más interesante y fascinante. Me pregunto cuántos de nosotros habríamos incluido el "amor" aquí, en esta lista. ¿Por qué creemos que Pablo lo ha incluido aquí? ¿Qué pretende con ello? "Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder . . .". Bien puedo entender que me hace falta poder; pero, ¿amor? ¿Por qué amor? ¡Ciertamente no es amor lo que una persona timorata necesita! ¿Por qué, entonces, poner en segundo término el espíritu de amor? Aquí hay una excelente cápsula de psicología; porque, después de todo, ¿cual es la causa principal del espíritu de temor? La respuesta es el "ego": el amor por uno mismo, la preocupación por uno mismo, la protección de uno mismo. ¿Hemos notado cómo la esencia de este problema radica en que las personas temerosas realmente están demasiado absorbidas por su ego? "¿Cómo puedo yo hacer esto? ¿Y qué tal si yo fracaso?". ¡Todo gira en torno a ellas! ¡Sólo tienen ojos para ellas mismas, y sólo se preocupan por ellas mismas! Y es precisamente aquí donde interviene el espíritu de amor, pues sólo hay un modo de librarnos de nosotros mismos. Contra el ego, sólo hay una cura. Nunca tratamos con nuestro ego nosotros mismos. Esa fue la fatal falacia de quienes optaron por hacerse monjes y anacoretas: pudieron librarse del mundo y del resto de la gente, pero no pudieron librarse de ellos mismos. Llevamos nuestro ego dentro de

nosotros, y no podemos librarnos de él; mientras más nos mortifiquemos, más nos atormentará nuestro ego.

Sólo de una manera podemos liberarnos de nuestro ego, y es dedicarnos por completo a algo o alguien, de tal modo que no tengamos tiempo para pensar en nosotros mismos. Gracias a Dios que su Espíritu hace esto posible, pues no sólo es “el espíritu de poder” sino también “el espíritu de amor”. ¿Y esto qué significa? Pues significa amar a Dios, amar al gran Dios que nos creó, amar al gran Dios que a nosotros, miserables criaturas que no merecemos sino el infierno, nos ha abierto el camino a la redención. Dios nos ha amado “con amor eterno”. Pablo le recomienda a Timoteo: “Piensa en esto y, cuando el amor de Dios te haya absorbido, te olvidarás de todo lo que tenga que ver contigo”. ¡El espíritu de amor! Será él quien nos libre del interés por nosotros mismos, de la preocupación por nosotros mismos, y de la depresión acerca de nosotros mismos. El amor nos libera por completo de nuestro ego. Así que dialoguemos con nosotros mismos acerca del eterno y asombroso amor de Dios, del Dios que a pesar del pecado siempre nos miró y planeó el camino de nuestra redención; del Dios que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

¿Qué haremos entonces? Pues seguir adelante y pensar en la amplitud y longitud, en la profundidad y altura del amor del Hijo, seguir adelante y llegar a conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento. Pensemos en Aquel que, haciendo a un lado la insignia de su eterna gloria, vino de la corte celestial y nació como todo niño, trabajó como carpintero, y llevó en él la contradicción de los pecadores. Pensemos en Aquel cuyo santo rostro escupieron los hombres, y en cuya frente hincaron una corona de espinas, y en cuyas manos y pies martillaron clavos. Helo allí, en la cruz. ¿Y qué hace allí? Morir por nosotros, para que podamos ser perdonados y reconciliados con Dios. Pensemos en su amor, y según vayamos experimentándolo, iremos olvidándonos de nosotros mismos.

Sigue luego el amor fraternal. Pensemos en los demás, y en sus necesidades y preocupaciones. ¿Debo continuar? Timoteo parece haberse dicho: “Podría ser condenado a muerte”. Pablo le contesta: “Piensa en los demás; mira a los que mueren en sus pecados. Olvídate de ti mismo”. Cultivemos de igual manera el amor por los perdidos y el amor por los hermanos, y el amor por la causa más grande y más noble en este mundo: el bendito y glorioso Evangelio. Hagámoslo realidad en nosotros mismos. Esto es lo que quiere decir el apóstol cuando habla de

“el espíritu de poder y el espíritu de amor”. Si este espíritu de amor nos consume, habremos de olvidarnos de nosotros mismos, y exclamaremos que nada importa, salvo el Cristo que se dio a sí mismo por nosotros, y que nada es demasiado que nosotros no podamos dar. Como el Conde Zinzendorf, no tendremos más que una sola pasión, y ésta será: “Cristo, y sólo Cristo”. ¡El espíritu de amor!

Finalmente, hablemos del dominio propio. “No nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio”. ¿Qué significa esto? He aquí el antídoto correcto para el espíritu de timidez, o cobardía: el dominio propio, la disciplina, la mente equilibrada. Aunque nosotros seamos timoratos y nerviosos, el Espíritu que Dios nos ha dado es el Espíritu de dominio propio, el Espíritu de disciplina, el Espíritu de juicio. Nuestro Señor ya había dicho todo esto antes de que Pablo siquiera lo pensara. Pablo no hace sino repetir y presentar las propias enseñanzas de nuestro Señor. Como recordaremos, cuando el Señor envió a sus discípulos a enseñar, les advirtió que tal vez serían aborrecidos y perseguidos, y que hasta podrían llegar a ser sacrificados, o serían llevados a juicio. A continuación les dijo: “Pero cuando los arresten, no se preocupen por lo que van a decir o cómo van a decirlo. En ese momento se les dará lo que han de decir” (cf. Mt. 10:19). Serán llevados a juicio, y se intentará todo para atraparlos con sus palabras, pero no se aflijan, dice nuestro Señor, porque en esa misma hora se les dará lo que han de responder. No deben tener miedo, ni perder la calma, pues no estarán tan alterados y alarmados que no sepan qué decir; además, en esa misma hora se les dirá cómo deben responder. ¡He allí el Espíritu de sabiduría y de dominio propio!

Puedo resumir brevemente este punto mediante un ejemplo. Se trata de una muchacha, relativamente joven, en los días de los Pactantes en Escocia. Un domingo por la tarde, nuestra joven se dirigía a un culto de comunión que celebrarían los Pactantes. Tales cultos de comunión estaban, por supuesto, absolutamente prohibidos. Los soldados del rey de Inglaterra buscaban por todas partes a los posibles asistentes a ese culto de comunión. De pronto, al dar vuelta a una esquina, esta muchacha se encontró frente a frente con un pelotón de soldados, y supo que no tenía escapatoria. Por un momento se preguntó qué diría, pero casi inmediatamente, al ser interrogada se encontró respondiendo: “Mi hermano mayor ha muerto, y esta tarde va a leerse su testamento. Mi hermano hizo algo por mí, y me ha dejado una herencia. Quiero estar presente cuando se lea su voluntad”. Y los soldados la dejaron

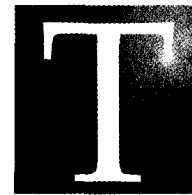


marcharse. “Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio”. Sabiduría, discreción, entendimiento. El Señor nos hará tan sabios como las serpientes; seremos capaces de hacer declaraciones absolutamente ciertas a nuestros enemigos, pero el enemigo no nos entenderá y podremos escaparnos. ¡Claro, su hermano mayor había muerto! Cristo había muerto por ella, y en el culto de comunión iba a leerse otra vez su voluntad, y ella volvería a recordar lo que él le había dejado y lo que había hecho por ella. Como podemos ver, aun los más ignorantes y más nerviosos del reino de Cristo reciben dominio propio y espíritu de sabiduría. Nos dice Cristo: “No se preocupen . . . En ese momento se les dará lo que han de decir” (Mt. 10:19). Cristo mismo nos dirá qué hacer y qué decir, y de ser necesario nos refrenará. En esta vida no estamos solos, así que no debemos pensar que somos gente común y corriente. No somos como los demás, sino que hemos nacido de nuevo. Dios ha dado su Santo Espíritu, que es el “espíritu de poder, de amor y de dominio propio”. Por lo tanto, en el nombre de Dios y con las palabras del apóstol digo a quienes son particularmente propensos a caer en la depresión espiritual por su pusilánime temor al futuro: “Aviven el don”, dialoguen con ustedes mismos; tengan presente quiénes son y qué son, y qué Espíritu habita en ustedes. Una vez que cobren conciencia del carácter de este Espíritu, podrán seguir adelante sin detenerse, sin temor de nada, viviendo el presente y preparándose para el futuro, con un solo deseo: el de glorificar a Quien todo lo dio por nosotros.

# Los sentimientos

*Por eso te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos.*

*2 Timoteo 1:6*



enemos ante nosotros una gran declaración, pero nuestro interés principal en ella es la exhortación que el apóstol dirige a Timoteo, en el sentido de “avivar” el don recibido. Enfoco mi atención en ella como parte de nuestra consideración general del tema que hemos llamado “depresión espiritual”. Estamos tratando de diagnosticar y de tratar el caso del llamado “cristiano desdichado”. Ya hemos hecho todo lo posible por señalar que el término en sí mismo, y por sí mismo, distrae nuestra atención de lo esencialmente erróneo en cuanto a esta condición. Las palabras mismas son incompatibles y, no obstante, debemos ponerlas juntas porque describen a la perfección a cierto tipo de gente: al cristiano desdichado. Tal fenómeno debería ser imposible, pero es una realidad. No debería haber cristianos desdichados, pero los hay; y según entendemos las enseñanzas de las Escrituras, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo, es nuestro deber ocuparnos de esta condición.

Sé muy bien que hay quienes no admiten que exista esta condición, e impacientes la hacen de lado, aduciendo que un cristiano es alguien que canta todo el día, y que tal ha sido su experiencia desde el día de su conversión: jamás una sola onda se ha agitado sobre la superficie de su

alma; todo ha marchado viento en popa. Como estas personas no reconocen la realidad de esta condición, tienen serias dudas acerca de los que sufren de depresión, y hasta dudan por completo de que esta gente deprimida sea cristiana. Ya hemos visto repetidamente que las Escrituras tratan con más bondad a tales personas, y que en sus enseñanzas claramente reconocen que es posible que un cristiano pueda estar deprimido. No justifican este hecho, pero lo reconocen; por lo tanto, es responsabilidad de todo el que se preocupe por el buen desarrollo y el cuidado del alma atender tales casos y aplicarles el gratuito remedio que Dios ha provisto en las palabras de las Escrituras.

Ya hemos considerado varias causas de esta condición, y seguimos adelante. Éstas son casi infinitas pues, como lo he señalado, nos enfrentamos con un adversario muy sutil y poderoso, que nos conoce muy bien, mucho mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos, y cuyo único gran objetivo y esfuerzo es desvirtuar la gloria de Dios y la gloria del Señor Jesucristo. Y no hay un modo más efectivo para que logre eso que hacer que el pueblo cristiano esté deprimido e infeliz; porque, nos guste o no, lo cierto es que el mundo todavía juzga a Dios y al Señor Jesucristo por lo que ve en nosotros, y no podemos culparlo por eso. Nos atribuimos ciertas cosas; el hecho mismo de llamarnos "cristianos" constituye una atribución y un desafío, y el mundo cobra todo el derecho de mirarnos. "Ustedes se atribuyen demasiado", dice el mundo; y luego, al mirarnos, agrega: "¿A eso le llaman cristianismo? ¿A eso nos están invitando?". No hay duda alguna, y digámoslo de una vez, que por encima de cualquier otra cosa, lo que hace que las grandes masas se encuentren hoy fuera de la Iglesia cristiana es la condición de los que estamos dentro de ella. Leamos la historia de cualquier avivamiento que haya ocurrido y encontraremos que todos ellos comienzan del mismo modo: algunas veces una sola persona, otras veces algún grupo de creyentes, despiertan a la verdadera vida cristiana, y los demás empiezan a fijarse en ellos. El mundo allá fuera se ve sacudido, y comienza a prestar atención. Todo avivamiento tiene su principio dentro de la Iglesia, y cuando el mundo allá fuera se da cuenta, comienza a prestar atención. De allí la importancia de nuestra condición como creyentes.

Ya hemos visto cómo el diablo logra que nos concentremos en el pasado —en algún pecado que cometimos, en el tiempo que hemos desperdiciado— y cómo lamentamos todo eso y, por afligirnos en cuanto al pasado, somos desdichados en el presente. Hemos visto

también cómo, si esto no funciona, el diablo cambia completamente de táctica y trata entonces de deprimirnos en el presente llenándonos de temores y de presagios en cuanto al futuro.

Pasamos ahora a otro tema, por cierto muy estrechamente relacionado con estos temores y aprensiones respecto del futuro. El tema lo vemos enunciado en este sexto versículo, y se refiere a todo el problema de los sentimientos, los sentimientos en la vida cristiana. Tal vez no se encuentre nada tan frecuentemente como este problema de los sentimientos como causa de depresión espiritual y de infelicidad en la vida cristiana. ¿En qué momento intervienen, y qué deberían ser? La gente se ve constantemente atribulada por esto, y estoy seguro de que todos los que alguna vez hemos realizado trabajo pastoral convendremos en que no hay otro asunto que traiga tanta gente al pastor, y con tanta frecuencia, como este problema específico de los sentimientos. Lo cual es muy natural porque, al fin de cuentas, todos queremos ser felices; algo innato en la naturaleza humana es que nadie quiere ser desdichado (¡aunque estoy consciente de que unos parecen gozar con su desdicha, y de que otros hallan la felicidad en la infelicidad!).

Considero parte importante de mi vocación ministerial el acentuar la prioridad de la mente y del intelecto en relación con la fe. Aunque sostengo esto, reconozco igualmente que los sentimientos, las emociones y las sensibilidades son, obviamente, de vital importancia. Estamos constituidos de tal manera que los sentimientos juegan en nosotros un papel predominante. A decir verdad, supongo que uno de los más grandes problemas de nuestra vida en este mundo, y no sólo para los cristianos sino para toda la gente, es el manejo adecuado de nuestros sentimientos y emociones. ¡Cuántos estragos, cuántas tragedias, cuánta desdicha e infelicidad se encuentra en el mundo, simplemente porque la gente no sabe cómo manejar sus propios sentimientos! El hombre está constituido de tal manera que los sentimientos ocupan un lugar prominente; en verdad, hay buenas razones para afirmar que tal vez lo que, en última instancia, han hecho por nosotros la regeneración y el nuevo nacimiento ha sido precisamente poner la mente, las emociones y la voluntad en su posición correcta. Estaremos considerando esto según vayamos analizando este asunto. Obviamente, se trata de un tema fabuloso que nadie puede tratar con brevedad; sin embargo, es importante que captemos el tema desde una perspectiva amplia.

En todo caso, hay aquí un punto de partida que, para mí, reviste gran interés. Como ya sugerí al principio, resulta que hay una relación muy curiosa entre este problema en particular y aquel otro de ponerse nervioso y atemorizado por el futuro. Ambas cosas tienden a ir juntas, así que no debe sorprendernos que las dos se encuentren en este capítulo. Resulta evidente que Timoteo era una persona nerviosa por naturaleza, y al mismo tiempo dada a la depresión; ambos aspectos se encuentran con frecuencia en un mismo tipo de persona. Debemos, por lo tanto, señalar una vez más que ciertas personas son, por naturaleza, más propensas a la depresión que otras. Me permito volver a recalcar esta vital afirmación relacionada con todas estas consideraciones, de que nuestra personalidad fundamental no cambia aun cuando seamos convertidos y regenerados. Lo que pasa es que quien antes de la conversión sea más propenso que otros a la depresión, tendrá que luchar con eso aun después de la conversión. En la vida cristiana todos afrontamos ciertos problemas comunes, pero también afrontamos problemas especiales. No todos tenemos los mismos talentos, sino que nuestros dones varían; y exactamente lo mismo sucede con nuestras dificultades. "Cada corazón conoce sus propias amarguras", y cada hombre tiene una carga que llevar. Todos nosotros tenemos algo que nos resulta particularmente difícil, y por lo general es algo que pertenece al campo de nuestro temperamento o modo natural de ser. De modo que quien por naturaleza es dado a la introspección, a la morbilidad y a la depresión, tendrá qué tenerlo presente en la vida cristiana; esta persona corre el riesgo de llegar a deprimirse, especialmente en relación con esto de los sentimientos.

Soy de la opinión que resulta más provechoso echar un vistazo al tema de manera general, y tal vez volver a lo específico más tarde. Hagamos, por lo tanto, algunas declaraciones generales en cuanto a los sentimientos y en cuanto a su lugar en la vida cristiana. Una de las primeras preguntas que encaramos es la siguiente: ¿Dónde intervienen los sentimientos, cuál es su lugar, y dónde deberían estar en la vida cristiana? A este respecto, yo propondría varias declaraciones generales. La primera y más importante es que, en una verdadera experiencia cristiana, obviamente los sentimientos deben estar presentes. Tienen que estarlo. Ya hemos visto eso al estudiar esa gran afirmación de Pablo a los Romanos, en el capítulo sexto y versículo diecisiete de esa epístola. Allí el punto principal es que el Evangelio de Jesucristo es tan grande y glorioso que toma al hombre en su totalidad, y no sólo una parte del

hombre. De momento, todo lo que quiero señalar es que nuestros sentimientos, lo mismo que nuestra mente y nuestra voluntad, debieran estar activamente involucrados. Si alguno de nosotros nunca ha sido conmovido por sus sentimientos, convendría que examináramos una vez más los fundamentos. Si alguien como Wordsworth, pensando en la naturaleza, pudo decir como poeta místico que era: "He sentido una Presencia que me turba con el gozo de elevados pensamientos", ¡cuánto más podríamos decir nosotros teniendo tal Evangelio, tal mensaje, y un Salvador y un Dios así, con tal poder e influencia como el Santo Espíritu de Dios! No es posible leer todo el Nuevo Testamento sin darse cuenta de inmediato que el gozo es parte esencial de la experiencia cristiana. Una de las cosas más impresionantes que efectúa la conversión es sacarnos de una fosa horrible, de un lodo pantanoso, afirmar nuestros pies sobre una roca, establecer nuestros caminos y poner un canto nuevo en nuestros labios. Los sentimientos deben estar presentes, y cuando el Evangelio llega a nosotros, envuelve a todo el hombre, y al ver éste sus gloriosas verdades, se conmueve su mente, su corazón y su voluntad.

Hay cuestiones muy simples y elementales, pero con frecuencia nos vemos en problemas porque las olvidamos. Quisiera, por tanto, hacer una segunda afirmación, y es la siguiente: no podemos crear sentimientos, ni podemos manejarlos a voluntad. Voy a decirlo llanamente: no podemos generar en nosotros ningún sentimiento. Podemos, tal vez, forzarnos a llorar, y hasta a derramar lágrimas, pero eso no significa necesariamente que haya en nosotros un verdadero sentimiento. Hay, sí, un falso sentimentalismo, lo cual difiere mucho de la verdadera emoción. Y es que los sentimientos están más allá de nuestro control y no podemos crearlos. Por mucho que nos esforcemos, no tendremos éxito. En cierto modo, mientras más tratemos de producir en nosotros alguna clase de sentimientos, más desdichados seremos. Desde una perspectiva psicológica, ésta es una de las cosas más notables en el hombre: en este aspecto, éste no es dueño de sí mismo. No puede generar ni producir sentimientos, no puede crearlos; intentar hacerlos de manera directa no hace más que exacerbar el problema.

Esto nos lleva a mi tercera afirmación, y es que resulta evidente que no hay nada que varíe tanto en nosotros como nuestros sentimientos. Somos criaturas muy volubles y, de todo cuanto nos pertenece, nuestros sentimientos son lo más variable. Ello se debe a que éstos dependen de muchos factores y a que son muchas las cosas que influyen en los sentimientos; no sólo el temperamento sino también las condiciones

físicas. Como sabemos, en la antigüedad la gente creía que la sede de los sentimientos se localizaba en diferentes órganos del cuerpo. En cierto sentido tenían razón: la flema de la cual hablaban, el carácter atrabiliario, “para la ictericia todo es amarillo”, etc. Hay en esto un elemento de verdad: las condiciones físicas nos afectan profundamente. Y una vez más debemos tener cuidado en observar que el hecho de que seamos cristianos no significa que perdamos de inmediato nuestras tendencias constitutivas. Todavía están allí, de modo que nuestros estados de ánimo tienden a variar por causa de estos factores. Tal vez muchas veces nos habrá sorprendido despertar y darnos cuenta de que nuestro humor o estado de ánimo era muy diferente al del día anterior, sin que tuviéramos para ello ninguna explicación. El día anterior pudimos haber estado perfectamente felices, y nos fuimos a la cama anticipando otro día grande y glorioso; pero a la mañana siguiente despertamos deprimidos y en un estado de ánimo deplorable. Súbitamente, y sin ninguna explicación, nos hemos encontrado en esta condición. Y este es el punto medular del problema. Dicho de otro modo, nuestros sentimientos varían, y yo haría notar el peligro de que ellos nos controlen. Ya hemos visto que lo mismo podemos decir de nuestro temperamento, cualquiera que éste sea. Dios nos ha dado a cada uno nuestro propio temperamento. No ha hecho dos personas iguales, así que debemos seguir siendo diferentes. Claro que tenemos nuestro temperamento, pero no hay nada tan erróneo y anticristiano como dejar que sea nuestro temperamento el que nos gobierne. Por supuesto, hay gente que se ufana de ello, y todos conocemos a alguien que dice con jactancia: “Yo no tengo pelos en la lengua. Siempre digo lo que pienso”. ¡Pero imaginemos el daño que causan tales personas al pisotear con su egolatría la susceptibilidad de otros! ¿Qué pasaría si todos actuaran así? Esa gente declara: “Es que yo soy así”. Habrá que responderles que no deberían serlo. Esto no significa que puedan cambiar su temperamento, pero sí que deberían controlarlo. En otras palabras, el temperamento es un don de Dios; pero por causa de la caída y del pecado, debemos mantenerlo en su lugar. Es un don maravilloso, pero debe ser controlado. Y lo mismo pasa con los sentimientos: siempre están buscando controlarnos y, a menos que nos demos cuenta de esto, seguramente lo conseguirán. A esto me refiero cuando hablo de estados de ánimo y de melancolía. El estado de ánimo parece descender sobre nosotros. No lo queremos, pero allí está. Y el peligro consiste en dejar que nos controle y nos atrape. Nos levantamos de mal humor por la mañana, y tendemos a seguir así durante todo el

día, hasta que algo suceda que nos ponga en nuestro lugar. Tenemos en el Antiguo Testamento un buen ejemplo de esto, en el caso de Saúl, el rey de Israel. El peligro consiste en someternos a nuestros sentimientos y dejar que nos den órdenes y nos gobiernen, y se conviertan en nuestros amos y controlen la totalidad de nuestras vidas.

Finalmente, bajo este epígrafe llamaría yo la atención al peligro de pensar que no es absolutamente cristiano quien no ha tenido algún tipo particular de experiencia sentimental. Desde una perspectiva espiritual, es así como más comúnmente se manifiesta esta condición. Pienso en este momento en aquéllos que al oír a otros hablar o dar testimonio de algún sentimiento maravilloso, se dicen a sí mismos: “¡Yo nunca he sentido algo así!”, y comienzan a preguntarse si en realidad son cristianos. Vuelvo a repetir lo que antes he dicho: el verdadero cristianismo abarca también los sentimientos, pero el hecho de no experimentar ciertos sentimientos específicos no necesariamente significa no ser cristiano. Los sentimientos son esenciales, pero si postulamos como esenciales ciertos sentimientos específicos, muy bien podemos llegar a ser víctimas del diablo y pasarnos la vida entera en la infelicidad y “sujetos a vanidades y miserias”, aun cuando todo el tiempo seamos verdaderos cristianos.

Para mí, éste es un tema fascinante; pero debo evitar la tentación de desviarme del tema. No hay duda de que este punto en particular suscita no sólo la cuestión del temperamento sino también la cuestión de la nacionalidad. No hay duda de que ciertos tipos de nacionalidad muestran mayor inclinación a determinados puntos de vista en cuanto a la vida. Hay en la fe cristiana cierto tipo de gente, generalmente de ascendencia celta, que no dudarían en afirmar que no está bien que el cristiano sea demasiado feliz. Tanto miedo tienen de expresar sus sentimientos que están casi dispuestos a decir que los sentimientos de felicidad y de gozo casi siempre tienen su origen en lo falso. Tal manera de pensar no se limita a las razas sino que es también característica de ciertas denominaciones. J. C. Philpot, que fue uno de los fundadores de los Bautistas Estrictos, predicó alguna vez un sermón titulado “Los hijos de la luz caminando en la oscuridad, y los hijos de la oscuridad caminando en la luz”, el cual basó en los dos últimos versículos del capítulo cincuenta del profeta Isaías. En su sermón, Philpot sostenía que es posible inflamar falsos sentimientos, y encender el fuego de una experiencia maravillosa pero efímera. Afirmaba: “El verdadero hijo de Dios se da cuenta de las plagas de su propio corazón y de su propia

pecaminosidad, y por tanto, consciente de su pecado y de la grandeza y majestad de Dios, pasa por este mundo pesada y trabajosamente". Aunque comparto el énfasis principal del sermón, me parece que este grande y piadoso predicador fue demasiado lejos, porque finalmente nos deja con la impresión de que, si somos felices, probablemente algo anda mal en nuestra vida, y en realidad no somos cristianos. ¡Y eso es ir demasiado lejos! No hay duda que hay gente que se cree cristiana, cuya experiencia es más psicológica que espiritual. No podemos decir que la alegría frívola y despreocupada sea gozo cristiano, pero tampoco podemos decir que el gozo no sea cristiano.

Bien, ¿qué nos dicen las Escrituras acerca de todo esto? ¿Cómo hemos de abordar el tema de los sentimientos? Voy a presentar varias sugerencias. La primera de ellas es de carácter práctico, y es la siguiente: si en este momento alguien se encuentra deprimido, debe asegurarse de que no haya ninguna razón evidente para no sentirse alegre. Por ejemplo, si ha cometido un pecado, se sentirá desdichado. "El camino de los transgresores es duro". Si quebrantamos la ley de Dios y violamos sus reglas, no seremos felices. Si pensamos que podemos ser cristianos y al mismo tiempo hacer nuestra voluntad, según nuestros propios gustos y disgustos, nuestra vida cristiana va a ser muy miserable. Esto no tiene discusión, pues es tan evidente como que tras la noche viene el día: si somos complacientes con algún pecado predilecto, o nos aferramos a lo que el Espíritu Santo condena a través de nuestra propia conciencia, no seremos felices. Y sólo hay un camino, y es confesar nuestro pecado, reconocerlo, arrepentirse, ir de inmediato a Dios y confesar nuestro pecado, abrir nuestro corazón, desnudar nuestra alma y decirle todo, sin ocultarle nada; después de eso debemos creer que, por haberlo hecho así, Dios nos ha perdonado. "Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad" (1 Jn. 1:9). Si la causa de infelicidad es un pecado oculto, estaremos perdiendo el tiempo si seguimos adelante con mi lista de otras causas posibles. ¡Cuántos se ven atrapados en este punto! Dejemos esto bien claro: dejemos que sea nuestra conciencia quien nos hable; escuchemos la voz de Dios cuando nos hable a través del Espíritu que está en nosotros; y si él nos señala alguna cosa, librémonos de ella. No podemos esperar que este problema se resuelva mientras sigamos albergando algún pecado.

Dando por hecho que lo antes dicho no sea la causa, yo agregaría lo siguiente: no caigamos en el error de concentrarnos demasiado en

nuestros sentimientos; sobre todo, no cometamos el grave error de hacer de ellos el eje de nuestra vida. Nunca me canso de repetir esto porque frecuentemente encuentro que esto es causa de tropiezo. Los sentimientos nunca deben ocupar el primer lugar, nunca deben ser lo más importante. Si les damos ese lugar, necesariamente nos condenamos a ser infeliz porque no estaremos siguiendo el orden establecido por Dios mismo. Los sentimientos son siempre el resultado de alguna otra cosa, y no alcanzo a comprender cómo alguien que alguna vez haya leído la Biblia puede caer en ese error. Ya el salmista lo ha dicho: "Prueben y vean que el Señor es bueno" (Sal. 34:8). Nunca veremos hasta que hayamos probado; nunca sabremos ni sentiremos hasta que hayamos probado. "Prueben y vean" es una secuencia natural, como la secuencia del día y de la noche. No es posible ver antes de gustar. Eso es algo que las páginas de las Escrituras constantemente recalcan. Después de todo, lo que tenemos en la Biblia no es un estímulo emocional ni algo cuyo interés principal sea brindarnos una experiencia gozosa, sino la verdad. Antes que nada, la Biblia es la verdad, y la verdad va dirigida a la mente, supremo don de Dios al hombre; los sentimientos vienen después de que hemos comprendido y nos hemos sometido a la verdad. Nunca la primera pregunta que debo hacerme es: "¿Qué siento al respecto?", sino: "¿Lo creo? ¿Lo acepto? ¿Lo he asimilado?" Muy bien, eso es la que considero tal vez la regla más importante de todas: no debemos concentrarnos demasiado en nuestros sentimientos. No pasemos demasiado tiempo tomándonos el pulso o la propia temperatura espiritual; no pasemos mucho tiempo analizando nuestros sentimientos, porque hacerlo sólo nos conduce al ancho camino de la morbidez.

Todo este asunto es muy sutil, y no es infrecuente que la sutileza nos llegue de este modo. Si leemos las vidas de los grandes santos de todos los siglos, encontraremos que todos han hecho énfasis en la importancia del auto-examen. Al margen de la corriente particular de teología que hayan sostenido, todos convergen en este punto y nos instan a examinarnos a nosotros mismos y a que escudriñemos nuestro propio corazón. El solo hecho de que ellos lo hicieran así significa que también nosotros, natural e inevitablemente, debemos prestar atención a nuestros sentimientos. Ellos quieren que nos aseguremos de no ser simples intelectuales interesados en discutir posturas teológicas, y quieren también asegurarse de que no somos simples moralistas interesados sólo en un código moral. Pero nuestra tendencia es que, al seguirlos, siempre concedemos demasiada importancia a nuestros

sentimientos. Un ejemplo de esto fue sin duda el piadoso Henry Martyn, aunque tal vez el ejemplo clásico haya sido Thomas Sheppard, hombre del siglo diecisiete que vivió en Norteamérica. Sheppard es el ejemplo perfecto de quien se hace desgraciado a sí mismo. Vino del corazón de Inglaterra a Norteamérica, y fue uno de los más grandes santos que hayan pisado alguna vez la faz de la tierra, autor de libros tan formidables como "La parábola de las diez vírgenes". Este pobre hombre constantemente estaba deprimido y grandemente preocupado en cuanto a sus sentimientos y el peligro de abrigar falsos sentimientos. Él solo labró su infelicidad.

De modo que el siguiente punto que quisiera dejar en claro es el siguiente: debemos reconocer que hay una gran diferencia entre regocijarse y sentirse feliz. Las Escrituras nos dicen que debemos regocijarnos siempre. Tomemos la lírica Epístola de Pablo a los filipenses, donde nos dice: "Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!" (4:4, RV60). Y sigue repitiéndolo. Pero aunque regocijarse es un mandamiento, hay una gran diferencia entre regocijarse y estar feliz. Nosotros solos no podemos hacernos felices, aunque sí podemos regocijarnos, en el sentido de regocijarnos siempre en el Señor. La felicidad es algo que está dentro de nosotros mismos; el regocijo se halla "en el Señor". De modo que es muy importante distinguir entre regocijarse en el Señor y sentirse feliz. Busquemos el cuarto capítulo de la Segunda epístola a los corintios, y encontraremos allí que el gran apóstol expone todo de manera clara y sencilla cuando enumera esta serie de extraordinarios contrastes: "Nos vemos atribulados en todo (no creo que Pablo se sintiera muy feliz en ese momento), pero no abatidos; perplejos (no se sentía nada feliz cuando dijo esto), pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos". Y así sigue. Dicho de otro modo, el apóstol no nos da la idea de ser una persona feliz en el sentido carnal, y no obstante seguía regocijándose. He allí la diferencia entre estas dos condiciones.

Esto me trae al punto práctico, que nos muestra que lo importante en este caso es saber infundirnos aliento. Esencialmente, a esto se reduce todo. Tal como lo he estado haciendo notar, el gran peligro es permitir que, cuando nos sobrevenga un estado de ánimo particular, nosotros permitamos que nos domine, nos venza y nos deprima. Decimos que nos gustaría ser liberados y, no obstante, nada hacemos para lograrlo. El apóstol le dice a Timoteo "que avives la llama del don", es decir, que debemos desechar "la opacidad de la pereza y la melancolía".

Ya lo he dicho muchas veces antes, y volveré a repetirlo: tenemos que dialogar con nosotros mismos. En cierto sentido, eso es lo que las Escrituras nos enseñan: a dialogar con nosotros mismos. Ya he mencionado que debemos hablar con nuestro horrible ego. Hablemos, pues con él, y después de eso "avivemos la llama del don". Tengamos presentes ciertas cosas: recordemos quiénes somos, y qué somos. Hablemos con nuestro ego, y digámosle: "No voy a dejar que me domines; estos estados de ánimo no me van a controlar". Así que pongámonos de pie y en marcha, y hagamos algo al respecto; avivemos "la llama del don". Ésta es la constante exhortación que nos hacen las Escrituras: si permitimos que estos estados de ánimo nos controlen, seguiremos en la desdicha. Así que no lo permitamos. Echémoslos fuera de nosotros y neguemos conocerlos. Digámosles: "¡Fuera de aquí, deslucida pereza!".

Pero, ¿cómo hacerlo? De la siguiente manera: nuestra obligación no es dar pábulo a nuestros sentimientos, sino creer. En ninguna parte de las Escrituras se nos dice que somos salvos por nuestros sentimientos; lo que se nos dice es que somos salvos por creer. "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo" (Hch. 16:31, RV60). En ningún caso los sentimientos ocupan el primer lugar. Y esto es algo que podemos hacer. No podemos hacernos felices a nosotros mismos, pero sí podemos traer a la memoria nuestra fe. Podemos exhortarnos a creer; podemos dirigirnos a nuestro yo interno, como lo hizo el salmista en el Salmo 42: "¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza . . ." (v. 11). Espera y confiar, ése es el camino. Entonces nuestros sentimientos cuidarán de sí mismos. No nos preocupemos por ellos. Más bien, dialoguemos con nosotros mismos; y aunque el diablo pueda sugerirnos que no somos cristianos porque no mostramos ningún sentimiento, digámosle: "Es verdad, no siento nada; pero con o sin sentimientos, yo creo en las Escrituras; creo que la Palabra de Dios es verdadera, y en ella pondré mi confianza. Venga lo que venga, en ella confiaré". Pongamos en primer término nuestra fe, y aferrémonos a ella. Efectivamente, J.C. Philpot tenía razón en este punto: algunas veces los hijos de la luz se encuentran caminando en la oscuridad, pero siguen adelante. No se sienta a compadecerse de sí mismo, y esa es la diferencia: el hijo de luz avanza a pesar de la oscuridad; aunque en ese momento no ve el rostro del Señor, sabe que él está allí y, por lo tanto, sigue adelante.

Me voy a permitir reformular esto para expresarlo mejor: Si realmente queremos ser felices y bendecidos por Dios, si realmente queremos

conocer el verdadero gozo del cristiano, he aquí la receta: “Dichosos (verdaderamente felices) los que tienen hambre y sed de justicia” (no de felicidad). No vayamos en pos de las emociones; busquemos la justicia. Digámonos a nosotros mismos, y a nuestros sentimientos: “No tengo tiempo para andar preocupándome por mis sentimientos; lo que me interesa es otra cosa. Quiero ser feliz, pero lo que más anhelo es ser justo y santo. Quiero ser como mi Señor, vivir en este mundo como él vivió, y pasar por este mundo como él lo hizo”. En su Primera epístola, Juan nos dice que estamos en este mundo como él estuvo. Pongamos nuestra mira en la justicia y la santidad y, en la medida en que lo hagamos así, seremos bendecidos y satisfechos, y recibiremos la felicidad tan anhelada. Busquemos la felicidad, y nunca la encontraremos; busquemos la justicia, y encontraremos que somos felices. Sin que lo sepamos, y sin que la busquemos, la felicidad estará junto a nosotros.

Quisiera terminar diciendo lo siguiente: ¿Quiere usted, querido lector, conocer el gozo supremo y experimentar una felicidad que excede a todo lo imaginable? Una sola cosa hay que hacer: buscar al Señor Jesucristo; buscarlo y volverse sólo a él. Si encuentra usted que sus sentimientos lo deprimen, no se siente a compadecerse de sí mismo, ni trate de hacer algo. Lo esencial es acudir directamente a él y buscar su rostro, a la manera del niño que, desdichado y triste porque algún otro le ha arrebatado o le ha roto su juguete, acude presuroso a su padre o a su madre. Si nos encontramos afligidos por causa de esta condición, lo único que hay que hacer es acudir al Señor. Si buscamos al Señor Jesús, y lo encontramos, no tenemos que preocuparnos por estar felices y gozosos, porque él es nuestro gozo y nuestra felicidad, y también nuestra paz. Él es la vida, él lo es todo. No permitamos, por lo tanto, que Satanás nos incite y nos lleve a poner los sentimientos como centro de nuestra vida. El único que tiene derecho de estar allí es el Señor de la gloria, que tanto nos amó que ascendió a la cruz y murió por nosotros, llevando a costas el castigo y la vergüenza de nuestros pecados. Busquémoslo; busquemos su rostro, y todo lo demás vendrá por añadidura.



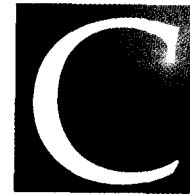
# Los obreros del viñedo

*Así mismo el reino de los cielos se parece a un propietario que salió de madrugada a contratar obreros para su viñedo. Acordó darles la paga de un día de trabajo y los envió a su viñedo. Cerca de las nueve de la mañana, salió y vio a otros que estaban desocupados en la plaza. Les dijo: 'Vayan también ustedes a trabajar en mi viñedo, y les pagaré lo que sea justo'. Así que fueron. Salió de nuevo a eso del mediodía y a la media tarde, e hizo lo mismo. Alrededor de las cinco de la tarde, salió y encontró a otros más que estaban sin trabajo. Les preguntó: '¿Por qué han estado aquí desocupados todo el día?' 'Porque nadie nos ha contratado', contestaron. Él les dijo: 'Vayan también ustedes a trabajar en mi la viñedo'.*

*Al atardecer, el dueño del viñedo le ordenó a su capataz: 'Llama a los obreros y págales su jornal, comenzando por los últimos contratados hasta llegar a los primeros'. Se presentaron los obreros que habían sido contratados cerca de las cinco de la tarde, y cada uno recibió la paga de un día. Por eso cuando llegaron los que fueron contratados primero, esperaban que recibirían más. Pero cada uno de ellos recibió también la paga de un día. Al recibirla, comenzaron a murmurar contra el propietario. 'Estos que fueron los últimos en ser contratados trabajaron una sola hora —dijeron—, y usted los ha tratado como a nosotros que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día'. Pero él le contestó a uno de ellos: 'Amigo, no estoy cometiendo ninguna injusticia contigo. ¿Acaso no aceptaste trabajar por esa paga? Tómala y vete. Quiero darle al último obrero contratado lo mismo que te di a ti. ¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso?'*

*Así que los últimos serán primeros, y los primeros, últimos.*

Mateo 20:1-16



Como parte de nuestra consideración general en torno a la depresión espiritual —o, si se prefiere, la cuestión de la infelicidad en la vida del cristiano desdichado— quisiera señalar ahora la enseñanza particular que nos presenta esta parábola. Tengo la impresión de que hemos llegado a un punto fundamental. Hasta este momento hemos considerado problemas que yo pondría bajo la categoría de dificultades preliminares, de piedras de tropiezo iniciales, de dificultades que surgen de la falta de claridad que tenemos con respecto a nuestra incorporación a la fe y a la vida cristiana.

Ahora debemos dar un paso adelante. Todavía no hemos abordado todos los problemas preliminares. En este sentido, todavía no hemos tratado este asunto de manera exhaustiva, aunque hemos entresacado ya las causas más importantes de tropiezo, dificultad e infelicidad. Ahora queremos considerar los problemas que tienden a surgir después de las etapas preliminares. Por supuesto, tales problemas pueden hacer su aparición en cualquier momento, pero por sí mismos constituyen cierto grupo.

Al considerarlos, debemos tener presente, una vez más, que las Escrituras claramente nos hacen ver que ningún aspecto de la vida

cristiana carece de peligros. Nada hay más falso y alejado de las enseñanzas del Nuevo Testamento que dar la impresión de que, tan pronto como creemos y nos hacemos cristianos, se acaban nuestros problemas y nunca más volvemos a tener dificultades. Lastimosamente, eso no es cierto; y no lo es porque tenemos un enemigo, que es el adversario de nuestras almas. Pero no sólo tenemos que contender con este enemigo sino que todavía llevamos dentro de nosotros la antigua naturaleza, y estas dos realidades hacen que tengamos problemas y dificultades. Nos corresponde, por lo tanto, entender las enseñanzas de las Escrituras a este respecto para que no caigamos víctimas de los engaños y de las sutilezas del enemigo. Éste nos sigue todo el tiempo, así como siguió a nuestro Señor por el desierto. Bien sabemos que, durante cuarenta días, nuestro enemigo tentó al Señor Jesús y lo puso a prueba en el desierto, y que después de eso lo dejó "hasta otra oportunidad". No lo dejó de manera permanente, sino que volvió a él una y otra vez, y por todos lados lo seguía. Mirémoslo, finalmente, actuar en Getsemaní; veámoslo atacar a nuestro Señor mientras agonizaba en la cruz. Y decir esto no es ser depresivo sino realista, y ser realista resulta siempre alentador. Nada hay peor ni más reprehensible que drogar a la gente con algún soporífero, y luego dejarla despertar súbitamente, tan sólo para encontrarse con dificultades que no esperaba afrontar. Tenemos la obligación de anticiparnos a esto, a la luz de las Escrituras. "Hombre prevenido vale por dos"; además, siempre tenemos ante nosotros el poder de las Escrituras, las cuales nos enseñan a ponernos "toda la armadura de Dios" (Ef. 6:11). El propósito de estos estudios es simplemente el de ir poniéndonos las diferentes piezas de esta fuerte armadura que Dios nos ha preparado.

Ahora quisiera subrayar que comenzar bien, aunque de vital y suprema importancia, no es suficiente; también debemos seguir bien, pues de lo contrario pronto nos encontraremos siendo infelices. En otras palabras, estoy estableciendo la proposición de que, aun cuando podamos tener bien claro todo lo que hasta ahora hemos estado considerando, y se nos haya presentado el Evangelio y lo hayamos aceptado, y hayamos empezado bien nuestra vida cristiana y la estemos viviendo, y hayamos atendido las advertencias en cuanto a las dificultades iniciales, no obstante, si no seguimos adelante ni nos mantenemos sin variar el rumbo, pronto estaremos en dificultades. En el capítulo 8 del evangelio de San Juan, versículos 30 y siguientes, tenemos un buen ejemplo de lo que quiero decir: una tarde nuestro

Señor estaba predicando acerca de la relación entre el Padre y él; allí el Evangelio nos dice que "mientras aún hablaba, muchos creyeron en él" (v. 30). Entonces nuestro Señor los miró, y les dijo: "Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres" (vv. 31, 32). Aparentemente, ellos estaban empezando bien; pero si habrían de ser verdaderamente libres, tenían que seguir adelante. Y exactamente lo mismo sucede con algunos de los personajes representados en la parábola del sembrador: algunos recibieron la verdad con gran alegría, pero no duraron mucho. En otras palabras, seguir adelante es un principio vital y de suma importancia, y eso es lo que quiero que consideremos a la luz de esta parábola de los obreros en el viñedo.

Al estudiarla, es muy importante que la enfoquemos bien y que la entendamos mejor. Sin pecar de irreverentes, podemos afirmar que, si no la interpretamos como se debe, esta parábola resulta muy peligrosa. Hay muchos que se aferran sólo a uno de sus aspectos; cuando leen que algunos fueron llamados "alrededor de las cinco de la tarde", se ponen a pensar: "Yo no necesito preocuparme por mi salvación ahora; lo haré más tarde, como los que entraron a trabajar a las cinco de la tarde, pues se les pagó lo mismo que a quienes comenzaron a trabajar más temprano". ¡No podría haber error más fatal! Como bien lo expresa el Obispo Ryle respecto del ladrón moribundo: "Pocos son los que se salvan en su lecho de muerte. Para que nadie pierda la esperanza, un ladrón fue salvado en la cruz; pero solo uno, para que nadie se atenga a esto". Peligroso también resulta convertir esta parábola en una alegoría y aferrarse a cada detalle de sus enseñanzas e imponerle alguna verdad espiritual. Esto ha sucedido con frecuencia, pero todo ello se debe a que nos olvidamos de que ésta es una parábola, y olvidamos también que, por lo general, una parábola busca poner de relieve una sola verdad. Por eso en el capítulo trece del evangelio según San Mateo, para citar un ejemplo, nuestro Señor pronunció toda una serie de parábolas relacionadas con el reino de los cielos. Y es que no basta una sola para captarlo todo, pues una de ellas muestra un aspecto, y otra muestra otro; todas ellas se complementan, y cada una busca comunicar un solo aspecto de la verdad. Por lo tanto, debemos tener mucho cuidado de no convertir los detalles en una representación alegórica de la verdad.

De modo que esta parábola busca, lo mismo que las otras, enseñar una gran verdad; pero ¿cuál es esa verdad? La respuesta seguramente la encontraremos en la frase ASÍ MISMO: "Así mismo el reino de los

cielos . . . ” (Mt. 20:1). Es una lástima que, cuando las Escrituras fueron divididas en capítulos, se haya introducido aquí una división. Como podrá notarse, tenemos aquí la continuación de lo que se dice al final del capítulo diecinueve, donde se habla del supuesto joven rico y de los comentarios de nuestro Señor acerca de éste, que al oír esto “se fue triste” (19:22). Como recordaremos, Pedro le dijo al Señor: “¡Mira, nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! ¿Y qué ganamos con eso?” (19:27). Y precisamente en razón de tal pregunta el Señor contó esta parábola. Pedro planteó su pregunta, que podría expresarse así: “Mira, Señor, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; por ti lo hemos abandonado todo. Y tú, ¿qué nos vas a dar?”. Nuestro Señor dio a su pregunta esta respuesta: “Les aseguro que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para gobernar a las doce tribus de Israel. Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. Pero muchos de los primeros serán últimos, y muchos de los últimos serán primeros. ASÍ MISMO el reino de los cielos se parece a un propietario . . . ” (Mt. 19:28-20:1). En otras palabras, el Señor dirige a Pedro todo lo que enseña esta parábola por causa del reclamo que le hizo. Nuestro Señor oyó el cuestionamiento Pedro y le dio respuesta, aunque resulta evidente que el Señor percibió en tal cuestionamiento una nota falsa y errónea, de modo que pronunció esta parábola para regañarlo, reprenderlo y dejarle una seria advertencia. En mi opinión, esto queda probado de manera irrefutable por la fórmula que se repite al principio y al final de la parábola: “Muchos de los primeros serán últimos, y muchos de los últimos serán primeros” (19:30; 20:16).

He aquí, entonces, el principio en el cual debemos concentrarnos. ¿Y cuál es ese principio? ¿Y cuál es la doctrina? El principio es que todo en la vida cristiana, de principio a fin, se recibe de gracia. He aquí el mensaje; he aquí la doctrina; he aquí el principio. Ya en páginas anteriores habíamos echado una mirada a la enseñanza de esta parábola, sólo que allí atendíamos el problema del desaliento que a menudo invade a quienes ya en la ancianidad se convierten al cristianismo, y nos interesaba señalar que, gracias a este grandioso principio de la gracia, los que llegan al último reciben lo mismo que los que llegaron primero. Vimos allí que nunca es demasiado tarde, y que la salvación no sólo es para los jóvenes sino para todos. Hay ocasiones

en que alguien que se convierte en los últimos años de su vida se ve tentado así por el diablo, debido a que la salvación llegó a él muy tarde y siente que ha desperdiciado muchos años de su vida. A personas así les consuela en gran manera saber que nuestro Señor llamó a aquellos hombres y los dejó entrar en su viñedo “a las cinco de la tarde”. En aquel caso, vimos la parábola desde ese desde ese punto de vista; ahora, sin embargo, queremos enfocarnos en los que entraron al principio. No hay duda de que la parábola tiene como objetivo principal dirigirles esta seria y solemne advertencia.

Lo que hay que resaltar en cuanto a los primeros es que empezaron bien, pero más tarde se metieron en problemas. ¡Con cuánta frecuencia sucede eso! Por eso el Nuevo Testamento se ocupa de esto tan a menudo, con frases tales como: “ustedes estaban corriendo bien. ¿Quién los estorbó . . . ?” (Gá. 5:7). En cierto sentido, las epístolas del Nuevo Testamento se escribieron precisamente para ayudar a personas de este tipo. Los primeros cristianos habían creído y se habían incorporado a la iglesia primitiva, pero habían llegado con sus depresiones, así que las epístolas se escribieron con el propósito de ayudarlos. Esto es para nosotros una constante amenaza, un peligro que no deja de acecharnos durante toda nuestra vida cristiana. No basta un buen comienzo; también debemos mantener un buen avance. Con respecto a esto iré mencionando muchos ejemplos. Muchos corren el peligro de volver a la servidumbre del pecado, peligro muy real en nuestros días a causa de los cultos que proliferan a nuestro alrededor. Hay algunos que, habiendo experimentado la gloriosa libertad de los hijos de Dios, algunas veces vuelven a caer en la servidumbre, con lo que su vida llega a ser miserable e infeliz. Tratemos ahora de mirar esto tal y como se nos presenta en la parábola.

Antes que nada, tratemos de analizar la causa del problema. ¿Por qué los que entraron al viñedo muy temprano dieron al final un espectáculo tan triste? Veámoslos descontentos, murmurando y refunfuñando; ¿cuál era su problema? Como principio fundamental, yo dejaría establecido que su actitud hacia ellos mismos y hacia su trabajo era claramente errónea. Tiendo a estar de acuerdo con quienes señalan lo significativa que resulta la inflexión verbal “acordó”, en el segundo versículo: “Acordó darles la paga de un día . . .”, etc. Es verdad que esto se nos dice sólo en el caso de los que fueron contratados primero. Como recordaremos, más tarde se nos dice que “cerca de las nueve de la mañana, salió y vio a otros que estaban desocupados en la plaza. Les

dijo: 'Vayan también ustedes a trabajar en mi viñedo, y les pagaré lo que sea justo'. Lo mismo les dijo a todos los obreros siguientes. Nunca se habla de un convenio, sino que el propietario simplemente dice: "Vayan . . . a trabajar . . . y les pagaré lo que sea justo". Y ellos, enteramente felices, se fueron a trabajar. Pero con los primeros, que al final murmuraron en cuanto a los salarios pagados, todo parece sugerir que ellos apelaban a un convenio. Con esto se percibe que, desde un principio, algo andaba mal con su actitud. Se les nota la tendencia a iniciar un regateo, a plantear ciertas exigencias, y a estipular ciertas cosas. Al margen de que nuestra percepción sea o no la correcta, de una cosa podemos estar seguros: ellos estaban muy conscientes de su trabajo, de lo que habían estado haciendo; al trabajar, llevaban cuentas de lo que hacían. ¡Qué cosa más terrible! Pero, ¿acaso no todos nosotros somos culpables de esto mismo? Dios bien sabe que el mayor problema a que puede enfrentarse todo aquel que predica el Evangelio es que, mientras predica, corre el peligro de estar mirándose y admirándose, consciente siempre de todo lo que hace. Esto tiene que ver con todo nuestro servicio, con todo lo que hacemos. Claro que esto es más cierto del hombre natural, que todo el tiempo está actuando y observándose a sí mismo, actitud que tiende a seguirnos en nuestra vida cristiana. Resulta evidente que los hombres de la parábola estaban muy conscientes de todo lo que hacían. A juzgar por lo que dicen, es obvio su narcicismo de tiempo completo.

Pasemos al siguiente punto, donde los encontramos ponderando su trabajo. Al mismo tiempo que llevaban cuentas de lo que ellos habían hecho y el tiempo que habían dedicado a su trabajo, también llevaban cuentas de lo que hacían los otros, así como de las horas que habían empleado en su trabajo. "Hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día", alegan. Estaban al tanto de todos los detalles, pues llevaban un registro cuidadoso de todo. Esta es la primera declaración de nuestro Señor acerca de ellos. Detengámonos por un momento y permitamos que esta enseñanza penetre hasta lo más profundo de nuestro ser. A nuestro Señor le interesa denunciar esta actitud, que resulta fatal en el reino de Dios. La detectó en la declaración de Pedro: "¡ . . . nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! . . . ¿Qué ganamos con eso?" En tales palabras van implícitas la sugerencia y la exigencia de un convenio. Como habremos de ver, la actitud fundamental es errónea y totalmente contraria al campo del Espíritu y del reino. Pero allí está, y con el tiempo tan errónea actitud habrá de conducir a más problemas, como en efecto sucedió en el

caso de estos obreros. Lo que resulta trágico y patético en este caso es que pone a un hombre en problemas precisamente cuando más bondadoso es el Señor en sus convenios. Lo terrible de la parábola es que estos hombres quedan expuestos tal y como realmente eran, y el terrible espíritu que los poseía se revela en el preciso instante en que el propietario del viñedo, en su bondad, le da un denario al último como antes se lo había dado al primero. Allí surge el problema. Miremos a estos hombres: debido a su errónea actitud inicial, y por haberse olvidado del principio de gracia, esperaban recibir más que los otros, y sentían que lo merecían. Claro que actuaban con perfectamente lógica, y eran totalmente coherentes consigo mismos. Partiendo de sus propios principios y de su actitud, esa es la conclusión lógica. Por eso he dicho que tal comienzo inevitablemente lleva a tal conclusión. Ellos tenían la impresión de que tenían derecho a más y de que, por lo tanto, debería dárseles más; como esperaban más y no lo recibieron, su disgusto era inevitable.

A continuación se nos dice que empezaron a murmurar. De pronto se desvaneció su felicidad y su gozo, y ahora estaban murmurando por no haber recibido algo extra. ¿No es esto terrible? Pero, ¡cuán cierto resulta que el pueblo cristiano puede incurrir en el mismo pecado que el Señor nos muestra aquí! La tendencia a murmurar, como en el pasado lo hicieron los israelitas y como ahora lo hacían estos obreros; la auto-comiseración, la impresión de que nuestros derechos no están siendo respetados, la sensación de que se nos trata con aspereza. Esto lo recalca bastante el Nuevo Testamento, y podemos recordar las palabras que al respecto les dirige el apóstol Pablo a los filipenses, cuando les recuerda que deben ser como luminarias en los cielos: "Háganlo todo sin quejas ni contiendas, para que sean intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento, manteniendo en alto la palabra de vida" (Fil. 2:14-16). ¡Cuán trágico es que los cristianos sean desdichados y murmuradores, en vez de regocijarse en Cristo Jesús! Esto sucede porque han olvidado que todo lo recibimos de gracia. Han olvidado este gran principio que corre a lo largo de la vida cristiana, de principio a fin.

Pero eso no es todo, pues conduce a otra cosa, que es el desprecio por los demás, y también a sentir cierto grado de celos por los otros. Los obreros de la parábola dicen: "Estos que fueron los últimos en ser contratados trabajaron una sola hora, . . . y usted los ha tratado como a nosotros que hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día". Este es el principio del hermano mayor en la parábola del hijo pródigo, y de

este hay repetidos ejemplos en muchos lugares del Nuevo Testamento, tendencia que viene y ataca a cristianos que han sido fieles en su testimonio y han realizado un trabajo excelente. Tal tendencia llega bajo formas extremadamente sutiles, y los hace caer en la desdicha al sentir que la recompensa de otros ha sido mayor que la suya. Quienes hayan leído la relación que Hugh Redwood hace de sus años de apostasía sabrán que éste fue, precisamente, su problema. Hubo un cambio de oficiales en el Ejército de Salvación, lo que hizo que él sintiera que ya no era el favorito. Alguien más quedó al frente como favorito, y Redwood comenzó a autocompadecerse, después de lo cual volvió al pecado. En su libro "Dios en las tinieblas" se encuentra el relato pormenorizado. Y de eso estamos hablando aquí: de gente que ha sentido desprecio por los demás, de gente celosa de que se dé tanto a quienes han hecho tan poco, de gente cuya actitud es egoísta y centrada en ellos mismos.

Para colmo, y esto es lo más serio y terrible de todo, estos obreros abrigaban en su corazón la idea de que el propietario del viñedo había sido injusto; estaban persuadidos de que no había sido justo en su convenio con ellos. Estaban del todo equivocados, pues no había el menor elemento que fundamentara su actitud; sin embargo, ellos así lo sentían. Y así también el cristiano se ve tentado por el diablo para sentir que Dios no ha sido justo con él. Viene el diablo y le dice: "Mira todo lo que has hecho, y ¿qué has recibido a cambio? Mira a aquél; no ha hecho nada y, sin embargo, ¡fíjate en lo que está recibiendo!". Habla el diablo así, y esta gente lo escucha: "Nosotros hemos soportado el peso del trabajo y el calor del día, y nos pagan lo mismo que otros, que sólo han trabajado una hora". Ése es el espíritu que prevalece, y lo que más agrava esto es que, a menos que sea muy cuidadoso, en condiciones así el cristiano pronto acaba por pensar que Dios es injusto; siente que Dios no es justo con él, que no le respeta sus derechos, y que no le está dando lo que merece.

¡Qué terrible! ¡Qué feo! ¡Qué lamentable! Y todos nosotros, de una u otra manera, somos culpables de esto. Viene el diablo y le prestamos oído, y comenzamos a dudar de que Dios sea justo y recto en su trato con nosotros. El ego tiene que ser expuesto tal cual es. El pecado debe ser exhibido en toda su fealdad y pecaminosidad. No es sorprendente que en esta parábola nuestro Señor haya tratado a este espíritu de error en la forma en que lo hizo. Tal espíritu es el mayor enemigo del alma, y conduce a la desdicha y a la infelicidad. Y hay todas las razones del mundo para que sea así; tal espíritu está totalmente equivocado, y nada hay que decir en su defensa.

Lo cual me lleva al remedio. ¿Cómo tratar este problema? Entendiendo el principio regulador del reino de Dios, principio aparentemente tan obvio pero cuyos detalles somos tan propensos a olvidar. Nuestro Señor lo establece aquí de una vez por todas; yo simplemente lo estoy expresando de otra manera. Este principio establece que en el reino de Dios todo es esencialmente diferente de todo lo que se hace en cualquier otro reino. En efecto, el Señor nos dice que el reino de Dios no es como lo que siempre hemos conocido, sino que es algo totalmente nuevo y diferente. Lo primero que debemos tomar en cuenta es que "si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!" (2 Co. 5:17). ¡Si nos diéramos cuenta, como deberíamos, de que estamos en un medio donde todo es diferente! El fundamento mismo es diferente, y nada tiene que ver con el principio de nuestra vida pasada. Esto debemos desarrollarlo de manera pormenorizada, pero antes quisiera subrayar una vez más este nuevo principio. Cada día de nuestra vida debemos repetirnos: "Ahora soy cristiano, y porque lo soy, pertenezco al reino de Dios, y toda mi manera de pensar tiene que ser diferente. Aquí todo es diferente, así que no debo acarrear aquellas ideas, aquellos estados de ánimo, y aquellos conceptos del pasado". Tendemos a limitar la salvación a una sola cosa, que es el perdón; pero tenemos que hacer extensivo este principio a toda nuestra vida cristiana.

Ahora bien, con esto en mente, procedamos a ver algunos de los detalles. Lo primero que debemos hacer en el reino de Dios es no pensar en términos de derechos ni en hacer un buen negocio. Eso resulta absolutamente fatal. No hay nada más erróneo que un espíritu que argumenta tener derecho de esperar algo a cambio simplemente por haber hecho esto o aquello. Sin embargo, esto sucede con demasiada frecuencia. Conozco a cristianos evangélicos muy buenos, que parecen razonar así. Dicen: "Si pedimos algo en oración, tenemos qué recibirlo; por ejemplo, si oramos toda la noche pidiendo un avivamiento, tendremos un avivamiento". Esta idea la ha llamado algunas veces como la noción cristiana de "echar una moneda en la maquinita": se echa una moneda, se aprieta un botón, ¡y sale una barra de chocolate, o cualquier otra cosa que uno quiera! La actitud es la misma. No porque en el pasado hubo creyentes que oraron toda la noche pidiendo un avivamiento, y el avivamiento vino, vamos también nosotros a tener una vigilia de oración y creer que el avivamiento vendrá. No hay duda de que actuar así es negar todo el principio que nuestro Señor quiere

enseñarnos. No me importa si se trata de orar o de hacer alguna otra cosa, en ningún caso debo alegar que el hecho de hacer una cosa me da derecho a recibir otra a cambio. ¡Eso nunca! Y, por supuesto, se puede ver que, en la práctica, este principio resulta verdadero. Pensemos en las muchas vigiliias de oración de esta índole que se han tenido, sin que el avivamiento haya llegado; y me atrevo a decir que doy gracias a Dios de que no haya sido así. ¿Qué pasaría si pudiéramos gobernar estas cosas según nuestra voluntad? No podemos hacerlo, así que librémonos de ese espíritu convenenciero, que cree que haciendo esto sucederá aquello. No es posible tener avivamientos cuando se nos antoje, ni como resultado de ciertas acciones nuestras. El Espíritu Santo es el Señor, y es un Señor soberano que manda todo esto cuando quiere, y como quiere. En otras palabras, cobremos conciencia de no tener derecho absolutamente a nada. Pero alguien me dirá: “¿Y acaso no nos enseña Pablo, en el capítulo quinto de la Segunda epístola a los corintios, acerca del juicio y de las recompensas?”. Claro que sí, y también lo hace en el capítulo tercero de la Primera epístola a los corintios, e incluso nuestro Señor habla, en el capítulo doce de Lucas, de los que reciben muchos golpes y de los que reciben pocos. Y así por el estilo. ¿Qué podemos decir a todo esto? Pues que aun las recompensas son de gracia. El Señor no tiene por qué recompensarnos, y si creemos que podemos determinar y predecir cómo han de venir, estamos totalmente equivocados. En la vida cristiana, todo es de gracia, de principio a fin. Pensar en términos de hacer un buen negocio, y murmurar por los resultados, implica desconfiar de él, y más vale que vigilemos nuestro propio espíritu, no sea que alberguemos la idea de que el Señor no nos esté tratando con justicia y rectitud.

Quien comienza a actuar así, acaba por robarse a sí mismo. Me gusta la manera en que el Señor nos enseña esto. Si comenzamos a regatear con Dios, lo más seguro es que sólo consigamos lo que queremos conseguir. Pero nada más. Al principio de la parábola, estos obreros convinieron en cierta cantidad por el trabajo de un día. Entonces el propietario del viñedo dijo: “Muy bien. Les pagaré lo que me piden”. Pero cuando habló con los otros, les dijo: “Vayan a trabajar . . . y les pagaré lo que sea justo”. ¡Y recibieron mucho más de lo que esperaban! Estos últimos recibieron el sueldo de un día, que era más de lo que se imaginaban, aunque nunca lo esperaron. Los primeros, en cambio, no recibieron sino lo convenido. ¡Amigos cristianos, no regateen con Dios! Si lo hacen, sólo recibirán lo convenido; pero si todo lo dejan a su gracia,

probablemente recibirán más de lo que nunca imaginaron. Hablando de los fariseos, dice nuestro Señor: “Ellos ya han recibido toda su recompensa” (Mt. 6:2, 5, 16). Porque hacen lo que hacen para ser vistos por los demás; y los demás los ven, y como eso es lo que querían, eso es lo que obtienen. Pero nada más.

Vayamos ahora al siguiente principio. No hay que llevar una contabilidad de nuestro trabajo. Desechemos la idea de convertirnos en contadores. En la vida cristiana no debemos desear nada que no sea su gloria, nada que no sea complacerlo. Así que dejemos de mirar al reloj, y mirémoslo a él y a su obra. No sigamos llevando cuentas de lo que hacemos, sino pongamos nuestros ojos en él y en su gloria; en su amor, en su honor y en la extensión de su reino. Mantengamos nuestra atención en esto, y en nada más. No nos fijemos en las horas invertidas en el trabajo ni en lo que hayamos hecho. Pongamos esa contabilidad en manos de él y de su gracia. Dejemos que sea él quien lleve las cuentas. Escuchémoslo decir: “Que no se entere tu mano izquierda de lo que hace la derecha” (Mt. 6:3). Así es como se trabaja en su reino: sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha. Así nuestro Padre, “que ve lo que se hace en secreto, nos recompensará en público” (v. 4). Para qué gastar el tiempo llevando las cuentas, si él las está llevando. ¡Y qué cuentas tan maravillosas! Con toda reverencia, puedo decir que no conozco nada más romántico que el método contable de Dios. Preparémonos a recibir sorpresas en su reino. Nunca sabemos lo que puede suceder. Los últimos serán primeros. ¡Vaya inversión completa de nuestra perspectiva materialista! Los últimos llegan a ser primeros, y los primeros pasan a ser los últimos. Todo sucede al revés. Por la gracia de Dios, el mundo entero se pone de cabeza. Esto no es cuestión humana sino divina. Se trata del reino de Dios. ¡Qué maravilloso es todo esto!

Voy a permitirme hacer una confesión personal. Cosas así me han sucedido con frecuencia en mi ministerio. ha habido algunos domingos en que Dios me ha concedido su gracia, y he estado consciente de una libertad excepcional; pero he sido lo bastante tonto como para escuchar al diablo cuando me dice: “Ahora espérate hasta el próximo domingo. Va a ser maravilloso, pues vendrá mucha más gente”. Al domingo siguiente subo al púlpito, y me encuentro con una congregación menor. Pero en otras ocasiones me paro en el púlpito y me encuentro luchando conmigo mismo, como si fuera yo la persona más abandonada a su suerte, predicando mal y sin ninguna energía, y el diablo viene y me dice: “El próximo domingo no vendrá nadie”. No obstante, y gracias a

Dios, me he encontrado con que el domingo siguiente asiste mucha gente. He aquí el método contable de Dios: subo al púlpito sin fuerzas, y termino con poder; subo confiando en mi mismo, y acabo por sentirme un tonto.

Tal es la contabilidad de Dios. Él nos conoce mucho mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. Siempre nos está dando sorpresas, y nunca sabemos lo que él va a hacer. Su contabilidad es lo más romántico que conozco en todo el mundo.

Nuestro Señor volvió a hablar de esto en la tercera parábola del capítulo veinticinco del evangelio según San Mateo. Podemos recordar su descripción de los pueblos que, cuando todo llegue a su fin, vendrán esperando una recompensa, pero él no les dará nada; entonces vendrán los otros, a quienes les dirá: "Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes" (v. 34). Ellos dirán: "Nosotros no hemos hecho nada. ¿Cuándo te vimos desnudo, o hambriento o sediento, y te dimos de beber?". Él les dirá: "Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí" (v. 39). ¡Vaya sorpresa! Esta vida está llena de romance. Nuestros libros contables no están al día, ni tienen valor alguno. Estamos en el reino de Dios, y su contabilidad es la que vale. En su reino, todo es de gracia.

Y bien, esto nos trae al último principio, que nos enseña no sólo a reconocer que todo es de gracia, sino también a regocijarnos en el hecho de que así sea. En esto consistió la tragedia de los obreros: vieron que se les pagaba un día completo a quienes sólo habían trabajado una hora, y en vez de alegrarse al verlo, comenzaron a murmurar y a quejarse, y a dar la impresión de que tratarlos así era injusto e incorrecto. El secreto de una vida cristiana feliz consiste en darse cuenta de que todo es de gracia, y en regocijarse de que así sea. En otro pasaje bíblico dice nuestro Señor: "Así también ustedes, cuando hayan hecho todo lo que se les ha mandado, deben decir: 'Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber'" (Lc. 17:10). Ése es su punto de vista, ésa es su enseñanza, y ése es el secreto de todo esto. ¿Y acaso no fue ése el camino que él mismo eligió? Sí lo fue, como en efecto nos lo dice San Pablo: "Cada uno debe velar no sólo por sus propios intereses sino también por los intereses de los demás. La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús" (cf. Fil. 2:4, 5). Y podemos ver lo que quiere decir: Cristo no se miraba a sí mismo, ni pensaba sólo en sí mismo y en sus propios intereses, ni cuidaba de su propia reputación, sino que hizo

a un lado la insignia de su gloria eterna; "no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse", a fin de decir: "Venga lo que venga, esto no lo suelto". De ninguna manera, sino que todo lo hizo a un lado, se humilló a sí mismo, se olvidó de sí mismo, y siguió adelante y sufrió, y en todo lo que hizo se mantuvo mirando sólo la gloria de Dios. Lo único que le importaba era que el Padre fuera glorificado y que hombres y mujeres vinieran al Padre. He allí el secreto: no dedicarse a mirar el reloj, ni estar ponderando la cantidad de trabajo realizado, ni llevar un registro contable, sino olvidarse de todo, menos de la gloria de Dios y del privilegio de haber sido llamado a trabajar para él, y del privilegio de ser cristiano, teniendo siempre presente la gracia que se ha dignado mirarnos y nos ha llevado de las tinieblas a la luz.

Gracia al principio, y gracia al final. Y cuando finalmente lleguemos a nuestro lecho de muerte, lo único que en ese momento nos consolará y nos dará ayuda y fortaleza será lo que nos ayudó desde el principio. No importa lo que hayamos sido ni lo que hayamos hecho. Lo que importa es la gracia de Dios en Jesucristo nuestro Señor. La vida cristiana comienza con la gracia, debe continuar con la gracia, y terminar con la gracia. Gracia, maravillosa gracia. "Por la gracia de Dios soy lo que soy . . . aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo" (1 Co. 15:10).

# ¿Dónde está la fe de ustedes?

*Un día subió Jesús con sus discípulos a una barca.*

*–Crucemos al otro lado del lago –les dijo.*

*Así que partieron, y mientras navegaban, él se durmió. Entonces se desató una tormenta sobre el lago, de modo que la barca comenzó a inundarse y corrían gran peligro.*

*Los discípulos fueron a despertarlo.*

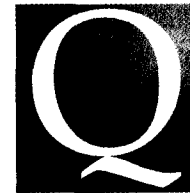
*–¡Maestro, Maestro, nos vamos a ahogar! –gritaron.*

*Él se levantó y reprendió al viento y a las olas; la tormenta se apaciguó y todo quedó tranquilo.*

*–¿Dónde está la fe de ustedes? –les dijo a sus discípulos.*

*Con temor y asombro ellos se decían unos a otros: “¿Quién es éste, que manda aun a los vientos y al agua, y le obedecen?”*

*Lucas 8:22-25*



Quiero llamar la atención de manera especial a esta pregunta que nuestro Señor y Salvador Jesucristo dirigió a los discípulos. Les dijo: “¿Dónde está la fe de ustedes?” (Lc. 8:25). Para ser franco, quisiera llamar la atención a todo este incidente como parte de nuestras reflexiones en torno a la depresión espiritual. Ya hemos tomado en consideración varias causas que provocan esta condición, y este incidente tan particular en la vida y el ministerio de nuestro Señor nos enfrenta a una causa más.

Aquí abordamos todo el problema y la cuestión de la naturaleza de la fe. En otras palabras, hay muchos cristianos que de tiempo en tiempo caen en dificultades y son infelices porque no han entendido claramente la naturaleza de la fe. Alguien me dirá: “Bien, si esos cristianos no han entendido la naturaleza de la fe, ¿cómo pueden ser cristianos?”. La respuesta es que cristiano es aquel que ha recibido el don de la fe. Y quien nos da el don de la fe es Dios, por medio del Espíritu Santo; entonces creemos en el Señor Jesucristo, y eso nos salva. Pero eso no significa que hayamos entendido plenamente la naturaleza de la fe. Con lo que resulta que, aunque seamos verdaderamente cristianos, genuinamente salvados mediante la recepción de este don de la fe, más tarde



podemos tener dificultades con nuestra experiencia espiritual por no haber entendido lo que realmente es la fe. Aunque se nos da como un don, a partir de allí hay cosas que tenemos que hacer al respecto.

Ahora bien, este asombroso incidente pone de relieve lo importante que es distinguir entre el don original de la fe y el camino de fe, o la vida de fe, que sigue después. Dios nos inicia en la vida cristiana, y luego nosotros tenemos que recorrerla. "Vivimos por fe, no por vista" (2 Co. 5:7) es el tema que ahora vamos a estudiar.

Antes de entrar de lleno en el tema, debo decir algo en cuanto a este gran incidente, en sí mismo y por sí mismo. Visto desde cualquier punto de vista, se trata de un acontecimiento de mucho interés e importancia. Por ejemplo, tiene mucho que decirnos acerca de la persona de nuestro Señor mismo. Nos enfrenta a lo que se considera una paradoja, una aparente contradicción en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Lo vemos en la barca, agotado y cansado; de hecho, tan cansado que se quedó dormido. Dicho incidente ha quedado registrado en los tres evangelios llamados sinópticos, es decir, en Mateo, Marcos y Lucas, y es de suma importancia para entender la persona de nuestro Señor Jesucristo. Veámoslo fatigado, cansado y agotado, al punto de quedarse dormido, y aunque se ha levantado una tormenta, él sigue durmiendo. ¿Quién podría dudar de su humanidad, sujeto como estaba a la flaqueza del hombre de carne y sangre, como el resto de nosotros? ¡Ah, sí, pero esperemos un momento! Los discípulos vienen a él y lo despiertan, diciendo: "¡Maestro, Maestro, nos vamos a ahogar!" (Lc. 8:24). Entonces él se levanta, reprende al viento y al furor del mar, éstos se apaciguan, y vuelve la calma. Uno de los otros evangelistas nos dice que "todo quedó completamente tranquilo" (Mt. 8:26). No es de sorprenderse que los discípulos, al ver todo esto, se hayan maravillado y se hayan dicho unos a los otros: "¿Quién es éste, que manda aun a los vientos y al agua, y le obedecen?" (Lc. 8:25). ¡Evidentemente era hombre y, sin embargo, evidentemente era Dios! Podía mandar a los elementos; podía silenciar al viento y detener la furia del mar. Jesús es el Señor de la naturaleza y de la creación; es el Señor del universo. He aquí el misterio y la maravilla de Jesucristo: Dios y hombre, dos naturalezas en una sola Persona; dos naturalezas, no mezcladas pero presentes en una misma persona.

Debemos partir de aquí. Si no entendemos esto con claridad, no tiene caso seguir adelante. Si no creemos en la singular deidad del Señor Jesucristo, podremos ser cualquier cosa, menos cristianos. No tenemos

ante nosotros solamente a un hombre bueno; ni nos interesa únicamente el más grande maestro que el mundo haya conocido. Estamos ante el hecho de que Dios, el Hijo eterno, ha venido a este mundo, ha tomado sobre sí mismo la naturaleza humana y ha habitado entre nosotros, Hombre entre los hombres, Dios y hombre. Estamos ante el misterio y la maravilla de la encarnación y del nacimiento virginal. Todo está allí, y resplandece en toda la plenitud de su gloria admirable. "¿Quién es éste?". La respuesta es: un hombre que es más que un hombre, porque también es Dios.

Sin embargo, soy de la opinión de que no es éste el propósito específico de este incidente tan peculiar. Tal revelación la obtenemos también en otros pasajes, y resplandece a través de los evangelios; sin embargo, los incidentes particulares y específicos en los cuales se descubre también tienen, por lo general, algún mensaje especial y peculiar que enseñarnos. En este caso no hay duda de que el mensaje es la lección con referencia a los discípulos y a su condición en ese momento; es la gran lección referente a la fe, y a la naturaleza o carácter de la fe. Yo no sé lo que otros piensan, pero yo nunca dejo de estar agradecido con estos discípulos; agradecido por el registro de cada equivocación y cada desatino en que incurrieron, porque en ellos me veo reflejado. ¡Cuán agradecidos con Dios debemos estar por tener estas Escrituras! ¡Cuán agradecidos debemos estar de que Dios no nos haya dado el Evangelio y nada más! ¡Cuán maravilloso es que podamos leer relatos como éste, y vernos retratados en ellos! ¡Cuán agradecidos debemos estar con Dios de que su Palabra sea divinamente inspirada y hable la verdad, y nos muestre y presente la fragilidad humana!

Es así como nos encontramos al Señor reprendiendo a los discípulos. Los reprende por alarmistas, por miedosos y por faltos de fe. Los vemos con él en la barca; la tormenta se levanta, y pronto los vemos en dificultades. Achican el agua, pero la barca va llenándose y ellos pueden ver que en poco tiempo se hundirá. Han hecho todo lo posible, pero no parece ayudar mucho; y lo que los asombra es ver que el Maestro todavía duerme profundamente en la popa del barco. Lo despiertan entonces y le dicen: "¡Maestro, Maestro, nos vamos a ahogar!". Y Jesús se levanta, y luego de reprender al viento y al mar, los reprende a ellos.

Pero debemos tener cuidado y observar esta reprensión, y entender lo que Jesús dice. En primer lugar, Jesús los reprende por el estado en que se encuentran. "¿Dónde está la fe de ustedes?", les pregunta. Mateo los llama "hombres de poca fe" (8:26), y en otro caso se dice que "se

quedó asombrado por la incredulidad de ellos" (Mr. 6:6). Jesús los reprendió por mostrarse tan agitados, asustados y alarmados, a pesar de que él estaba con ellos en la barca. Ésta es la primera gran lección que tenemos que aplicarnos a nosotros mismos, y los unos a los otros. No está nada bien que un cristiano llegue a estar alguna vez en esa condición. No me importa cuáles puedan ser las circunstancias, el cristiano nunca debe estar agitado ni fuera de sí; nunca debe perder la cabeza ni llegar a tal punto que pierda el control de sí mismo. Ésa es la primera lección, en la cual ya hemos puesto énfasis antes porque es una parte esencial de las enseñanzas del Nuevo Testamento. El cristiano nunca debe estar deprimido, ni agitado, ni alarmado, ni frenético ni desconcertado, como si fuera uno más del mundo. Esas reacciones ante los problemas son típicas de quienes no son cristianos, de allí que esté mal compartir su condición. El cristiano es diferente de los demás; el cristiano tiene algo que no puede poseer quien no lo es, y lo ideal para el cristiano es lo que tan perfectamente establece el apóstol Pablo en el capítulo cuatro de la Epístola a los filipenses: "He aprendido a estar satisfecho en cualquier situación . . . Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (vv. 11, 13). He allí la postura cristiana, he allí lo que el cristiano debe ser. Cualesquiera que sean sus sentimientos, el cristiano jamás debe dejarse arrastrar por ellos. Jamás. En un cristiano, eso siempre está mal. El cristiano siempre debe mantener la serenidad, como espero demostrarlo. El problema con los discípulos es que habían perdido el control de sí mismos. Por eso se sentían desdichados; por eso eran infelices; por eso estaban alarmados y agitados, a pesar de que el Hijo de Dios estaba en la barca con ellos. Por mucho que recalque yo este punto, nunca lo recalcaré demasiado. Yo simplemente quiero establecer como propuesta que, al margen de las circunstancias, el cristiano jamás debe perder el control de sí mismo, ni estar jamás agitado, aterrorizado, o alarmado. Obviamente, esa es nuestra primera lección. La situación en que esta gente se encontraba era alarmante; estaban en peligro de muerte, y todo parecía indicar que en cualquier momento morirían ahogados; sin embargo, nuestro Señor les dice algo como esto: "No deberían ponerse así. Como seguidores míos, no tienen derecho de alterarse de ese modo, aun que estén en peligro".

He allí la primera gran lección. La segunda es que el error de caer en tal estado implica falta de fe y de confianza en el Señor. Por eso es tan reprehensible este problema, y por eso también reprendió el Señor a los discípulos. En efecto, les dijo: "¿Se sienten así a pesar de que yo estoy

con ustedes? ¿Acaso no tienen fe en mí?" Marcos nos cuenta que dijeron: "Maestro, ¿no te importa que nos ahogemos?" (4:38). Y yo no creo que ellos estuvieran refiriéndose sólo a sí mismos, o a su propia seguridad. No creo que fueran tan egocéntricos. Ni creo que sólo hayan querido decir: "¿No te importa que nos ahogemos?" sin incluir a Jesús en ese "nosotros". Yo creo que también estaban incluyendo a Jesús, y que pensaban que todos se ahogarían. "Maestro, ¿no te importa que nos ahogemos?" Con todo, esta agitación y esta alarma siempre conllevan una implícita falta de fe y de confianza en Jesús. Se trata de una falta de fe en su preocupación y cuidado por nosotros. Significa que nosotros nos hacemos cargo de la situación y que vamos a resolverla por nosotros mismos, con la idea de que a él, o no le importa, o tal vez no pueda hacer nada. Por eso esto resulta tan terrible; pero me pregunto si siempre nos damos cuenta. Cuando miramos objetivamente el caso de estos discípulos, nos parece obvio; pero cuando nos encontramos agitados y molestos, y no sabemos qué hacer sino que damos la impresión de estar bajo una gran tensión nerviosa, cualquiera que nos vea podrá decir, y con razón: "Esa persona no tiene mucha fe en su Señor. Después de todo, parece que no tiene caso ser cristiano, pues tal como lo veo en esa persona, no hay mucho valor en el cristianismo". Durante la guerra, todos nos vimos sujetos a estas pruebas de manera excepcional; pero aun ahora, en tiempos de paz, y dependiendo de cuál sea nuestra respuesta y nuestra reacción, cualquier cosa que se nos atravesara en nuestro paso y nos ponga en dificultades de inmediato evidenciará si creemos y confiamos en él. Por lo tanto, aun a nivel superficial, a mí me parece que estas son dos grandes lecciones. Nunca debemos permitirnos caer en la agitación y en la turbación, cualesquiera que sean las circunstancias, porque hacerlo así implica falta de fe, falta de seguridad, y falta de confianza en nuestro bendito Señor y Dios.

Sin embargo, miremos ahora el pasaje en detalle y saquemos algunos principios generales del incidente y de su gran enseñanza. Antes que nada, y luego de ver todo este asunto de la fe, me voy a permitir decir algo acerca de lo que yo podría llamar "la prueba de la fe". Las Escrituras rebosan con esta idea de poner a prueba nuestra fe; por ejemplo, el capítulo once de la Epístola a los hebreos. En cierto sentido, no es sino una amplia exposición de este tema de la prueba de la fe. Cada uno de los allí mencionados fue puesto a prueba. Se les habían hecho grandes promesas, y ellos las habían aceptado, pero entonces todo pareció salir mal. Esto puede afirmarse de todos ellos. Pensemos en

la prueba de alguien como Noé, o en la de alguien como Abraham, o en las pruebas que hombres como Jacob y, especialmente, Moisés tuvieron que soportar. Dios concede el don de la fe, y entonces ésta es puesta a prueba. En el capítulo primero de su Primera epístola, Pedro nos dice exactamente lo mismo: "A pesar de que hasta ahora han tenido que sufrir diversas pruebas por un tiempo. El oro, aunque perecedero, se acrisola al fuego. Así también la fe de ustedes, que vale mucho más que el oro, al ser acrisolada por las pruebas demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele" (1 P. 1:6, 7). Este tema está presente en todas las Escrituras; se le halla en la historia de los patriarcas y de todos los santos del Antiguo Testamento, lo mismo que en el Nuevo Testamento. En efecto, es el tema que distingue al último libro de la Biblia, el libro del Apocalipsis.

Pero aclaremos algo. Debemos empezar por entender que podemos encontrarnos en una situación en la que nuestra fe se vea puesta a prueba. Dios permite que haya tormentas y pruebas. Si en este momento estamos viviendo nuestra vida cristiana, o tratando de vivirla, dando por hecho que ella sólo significa venir a Cristo, y que ya no volveremos a tener aflicciones, estamos dando lugar a una terrible falacia. Tal idea es falsa y engañosa. Nuestra fe será puesta a prueba, y Santiago llega incluso a decir: "Considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas" (Stg. 1:2). Dios permite que haya tormentas, y también que haya dificultades; permite que el viento sople y que las grandes olas se agiten; hasta puede parecernos que todo anda mal y que nosotros mismos estamos en peligro. Debemos cobrar conciencia y aprender que Dios no toma a su pueblo para llevarlo a una especie de Campos Eliseos, donde estará protegido "de todas las hondas y las flechas de la nefasta Fortuna". De ninguna manera. Vivimos en este mundo, como todos los demás. De hecho, el apóstol Pablo parece llevar las cosas más lejos cuando les dice a los filipenses: "A ustedes se les ha concedido no sólo creer en Cristo, sino también sufrir por él" (Fil. 1:29). Y nuestro Señor dice: "En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo" (Jn. 16:33). "¡Anímense! . . .". Sí, pero recordemos que habremos de afrontar aflicciones. En sus viajes misioneros, Pablo y Bernabé visitaban a las iglesias y les advertían: "Es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el Reino de Dios" (Hch. 14:22).

Debemos empezar por darnos cuenta de que, en este asunto, "vale más prevenir que lamentar". Si tenemos un concepto mágico de la vida

cristiana, con toda seguridad nos veremos en problemas, pues cuando lleguen las dificultades nos sentiremos llevados a preguntar: "¿Por qué permite Dios que pase esto?". Y nunca debiéramos hacer tal pregunta. Si tan sólo nos diéramos cuenta de esta verdad fundamental, nunca preguntaríamos eso. Nuestro Señor se acuesta a dormir y deja que venga la tormenta. La situación puede llegar a ser desesperada, y tal vez nos parezca que perderemos la vida. Todo puede parecernos contrario, y no obstante . . . bueno, he aquí un poeta cristiano que lo ha dicho por nosotros:

*Cuando todo parezca ir en contra nuestra  
y llevarnos a la desesperación, . . .*

Pero el poeta no llega a estar desesperado, porque dice a continuación:

*Sabemos que hay una puerta abierta,  
y que Alguien oirá nuestra oración.*

Sin embargo, las cosas pueden llegar a un punto crítico. "Cuando todo parezca ir en contra nuestra y llevarnos a la desesperación . . .". Por lo tanto, estemos preparados, pero vayamos también más allá. Mientras todo esto nos sucede, Dios parece no estar preocupado en lo absoluto por nosotros. Es allí donde interviene la verdadera prueba de la fe. El viento y las olas presagiaban un desastre, y el agua entraba en la barca. Si esto era ya bastante grave, lo que a ellos más les preocupaba era la aparente despreocupación del Señor: seguía durmiendo, sin ninguna preocupación evidente. "Maestro, ¿no te importa que nos ahogemos?" (Mr. 4:38). Jesús se ve despreocupado; despreocupado de nosotros, despreocupado de sí mismo, despreocupado de su causa, despreocupado de su reino. ¡Imaginémonos cómo se habrán sentido los discípulos! Ellos lo habían seguido, habían escuchado sus enseñanzas en cuanto al advenimiento del Reino, habían visto sus milagros y esperaban ver que sucedieran cosas maravillosas; ¡y ahora todo parecía que iba a terminar en un naufragio, donde todos morirían ahogados! ¡Vaya anti-clímax, y todo por causa de su despreocupación! Hay que ser muy joven en la vida cristiana para no saber algo acerca de esto. ¿No hemos pasado todos alguna vez por esta situación de prueba y dificultad, y tenido la

impresión de que, en cierto modo, a Dios parece no importarle? Porque Dios no hace nada al respecto. Son muchos los que se preguntan: “¿Por qué Dios permite que yo, que soy cristiano, sufra a manos de alguien que no lo es?” “¿Por qué permite Dios que a mí todo me salga mal, y no a otros?” “¿Por qué prospera aquél, mientras yo fracaso? ¿Por qué no hace Dios algo al respecto?”. ¡Cuán frecuentes son este tipo de preguntas por parte de los cristianos! Las han hecho en cuanto al estado general de la Iglesia de nuestros días. “¿Por qué no manda Dios un avivamiento? ¿Por qué permite que estos racionalistas y ateos tomen el poder? ¿Por qué no interviene Dios y reaviva su obra?”. ¡Con cuánta frecuencia nos vemos tentados a hablar así, tal como estos discípulos lo hicieron en la barca!

El hecho de que Dios permita que pase todo esto, y de que frecuentemente parezca no importarle nada, en realidad constituye lo que aquí estoy llamando la prueba de la fe. En estas condiciones nuestra fe queda probada y comprobada, y Dios lo tolera todo, lo permite todo. Santiago llega a decirnos que nos consideremos “muy dichosos” cuando estas cosas nos sucedan. Esto, la prueba de la fe, es una cuestión de gran trascendencia. Pero en nuestros días no hablamos mucho acerca de esto, ¿o sí? En cambio, si retrocediéramos a los siglos diecisiete o dieciocho, veríamos que en aquel tiempo esto era un tema muy familiar. Supongo que en muchos sentidos era el tema central de los Puritanos. Ciertamente fue prominente más tarde, durante el reavivamiento evangélico del siglo dieciocho. La prueba de la fe del hombre, cómo vencer las pruebas, el andar por fe y la vida de fe, eran su tema constante.

Pasemos ahora a la segunda pregunta. ¿Cuál es la naturaleza o carácter de la fe? Por encima de todo, éste es el mensaje particular de este incidente, y tengo la impresión de que resulta muy claro en la versión que de él nos presenta el evangelio según San Lucas. Por eso he tomado el incidente de este evangelio en particular, poniendo el énfasis en la forma en que nuestro Señor hace la pregunta: “¿Dónde está la fe de ustedes?”. Allí está la clave de todo el problema. Observemos la pregunta de nuestro Señor. Parece implicar que él sabe perfectamente bien que ellos tienen fe; la pregunta que les hace es: “¿Dónde está? Ustedes han alcanzado la fe, pero ¿dónde está en este momento? Debería estar aquí, ¿qué paso con ella?”. Y esto es lo que nos da la clave para entender la naturaleza de la fe.

Antes que nada, voy a permitirme ponerlo en forma negativa. La fe no es, obviamente, sólo una cuestión de sentimientos. No puede ser,

porque en circunstancias así los sentimientos pueden ser muy variables. No se supone que un cristiano deba deprimirse cuando todo sale mal. Al contrario, se le dice: “¡Alégrate!”. Los sentimientos sólo van con la felicidad; el regocijo abarca más que los sentimientos; si la fe fuera sólo una cuestión de sentimientos, entonces, cuando las cosas andan mal y los sentimientos cambian, la fe se desvanecería. Pero la fe no es sólo cuestión de sentimientos; la fe se adueña de todo el hombre, incluso de su mente, de su intelecto y de su entendimiento. Como veremos, la fe es una respuesta a la verdad.

Más importante aún es lo segundo. La fe no es algo que opere de modo automático, ni por magia. De este desatino me parece que todos, de una u otra manera, hemos sido culpables. Parece que pensamos que la fe es algo que funciona automáticamente. Me parece que mucha gente concibe la fe como algo semejante a esos termostatos que se conectan a la calefacción: se ajusta el termostato a la temperatura deseada, y el termostato trabaja automáticamente. Si la temperatura tiende a elevarse más de lo deseable, el termostato entra en acción y la mantiene baja; si se usa agua caliente y la temperatura baja, el termostato entra en acción y la eleva. No hay que meter las manos; el termostato trabaja automáticamente y una vez más lleva la temperatura al nivel deseado. Etcétera, etcétera. Y la verdad es que hay mucha gente que parece pensar que la fe opera de igual manera. Dan por hecho que, no importa lo que les suceda, la fe entrará en acción y todo volverá a su nivel. Sin embargo, la fe no es algo que funcione automáticamente o como por arte de magia. De ser así, estos discípulos nunca habrían estado en problemas; la fe hubiera entrado en acción, ellos habrían estado serenos y tranquilos, y todo habría salido bien. Pero la fe no es así, de modo que ésas son rotundas falacias con respecto a ella.

Entonces, ¿qué es la fe? Mirémosla ahora de manera positiva. El principio que aquí se nos enseña es que la fe es una actividad, algo que tiene que ejercitarse. No entra en acción por sí misma, sino que nosotros tenemos que hacerla funcionar. La fe es una actividad.

Voy a entrar en detalles. La fe es algo que cada uno de nosotros tiene que poner a funcionar. Eso es exactamente lo que nuestro Señor les dijo a estos discípulos: “¿Dónde está la fe de ustedes?” Que es lo mismo que decir: “¿Por qué no toman su fe y la aplican a esta situación?”. Como podemos ver, fue por no hacerlo así, por no poner a funcionar su fe, por lo que los discípulos se sintieron infelices y cayeron en ese estado de consternación. Pero entonces, ¿cómo se activa la fe? ¿De qué hablo

cuando digo que la fe hay que aplicarla? Puedo fragmentar mi respuesta de la siguiente manera: Lo primero que debo hacer al encontrarme en una situación difícil es rehusarme a ser controlado por la situación. Evidentemente, esto constituye una negativa. Los discípulos estaban en la barca, el Maestro dormía, y el mar se encrespaba; ya el agua estaba entrando, y ellos no podían achicarla con suficiente rapidez. Parecía que se hundirían. Y el problema era que ellos se habían dejado dominar por la situación. Lo que tenían que haber hecho era aplicar su fe, hacerse cargo de la situación y decir: "No, no vamos a permitir que el pánico nos domine". Por allí debieron haber empezado, pero no lo hicieron así, sino que permitieron que la situación los controlara.

La fe es un rechazo al pánico. ¿Qué tal esta definición de la fe? ¿Parece demasiado terrenal, y no suficientemente espiritual? Pues proviene de la esencia misma de la fe. Venga lo que venga, la fe es un rechazo al pánico. Me parece que Browning tenía esto en mente cuando definió así la fe: "Para mí, la fe significa poner en paz a la perpetua incredulidad, como en paz quedó la serpiente bajo el pie de Miguel". Por un lado tenemos a Miguel, por el otro a la serpiente, bajo su planta, y él simplemente la pone en paz con la sola presión de su pie. La fe significa aplacar y aplastar a la incredulidad. Que es lo que no hicieron los discípulos, ya que se llenaron de pánico y dejaron que la situación los atrapara. La fe, sin embargo, se niega a permitir que tal cosa suceda. Aclara: "No voy a permitir que las circunstancias me controlen. El control lo tengo yo". De modo que somos nosotros quienes debemos hacernos cargo de nosotros mismos, darnos ánimo y controlarnos. Lejos de dejarnos dominar, afirmamos nuestro dominio de la situación.

Por aquí empezamos, pero no es aquí donde nos detenemos. Esto no basta, porque podría ser simple resignación, y eso no es el todo de la fe. Una vez dado este primer paso, y habiendo recobrado el ánimo, debemos traer a la memoria lo que creemos y sabemos. Esto fue, una vez más, lo que esos tontos discípulos no hicieron. Si sólo se hubieron detenido un momento, y dicho: "¿Y ahora qué hacemos? ¿Será posible que nos ahogemos estando él con nosotros en la barca? ¿Habrá algo que él no pueda hacer? Lo hemos visto hacer milagros: convirtió el agua en vino, ha curado a los ciegos y los cojos, y hasta puede resucitar a los muertos; ¿será posible que permita que nosotros, y él mismo, nos ahogemos así? ¡Imposible! En todo caso, él nos ama y cuida de nosotros; según nos ha dicho, ¡hasta los cabellos de nuestra cabeza están

contados!". Así es como razona la fe. Dice: "Muy bien. Veo las olas y la tormenta, pero . . . ". ¡Y siempre antepone este "pero"! Así es la fe; se aferra a la verdad, y sus razonamientos parten de lo que ella sabe que es así. Así es como se aplica la fe. Pero los discípulos no lo hicieron, y por eso llegaron a estar agitados y ser presas del pánico. Y usted y yo llegaremos a ser presas del pánico y estaremos agitados si tampoco hacemos lo que ellos debieron haber hecho. Por lo tanto, cualesquiera que sean las circunstancias, debemos ponernos de pie, esperar un momento y decir: "Todo eso lo admito, pero . . . ". ¿Pero qué? ¡Pero Dios! ¡Pero el Señor Jesucristo! ¿Pero qué? ¡El todo de mi salvación! Así es como actúa la fe. Todo puede parecer que está en contra mía, y querer "llevarme a la desesperación". Tal vez yo no entienda qué es lo que sucede; pero una cosa sé: De tal manera me amó Dios que por mí envió a su Hijo unigénito a este mundo; sé que aunque yo era su enemigo, Dios envió a su Hijo unigénito para morir por mí en la cruz del monte Calvario. Dios ha hecho eso por mí, a pesar de que yo era su enemigo, un extraño rebelde. Yo sé que el Hijo de Dios "me amó y se entregó a sí mismo por mí". Sé que gracias a la sangre que él derramó tengo la salvación, y que soy hijo de Dios y heredero de la bendición eterna. Todo esto lo sé. De modo que también sé que "si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida!" (Ro. 5:10). Tal lógica es inevitable, y así es como razona la fe, pues tiene presente lo que las Escrituras llaman "sus preciosas y magníficas promesas". La fe dice: "No puedo creer que él, que me ha traído de tan lejos, vaya a dejarme caer ahora. ¡Imposible! ¡Eso no correspondería con el carácter de Dios!". Y así es como la fe, habiéndose rehusado a ser controlada por las circunstancias, trae a la memoria lo que cree y lo que sabe.

El siguiente paso, por lo tanto, es que la fe aplica todo eso a la situación particular. Una vez más, eso fue lo que estos discípulos no hicieron, y por eso el Señor les plantea la pregunta: "¿Dónde está la fe de ustedes?". Si tienen fe, ¿por qué no la aplican? ¿Por qué no usan todo lo que saben para salir de esta situación? ¿Por qué no lo concentran en este problema específico?". Ése es el siguiente paso en la aplicación de la fe. Al margen de las circunstancias particulares, apliquemos a ellas todo lo que sabemos que es verdadero en nuestra relación con Dios. Entonces sabremos perfectamente bien que él nunca permitirá que nada perjudicial nos suceda. "Dios dispone todas las cosas para el bien de

quienes lo aman" (Ro. 8:28). Ni un cabello de nuestra cabeza sufrirá daño alguno; Dios nos ama con amor eterno. No estoy sugiriendo que siempre podremos entender todo lo que suceda. Tal vez no tengamos una explicación completa de todo ello, pero podremos estar seguros de que es imposible que a Dios no le importemos. Si él ha realizado por nosotros la obra más grandiosa, entonces todo lo que hagamos tiene que importarle. Y aunque las nubes sean espesas y no podamos ver su rostro, sentimos su presencia. "Tras una ceñuda providencia, Dios oculta su sonriente rostro". Así que, ¡aferrémonos a eso! Tal vez no veamos su sonrisa, y admitamos que las nubes terrenales nos impiden verlo, pero sabemos que él está allí, y que no permitirá que nada malo nos sobrevenga. Nada puede sucedernos, a menos que él lo permita, y no importa si se trata de un gran desengaño, o de una enfermedad, o alguna tragedia. No sabemos que pueda venir, pero de algo podemos estar seguros: Dios permitirá que algo nos pase si, al fin de cuentas, es para nuestro bien. "Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia . . ." (Heb. 12:11).

Así trabaja la fe. Pero no opera automáticamente; tenemos que ejercitarla. Tenemos que enfocar nuestra fe sobre los acontecimientos específicos, y decir: "Muy bien. Pero yo sé esto acerca de Dios, y como sé que es cierto, voy a aplicarlo a esta situación. De modo que esto no puede ser lo que pienso que es; debe haber otra explicación". Así veremos que, después de todo, tal es el propósito de gracia de Dios para nosotros, y una vez aplicada nuestra fe, debemos aferrarnos a ella. Simplemente, debemos negarnos a ser sacudidos. El enemigo vendrá y nos atacará, el agua parecerá entrar en la barca, pero nos diremos: "Todo está bien; ¡que venga lo peor de lo peor!". Así permaneceremos en la fe, repitiéndonos a nosotros mismos: "Yo creo esto, y en esto me apoyo. Estoy seguro de esto, y aunque no entiendo lo que sucede, esto no lo suelto".

Llegamos así a mi punto final, que es mi tercer principio: el valor que tiene incluso la fe más débil y pequeña. Ya hemos visto la prueba de la fe, y hemos considerado la naturaleza de la fe; ahora voy a permitirle decir una última palabra en torno al valor de la fe, incluso de la fe más débil y más pequeña. Aun cuando en esta ocasión la fe de los discípulos se mostró raquítica, insignificante e incompleta, de todos modos ellos tuvieron la cantidad de fe suficiente para llevarlos finalmente a que hicieran lo correcto: recurrieron a Jesús. Todavía tenían cierta idea de que él podría hacer algo, así que lo despertaron y le dijeron: "Maestro,

¿no vas a hacer algo al respecto?". Tal vez me dirán que ésa es una fe muy pobre y débil. Pero, gracias a Dios, es fe. Aun la fe pequeña como un grano de mostaza es valiosa porque nos lleva a él. Y cuando acudimos a él, esto es lo que encontramos: lo veremos desilusionado de nosotros, y no lo ocultará; nos reprenderá, y nos dirá: "¿Por qué no lo razonaste? ¿Por qué no aplicaste tu fe? ¿Por qué te muestras agitado frente a esa persona mundana? ¿Por qué te portas como si no fueras cristiano? ¿Por qué no aplicaste tu fe como deberías haberlo hecho? A mí me habría complacido poder observarte erguido en medio del huracán y la tormenta. ¿Por qué no lo hiciste?". Él nos dejará saber su desencanto y nos reprenderá; pero no obstante eso, ¡bendito sea su nombre!, todavía nos recibirá. El Señor no nos echará fuera, como tampoco echó fuera a sus discípulos; así como los recibió, nos recibirá a nosotros. Y no sólo nos recibirá, sino que nos bendecirá y nos dará su paz. "Reprendió a los vientos y a las olas, y todo quedó completamente tranquilo" (Mt. 8:26). El Señor produjo la atmósfera que, a pesar de su falta de fe, tanto anhelaban disfrutar. Tal es el Señor de la gracia en quien creemos y al cual seguimos. Aunque él esté desencantado de nosotros, y aunque nos reprenda, nunca nos abandonará; al contrario, nos recibirá, nos bendecirá, y nos dará su paz. Ciertamente hará por nosotros lo que hizo por los discípulos. Con su paz les dio un concepto de sí mismo mayor que el que antes tenían. Ante la magnificencia de su poder, ellos quedaron maravillados y llenos de asombro. Y él, por así decirlo, a todas las bendiciones anteriores añadió esto como un bono.

Si nos encontramos afligidos, atribulados y en medio de una prueba, tomémoslo como una maravillosa oportunidad de probar nuestra fe, de dar muestras de ella y hacerla manifiesta, y de dar gloria a su grandioso y santo nombre. Pero si no podemos hacer esto por estar aparentemente demasiado débiles para aplicar nuestra fe, si estamos tan acosados y atacados por el diablo, el infierno y el mundo, entonces acudamos a él de inmediato, y él nos recibirá y nos bendecirá. Nos dará paz y libertad. Pero no olvidemos jamás que la fe es una actividad, que es algo que tiene que aplicarse. "¿Dónde está la fe de ustedes?". Asegurémonos de que, cuando llegue la necesidad y la prueba, siempre esté donde debe estar.

# Puestos los ojos en Jesús

*En seguida Jesús hizo que sus discípulos subieran a la barca y se le adelantaran al otro lado mientras él despedía a la multitud. Después de despedir a la gente, subió a la montaña para orar a solas. Al anochecer, estaba allí él solo, y la barca ya estaba bastante lejos de la tierra, zarandeada por las olas, porque el viento le era contrario.*

*En la madrugada, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el agua, quedaron aterrados.*

*—¡Es un fantasma! —gritaron de miedo.*

*Pero Jesús les dijo en seguida:*

*—¡Cálmense! Soy yo. No tengan miedo.*

*—Señor, si eres tú, —respondió Pedro—, mándame que vaya a ti sobre el agua.*

*—Ven —dijo Jesús.*

*Pedro bajó de la barca y caminó sobre el agua en dirección a Jesús. Pero al sentir el viento fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó:*

*—¡Señor, sálvame!*

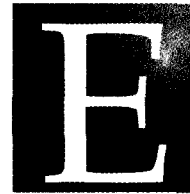
*En seguida Jesús le tendió la mano y, sujetándolo, lo reprendió:*

*—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?*

*Cuando subieron a la barca, se calmó el viento. Y los que estaban en la barca lo adoraron diciendo:*

*—Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios.*

*Mateo 14:22-33*



El incidente que ahora vamos a considerar presenta muchas características en común con el que hemos estudiado en el capítulo ocho del evangelio según San Lucas. El punto principal es que este incidente, como el otro, centra su atención en la naturaleza, en el carácter de la fe y en la importancia de tener de ella una percepción correcta. Por supuesto, su enfoque es ligeramente diferente. El problema principal en aquel caso, según vimos, consistía en no darnos cuenta de que la fe es una actividad, algo que se debe aplicar. “¿Dónde está la fe de ustedes?”. Los discípulos tenían fe, pero no la estaban aplicando a su problema particular. Aquí, aunque todavía estamos considerando en términos generales la cuestión del verdadero carácter de la fe, ésta es vista desde un aspecto un tanto diferente.

Sin embargo, por importante que sea nuestra consideración principal, no podemos llegar a ella sin advertir una cuestión preliminar que resulta absolutamente esencial y determinante. Una vez más, aquí como en el incidente de la tormenta en el lago, lo primero que notamos es la Persona, o personalidad, si se prefiere, de nuestro bendito Señor. Una vez más destaca él aquí en toda la plenitud de su divinidad y de su singular deidad. Lo vemos caminar sobre las olas, es él quien camina, a

pesar de las aguas tempestuosas y turbulentas; lo vemos, igualmente, capacitando a su siervo, el apóstol, para hacer lo mismo. Una vez más, lo vemos mandando y controlando a los elementos. Tenemos que comenzar por aquí, porque no podemos iniciar nuestras consideraciones en cuanto a la fe, ni tener un verdadero entendimiento de ésta, si a él no lo entendemos claramente. No estamos hablando de cualquier clase de fe; estamos hablando de la fe cristiana. Y para cualquier consideración al respecto, lo primero que hay que hacer es entender con claridad la persona de nuestro bendito Señor. No hay otro mensaje cristiano más allá de aquél que empieza por reconocer que Jesús de Nazaret es el Hijo unigénito de Dios, que es el Señor de la gloria, el Señor Jesucristo. Y aquí lo vemos en el esplendor de su gloria, sobresaliendo como Amo del universo, como Señor de los elementos. El lo manifiesta y lo demuestra. Empezamos por aquí porque el propósito fundamental de estos evangelios es dárnoslo a conocer. También es absolutamente vital para cualquier consideración en torno a nuestro tema demostrar que todos nuestros problemas hallan su explicación, de una u otra manera, en nuestro error de no darnos cuenta de quién es él.

Resulta evidente, sin embargo, que el objeto principal de dejar consignado este incidente es el de llamar la atención a lo que le sucedió a Pedro. En cada página de los evangelios vemos a nuestro Señor en su gloria y deidad, pero cada incidente por separado nos presenta algo peculiar, algo especial de sí mismo; y ese algo especial, en este caso, es la forma particular en que este incidente afecta al apóstol Pedro.

Pedro arranca tan bien y de modo tan impresionante. Después se mete en problemas, y termina muy mal. He aquí el cuadro: Pedro, que al principio parece tan lleno de fe, termina como un miserable fracasado gritando con desesperación. ¡Con qué rapidez sucede todo! De este lago en particular sabemos que una de sus características principales es que sus tormentas sobrevienen súbitamente. Puede en cierto momento estar en calma, y un instante después se desata una furiosa tormenta. Esto mismo le sucedió al lago en esta ocasión, y también le sucedió a Pedro: todo cambió súbitamente.

Tal como yo lo entiendo, lo vital en este incidente es observar muy de cerca lo sucedido, y hay que destacar lo siguiente: la enorme diferencia entre el milagro de calmar la tormenta y el caso ante nosotros es que en el primer caso la tormenta interviene como un factor inesperado que altera a los discípulos (allí nuestro Señor se quedó dormido, y después vino la tormenta), mientras que aquí no es absolutamente el caso, al

menos por lo que concierne a Pedro. No hay nada nuevo, no hay ningún factor inesperado: la tormenta se ha desatado ya, y se encuentra en todo su apogeo antes de que nuestro Señor llegue cerca de la barca o se acerque a los discípulos. Se nos dice que la barca ya estaba en medio del lago, siendo sacudida por las olas, mientras que nuestro Señor estaba orando a solas en la falda de la montaña. Y esto es lo que debemos poner de relieve: que aquí los discípulos estaban en la barca, sin nuestro Señor, y que la tormenta estaba enfurecida; de pronto el Señor aparece y el incidente tiene lugar. Hay que recordar que cuando Pedro salta de la barca no se enfrenta a ningún factor nuevo. No fue que él pisara primero el agua calmada y que luego llegara la tormenta; ésta ya estaba allí antes de que el Señor se acercara a la barca. A mi entender, este punto es muy importante. No hubo ningún factor inesperado, como en la otra ocasión, y no obstante Pedro se vio en problemas, y llegó a sentirse infeliz, atemorizado y desesperado. La pregunta que el Señor le hace es: “¿Por qué dudaste?”. Y la respuesta es que el problema en su totalidad radicaba en Pedro. Nuestro Señor pronuncia la diagnosis precisa: el problema es la poca fe. “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. Se trata de la poca fe que da entrada a la duda. Me parece que aquí tenemos varias lecciones importantes, las cuales podemos aprender; y si las aprendemos, y las asimilamos, nos salvarán de más de un ataque de depresión espiritual.

Antes que ninguna otra cosa, debo señalar lo que me veo obligado a llamar la mentalidad de Pedro, o si se prefiere, el temperamento de Pedro. En repetidas ocasiones hemos tenido que señalar el hecho de que, cuando nos convertimos y somos salvados y nos hacemos cristianos, nuestro temperamento no cambia sino que sigue siendo exactamente el mismo. No nos convertimos en otra persona; todavía somos nosotros mismos. Todos podemos decir: “Ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí” (Gá. 2:20), y aunque podemos añadir: “Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios”, ese “yo”, no obstante, sigue siendo el mismo. Aun cuando lleguemos a ser cristianos, no cambiamos sino que seguimos siendo nosotros mismos, con nuestro mismo temperamento peculiar, con nuestras propias características particulares, lo cual redundará en que todos nosotros tenemos nuestros problemas particulares. Hay problemas fundamentales que a todos nos son comunes, y aun cuando nuestros problemas particulares se manifiesten bajo formas diferentes, caen bajo la categoría general de pecado y de resultado de la caída. Esto lo sabemos todos. No todos los



miembros de la iglesia ni de cualquier otro grupo son lo mismo; aunque el grupo sea pequeño, el resultado es el mismo: todos tenemos ciertas cosas acerca de las cuales debemos tener un cuidado particular y excepcional. Hay gente a la que esto no le molesta en absoluto, ¡aunque sí hay otras cosas en las que deben tener mucho cuidado! Los de temperamento encendido tienen que cuidar muy de cerca ese temperamento; igualmente cuidadosa debe ser la persona flemática y letárgica, porque es tan blanda en su mentalidad total que tiende a no erguirse cuando debiera imponerse. Dicho de otro modo, todos nosotros tenemos nuestras propias dificultades, que por lo general surgen de nuestro propio temperamento, el cual Dios nos lo ha dado. De hecho, puedo ampliar este contexto y decir que, más que otra cosa, tenemos que vigilar nuestra fuerza, nuestro punto fuerte, porque es allí donde, definitivamente, todos tendemos a fracasar.

Yo creo que esto podía decirse con certeza en cuanto a Pedro, quien se caracterizaba por su energía, por su capacidad para tomar decisiones inmediatas, y por su dinámica personalidad. Pero era entusiasta e impulsivo, lo cual constantemente lo metía en problemas. Conviene tener un carácter enérgico. Si entiendo bien al leer sus biografías, las acciones de algunos de los más grandes hombres que el mundo haya conocido hallan su explicación en su extremada energía, y no en su capacidad intelectual ni en su sabiduría. Fijémonos en este aspecto cuando leamos la vida de los reconocidos como grandes hombres. La energía es una cualidad formidable, y ésta viene acompañada, por lo general, de una tremenda capacidad para tomar decisiones. Sin embargo, era esto lo que constantemente metía a Pedro en problemas. No es infrecuente que esto conduzca a una vida cristiana inconstante y carente de equilibrio. ¡Qué ejemplo tan a la medida tenemos aquí! Fijémonos en Pedro al principio de este incidente, cuando reconoce al Señor; lo vemos allí, en la barca, en medio de la tempestad y con la suficiente fe para decirle a nuestro Señor: “Si eres tú, . . . mándame que vaya a ti sobre el agua”. ¡Y allá va! ¡Magnífico! Pero mirémoslo unos instantes después, y entonces lo vemos gritando de terror. En esto se caracterizaba siempre Pedro. Cuando el Señor hablaba acerca de su muerte, y de cómo iba a ser abandonado, Pedro no titubeó en decir: “Aunque todos te abandonen, yo jamás lo haré” (Mt. 26:33), ¡y poco después lo vemos afirmar con juramentos y maldiciones que nunca lo ha conocido! Esto es lo que llamo la mentalidad de Pedro: esa clase de persona inconstante, ora en la cima de la montaña, ora en el más

profundo de los abismos; ora lleno de entusiasmo y de gran excitación, reprochándonos que no hacemos nada en absoluto, ora totalmente descorazonado y amenazando con abandonar la vida cristiana por completo. Todos conocemos a alguien así.

¿A qué se debe esto? ¿Qué es lo que provoca esta alternancia entre el éxtasis y el fracaso más rotundo? Hay que responder que se debe al temperamento. El problema con personas así es que tienden a actuar sin pensar; no basan su fe en la reflexión, ni piensan bien las cosas ni toman en cuenta todas las implicaciones. Ése es su problema, y ese era el problema con Pedro. En los evangelios lo vemos ser siempre el primero en ofrecerse como voluntario. Veamos, por ejemplo, el episodio del capítulo veintiuno de Juan: los discípulos habían estado trabajando toda la noche y no habían pescado nada; en ese momento aparece en la playa nuestro Señor. Al oír que Juan exclama: “¡Es el Señor!” (Jn. 21:7), Pedro se ciñe la ropa y se lanza al mar para ir hasta él. Pedro es siempre el primero en todo, y en eso consistía su problema. De hecho, aun después de Pentecostés tenemos una ilustración perfecta de esto, en el segundo capítulo de la Epístola a los Gálatas. Pedro todavía era el mismo hombre impulsivo, y Pablo tuvo que reprenderlo por no desarrollar la justificación sólo por la fe, como debería haberlo hecho. Pedro no tenía excusa porque fue el primero en admitir a los gentiles dentro de la Iglesia Cristiana. Recordemos el episodio de Cornelio: a medida que leemos este relato en el capítulo diez de los Hechos, vemos a Pedro alcanzar gran estatura. Para un judío, introducir a un gentil en la Iglesia Cristiana era algo tremendo. Pero en Antioquía Pedro se retractó de eso, y cuando llegaron los mensajeros de Jacobo “comenzó a retraerse y a separarse” (Gá. 2:12), y Pablo tuvo que reprenderlo cara a cara. ¿Qué pasaba con Pedro? El viejo problema de siempre: aceptaba algo sin tomar en cuenta sus implicaciones. Y ése es invariablemente el problema con este tipo de personalidad: toda esta energía, toda esta capacidad de decisión, todo este carácter impulsivo los llevan a hacerlo todo intuitivamente y no a pensar las cosas debidamente y entenderlas bien; el resultado son estas violentas alternancias en su vida espiritual. Ahora bien, ésta es una causa muy común de depresión espiritual; por eso nos estamos ocupando de ella.

Lo cual me lleva al segundo punto que quiero enfatizar, y es lo que este pasaje nos enseña en relación con las dudas. “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. He aquí una importante enseñanza. ¡Gracias a Dios por ella! Lo primero que aprendemos aquí es que algunas veces las

dudas surgen de nosotros mismos, y no creo que haya quien objete a que ése fue el problema con Pedro. Al ver las olas, produjo sus propias dudas; él mismo se metió en dificultades que no tenían por qué haber surgido. No fue como si nuestro Señor le hubiera dicho: "Pedro, ten cuidado. ¿Te das cuenta de lo que haces?". De ninguna manera. Nadie le dijo una sola palabra sino que, al ver Pedro las olas, él mismo originó sus dudas. Aquí es donde debemos tener mucho cuidado. Con frecuencia llegamos a deprimirnos y caemos en la duda por meternos en cosas que deberíamos evitar. Me refiero a cierto tipo de literatura, o a la insensatez de aventurarnos en discusiones que nos llevan más allá de nuestra capacidad de razonamiento. ¡Cuánta importancia tiene esto! Hay quienes son lo bastante necios para entrar en una discusión científica, aun cuando sepan muy poco o nada del tema. Lejos de negarse a hacerlo por no saber lo suficiente, se zambullen en el tema, y he conocido gente que por hacer esto se ha visto sacudida en su fe. En otras palabras, deberían mantenerse en la verdad, tal como la conocen, y dejar de tratar asuntos científicos fuera de su competencia. En algunos casos, somos nosotros mismos los que damos pábulo a la duda, y debemos tener mucho cuidado de no hacerlo.

La segunda cosa es que la duda no es incompatible con la fe, y doy gracias a Dios por ello. Muchas veces, durante mi experiencia pastoral, he encontrado gente que por no captar este principio ha llegado a sentirse infeliz. Hay quienes parecen pensar que, una vez que nos volvemos cristianos, nunca más nos asaltarán la duda. Pero no es así. Pedro aún tenía fe. Y nuestro Señor no le dijo: "Pedro, tú dudas porque no tienes ni pizca de fe", sino que le dijo: "¡Hombre de poca fe!". Pero hay mucha gente que, ignorante, piensa y razona así, y está muy equivocada. Aun teniendo fe podemos vernos asediados por la duda, y de esto hay ejemplos no sólo en las Escrituras sino también en la subsecuente historia de la Iglesia Cristiana. Francamente, y a riesgo de ser mal interpretado, yo me atrevería a decir que si alguien no se ha visto perturbado en su vida cristiana por la duda, tal persona haría bien en examinar una vez más sus fundamentos y asegurarse de no estar disfrutando de una falsa paz, o apoyándose en lo que yo etiquetaría como "cretinismo presuntuoso". Leamos la vida de algunos de los más grandes santos que alguna vez hayan pisado la tierra, y encontraremos que también a ellos alguna vez los asaltó la duda. Ciertamente nuestro Señor emite aquí la última palabra al respecto: la duda no es incompatible con la fe. Es posible tener dudas y todavía tener fe, aunque débil.

Para decirlo de otra manera, y éste sería mi siguiente principio, si la duda vuelve a dominarnos, eso indicará que nuestra fe es una fe débil. Eso fue lo que le sucedió a Pedro. Su fe no se había desvanecido; pero como era débil, la duda se apoderó de él, lo derrotó y lo sacudió. Si en ese mismo instante, cuando Pedro estaba aterrado y alarmado, hubiéramos podido hacerle ciertas preguntas, sus respuestas habrían sido siempre ortodoxas. Si le hubiéramos preguntado acerca de la persona del Señor, estoy seguro de que habría dado la respuesta correcta, pero en ese momento la duda lo dominaba. Su fe no se había desvanecido, pero según lo que nuestro Señor nos enseña en este caso, siempre que nuestras dudas nos dominan, eso indica que la nuestra es una fe débil. Jamás debemos permitir que esto suceda. Podrá atacarnos la duda, pero eso no significa que dejaremos que nos domine. Eso jamás debemos permitirlo.

¿Cómo evitarlo? El antídoto es una gran fe. Lo que permite que seamos dominados por la duda es nuestra poca fe. Por lo tanto, el antídoto debe ser una fe grande, una fe enorme. Esto es lo que aquí recalcamos sobre cualquier otra cosa. ¿Cuáles son las características de esa gran fe? La primera es la siguiente: el conocimiento del Señor Jesucristo y de su poder, unido a una seguridad y una confianza invariables. Como ya hemos visto, Pedro arranca bien, y eso es parte de la esencia de la verdadera fe. Tenemos aquí alguien que está en la barca con los otros discípulos, y la tormenta enfurecida los rodea. El mar y el viento les son contrarios, y la barca se ve sacudida por las olas; la situación se tornaba más bien desesperada. Pero de pronto el señor aparece. Al verlo, se preguntan: "¿Es un hombre lo que viene sobre el agua? ¡Imposible! Debe ser algún fantasma, ¡o un espíritu!" Gritan llenos de terror, y en seguida Jesús habla y dice: "¡Soy yo! ¡No tengan miedo!". En ese instante Pedro nos da una muestra magnífica de la esencia de la verdadera fe: responde y dice: "Señor, si eres tú, . . . mándame que vaya a ti sobre el agua". He aquí un claro indicio de verdadera fe, pues podemos ver lo que significa. En efecto, lo que Pedro está diciéndole a nuestro Señor es: "Si en verdad eres tú el Señor, entonces sé muy bien que para ti nada hay imposible. Dame una prueba de ello y ordéname caminar fuera de esta barca, en medio de este mar furioso, y haciéndome caminar sobre él". Y Pedro creyó en el Señor y en su poder, en su persona, en sus facultades. Y no sólo creyó teóricamente, ¡sino que dio pruebas de su fe! Se nos dice: "Pedro bajó de la barca y caminó sobre el agua . . .". He allí la esencia de la fe: "Señor, si eres

tú . . . ". Así habla la fe: "Si en verdad eres tú, entonces sé muy bien que puedes hacerlo; ordéname que lo haga". Y Jesús lo hizo. Una vez más, tenemos aquí el gran principio al que debemos aferrarnos con toda firmeza. La fe cristiana empieza y termina conociendo al Señor. Principia con el conocimiento del Señor y de su bendita persona, y no con una sensación ni con un mero acto de la voluntad. Ningún sentimiento tiene valor alguno, a menos que esté basado en el conocimiento del Señor. El cristianismo es Cristo, y la fe cristiana significa creer ciertas cosas acerca de él, y conocerlo y saber que él es el Señor de la gloria que ha descendido hasta nosotros; saber también algo acerca de la encarnación y del nacimiento virginal, y saber por qué vino, y qué hizo cuando vino; saber algo acerca de su obra expiatoria, y saber igualmente que vino, como él mismo dijo, "no . . . a llamar a justos sino a pecadores para que se arrepientan" (Mt. 9:13), y que dijo: "No son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos" (9:12), y además saber que "Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados" (1 P. 2:24).

Cuando la gente viene a verme en un estado de depresión espiritual, casi invariablemente me encuentro con que su depresión se debe a que no saben todo esto como deberían. Me dicen: "Soy un pecador tan miserable que usted ni se imagina lo que he sido y lo que he hecho". ¿Por qué me dicen esto? Me lo dicen porque no han entendido lo que el Señor quiso decir cuando dijo: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores para que se arrepientan" (Mt. 9:13). Lo que se dicen para condenarse a sí mismos es precisamente lo que les da derecho de venir a él y tener la seguridad de que los recibirá. La fe es débil cuando no se llega a aprender y creer todo esto. Tener una fe firme significa saberlo. Esto tengo que decirlo y escribirlo constantemente. Una vez le escribí una extensa carta acerca de esto mismo a alguien a quien jamás había visto. El pobre hombre se sentía infeliz y encadenado. ¿Por qué? Porque no se daba cuenta de que Cristo es amigo de publicanos y pecadores, ni de que vino a morir por ellos. No entendía con claridad quién era esta persona, ni qué obra esta bendita persona había realizado. Su fe era débil y, por tanto, las dudas se hicieron presentes. Hay muchos que llevan una vida miserable e infeliz porque en realidad no entienden esto. Si las entendieran, se encontrarían con que condenarse a sí mismos es, en sí mismo, una prenda de su arrepentimiento y el camino a su liberación final.

En otras palabras, el gran antídoto para la depresión espiritual es el conocimiento de la doctrina bíblica, de la doctrina cristiana. No el dejar que los sentimientos hallen expresión en las reuniones, sino el conocer los principios de la fe, y el saber y entender las doctrinas. Ese es el camino bíblico, el camino mismo de Cristo y de los apóstoles. El antídoto para la depresión es el conocimiento de Cristo, y éste se encuentra en su palabra. Debemos tomarnos la molestia de aprenderla. No es una tarea fácil, pero debemos entregarnos de lleno a su estudio. En mi opinión, la tragedia de nuestro tiempo radica en que para ser feliz la gente depende demasiado de los cultos. Durante muchos años éste ha sido el problema en la Iglesia Cristiana, y por eso hay tanta gente desdichada: porque su conocimiento de la verdad es defectuoso. Como recordaremos, esto fue precisamente lo que nuestro Señor les dijo a algunos que súbitamente habían creído en él: "Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres". Libres de dudas y temores, libres de la depresión, libres de aquello que los agobia. Lo que nos hace libres es la verdad; la verdad acerca de él, de su persona, de su obra, de sus oficios; la verdad en Cristo tal como él es.

Pasemos rápidamente al segundo punto. Habiendo empezado con el primero, como tan apropiadamente lo hizo Pedro, no olvidemos el segundo, como desafortunadamente Pedro lo olvidó. Me refiero a no prestar atención a las recapitaciones. Alguien me dirá: "Ah, pero conviene pensar las cosas dos veces". Pero no con esta fe cristiana; hacerlo así es una tontería. Las dudas son una necedad, y conviene que veamos cuán tontas y ridículas son. Así que la próxima vez que seamos tentados recordemos a Pedro, que nunca debió haber mirado las olas. ¿Por qué no? Por lo siguiente: ¿él ya había pensado en esto antes de bajar de la barca! Podemos ver ahora por qué en párrafos anteriores enfatiqué el importante detalle de que la tormenta ya estaba en su apogeo incluso antes de que nuestro Señor se acercara a la barca. Otra cosa hubiera sido si Pedro hubiera pisado inicialmente un mar calmado, y que luego se hubiera desatado la tormenta; entonces Pedro tendría alguna excusa. Pero no fue así, pues cuando Pedro le dijo a nuestro Señor: "Si eres tú, . . . mándame que vaya a ti sobre el agua", realmente había tomado ya en cuenta la circunstancia de las olas; ya había estado luchando con ellas por algún tiempo en la barca. Sabía que la barca estaba siendo sacudida, de modo que hacerle esa petición a nuestro Señor significaba decirle: "No me importa lo que el mar esté haciendo". Pedro ya había superado

ese temor, ya había resuelto ese problema, y por eso había bajado de la barca e iba caminando sobre el mar. Las olas no eran nada nuevo; no eran un factor inesperado; Pedro no se enfrentaba a ningún problema que no conociera. En efecto, el Señor Jesús lo había facultado a caminar sobre las olas turbulentas. Entonces, ¿por qué las miró? ¿Qué razón había para hacerlo? Ninguna en absoluto. Hacerlo fue algo ridículo y tonto.

Éste es siempre el problema con una fe débil: siempre vuelve a preguntas que ya había resuelto y contestado. Quien ha llegado a creer en el Señor Jesucristo, de una u otra manera debe haber confrontado o visto algunas dificultades, o de otro modo no habría arribado a la fe. Si es así, ¿por qué retroceder? Es una soberana tontería. No es sólo cuestión de incredulidad sino de conducta y de comportamiento. ¿Por qué sentarse a encarar de nuevo problemas ya confrontados y resueltos antes de “bajarse a caminar fuera de la barca”? Yo volvería a insistir en que este aspecto negativo de la fe es muy importante. Si hemos creído en el Señor, debemos cerrar la puerta a ciertas cosas y rehusarnos a mirarlas. ¡Con cuánta frecuencia nuestros problemas tienen su origen en el hecho de querer dar marcha atrás! Pedro nunca debió haberse fijado en las olas. No tiene excusa, pues nada nuevo había allí para considerar. Parte esencial de la fe consiste en rechazar las reconsideraciones. Rechacemoslas. No tengamos nada que ver con ellas. Digámosles: “Hemos terminado”.

Esto nos lleva al siguiente principio, que nos dice que la fe se caracteriza por insistir en mirarlo invariablemente, a él y sólo a él. Voy a permitirte fragmentar esto en dos o tres principios más sencillos. La fe dice: “Lo que él ha comenzado a hacer, puede seguir haciéndolo. El comienzo de la obra fue un milagro, y si él pudo iniciar algo tan milagroso, también puede continuarlo”. Pablo lo expresa así: “Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús” (Fil. 1:6). Y Toplady lo afirma:

*La obra que su bondad inició  
la completará el brazo de su fuerza.*

Tal argumento es irrefutable.

En segundo lugar, mientras fijemos en él la mirada y entendamos quién es él, jamás podremos dudar. Sin él no tenemos esperanza alguna. No importa cuánto tiempo hayamos llevado una vida cristiana,

dependemos de él a cada paso. Sin él nada podemos hacer. Podremos vencer nuestras dudas sólo si ponemos nuestros ojos siempre en él y no en las dudas. Sólo mirándolo a él hallaremos las respuestas. Mientras más lo conozcamos, a él y a su gloria, más ridículas se tornarán las dudas. De modo que mantengamos fija siempre la mirada en él. No podemos vivir sobre la base de una fe incipiente, pero eso es lo que Pedro parece haber intentado. Inició una gran vida de fe, y luego, en vez de desarrollar esa fe no hizo más que depender de ella. No es posible vivir ateniéndose a una fe incipiente. No tratemos de depender de nuestra conversión, pues estaremos acabados antes de saber dónde estamos. No podemos depender de una experiencia luminosa; debemos seguir mirándolo a él todos los días. “Por fe andamos”, así que vivimos por la fe en el Señor Jesucristo. Lo necesitamos tanto en nuestro lecho de muerte como en la noche de nuestra conversión; lo necesitamos todo el tiempo. La Biblia abunda en ejemplos como estos. Una de las mejores ilustraciones de esto es la manera en que los israelitas tenían que recoger el maná cada día, excepto el sábado. Así son los métodos del Señor. Él no nos da lo suficiente para un mes; todos los días necesitamos que nos de nuestra ración. Así que comencemos el día en su compañía, y mantengámonos en contacto con él. El error fatal de Pedro fue que apartó de él la mirada. Esta es “la lucha de la fe”: caminamos sobre olas turbulentas, y sólo podremos seguir caminando si mantenemos fija la mirada en él.

¿Puedo, para concluir, agregar algunas palabras de consuelo? Se hallan presentes en todo este incidente, y nos dicen que él nunca dejará que nos hundamos. Aterrado y alarmado, Pedro gritó: “¡Señor, sálvame!”. Inmediatamente Jesús extendió su mano y lo asió, mientras le decía: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. Y “cuando subieron a la barca, se calmó el viento”. ¡Gracias a Dios por darnos el consuelo de que nunca dejará que nos hundamos! Y es que le pertenecemos. Nosotros podemos fallarle y sentir que nos hundimos de una vez y para siempre, ¡pero eso no sucederá! “Nadie podrá arrebatármelas de la mano”. Por eso dice Pablo: “. . . estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ro. 8:38, 39). ¡Jamás! Cuando creamos estar perdidos, allí estará su mano para sostenernos. Tan sólo mirémoslo y digamos con John Newton:

*Su amor de tiempos pasados  
me prohíbe imaginar  
Que él pudiera abandonarme  
presa de la adversidad.  
Acude a mi memoria  
cada dulce Ebenezer,  
que confirma su promesa  
De ayudarme hasta el final.*

En nuestra desesperación, gritemos. No saquemos ventaja de esto pero, si estamos en peligro, clamemos al Señor, y él nos oirá y nos levantará.

Esto no es todo lo que tengo que decir. Pero terminaré por ahora diciendo que, en cierto modo, la gran lección de todo este episodio es que él puede protegernos de toda caída. Jamás tendremos que clamar, siempre y cuando mantengamos puesta en él nuestra mirada. Si tenemos fe en él, jamás caeremos; seguiremos adelante. Si Pedro no hubiera despegado sus ojos de Jesús, habría seguido caminando sobre el mar y jamás se habría angustiado. El Señor es tan grande; él es el Señor del universo. No sólo puede caminar por sí mismo sobre el mar sino que puede también hacer que Pedro camine sobre el mar. Para él nada es imposible. Para Dios todo es posible, y Jesús es Dios. Así, la fe pone sus ojos en él, y con Carlos Wesley exclama:

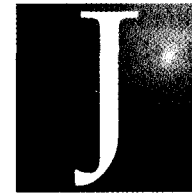
*La fe, la poderosa fe,  
se fija sólo en las promesas;  
se burla de lo imposible  
y exclama: "Así será".*

Así es la fe, "la poderosa fe" que "se fija sólo en las promesas" (del Señor) y en nada más; la fe que "se burla de lo imposible" —las olas turbulentas— "y exclama: 'Así será'". Por lo tanto, "¡Al único Dios, nuestro Salvador, que puede guardarlos para que no caigan, y establecerlos sin tacha y con gran alegría ante su gloriosa presencia, sea la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad, por medio de Jesucristo nuestro Señor, antes de todos los siglos, ahora y para siempre! Amén" (Jud. 24, 25).

# El espíritu esclavizante

*Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!” El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria.*

*Romanos 8:15-17*



Jamás se ha escrito nada más grandioso. Estas palabras sobresalen incluso en un gran capítulo como éste, como expresión de una verdad singular. Es una de las declaraciones más sublimes que podemos hallar en las páginas de las Escrituras y, no obstante, la importancia de una declaración como ésta radica en que nos demos cuenta de las razones del apóstol para pronunciarla. El peligro que corren frases vibrantes como ésta es que tendemos a deleitarnos en las palabras, o a contentarnos con la impresión general que ellas nos causan; tanto las disfrutamos que no alcanzamos a captar su trascendencia, con lo que no llegamos a hacer realmente nuestras las enseñanzas que buscaban transmitir.

Veamos, por ejemplo, esta gran declaración. ¿Qué llevó a Pablo a pronunciarla? ¿Qué objeto tenía? ¿Por qué razón la formuló así? La respuesta la encontramos en el versículo quince, donde dice el apóstol: “Ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo”. En otras palabras, la declaración está vinculada con algo que antes ha sucedido; al escribir estas palabras el apóstol tiene en mente un claro objetivo, y es su afán por salvar a los cristianos romanos del espíritu de desaliento, del espíritu de abatimiento o depresión. Tal vez estos

cristianos se hallaban deprimidos, pero aun cuando en ese momento no fuera así, Pablo quiere evitar que lleguen a estarlo, y su único propósito es darles un antídoto para combatir esa depresión, ese espíritu esclavizante y derrotista, ese espíritu de desaliento que, como hemos visto, es una amenaza constante en la vida cristiana. El apóstol no lanza una declaración tan impresionante fuera de contexto; no se trata simplemente de una verdad asombrosa que de pronto se pronuncia sino que surge, como casi invariablemente se originan tales declaraciones en los escritos del gran apóstol, en el momento en que se enfrenta con algún problema concreto. Las epístolas que tenemos en el Nuevo Testamento rebosan de doctrina y de teología; no obstante, sería un grave error decir que todas las epístolas en el Nuevo Testamento constituyen un texto de teología. Porque no lo son. El aspecto sobresaliente de estas declaraciones o doctrinas, y es importante tenerlo presente, es que siempre se presentan en razón de algún objetivo práctico, y siempre pensando en el elemento pastoral. Estas cartas son de carácter pastoral, y el principal interés del apóstol al escribirlas fue el de ayudar a la gente a que realmente disfrutara y viviera su fe, la fe cristiana, en la cual habían creído.

Es muy importante, por lo tanto, que notemos cómo exactamente llegó Pablo a hacer esta declaración en particular. ¿Cuál es en este caso la causa del desaliento? ¡Nada menos que el problema de vivir la vida cristiana! O, si se prefiere, el problema de tratar con el pecado. Ya desde el principio del capítulo sexto de esta poderosa epístola Pablo ha estado ocupándose del problema, y todavía aquí se ocupa de él. La gente a quien Pablo se dirige son nuevos conversos que han creído en el Señor Jesucristo, pero que ahora se enfrentan al problema de vivir la nueva vida que han recibido en un mundo que es totalmente antagónico y opuesto a su modo de vivir. Tienen, además, que vivir esta vida frente a ciertas cosas que hallan presentes en su propia naturaleza. Se trata de una lucha, de una batalla, de combatir al pecado externo y al interno, y estos cristianos quieren ahora seguir al Señor Jesucristo y vivir como él vivió en este mundo. Y el desaliento y la depresión tienden a manifestarse precisamente cuando nos topamos cara a cara con esta cuestión y este problema de manera específica. Ya hemos considerado muchos ejemplos de los distintos medios que, en su sutileza, usa el diablo para desalentarnos. Veremos ahora uno muy común, que se da particularmente entre personas extremadamente conscientes, que toman muy seriamente la fe cristiana. No hablo ahora del tipo de

persona que dice: “Ya soy cristiano, y todo está resuelto”, sino más bien de los que exclaman: “Esta es una vida sublime y gloriosa, y debo vivirla”. Vamos a considerar aquí la tentación tan peculiar que asalta a tales personas.

¿En qué consiste, esencialmente, este problema? En que no llegan a percibir ciertas verdades de la vida cristiana, y en que no llegan a entender lo que, como cristianos, realmente somos capaces de hacer. En última instancia, el problema es que no llegan a entender la doctrina, o si se prefiere, tienen deficiencias en el terreno de la fe. Ya hemos visto varias cosas en relación con la fe; hemos visto, por ejemplo, que la fe debe ser una actividad. Mucha gente olvida eso y se ve en problemas, porque no se da cuenta de que tiene que poner a funcionar su fe. Hemos visto también que otros tienen dificultades porque no ven que tienen que continuar y persistir en la aplicación de la fe; no basta con empezar bien sino que debemos seguir adelante, sin darnos un momento de reposo. En este caso, sin embargo, la dificultad aparentemente consiste en no darse cuenta de que la fe debe ser asimilada. Podemos tener la verdad frente a nosotros, pero eso no nos servirá de nada si no la hacemos nuestra. Una de las más notables deficiencias del hombre, como resultado del pecado, es su incapacidad de captar esto. Todos debemos haberlo notado. ¿No nos hemos encontrado acaso leyendo un pasaje de las Escrituras, que ya hemos leído muchas veces antes y que pensábamos conocer, y de pronto nos encontramos con que cobra vida y nos habla como nunca antes lo había hecho? Seguramente todos hemos tenido muchas veces esta clase de experiencia. ¡Qué fácil es leer las Escrituras y aprobar nominalmente la verdad, sin llegar jamás a hacer nuestro lo que nos dicen!

En mi opinión, la esencia misma de este problema particular que ahora estamos considerando se encuentra allí, pues siempre tiende a producir lo que el apóstol llama “espíritu de esclavitud”: “Ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo”. ¿Qué quiere decir Pablo con esto de “espíritu esclavizante”? Se refiere al peligro de tener “espíritu de esclavo”, espíritu y actitud de servidumbre. Tal actitud surge, por lo general, de la tendencia a convertir la vida cristiana, y el vivirla, en una nueva ley más exigente. Pienso en quienes entienden perfectamente su relación con la Ley —es decir, los Diez Mandamientos o la ley moral— como vía de salvación. Han llegado a entender que Cristo los ha liberado de esa ley, y que sólo él pudo haberlo hecho; saben que nunca podrán cumplir la Ley por sus propios esfuerzos; se dan cuenta de que Cristo nos

ha redimido de la maldición de la ley, y ahora empiezan a ver la vida cristiana desde una perspectiva positiva, y de modo muy sutil —y casi inconsciente— convierten esta nueva vida en una nueva ley que les hace caer en ese espíritu de esclavitud o servidumbre. Conciben la vida cristiana como una gran tarea por realizar, a la cual deben dedicarse ahora; han leído el Sermón del Monte y se dan cuenta de que es un reflejo de la vida cristiana, la vida que desean vivir y que hallan también reflejada en las otras enseñanzas de nuestro Señor registradas en los evangelios. Van luego a las epístolas, ven allí los detallados mandamientos que exponen los apóstoles, y dicen: “Esa es la vida cristiana”. Habiéndola encontrado así, consideran que es algo que tienen que realizar y poner en práctica en su vida diaria. Dicho de otro modo, para esta clase de personas la santidad llega a ser una gran tarea, y empiezan a hacer planes y a organizar su vida a fin de introducir ciertas disciplinas que les permitan realizarla. La actitud clásica podemos verla en la Iglesia Católica Romana y en sus enseñanzas; tal es la idea general del monasticismo, el cual no es sino una gran demostración de esto mismo. Tenemos allí a hombres y mujeres que, habiendo confrontado la verdad cristiana, dicen: “No hay duda de que la vida cristiana es una vida noble y elevada; quien quiera vivirla con buen éxito, debe entregarse a ella por completo”. Van incluso más allá y dicen: “No es posible vivir esa vida y seguir haciendo negocios o practicar alguna profesión; a decir verdad, no es posible seguir en este mundo: hay que apartarse de él, o abandonarlo”. Y así lo hacen. Tal noción de santidad, y del cultivo de ésta y de la vida espiritual, como una ocupación de tiempo completo a la que hay que consagrarse de manera exclusiva, y donde uno tiene sus reglas para poder vivirla, etc., es una forma extrema. Eso, de acuerdo con el apóstol Pablo, no es otra cosa que una actitud esclavizante.

Pero no creo que sea necesario decir que esto no se circunscribe a los católico-romanos ni a otros que a sí mismos se llaman “católicos”; puede encontrarse como práctica común —y, de hecho, se encuentra— entre cristianos evangélicos. Fácilmente podemos imponernos una nueva ley. Claro que no la llamaremos “ley”, pues si estuviéramos conscientes de que nos estamos sometiendo a una ley, no nos someteríamos a ella; con todo, tendemos a hacerlo así. Puedo probar esto por medio de las frecuentes referencias que a este respecto hacen las varias epístolas del Nuevo Testamento. Veamos, por ejemplo, el argumento de Pablo al dirigirse a los Colosenses, donde dedica un pasaje específico para tratar este asunto. Escuchemos cómo lo expresa al final del capítulo dos: “Así

que nadie los juzgue a ustedes por lo que comen o beben, o con respecto a días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo. Todo esto es una sombra de las cosas que están por venir; la realidad se halla en Cristo. No dejen que les prive de esta realidad ninguno de esos que se ufanan en fingir humildad y adoración de ángeles. Los tales hacen alarde de lo que no han visto; y, envanecidos por su razonamiento humano, no se mantienen firmemente unidos a la Cabeza. Por la acción de ésta, todo el cuerpo, sostenido y ajustado mediante las articulaciones y ligamentos, va creciendo como Dios quiere. Si con Cristo ustedes ya han muerto a los principios de este mundo, ¿por qué, como si todavía pertenecieran al mundo, se someten a preceptos tales como: ‘No tomes en tus manos, no pruebes, no toques’? Estos preceptos, basados en reglas y enseñanzas humanas, se refieren a cosas que van a desaparecer con el uso. Tienen sin duda apariencia de sabiduría, con su afectada piedad, falsa humildad y severo trato del cuerpo, pero de nada sirven frente a los apetitos de la naturaleza pecaminosa” (Col. 2:16-23). Esto nos da una idea de lo que estaba sucediendo en la iglesia primitiva. Cierta clase de monasticismo se había ido infiltrando de la manera más insidiosa. Y aunque ya no se manifiesta entre nosotros bajo ese disfraz particular, la tendencia y la tentación a caer en esto todavía se halla presente. Y cuando Pablo le escribe a Timoteo, tiene que prevenirlo exactamente contra lo mismo. Escuchémoslo en el capítulo cuatro de su primera epístola a Timoteo: “El Espíritu dice claramente que, en los últimos tiempos, algunos abandonarán la fe para seguir a inspiraciones engañosas y doctrinas diabólicas. Tales enseñanzas provienen de embusteros hipócritas, que tienen la conciencia encallecida. Prohíben el matrimonio y no permiten comer ciertos alimentos que Dios ha creado para que los creyentes, conocedores de la verdad, los coman con acción de gracias. Todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada es despreciable si se recibe con acción de gracias, porque la palabra de Dios y la oración lo santifican” (1 Ti. 4:1-5). Estoy seguro de que esto es algo todavía muy común. Recuerdo muy bien el caso de una dama cristiana profundamente evangélica que dejó de comer carne. Creía poder demostrar de manera contundente que los cristianos no deberían comer carne porque antes que nada había que matar el animal, y esto significaba violar el espíritu de amor. Tenemos en este caso a alguien que se autoimpuso una ley. ¿Qué pretendía? Vivir, según su parecer, una vida realmente cristiana. Ella tomó el cristianismo con mucha seriedad, y era una cristiana evangélica; entendía claramente la justificación por la fe, pero



inconscientemente estaba convirtiendo la vida cristiana en una nueva ley que se autoimpuso. El pasaje que acabo de citar en cuanto a los engañadores que prohíben casarse y comer carne sería suficiente para demostrar lo que el apóstol quiere decir con lo de “un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo”.

Intentemos una interpretación de lo anterior en términos de ciertas cosas que podemos ver a nuestro alrededor en nuestros días y de la tendencia a imponer nuevas leyes sobre el pueblo cristiano. Más tarde espero volver a ocuparme de esto con más detalle en esta serie de reflexiones, pero tenemos aquí un principio: este “espíritu esclavizante” siempre acarrea en su curso un espíritu de temor. “Dios no nos ha dado un espíritu de esclavitud”, dice Pablo al escribir a los gálatas;<sup>1</sup> pero aquí lo expresa de la siguiente manera: “Ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo”.

Y bien. ¿En qué sentido produce esto un espíritu de temor? En primer lugar, tiende a producir un temor de Dios equívoco. Hay un temor de Dios legítimo, y lo descuidamos y pasamos por alto a nuestro propio riesgo; pero hay también un temor de Dios equívoco, que resulta timorato, “un temor que atormenta”. Me parece que hay personas que tienden a desarrollar esta clase de temor equivocado. Ven a Dios como capataz, como alguien que constantemente los vigila con el afán de encontrar en ellas faltas y culpas, para luego castigarlas. Hay otros que ven a Dios como un legislador severo y distante. Esto se ve a las claras y puede decirse de esa tendencia católica a que ya me he referido, pero lo mismo puede verse en cada manifestación de este problema particular: Dios resulta ser sólo el gran Legislador y alguien muy lejano distante.

Pero tal temor no sólo es hacia Dios sino también hacia la magnitud de la tarea. Luego de haberse autoimpuesto la tarea, comienzan a temerla. Por eso piensan que la vida cristiana sólo puede vivirse apartándose del mundo, y que nadie puede hacer negocios o comprometerse a desarrollar una profesión y ser también cristiano. Y así la vida se convierte en algo temible y espantoso, y acaban por temerla. Tal es su actitud hacia la vida cristiana. No la disfrutan porque la imponente naturaleza de la tarea los llena de temor, y encuentran problemático y difícil llegar a vivir la vida cristiana como se debe.

Otra manifestación de este espíritu de temor es la tendencia a temer, equivocadamente, el poder del diablo. Claro que estas afirmaciones debo matizarlas. Hay un temor al diablo que puede considerarse justificable, y vemos que Judas lo menciona en su epístola, lo mismo que Pedro en su segunda carta. Nos encontramos allí con gente presuntuosa y espiritualmente ignorante, que hacen bromas acerca del diablo simplemente porque no saben nada de él ni de su poder. Eso no significa que debamos sujetarnos a un pusilánime temor al diablo. La gente de la que hemos hablado lo está porque ya sabe de su poder. Son gente inclinada hacia lo espiritual —tentación muy peculiar que se da incluso entre quienes uno menos lo esperaría— que ve en esta fuerza poderosa el poder del diablo desatado en su contra, y siente miedo.

Gente así teme también al pecado que habita en su fuero interno. Gasta el tiempo denunciándose a sí misma y hablando de la negrura de su propio corazón. Y aquí vuelvo a repetir que hay que mantener el equilibrio. El cristiano que no está consciente de su propia pecaminosidad ni de la negrura de su corazón es, francamente, el niño más simple de la fe cristiana, y a menos que cobre conciencia de esto, dudo por completo que sepa lo que es la fe cristiana. Según las Escrituras, resulta evidente que quienes no están conscientes del pecado que mora en ellos son, o unos neófitos o unos irredentos. Pero eso es muy diferente a estar dominado por este espíritu de temor y a encontrarse viviendo una vida de “menosprecio por los deleites y de entrega a la vida laboriosa”. Claro que esto ya no es tan común. Me siento tentado a afirmar que los cristianos de hoy rebosan de salud. Nuestro problema característico es que somos demasiado saludables y muy efusivos. Si miramos retrospectivamente al siglo pasado, e incluso al anterior, y al que lo precedió, nos encontraremos con esta otra tendencia, la tendencia al permanente lamento, en donde no hay lugar para el regocijo. Hubo, en efecto, quienes incluso llegaron a decir que el regocijo era un claro indicio de que algo andaba mal en la vida de quien lo manifestaba. Y esto es también incurrir en el pecado de dejarse dominar por el espíritu de temor a causa de una exagerada conciencia del poder del pecado interior.

Puedo resumir lo antes dicho de la siguiente manera: el espíritu de temor que surge del espíritu de servidumbre en esta clase de cristianos es, en última instancia, temor a ellos mismos y temor al fracaso. Dicen: “Ya he entrado a la vida cristiana, me pregunto si seré capaz de vivirla. Es algo tan sublime, tan maravilloso y excelso. ¿Cómo voy a poder vivirla? ¿Cómo podré llegar a tales alturas?”. Y con esta conciencia de su

<sup>1</sup> Así en el original inglés. La referencia, sin embargo, se acerca más a 2 Timoteo 1.7. N. del T.

propia debilidad, así como de la magnitud de la tarea y del poder del diablo, caen dentro de este espíritu de servidumbre y quedan abatidos y molestos, tristes y llenos de temor.

Pero es a gente que se encuentra en esta condición a la que el apóstol Pablo se dirige: "Ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo". Lo que equivale a decir: "Ustedes se encontraban dominados por este espíritu de esclavitud y de temor, pero ya han sido librados de él. ¿Para qué volver atrás?". ¿Qué antídoto hay para esta condición? El apóstol da un perfil en esta magnífica declaración. ¿Y cuál es la respuesta? Que debemos darnos cuenta de la verdad acerca de la doctrina del Espíritu Santo y del establecimiento de su morada en el cristiano.

He allí el mensaje, que de acuerdo con el apóstol actúa de dos maneras. La primera es que, al enfrentarme a esta formidable y gloriosa tarea de negarme a mí mismo, tomar la cruz y seguir al Señor Jesucristo, debo darme cuenta de que tengo que andar por este mundo tal como él anduvo. Al darme cuenta de que nacido de nuevo y de que Dios me ha creado a imagen y semejanza de su Hijo amado, y al comenzar a preguntar: "¿Quién soy yo para vivir así? ¿Cómo puedo esperar que alguna vez pueda hacerlo?", viene la respuesta, que es la doctrina del Espíritu Santo: la verdad de que el Espíritu Santo mora en nosotros. ¿Qué nos enseña esto? Antes que nada, me hace recordar el poder del Espíritu Santo que está en mí. El apóstol ya ha hablado de esto en el versículo trece, donde se ocupa de la cuestión de cómo dejar de vivir conforme a la naturaleza humana: "Si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán" (Ro. 8:13). Aquí Pablo retoma la misma enseñanza. "Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez" (2 Ti. 1:7). En efecto, lo que Pablo está diciéndoles a los romanos es lo siguiente: "Ustedes deben darse cuenta de que su vida no depende de ustedes. Ustedes piensan que esta tarea es de ustedes, como si por ustedes mismos tuvieran qué vivir la gran vida cristiana. Ustedes están conscientes de que han sido perdonados, y pueden darle gracias a Dios por ello; pero aparentemente creen que eso es todo, y que se les ha dejado a vivir la vida cristiana por su propia cuenta. Si así piensan, no me sorprende que estén dominados por el espíritu de temor y de servidumbre, pues esto no tiene remedio. Significa que ustedes tienen una nueva ley, que es infinitamente más difícil que la anterior. Pero no es ése el caso, pues el Espíritu Santo mora en ustedes".

En realidad, Pablo ha estado hablando de esto en todo el capítulo ocho. Veamos, por ejemplo, lo que dice en el versículo tres: "En efecto, la ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder; por eso Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado. Así condenó Dios al pecado en la naturaleza humana" (Ro. 8:3). ¿Qué quiere decir Pablo cuando afirma: "La ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder"? Quiere decir que la ley no podía salvar a nadie ni hacer que nadie pudiera vivir la vida cristiana, por cuanto es débil a causa de la naturaleza humana. "La ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder". Obviamente, no podemos hablar de la naturaleza pecaminosa de la ley porque ésta no tiene naturaleza. Lo que Pablo quiere decir es que la ley fue dada por Dios, pero que se le ha pedido al hombre cumplirla en sí mismo y por sí mismo. La pecaminosidad de la naturaleza está en el hombre, no en la ley. La ley no es pecaminosa; la pecaminosidad está en el hombre, que es quien tiene que cumplirla. Una vez escuché a un viejo predicador explicar esto muy claramente. Puso el ejemplo de un hombre cavando en un jardín con un bieldo; a medida que cavaba, el mango del bieldo se iba quebrando. Hacía notar el predicador que el bieldo no era malo en sí mismo, pero el mango era demasiado débil. El bieldo mismo era fuerte y estaba hecho de hierro, pero la falla estaba en el mango, que era de madera y, por lo tanto, débil. Hasta aquí, el ejemplo. Pero ¿no es igualmente cierto que, si en esta vida cristiana nos imponemos una nueva ley para cumplirla con nuestros propios recursos, estamos condenados al fracaso? Sin embargo, no tenemos que hacerlo, porque ahora el Espíritu mora en nosotros. "Ustedes no viven según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu" (Ro. 8:9).

Observemos el desarrollo de este tema desde el versículo 5 hasta el versículo 14. La diferencia esencial entre el hombre natural y el cristiano consiste en que este último tiene el Espíritu de Cristo. No importa qué experiencias pueda haber tenido alguien, si no tiene el Espíritu de Cristo no es cristiano: "Sin embargo, ustedes no viven según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios vive en ustedes. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo" (Ro. 8:9).

Pablo vuelve aquí al mismo argumento cuando dice: ". . . tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la naturaleza pecaminosa" (Ro. 8:12). ¿Por qué no? Porque el Santo Espíritu está en

nosotros, y él nos dará poder y nos fortalecerá. Pablo insiste siempre en este mensaje. Escuchémoslo una vez más en Filipenses 2, versículo 13: "Pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad". "Lleven a cabo su salvación". ¿De qué manera? "Con temor y temblor". Hoy día estamos demasiado sanos. "Lleven a cabo su salvación con temor y temblor" (Fil. 2:12). La gente no tiene miedo cuando se convierte, ni lo tiene después; no saber lo que significa temblar. "Llevan a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad". He aquí, una vez más, el Espíritu. Así es como nos libramos del espíritu de servidumbre y de ese falso espíritu de temor. Debemos cobrar conciencia de que el Espíritu de Dios está en nosotros; debemos poner los ojos en él, debemos buscar su ayuda y apoyarnos en él. Lo cual no significa que debamos ser pasivos; más bien, significa que creemos en él y que, a medida que luchamos, él nos infunde su poder. Ni siquiera nos habríamos molestado en ejercitarnos si él no nos hubiera impulsado a hacerlo. Él actúa en nosotros, y nosotros lo llevamos a cabo; cuando estamos conscientes de esto, la tarea no es imposible. En el pasaje paralelo del capítulo cuatro de Gálatas, Pablo dice: "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo . . ." (v. 6). ¡El Espíritu de su propio Hijo! ¿Estamos conscientes de que, como cristianos, tenemos en nosotros el mismo Espíritu Santo que estaba en el Hijo de Dios cuando él anduvo aquí en la tierra? El Padre da el Espíritu, y él nos ha dado este mismo Espíritu que estuvo en el Hijo. El Espíritu que fortaleció al Hijo, nos fortalecerá a nosotros. He allí el argumento de Pablo.

Paso rápidamente al segundo principio: la presencia del Espíritu Santo en nosotros nos recuerda nuestra relación con Dios. ¡Esto es maravilloso! "Ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: '¡Abba! Padre!'" La presencia del Espíritu Santo en nosotros nos recuerda nuestra calidad de hijos, sí, nuestra calidad de hijos adultos. No somos niños; el término mismo indica que somos hijos adultos y que hemos alcanzado la mayoría de edad. Somos hijos en el sentido más amplio, y en pleno ejercicio de todas nuestras facultades. El solo hecho de estar conscientes de esto nos libra del "espíritu que de nuevo [nos esclaviza] al miedo". No hace a un lado "la reverencia y el temor piadoso", pero sí desecha el temor que viene aparejado al espíritu de servidumbre.

¿Y cómo lo hace? Pues haciéndonos ver que el propósito de nuestra vida cristiana no es sólo el de cumplir con ciertas normas sino, más bien, el de complacer a Dios, porque él es nuestro Padre: "el Espíritu que [nos] adopta como hijos y [nos] permite clamar: '¡Abba! ¡Padre!'" Ni al esclavo se le permitía decir "Abba" (Papá, papaíto), ni el espíritu esclavo ve a Dios como Padre, pues no se ha dado cuenta de que Dios es Padre; todavía lo considera un Juez que condena. Pero eso es erróneo. Como pueblo cristiano debemos aprender a hacer nuestro, por la fe, el hecho de que Dios es nuestro Padre. Cristo nos enseñó a orar: "Padre nuestro . . ." (Mt. 6:9); este eterno Dios de todos los siglos ha llegado a ser nuestro Padre, y cuando nos damos cuenta de esto, todo cambia. Dios es nuestro Padre, y siempre está cuidando de nosotros; nos ama con amor eterno; de tal manera nos amó que envió a su Hijo unigénito a este mundo para que muriera en la cruz por nuestros pecados. Esa es nuestra relación con Dios, y cuando nos damos cuenta de ello, todo se transforma. De ahora en adelante no es mi deseo cumplir la ley sino complacer a mi Padre. Por naturaleza sabemos algo de eso. El amor filial, la reverencia filial, el temor filial son muy diferentes de aquel antiguo temor servil, pues se basa en el deseo de complacer a nuestro Padre, y tan pronto como captamos esto nos libramos del espíritu de servidumbre. Nuestra vida cristiana no consiste ya en reglas y estatutos, sino más bien en nuestro deseo de mostrarle a Dios nuestra gratitud por todo lo que él ha hecho por nosotros.

Pero esto, sin embargo, no agota el tema. "El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo". Podemos ver el argumento y la lógica inevitable. Si somos hijos de Dios, tenemos una relación familiar con el Señor Jesucristo. Él es "el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29), de modo que en la familia de Dios somos hijos y herederos. ¿Nos hemos fijado alguna vez en la tremenda afirmación de Juan en el capítulo 17, versículo 23? Escuchemos la oración que nuestro Señor dirige al Padre: "Yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí". Allí nuestro Señor dice que Dios el Padre nos ama como lo amó a él, su Hijo unigénito. Es así como empezamos a darnos cuenta de que ya somos hijos de Dios. Nos hallamos investidos ya de esta nueva dignidad, de esta nueva condición, de este nuevo status, de tan gloriosa posición. Vayamos de nuevo a la oración Sacerdotal y advirtamos cómo nuestro

Señor aclara que debemos glorificarlo en este mundo así como él ha glorificado a su Padre. ¿Nos habíamos dado cuenta de esto? La vida cristiana, y la razón para vivirla consiste en darme cuenta de que ya pertenezco a Dios y de que debo glorificarlo. Así es como debo mirarla. ¡Qué condición tan maravillosa! Y además, el Espíritu está en mí y me da fuerzas para lograrlo. Él transforma mi perspectiva, y yo me libero del espíritu de servidumbre y de temor.

Una vez más me doy cuenta de esto; me doy cuenta de que el Espíritu Santo está morando en mí. Ése es el argumento de Pablo en el capítulo sexto de la Primera epístola a los corintios: “¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo?” (v. 19). Así es como se derrota a los pecados de la carne. Constantemente me encuentro con que tengo que hacer esta pregunta a quienes vienen a verme con algún problema o dificultad. Me dicen: “He estado orando acerca de esto”, y yo les digo: “Amigos míos, ¿se dan cuenta de que su cuerpo es templo del Espíritu Santo?”. Esa es mi respuesta. Y vuelvo a repetirlo, sabiendo que corro el riesgo de ser mal interpretado: tales personas necesitan, en cierto modo, orar menos y pensar más; necesitan cobrar conciencia de que sus cuerpos son “templos del Espíritu Santo” que mora en ellos (1 Co. 6:19). Siempre es esencial orar, pero también lo es pensar, porque la oración puede ser sólo un mecanismo de escape y, en algunos casos, casi un grito en la oscuridad emitido por personas que se encuentran desesperadas y derrotadas. La oración debe ser inteligente, y la respuesta y el poder se les dará sólo a quienes saben que sus cuerpos son templos del Espíritu Santo.

Finalmente, el Espíritu Santo que está en nosotros nos recuerda, por supuesto, nuestro destino. “Si somos hijos, somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo”. Así es como ha de verse la vida cristiana. Pablo usa este argumento constantemente, y con frecuencia remata con las gloriosas palabras de los dos últimos versículos de Romanos 8. El cristiano está absolutamente seguro de su destino; más allá de toda duda está persuadido de que “ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (vv. 38, 39). No es cuestión de ajustarnos a una norma, ni de esforzarnos vanamente por hacer algo, sino que es cuestión de estar preparados para ir al sitio que nos espera. La manera de librarnos del espíritu de servidumbre y de temor es saber que si somos hijos de Dios,

nuestro destino es el cielo y la gloria, y que todo lo que vemos dentro y fuera de nosotros no puede alterar ese plan. Así que la vida cristiana es cuestión de prepararse para ello. “Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe” (1 Jn. 5:4). ¿Fe en qué? Fe en mi destino final. O veámoslo tal como Juan lo expresa en 1 Juan 3:2, que dice: “Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es”. ¿Y esto a dónde nos lleva? A lo que leemos en el versículo siguiente: “Todo el que tiene esta esperanza en Cristo, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (v. 3). No hay nada tan bien calculado para promover la santidad como el darnos cuenta de que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, que nuestro destino es cierto y bien definido, y que nada puede evitar que sea así. Cuando cobramos conciencia de esto, nos purificamos a nosotros mismos, así como él es puro, y sentimos que no hay tiempo que perder. He allí el práctico argumento del apóstol en estos tres versículos. ¡Así es como debe vivirse la vida cristiana! No la convirtamos en una ley, sino démonos cuenta de que hemos recibido el Espíritu Santo. Llevemos a la práctica este tema, que nuestro Padre nos observa y está pendiente de nosotros; y si me permiten usar el lenguaje de las Escrituras, el nos cela porque somos suyos. Nosotros somos de Cristo; somos sus hermanos. El Espíritu Santo mora en nuestro cuerpo mismo, y nuestro destino es la gloria. Y entonces, ¿qué? Pues que al entrever tal destino debemos decir:

*Tome mi alma Tu salvación entera,  
Levántese sobre el pecado, temores y cuidados;  
Gócese en hallar en cada estadio  
Algo tranquilo que hacer o soportar.  
Piense en el Espíritu que en mí habita,  
en la sonrisa que el Padre le obsequia,  
en el Salvador que murió por rescatarme.  
¿Cómo podría mi alma afligirse  
si ya soy hijo del cielo?*

¡Cuán erróneo es someterse a un espíritu de servidumbre y de temor! “¿Cómo podría mi alma afligirse si ya soy hijo del cielo?” ¡Jamás! “Piense [mi alma] en el Espíritu que en mí habita, en la sonrisa que el Padre le obsequia, en el Salvador que murió por rescatarme. ¿Cómo

podría mi alma afligirse si ya soy hijo del cielo?”. La estrofa de este himno expone de manera excelente el sentido de estos tres versículos. Echemos mano de ella, hagámosla nuestra y pongámosla en práctica. No nos preocupemos por lo que sintamos. La verdad con respecto a nosotros es gloriosa. Si estamos en Cristo, levantémonos sobre el pecado, temores y cuidados. Tomemos la plenitud de nuestra salvación, y triunfemos y prevalezcamos.

# La falsa enseñanza

*¿Qué pasó con todo ese entusiasmo? Me consta que, de haberles sido posible, se habrían sacado los ojos para dármelos.*

*Gálatas 4:15*



Con el fin de que consideremos juntos otro tipo de depresión espiritual o de infelicidad en la vida cristiana, me gustaría que nos fijáramos en la pregunta que el apóstol dirige a los miembros de las iglesias de Galacia. En realidad, la Epístola a los Gálatas en su totalidad se ocupa de esta cuestión. Los gálatas habían escuchado de labios del apóstol Pablo la predicación del Evangelio. Habían sido los típicos paganos gentiles: habían estado lejos de Dios, no tenían ningún conocimiento de él ni de su Hijo, ni de la gran salvación cristiana. Pero el apóstol fue y les predicó, y ellos recibieron el mensaje del Evangelio con gran regocijo. Pablo habla detalladamente del gozo que mostraron cuando lo conocieron y él les predicó por primera vez. Claramente se ve que, cuando el apóstol estuvo entre ellos, no estaba bien de salud. Es casi seguro que sufría de alguna enfermedad de los ojos, ya que les recuerda que, cuando estuvo con ellos, se habrían sacado sus propios ojos para dárselos, si eso le hubiera ayudado. Podemos deducir que esta dolorosa inflamación de sus ojos era grave, y desagradable a la vista. No había en la presencia del apóstol nada digno de verse; según él le recuerda a la iglesia de Corinto, su presencia era débil. No tenía lo que hoy podría llamarse una "presencia

dominante". Más bien, tenía la apariencia de un hombre común, aun sin la deformación adicional provocada por la enfermedad de sus ojos. Sin embargo, como él les recuerda, no mostraron hacia él repulsión alguna, pues dice: "... aunque ésta fue una prueba para ustedes, no me trataron con desprecio ni desdén"; al contrario, lo habían recibido "como a un ángel de Dios, como si se tratara de Cristo Jesús" (Gá. 4:14), y se habían regocijado en esta maravillosa salvación. Pero ya no eran así; ahora se sentían infelices, por lo que Pablo se ve obligado a preguntarles: "¿Qué pasó con todo ese entusiasmo?". Habían llegado a sentirse infelices, y casi se habían puesto en contra del apóstol. Tan deprimidos habían llegado a estar que tuvo que hablarles así: "Queridos hijos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes" (Gá. 4:19).

La pregunta que Pablo les plantea en cuanto a su anterior dicha espiritual es de lo más sorprendente. De hecho ya les había planteado la misma pregunta, aunque de otra manera, en otras partes de su carta. En el versículo sexto del primer capítulo les dice: "Me asombra que tan pronto estén dejando ustedes a quien los llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio" (Gá. 1:6). Y en el primer versículo del capítulo tercero lo expresa así: "¡Gálatas torpes! ¿Quién los ha hechizado a ustedes, ante quienes Jesucristo crucificado ha sido presentado tan claramente?". Sin aducir evidencias posteriores, me parece que es evidente que estos cristianos gálatas, que tan felices y gozosos se habían mostrado en su recién hallada salvación, habían llegado a la depresión y a la infelicidad espiritual.

La pregunta ante nosotros es la siguiente: ¿Qué fue lo que provocó este cambio? ¿Qué les había sucedido? Y la respuesta es perfectamente simple, y cabe en una sola frase: todo se debía a una falsa enseñanza. Éste era el problema con las iglesias de Galacia; todos sus problemas eran producto de cierta falsa enseñanza, en la cual ellos habían creído. Esto es algo que muy frecuentemente trata el Nuevo Testamento. Casi no hay una epístola donde no se encuentre en alguna parte que alguien se ocupe de este asunto. Estas iglesias nacientes se habían visto molestadas por ciertos maestros que seguían al apóstol Pablo y que, en muchos aspectos, imitaban su mensaje y su predicación, pero que añadían a estos sus propias enseñanzas particulares. Como resultado, no sólo causaban confusión en las iglesias sino que además hacían que muchos cristianos cayeran en la depresión y en la infelicidad. Claro que todo esto era obra del diablo. El apóstol no duda en decirlo así, y nos

recuerda que el diablo incluso "se disfraza de ángel de luz" (2 Co. 11:14). Ataca al pueblo cristiano e imbuje en su mente ideas falsas, lo que con el paso del tiempo puede arruinar su testimonio cristiano y arrebatarles la felicidad. Desde los días del canon del Nuevo Testamento, este problema ha estado presente siempre en la historia de la Iglesia Cristiana. Ya en sus principios se hizo manifiesto, y en grado mayor o menor ha seguido así desde entonces. En cierto sentido, podemos decir con verdad que la historia de la Iglesia es la historia del surgimiento de muchas herejías, la historia de la batalla que la Iglesia ha librado contra ellas, y también la historia de la liberación de la Iglesia por el poder del Espíritu de Dios.

Obviamente, éste es un tema muy amplio, que no puedo más que presentar y bosquejar someramente. Las falsas enseñanzas pueden manifestarse de muchas maneras, aunque las podemos dividir en dos secciones principales. Algunas veces toman la forma de una escandalosa negación de la verdad y de los cardinales principios y credos de la fe cristiana. Dejemos bien claro que algunas veces pueden manifestarse así. Pero también pueden presentarse bajo la apariencia de enseñanzas cristianas, aun cuando en realidad sean una negación del mensaje cristiano. Ha habido, y aun hay, enseñanzas que se autonombran "cristianas", las cuales llegan incluso a negar la deidad del Señor Jesucristo y otros credos cardinales y básicos de nuestra fe.

Pero las falsas enseñanzas no siempre toman esa forma. También se manifiestan de otra manera, y es a la que voy a poner especial atención. En cierto modo, esta segunda forma es más peligrosa que la primera, y así se había presentado entre las iglesias de Galacia. En este caso, la enseñanza no es tanto una negación de la fe, ni una contradicción de sus elementos cardinales, sino que insiste en que, además de lo que ya hemos creído, nos hace falta hacer algo más. Bajo esta forma peculiar se manifestó en el caso de Galacia. Ciertos maestros habían ido por las iglesias de la región y habían dicho en efecto: "Sí, nosotros creemos en el Evangelio y estamos de acuerdo con la predicación de Pablo, la cual es perfectamente correcta. Todo lo que él ha dicho está bien, pero le faltó ir más allá. Pablo ha marginado algo que es absolutamente vital, y ese algo vital es la circuncisión. Sigamos creyendo todo lo que ustedes creen, pero si realmente quieren ser cristianos, deben ser también circuncidados". En eso consistía esencialmente su enseñanza.

Ahora bien, no es nada difícil ver cómo se introdujo esa enseñanza particular. Después de todo, los primeros cristianos eran judíos.

Podemos leer los relatos en los evangelios y los Hechos de los apóstoles. Seamos justos con ellos. Es muy fácil entender la situación: ellos sabían que su religión anterior había sido dada por Dios, y también sabían que era verdadera. Donde tropezaban era en cómo entender la nueva enseñanza a la luz de su antigua enseñanza tradicional. Sabían que la circuncisión le había sido dada a Abraham por Dios mismo, y que desde entonces había sido practicada; pero ahora tenían una nueva enseñanza que decía que la circuncisión ya no era necesaria, que la antigua distinción entre judíos y gentiles había sido abolida, y que la circuncisión, lo mismo que toda la ley ceremonial, había cumplido su función y ya no era obligatoria para el pueblo de Dios. Esto hizo que muchos se sintieran infelices. No que les molestara que los gentiles se incorporaran como tales al pueblo de Dios, aunque al principio les había resultado difícil aceptarlo (recordemos que incluso el apóstol Pedro tuvo dificultades en aceptarlo, y que sólo hasta que Dios le dio la visión del cielo estuvo preparado para recibir a Cornelio y a otros gentiles dentro de la Iglesia Cristiana), pero todavía no podían entender cómo un gentil podía llegar a ser cristiano sin que al mismo tiempo se hiciera judío. Entendían que el cristianismo era el resultado lógico de su antigua religión, pero no entendían cómo alguien podía incorporarse a éste sin pasar por la circuncisión. Por lo tanto, se habían dirigido a estos gentiles cristianos de Galacia y les había sugerido que, si realmente querían ser cristianos, tendrían que someterse también a la circuncisión y a la ley.

Éste es el problema de que se ocupa el apóstol en esta Epístola a los Gálatas. No es posible leerla sin sentirse conmovido ni verse atrapado por ella. Pablo escribe con pasión; tan absorto está con este asunto que deja de lado sus acostumbradas saluciones preliminares y, luego de iniciar su carta, aborda el tema y plantea su pregunta. ¿Pero de dónde surge esta pasión? ¿Por qué se le ve tan conmovido? La respuesta, por supuesto, es que Pablo sentía que estaba en juego la condición cristiana misma de esta gente, y que a menos que vieran la verdad de este asunto, peligraba toda su posición cristiana. Por eso no hay otra carta en la que el apóstol hable con tanta vehemencia. Escuchemos lo siguiente: “Pero aun si alguno de nosotros o un ángel del cielo les predicara un evangelio distinto del que les hemos predicado, ¡que caiga bajo maldición!” (Gá. 1:8). Jamás leeremos algo más vehemente. Y lo repite: “Como ya lo hemos dicho, ahora lo repito: si alguien les anda predicando un evangelio distinto del que recibieron, ¡que caiga bajo maldición!” (Gá. 1:9). Así es como Pablo acalla cualquier tendencia a decir: “No importa

que estos no vean lo que yo veo; todos nosotros somos cristianos”. Porque sí importa. Tenemos aquí una clara intolerancia porque, como él sugiere y enseña, la postura cristiana en su totalidad está involucrada en este asunto.

Llamo la atención a esto no por ningún interés particular en la historia de los gálatas sino por la importancia que tiene para nosotros. La gloria del Nuevo Testamento consiste no en que sea un libro académico sino en su perenne actualidad. No hay un solo problema ni herejía en el Nuevo Testamento que de alguna manera no se encuentre hoy día en la iglesia. Ésta no es una simple discusión académica en torno de la depresión espiritual; lo que estamos haciendo es hablar de nosotros mismos y hablarnos mutuamente; y señalo esto porque estos problemas todavía están ocurriendo entre nosotros y porque la herejía de los gálatas, en su versión actualizada, todavía tiene lugar entre nosotros. Son muchos los cristianos que han pasado por esta experiencia. Cuando por primera vez encontraron la verdad, se asombraron de ella y exclamaron: “¡Nunca me imaginé que el cristianismo fuera así!”. Lo recibieron con gozo y experimentaron asombrosa bendición, aunque luego fueron confrontados con alguna otra enseñanza. Tal vez la leyeron, tal vez predicó acerca de ella, o tal vez algún amigo se la ha sugerido, y así se vieron conducidos hacia otra clase de enseñanza, la cual de inmediato los impresionó por parecer tan espiritual, o por prometerles excepcional bendición si creían en ella; y fue así como la aceptaron. Pero más tarde comenzaron a sentirse infelices y confundidos. Incluso los que no reciben ni aceptan tal enseñanza quedan infelices y confundidos por su causa, porque ésta los inquieta y no saben cómo responderle. Su gozo desaparece y se quedan en la perplejidad. En todo caso, pierden su felicidad primera.

No hace falta mencionar por nombre ninguna de estas enseñanzas en particular, pues seguramente todos nosotros estamos familiarizados con alguna de ellas. Sin embargo, debo mencionar algo, sólo a manera de ilustración y no con la intención de entrar en detalles. Aparte de ejemplos obvios en sectas como los Testigos de Jehová y los Adventistas del Séptimo Día, también encuentra uno esto en el Catolicismo Romano y en su insistencia de obedecer y sujetarse a cosas que no enseñan las Escrituras. Se ve también en la enseñanza de que el bautismo de adultos por inmersión es esencial para la salvación. También es frecuente encontrarla en términos de la necesidad absoluta de hablar en lenguas para tener la seguridad de haber recibido el Espíritu Santo; otras veces



se encuentra en relación con la sanidad física, entre quienes enseñan que ningún cristiano debería llegar a enfermarse. Estos no son más que algunos ejemplos de los muchos que podría citar, pero los menciono simplemente para que nos demos cuenta de que éste es un asunto muy práctico y no sólo una cuestión teórica. Todos nos enfrentamos a estas cosas y, como espero mostrar, todas ellas participan del carácter de la herejía que estamos considerando.

Tengo la impresión de que el apóstol ha establecido aquí, de una vez por todas, un gran principio que debemos tener presente siempre, si queremos salvaguardarnos de estos peligros y asegurarnos de estar “firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres” y no “otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1, RV60). Fue su amor por los gálatas lo que lo llevó a escribirles así. Como lo dice aquí, él los veía como ve un padre a sus hijos. No era que el apóstol fuera pedante o limitado, intolerante o egoísta; todo lo contrario. Su única preocupación era la vida espiritual y el bienestar de ellos. Los llama “queridos hijos”, y como una madre, exclama: “por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes” (Gá. 4:19). En ese espíritu centro nuestra atención a este asunto, aunque Dios sabe que yo preferiría no ocuparme de él en absoluto. Vivimos en una época en la que esta clase de cosas no es muy agradable, y hasta se tiende a decir: “¿Y eso qué importancia tiene?”. Tal tendencia puede verse no sólo en quienes están fuera de la Iglesia sino también en los que están dentro de ella. Abordo el tema con renuencia y simplemente porque siento que estaría traicionando mi llamado de Dios al ministerio cristiano si no expusiera la verdadera enseñanza de la Palabra de Dios, al margen de la opinión que pueda prevalecer en nuestra era moderna.

¿Cómo nos enfrentamos, entonces, a esta clase de posturas? Lo primero que hace el apóstol es establecer la cuestión de la autoridad, por ser un punto obligado. Estas perplejidades y problemas no dependen de los sentimientos ni de la experiencia, ni se deben juzgar simplemente por los resultados. Las falsas enseñanzas puede hacer muy feliz a la gente. Pero seamos francos: si vamos a juzgar sólo en términos de la experiencia y de los resultados, nos encontraremos con que cada culto o herejía que el mundo o la Iglesia ha conocido es capaz de hallar su propia justificación. ¿En dónde radica entonces la autoridad? El apóstol nos lo dice claramente en el primer capítulo. A decir verdad, esta cuestión de la autoridad la trata él en los dos primeros capítulos. La propia postura personal del apóstol estaba de por medio;

de allí que diga tanto acerca de sí mismo. Adopta una postura desafiante contra cualquiera que predique algún otro evangelio que no sea el suyo. Dice: “Pero aun si alguno de nosotros o un ángel del cielo les predicara un evangelio distinto . . . ;que caiga bajo maldición!” (Gá. 1:8). ¿Por qué? ¿Cuál es la prueba? La siguiente: “Quiero que sepan, hermanos, que el evangelio que yo predico no es invención humana. No lo recibí ni lo aprendí de ningún ser humano, sino que me llegó por revelación de Jesucristo” (vv. 11, 12). Y pasa a contarles cómo llegó al ministerio. Dice: “Ustedes ya están enterados de mi conducta cuando pertenecía al judaísmo, de la furia con que perseguía a la iglesia de Dios, tratando de destruirla. En la práctica del judaísmo, yo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi celo exagerado por las tradiciones de mis antepasados” (vv. 13, 14), etc. Había vivido así hasta el momento en que, en el camino a Damasco, el Señor Jesucristo lo había puesto en el ministerio para el que -ahora lo sabía- había sido apartado desde el vientre de su madre. Su comisión y su mensaje le habían sido dados por el Señor Jesucristo mismo. ¡Ah, sí, pero Pablo sabía más todavía! Aunque había ingresado al ministerio de modo tan singular y fue capaz de presentarse ante los corintios como “uno nacido fuera de tiempo” (1 Co. 15:8), afirma, no obstante, que el Evangelio que le fue entregado era exactamente el mismo que recibieron los otros apóstoles que habían estado con el Señor durante su vida en este mundo. Cuando Pablo habló en Jerusalén con los otros apóstoles, se encontró con que aunque el Evangelio que predicaba le había llegado como una revelación directa y personal, era exactamente el mismo Evangelio que aquéllos predicaban.

He allí la base de su autoridad, la cual invoca aquí el apóstol y en torno a la cual argumenta. Pablo sostiene que no se trata de que un hombre afirme esto y otro afirme aquello; deja establecido que él no predicaba simplemente lo que se le ocurría, sino que recibió el Evangelio como lo recibieron los otros apóstoles, de modo que todos ellos estaban proclamando lo mismo. La prueba de la verdad es su apostolicidad. ¿Es su mensaje apostólico y se ajusta a éste? He allí la prueba y la norma. El Evangelio de Jesucristo, tal como se anuncia y se enseña en el Nuevo Testamento, proclama nada menos que cuenta con la autoridad del Señor Jesucristo mismo, quien se lo dio a los apóstoles, que a su vez lo predicaron y dieron origen a su forma escrita. He aquí la única norma, que sigue siendo la única norma.

Aparte del Nuevo Testamento, no tenemos ninguna otra norma. Por lo tanto, cualquier punto de vista debemos examinarlo y sostenerlo a la luz del Nuevo Testamento. Cuando lo hacemos así, nos encontramos con que estas falsas enseñanzas siempre incurren en una de dos faltas. La primera es que pueden no corresponder con el todo del mensaje apostólico. Dejemos perfectamente aclarado que hay un mensaje apostólico, una verdad positiva, establecida y predicada por todos los apóstoles. Ese mensaje está claramente definido. Las falsas enseñanzas pueden incurrir en el pecado de proclamar un mensaje recortado que deje fuera algunas cosas. Esto causa que muchos cristianos hoy día pierdan el rumbo. Cuando alguien afirma algo escandalosamente erróneo, es posible notar el error, pero no es tan fácil detectar una enseñanza errónea cuando ésta presenta un mensaje apostólico abreviado y no dice ciertas cosas. Puede enseñar menos verdades acerca de la persona de nuestro Señor Jesucristo; puede negar su encarnación, o negar las dos naturalezas en una sola Persona; o puede negar el nacimiento virginal, o el carácter milagroso de su vida, o negar su resurrección física literal. Tal enseñanza se autotitula "cristiana", pero no es toda la verdad, ya que en algún punto puede negar la obra de Cristo, o negar el hecho de que "al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios" (2 Co. 5:21). Tal vez hable de la muerte de Cristo como una maravillosa exhibición de amor, pero nada más. O puede negar que Jesucristo, "en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados" (1 P. 2:24). Porque eso es lo que los apóstoles predicaron, que Cristo "murió por" nuestros pecados. De modo que alguna enseñanza deja esto fuera, entonces no es toda la verdad apostólica. Lo mismo pasa con el nuevo nacimiento, doctrina que con frecuencia no se enseña, ni se acentúa el hecho de que es absolutamente necesaria. Y nos encontramos con lo mismo en el caso de la conducta y el comportamiento, a pesar de que el Nuevo Testamento hace énfasis en la una y en el otro. La gente puede asegurar que cree en Cristo, pero de allí tiende a deducir que si cree en Cristo, ya ha sido salvada y no importa lo que haga. He allí el terrible error conocido como antinomianismo. El Nuevo Testamento enseña la importancia de las obras cuando dice que "la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta" (Stg. 2:17). De modo que dejar de enseñar cualquiera de estas doctrinas equivale a no enseñar el mensaje apostólico completo.

El segundo peligro, como ya hemos visto, consiste exactamente en lo opuesto, es decir, en el peligro de añadir a la verdad; aun cuando se

reconoce que el mensaje apostólico es correcto, se piensa que hace falta añadirle algo más. Y de esto precisamente es de lo que nos estamos ocupando. Aquí debemos recordar una vez más nuestro primer principio: toda enseñanza debe ser puesta a prueba frente a la enseñanza del Nuevo Testamento, y no por los sentimientos ni por la experiencia, ni por los resultados o por lo que otros dicen o hacen. La prueba consiste en la apostolicidad, que es la enseñanza del Nuevo Testamento.

Otra prueba excelente es la siguiente: siempre hay que determinar cuidadosamente las implicaciones de una enseñanza. Eso es precisamente lo que hace el apóstol en el segundo capítulo de esta Epístola a los Gálatas. Esa nueva enseñanza parecía no negar a Cristo en absoluto; sin embargo, el apóstol logra demostrar plenamente que lo niega en el punto clave. Incluso en Antioquía tuvo que hacer esto mismo con el apóstol Pedro, que había recibido una visión relacionada con Cornelio (Hch. 10). Aunque aparentemente Pedro había visto esto con claridad, más tarde fue influenciado por los judíos y sintió que no debía comer con los gentiles sino únicamente con los judíos. Pero Pablo tuvo que refutarlo cara a cara y decirle con toda franqueza que al hacer eso estaba negando la fe. Claro que Pedro no tenía la intención de negar su salvación en Cristo sólo por la fe, pero había que hacerle ver claramente el terreno que pisaba, y que entendiera que con sus actos estaba anunciando que hacía falta algo más que la fe en Cristo. Así que siempre debemos determinar las implicaciones de lo que decimos y hacemos. He aquí un ejemplo de lo que quiero decir: En cierta ocasión discutía yo este asunto con una hermana en Cristo que no podía entender cómo es posible que haya gente que, no siendo cristiana sino incrédula, pueda vivir una vida intachable. Me decía: "No entiendo cómo usted puede afirmar que no son cristianas. Mire cómo viven". Siendo una buena cristiana, ella misma tenía un gran problema al respecto. Yo le contesté: "Un momento, por favor. ¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo? ¿Se da usted cuenta de lo que está implicando? Lo que usted realmente está diciendo es que esas personas son tan buenas, tan excelentes y tan nobles, que en su caso fue innecesario que el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, viniera del cielo; que Cristo no tenía por qué haber muerto en la cruz; que esas personas pueden reconciliarse con Dios gracias a sus buenas obras y su vida impecable. ¿No ve usted que eso es negar la fe? ¿Que, en realidad, con ese argumento usted está diciendo que Cristo mismo y su muerte son innecesarias?". Y una vez que ella captó las implicaciones de lo que decía, se dio cuenta de lo que realmente estaba

diciendo. Así que no debemos juzgar las cosas por sus apariencias, sino fijarnos en lo que realmente implican.

El tercer aspecto que a mí me parece que caracteriza a esta herejía en particular, tal como está expuesta en la Epístola a los Gálatas, es que siempre es una adición a la revelación. En efecto, Pablo está diciendo: “Esta enseñanza en cuanto a la circuncisión no es parte del mensaje de Cristo. Esa gente lo enseña, pero no lo recibió de Cristo. Cuando él me dio el mensaje, no dijo que toda la gente debía ser circuncidada. Eso es algo aparte de su revelación, es una adición al mensaje apostólico”. Y podemos ver que ésta será siempre la característica del tipo de herejía que estamos considerando. Tomemos, por ejemplo, las argumentaciones católico-romanas. La Iglesia Católica Romana proclama que ella es tan inspirada hoy como lo fueron los primeros apóstoles, pero no cuenta con base bíblica para afirmarlo. Es ella quien lo dice, y es ella quien presenta el argumento de que esta revelación subsecuente le ha sido dada. Tal argumentación se hace en forma totalmente abierta, sin sutilezas, lo que significa que la Iglesia tiene tanta autoridad como la Palabra misma. Ellos afirman que las declaraciones del Papa, cuando éste habla “*ex cátedra*”, son tan inspiradas como las Epístolas del Nuevo Testamento, y que son una revelación adicional. Pero esto es cierto no sólo en cuanto a la Iglesia Católica Romana; hay otros que argumentan de manera parecida.

Antes de aceptar alguna de estas enseñanzas, hay que tomarse la molestia de leer algo acerca de sus orígenes. Casi invariablemente resulta que en estos cultos alguien —en la gran mayoría de los casos, una mujer— tuvo una “visión”. Leamos sus historias y encontraremos que estas enseñanzas se basan sobre la autoridad de una mujer. El apóstol dice: “No permito que la mujer enseñe” (1 Ti. 2:12). Pero eso no les importa a ellos. Y no sólo eso, sino que esa mujer habrá tenido una visión y se le habrá dado alguna revelación especial. “Ah, —dirán ellos— usted no encuentra eso en las Escrituras, pero le fue revelado directamente de Dios y por Dios”. Sin embargo, esta gente está añadiendo a la revelación algo posterior, algo tardío. Proclaman que sus fundadores fueron tan inspirados como los apóstoles de Jesucristo, y en eso basan su autoridad. Apliquemos esta prueba a la mayoría de tales movimientos y encontraremos que resulta efectiva. Pero recordemos que esto es también cierto de muchos que todavía se cuentan en las filas de la Iglesia Cristiana y que, no obstante, ven las Escrituras desde esta perspectiva. “Por supuesto —admitirán—, aquellos hombres fueron inspirados, pero

todavía hoy los hombres son inspirados. Nosotros no negamos la inspiración; lo que decimos es que se puede agregar a la verdad. Los primeros siglos no agotaron la revelación de la verdad, y en este siglo veinte se nos están revelando cosas especiales mediante nuestro mayor conocimiento y aprendizaje”. Pero eso es agregar a la revelación. Eso equivale a decir que las Escrituras ya no son suficientes, y que deben sumársele los descubrimientos de la erudición moderna. Pero cuando añadimos el pensamiento moderno y la perspectiva de nuestros días, en realidad estamos sosteniendo que hay una revelación ulterior.

Otra característica invariable es que este tipo de enseñanza siempre hace énfasis en algo en particular, y le da gran prominencia. En el caso de los gálatas, era la circuncisión. Pero sea lo que sea, ese punto específico es lo único que ha llevado a la enseñanza especial, ese punto es lo que ha dado origen al movimiento entero. Ellos estarán dispuestos a admitir que somos verdaderos creyentes, pero también dirán que nos falta ese algo más, llámese el séptimo día, o la inmersión de los creyentes, o el hablar en lenguas, o la sanidad, o cualquier otra cosa. Y esto será lo esencial; esto será lo formidable. Debido al énfasis que se hace en este punto, siempre se le encontrará en un lugar prominente, en el centro mismo, y se llega a estar más consciente de esto que de Cristo mismo, porque el énfasis se encuentra allí. No es posible hallar explicación para este tipo de movimientos al margen de ese énfasis particular, que puede centrarse en la circuncisión o en cualquier otra cosa.

El siguiente punto es que todo esto es una adición al mensaje de Cristo. El católico-romano dice: “Por supuesto que creemos en Cristo, pero hay que creer también en la Iglesia; hay que creer en la Virgen María, y en los santos; además, hay que creer en el sacerdocio”. Desde la perspectiva meramente ortodoxa y de las creencias doctrinales, me encuentro más cerca de muchos católico-romanos que de muchos que militan en las filas del protestantismo; pero donde me aparto de ellos, y donde tengo que apartarme de ellos, es donde comienzan estas “adiciones” vitales: Cristo, pero además la Iglesia; Cristo, pero además la Virgen María; Cristo, pero además los sacerdotes, y los santos, y así sucesivamente. Cristo sólo no les basta, ni ocupa el centro con toda su gloria excepcional. Lo mismo pasa con el resto: se tiene que pasar por una experiencia especial; se debe tener alguna creencia especial en cuanto a “guardar los días de fiesta”, como lo dice el apóstol (cf. Gá. 4:10, 11; Col. 2:16-21), y hay que someterse a algún rito especial o

sacramento. Y siempre es así: Cristo, “más” algo; y hay que contar con esa adición esencial.

En cuarto lugar, es necesario demostrar que esta doctrina errónea siempre lleva a concluir, de una u otra manera, que la fe sola no es suficiente. El apóstol lo expresa claramente en el versículo seis del capítulo quinto: “En Cristo Jesús de nada vale estar o no estar circuncidados; lo que vale es la fe que actúa mediante el amor”. Estas falsas enseñanzas siempre están diciéndonos que tenemos que hacer algo por nosotros mismos, que tenemos que añadir algo más, alguna acción de nuestra parte, o permitir que algo nos suceda. No basta la fe, pues no nos sostenemos sólo por la fe, ni la justificación es sólo por la fe; tenemos que hacer cierta obra, algo especial, antes de que podamos tener esta gran experiencia de la salvación. Pero, de acuerdo con Pablo, decir tales cosas significa que hemos caído de la gracia (cf. Gá. 5:4).

Para terminar, me voy a permitir señalar lo siguiente, y doy gracias a Dios por esta última prueba, porque ella me ha sido de gran ayuda. Creer en tales enseñanzas siempre conduce a la negación de la experiencia cristiana previa. Bien sabemos lo que Pablo quiere decir cuando inquiriere: “¿Qué pasó con todo ese entusiasmo?”. Lo que quiere decir, en efecto, es lo siguiente: “Gálatas insensatos, gálatas amados, ¿realmente me están diciendo que de nada sirvió lo que experimentaron cuando por primera vez vine a ustedes, y que todo ha sido en vano? ¿Dónde está la satisfacción que experimentaban? ¡Ay, gálatas insensatos! ¿Quién los fascinó? Ustedes saben que todos los que están bajo las obras de la ley están bajo maldición. Ustedes saben que han recibido el Espíritu. Recapaciten, y recuerden que han recibido el Espíritu. ¿Acaso lo recibieron por las obras de la ley? Por supuesto que no. ¿Acaso no se dan cuenta de que están negando su propia experiencia pasada?”.

Todas estas enseñanzas falsas son culpables de esto. Eso es lo que señala el apóstol cuando relata su reprensión a Pedro. Le dijo que estaba retrocediendo en su propia vida y experiencia. Ese es también lo que significa todo su alegato en cuanto a Abraham, que fue bendecido antes de la circuncisión y no después; por lo tanto, no es posible afirmar que la circuncisión sea esencial. Abraham recibió gran bendición antes de la circuncisión y no después. Por lo tanto, decir que la circuncisión es esencial equivale a negar esta experiencia. ¡Con cuánta frecuencia he tenido que usar este argumento! Las enseñanzas erróneas son sutiles y atractivas, y uno llega a sentir que eso es lo que necesita, y que debe ser

lo más conveniente. Pero de pronto nos viene a la memoria este argumento en torno a la experiencia, y eso nos detiene. Recordamos, por ejemplo, a hombres como George Whitefield o John Wesley, que sin duda, y de modo notable, asombroso y poderoso, estaban llenos del Espíritu de Dios; eminentes santos de Dios que se contaban entre sus más grandes siervos; sin embargo, nos encontramos con que ellos observaban el primer día de la semana y no el séptimo, y con que no fueron bautizados de cierta manera, y con que nunca hablaron en lenguas, ni celebraron reuniones de sanidad, y así sucesivamente. ¿Habremos de decir que a todos estos hombres les faltaba conocimiento, perspicacia y entendimiento? ¿Acaso no nos damos cuenta de que estas nuevas enseñanzas, que tanto se arrojan, niegan algunas de las más grandes experiencias cristianas a través de todos los siglos? Lo que virtualmente afirman es que la verdad sólo nos ha llegado a través de ellas, y que durante mil novecientos años la Iglesia ha vivido en la ignorancia y en tinieblas. ¡Qué afirmación más monstruosa! Debemos cobrar conciencia de que todo esto debe someterse a la siguiente prueba: “¿Qué pasó con todo ese entusiasmo?”.

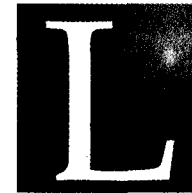
Lo cual me trae al último punto y a la prueba final, que se reduce a lo siguiente. Habiendo pasado por todas estas pruebas, estaremos dispuestos a unirnos para repetir lo que el apóstol Pablo dijo en el versículo diecisiete del último capítulo de la Epístola a los gálatas: “Por lo demás, que nadie me cause más problemas, porque yo llevo en el cuerpo las cicatrices de Jesús” (6:17). ¿Qué quiere decir? Algo como esto: “No permita Dios que me jacte de nada que no sea ‘la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo’” (cf. Gá. 6:14). Dejen de hablarme de la circuncisión, que no me interesa. Dejen de hablarme de los que guardan el séptimo día, o de cualquiera otra secta. Dejen de hablarme de todas estas cosas, que se supone son absolutamente esenciales para ser de veras cristiano. No las necesito. “No permita Dios que yo me jacte”; porque no me jactaré de nada ni de nadie, ni de ninguna enseñanza especial, “sino de nuestro Señor Jesucristo”, y sólo de él. Con Cristo me basta porque, por medio de él, “el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo”.

Voy a expresar esto de manera muy sencilla. Ni siquiera de mi ortodoxia me jactaré ni me gloriaré, porque ésta puede resultar una trampa si hago de ella un dios. Sólo habré de gloriarme de esa bendita persona por medio de la cual me sucedió esto, y con la cual morí, y fui sepultado, y por quien ahora estoy muerto al pecado y vivo para Dios,

con quien he resucitado para sentarme en los lugares celestiales; por el único por quien el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo. Todo lo que pretenda ocupar el centro que el ocupa, y todo lo que quiera añadirse a lo que es él, habré de rechazarlo. Sabedor del mensaje apostólico concerniente a Cristo Jesús en toda su rectitud, simplicidad y gloria, no permita Dios que alguno de nosotros le añada nada. Regocijémonos en él, y solamente en él, en toda su plenitud.

# Cansados de hacer el bien

*No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos.*  
Gálatas 6:9



La Biblia es un libro que ha sido escrito para que en este mundo el pueblo de Dios pueda recibir ayuda. Esto puede afirmarse especialmente en cuanto a todas las epístolas del Nuevo Testamento, las cuales fueron escritas a raíz de alguna situación que surgió en las iglesias, por lo que así hay que entender su mensaje, y no pensando en alguien que escribía la tesis de un estudio. Porque no era así. El apóstol Pablo era un evangelista, un hombre que viajaba mucho, y generalmente escribía porque algún problema se había suscitado, y porque quería ayudar a la gente a entender la causa de su dificultad y el modo de vencerla. Fue así como se ocupó de las posibles causas, según se presentaban, y hoy podemos estar totalmente seguros de que no hay causa de depresión espiritual que no haya sido tratada en las Epístolas. Las enfermedades de la vida espiritual nunca varían; son siempre las mismas. Pueden diferir las manifestaciones o la forma particular en que el problema se presenta, pero la causa de todo es el diablo, y el objetivo final de éste nunca cambia.

Encontramos aquí una causa más de esta condición de depresión espiritual, que en seguida nos recuerda algo que tenemos que volver a subrayar, como ya varias veces antes lo hemos hecho, y es la terrible

sutileza de nuestro adversario. Ya hemos visto cómo el diablo tienta al pueblo cristiano y lo vuelve desdichado al sugerirle falsas enseñanzas; hemos también observado con cuánta astucia pone en el centro ciertas cosas que no deberían estar allí, o nos imparte alguna nueva religión, en la que se mezclan varias religiones. Pero ahora estamos en un clima enteramente diferente. Al llegar a este punto, al apóstol no le preocupa que corramos el peligro de descarriarnos por causa de la herejía y del error, o por adoptar algún culto en particular, creyendo que se trata de la verdadera fe. Eso no le preocupa en este caso. Ahora el diablo actúa de manera más sutil, ya que aparentemente no hay nada malo en esto. Lo que sucede simplemente es que la gente llega a fatigarse y a cansarse, aun cuando vaya en el camino correcto. Tenemos aquí el caso de quienes van por el camino recto y en la dirección debida. Están bien encaminados, pero el problema es que avanzan arrastrando los pies y con la cabeza y los brazos caídos, y el espectáculo que dan y la imagen que proyectan es la antítesis misma de lo que se supone que el cristiano debe ser en esta vida y en el mundo.

Tal vez la mejor manera de examinar esta tendencia nuestra al cansancio sea considerarla, antes que nada, en términos generales. Se trata de lo que podríamos llamar "el peligro del período intermedio", que es algo innegable, no sólo en la vida cristiana como tal sino en la vida entera. Se trata del problema de la vida intermedia, o si se prefiere, de la mediana edad. Esto es algo que a todos nos pasa, y a lo que tarde o temprano, según vamos avanzando en edad, todos tenemos que enfrentarnos. En nuestros días se presta mucha atención a la gente joven, y una atención considerable se presta a los ancianos; pero estoy perfectamente convencido de que, de todos los períodos de la vida, el más difícil es el período intermedio. Tanto en la juventud como en la ancianidad hay compensaciones que parecen estar totalmente ausentes de este período intermedio. Es algo con lo que todos nosotros tendremos que encontrarnos. Mientras más viejos nos hacemos, más tienden a desaparecer nuestra elasticidad y nuestro vigor, y estamos conscientes de que nuestras facultades disminuyen y se relajan. De esto todos sabemos algo, si no por experiencia real, al menos de oídas. ¿Pasa o no la gente por esto mismo en relación con su trabajo o profesión? Claro que sí, y constituye un problema para muchos, pues significa que han rebasado la etapa de desarrollo y crecimiento, y llegado a cierto nivel. Hay muchas razones que imposibilitan un desarrollo ulterior. Han llegado a un nivel determinado, y su dificultad radica en mantenerlo

cuando carecen del estímulo que los puso allí. Esto les sucede con frecuencia a los hombres de negocios, que se encuentran con que es más difícil sostener un negocio que levantarlo. Cuando lo están levantando, todo parece estar a su favor; pero encuentran extremadamente difícil sostenerse allí cuando llegan a ese punto y ya han perdido ciertos estímulos. Podría citar una infinidad de casos, partiendo sólo desde la perspectiva de la vida natural y de nuestras experiencias en el trabajo y en las distintas profesiones y vocaciones. Si leemos las biografías de los hombres de mayor éxito en el mundo, en cualquier rama en particular, encontraremos que todos concuerdan en que ese nivel o etapa fue el período más difícil de su vida.

Lo mismo puede decirse de la vida religiosa o espiritual. Esta es la etapa que sigue a la experiencia inicial, aquella en la que todo era nuevo y sorprendente, maravilloso y transparente; la etapa en que constantemente hacíamos nuevos descubrimientos, los cuales parecían nunca tener fin. Pero súbitamente nos damos cuenta de que éstos parecen haber llegado a su fin, y de que ya nos hemos habituado a la vida cristiana. Ya nada nos sorprende como solía sorprendernos al principio, porque todo nos resulta familiar y lo sabemos todo acerca de todo. Es así como de pronto aquella emoción de nuevos descubrimientos que nos animaba en nuestra experiencia temprana parece haberse ido. Aparentemente, nada está sucediendo; no parece haber ningún cambio ni avance o desarrollo. Todo esto puede ser cierto con respecto a nosotros como individuos, como puede serlo con respecto a todo un grupo, un país, o una sociedad. Se me ha dado a entender, y sé muy bien que así es, que este fenómeno particular suele ser uno de los principales problemas en relación con la obra misionera en el extranjero, y los misioneros que han pasado toda una vida en otros países sabrán exactamente de lo que estoy hablando. Esto es algo que tiende a suceder siempre que hemos superado la etapa de novedad y emoción, y el halo de misterio de hacer algo que nunca antes hicimos, y comenzamos a adaptarnos a la rutina de hacer lo mismo día tras día. Surge entonces esta prueba, y ya no nos impulsa por encima de ella aquel impulso inicial que parecía ayudarnos a superarlo todo en nuestras primeras etapas.

De esto habla aquí el apóstol. Tal vez, para empeorar las cosas, pueden surgir problemas y dificultades provocados por otra gente que, por hacer algo que no debieran haber hecho, nos resultan ofensivos y vienen a causarnos más problemas. Cuando tales pruebas, dificultades y problemas surgen en el momento en que nosotros mismos estamos

pasando por un período crítico, nos llevan a sentirnos cansados de hacer el bien. No es del todo infrecuente que se llegue a un punto en donde el desarrollo y el avance parecen haber llegado al límite, lo que nos deja en una especie de “calma ecuatorial”, donde es difícil saber si hay movimiento en una u otra dirección. Todo parece estar en calma, y nada parece ocurrir. No hay ninguna duda de que algunos de estos cristianos gálatas habían llegado a este punto, e indudablemente algo tenía que ver con esto la situación reflejada en el análisis del capítulo anterior (las falsas enseñanzas, las herejías, etc.).

Podemos decir que estamos considerando a gente cansada, no tanto del trabajo como de estar inmersas en él: “No nos cansemos de hacer el bien”. Tal es la situación. Pero ¿qué diremos de ella y qué haremos al respecto? De entrada me permito afirmar que en este grave problema de la depresión no hay aspecto donde las negativas sean más importantes que en este caso particular. Siempre que nos encontremos con esta condición de cansancio, antes de empezar a hacer algo positivo hay ciertas negativas que son absolutamente importantes. La primera de ellas es la siguiente: Cualquiera que sean nuestros sentimientos al respecto, NO hagamos caso de las sugerencias que de todas partes nos llegan, no tanto de la gente, sino de nuestro interior y de las voces que parecen hablarnos cerca y a nuestro alrededor; no las escuchemos cuando nos sugieran ceder, conceder o darnos por vencidos. Tal es la gran tentación que nos llega en momentos así, y concluimos: “Estoy cansado y fatigado; esto es más de lo que puedo soportar”. No tengo en este caso más propuesta que una negativa: NO prestemos atención. Hay que comenzar con estas negativas siempre desde el nivel más bajo, y éste es ese nivel. Debemos repetirnos: “Pase lo que pase, seguiré adelante”. No hay que ceder ni conceder.

Sin embargo, tal vez no sea esta la mayor tentación, sino la que ahora presento como mi segunda prohibición negativa: NO hay que resignarse. Aunque hay quienes renuncian y claramente dicen: “Me retiro”, no todos lo hacen así. El peligro en este caso es que la mayoría de la gente simplemente se resigna, y con ello pierde el ánimo y toda esperanza. Siguen adelante, pero lo hacen en actitud de abierto desganado y arrastrando los pies. Para decirlo de manera más específica, el peligro en este caso es decir: “Bien, ya he perdido lo que tenía, y obviamente no volveré a recuperarlo, pero en aras de la lealtad y del deber seguiré adelante. Ya he perdido el gozo que alguna vez tuve; lo he perdido para siempre, y tengo que aceptarlo. Me resigno a mi destino. No voy a

desertar ni a dar la espalda. Seguiré adelante, aunque con una sensación de desaliento, arrastrando los pies por el camino y sin la esperanza que alguna vez tuve, aguantando lo mejor que pueda”. Tal es el espíritu de resignación —o estoicismo, si se prefiere— la aceptación del caso.

Pero éste es el mayor peligro de todos, y volvería a insistir en algo que resulta peligroso, no sólo a nivel espiritual —que es el que más nos preocupa— sino en cualquier nivel de la vida. En cierto modo, podemos actuar así en nuestra profesión y hasta en nuestra propia vida. Lo que en realidad estaremos haciendo será decirnos: “Las horas doradas se fueron; los días esplendorosos pertenecen al pasado, y tal vez nunca más los vuelva a ver. Pero aquí sigo”. Por supuesto, algo hay acerca de esto que nos parece maravilloso, y hasta heroico, pero no perdamos de vista que yo lo propongo en forma negativa. Francamente, yo digo que se trata de una tentación del diablo. Si éste puede hacer que el pueblo de Dios pierda la esperanza, estará verdaderamente satisfecho. Tal como veo las cosas hoy día, de todos los peligros que enfrenta la Iglesia Cristiana, éste es el mayor: hacer las cosas por mero formalismo y como obligación. Claro que seguimos adelante, pero con paso lento y desganado, en vez de andar como debiéramos hacerlo.

Esto me lleva a mi tercera y última negativa, donde una vez más podremos percibir algo muy peligroso. Este tercer peligro consiste en que cuando llegamos a estar fatigados y cansados, tendemos a recurrir a los estimulantes artificiales. Conocemos esta tentación: ha llevado a la ruina a muchos que se habían forjado una profesión o establecido un negocio, y que luego cayeron en esta actitud de fatiga. Todos ellos estaban conscientes de no tener ya el vigor ni el brío de antes; ya no se sentían, como suele decirse, “en la cumbre de su trabajo”. Por sí mismos, no sabían qué hacer al respecto; pero entonces alguien les sugirió que lo que les faltaba era algún tónico. Aquí es donde aparece el peligro de comenzar a ingerir bebidas alcohólicas. No son pocos los que, para animarse a seguir adelante, comenzaron por tomar “una o dos copitas” y terminaron siendo unos borrachos. Del mismo modo, hay quienes caen en la drogadicción y en otras cosas de esta índole.

Pero esto tiene una aplicación espiritual muy importante y vital. Yo he visto en la iglesia a gente que busca aliviar así este cansancio espiritual tan generalizado. Inventan algún tipo de excitación, o adoptan nuevos métodos. Alegando tener que sobreponerse a esto, establecen algún programa novedoso. ¿Acaso no lo hemos visto algunas veces en las carteleras de los templos? ¿Acaso no nos viene a la mente alguna iglesia



que siempre está poniendo anuncios novedosos o encontrando nuevas atracciones? Obviamente, tales iglesias viven de estimulantes artificiales, y todo esto se ha hecho pensando en lo que el pastor o alguna otra persona responsable ha dicho: "Hemos caído en un bache, y casi nos estamos muriendo. ¿Qué podemos hacer al respecto? Bien, hagamos esto, o aquello. Eso hará que la gente trabaje y se ponga activa, y despertará un nuevo interés". Pero tal razonamiento en la vida espiritual y de la iglesia sólo es comparable a una cosa en el nivel natural, y es al hombre que se entrega a la bebida o a las drogas con tal de proporcionarse alguna excitación o estímulo. Como puede verse, ésta es una tentación y un peligro extremadamente sutil. Parece tan plausible, justamente lo que nos hacía falta; y no obstante, detrás de todo esto se halla la terrible falacia de que, en un sentido científico, lo que realmente se está haciendo es extenuarse más aún. Mientras más se apoya alguien en las bebidas alcohólicas o en las drogas, más empobrece su energía natural. Y mientras más se extenúe, más necesitará de la bebida y de las drogas; y así el proceso continúa en forma acumulativa. Exactamente lo mismo sucede en el campo de lo espiritual.

Tenemos, pues, tres negativas de suma importancia. Volvamos ahora a lo positivo. Tenemos que evitar estas peligrosas trampas; pero, ¿no habrá algo más que podamos hacer? Aquí estamos, cansados de hacer el bien, pero ¿qué podemos hacer? Lo primero será autoexaminarnos. Empecemos por estudiarnos a nosotros mismos. No digamos simplemente que nuestro espantoso estado no puede evitarse. No nos entreguemos a los estimulantes, sino sentémonos y digámonos: "Y ahora, ¿por qué estoy cansado? ¿De dónde viene mi cansancio?". Sin duda ésta es una pregunta obvia, así que no debemos tratar la condición antes de diagnosticarla; no se aplica el remedio antes de conocer la causa del mal, pues resulta peligroso apresurarse a aplicar el tratamiento antes de conocer lo que provoca en mal. Primero hay que diagnosticar. Así que primero debemos preguntarnos por qué estamos cansados, y por qué hemos llegado a tal estado.

Esta pregunta tiene muchas posibles respuestas. Podemos llegar a tal condición simplemente porque trabajar físicamente demasiado duro. Es posible cansarse en el trabajo y no cansarse del trabajo. Es posible trabajar de más —no importa en qué campo, si natural o espiritual— y exigir de las energías y reservas físicas un esfuerzo excesivo. Quien trabaja mucho y bajo presión, tiene que sufrir. Por supuesto, si tal es la causa del problema, el remedio necesario es tratamiento médico.

Tenemos de esto un sorprendente ejemplo en el Antiguo Testamento. Seguramente recordamos el ataque de depresión espiritual que tuvo Elías cuando, después de su heroico esfuerzo en el Monte Carmelo, se sentó bajo un enebro para autocompadecerse. Pero lo que Elías realmente necesitaba era dormir y comer, ¡y Dios le dio las dos cosas! Antes de brindarle ayuda espiritual, le dio descanso y alimento.

Supongamos, sin embargo, que no sea ésta la causa del problema sino alguna otra cosa. Con mucha frecuencia ocurre que podemos encontrarnos viviendo la vida cristiana, o realizando el trabajo cristiano, mediante nuestras propias fuerzas. Podemos haber estado haciéndolo todo con nuestras fuerzas físicas en vez de recurrir al poder del Espíritu. Podemos haber estado trabajando con energía meramente carnal y humana, y hasta física. Podemos haber estado tratando de hacer nosotros mismos el trabajo de Dios; y si tratamos de hacerlo así, por supuesto que sólo habrá un resultado: finalmente el trabajo nos aplastará, porque es una obra que excede a nuestras fuerzas. De modo que debemos examinarnos a nosotros mismos y ver si en la realización de este trabajo estamos aplicando medios equivocados. Es posible predicar con energía carnal, pero quien lo haga muy pronto sufrirá de extenuación y depresión espirituales.

Surge entonces una pregunta aun más importante y más espiritual. Debo preguntarme a mí mismo por qué he estado realizando este trabajo, y cuál realmente ha sido mi motivación. He estado muy activo, disfrutando del trabajo que desempeño, y ahora resulta que éste ha llegado a serme una carga. Viene entonces la pregunta: ¿por qué realmente lo he estado haciendo hasta ahora? Esta pregunta puede resultar terrible, porque puede ser la primera vez que nos la planteemos. Todo lo hemos dado por hecho, suponiendo que nuestros motivos eran transparentes, pero podemos encontrarnos con que no era así. Hay gente que trabaja por la emoción y la excitación de trabajar. De esto no hay duda. He visto gente activamente comprometida en la obra cristiana porque les parecía hasta cierto grado emocionante. Hay gente que no es feliz a menos que siempre esté haciendo algo, y no siempre se da cuenta de que tras lo que hace está la emoción y la excitación de mantenerse en actividad. Podemos estar seguros de que actuando así llegaremos a agotarnos y cansarnos, como también podemos estar seguros de que también vendrá nuestro mayor enemigo, que es nuestro ego. En realidad, todo eso que hemos estado haciendo lo hemos hecho para satisfacer a nuestro ego, para agradarnos a nosotros mismos y

poder decir: “¡Qué maravilloso eres! ¡Cuánto has logrado hacer!”. El ego halaga nuestra vanidad, y tenemos que admitir que no todo ha sido para la gloria de Dios sino para nuestra propia gloria. Podemos alegar que no deseamos ser alabados, sino que “la gloria sea para Dios”, pero lo cierto es que nos gusta ver los resultados, y también nos gusta aparecer en los periódicos y todo lo demás. El ego ha hecho acto de presencia, y el ego es un amo terrible. Si trabajamos sólo para satisfacer y complacer de alguna manera a nuestro ego, el fin siempre será el cansancio y el aburrimiento. ¡Cuán importante es que nos preguntemos cuál es nuestra motivación en lo que hacemos!

Finalmente, debemos hacernos una pregunta muy importante: “¿Es este trabajo lo que me ha hecho sobrevivir? En vez de ser la obra de Dios, ¿ha sido esto una especie de móvil en mi vida?”. Estoy seguro de que muchos captarán lo que quiero decir con esto. Uno de los más grandes peligros en la vida espiritual es sacar provecho de nuestra propia actividad. En otras palabras, la actividad llega a ser, no algo que hacemos sino algo que nos da cuerda. Algunas de las más grandes tragedias que he visto, han sido las de personas que jamás se dieron cuenta de que durante años habían estado viviendo del vigor y de la fuerza que sus actividades les infundían. Esto los mantuvo activos, pero cuando se enfermaron o envejecieron, y no pudieron hacer ya lo que solían hacer, se deprimieron. No supieron qué hacer con ellos mismos, porque habían estado viviendo a base de su propia actividad. Supongo que ésta es una de las tendencias más obvias de nuestra civilización, y ciertamente es una de las mayores causas de neurosis en nuestros tiempos. Desafortunadamente, a tal grado el mundo ha perdido la cordura que nos mantenemos activos por ese terrible ímpetu y por la agitación de la vida, y en vez de que nosotros dominemos la situación, ésta nos domina a nosotros. Esto, en última instancia, nos agota y nos deprime.

Tenemos, pues, ante nosotros algunos de los elementos principales de este vital proceso de autoexamen, y me voy a permitir enfatizar este principio. Si en su vida personal, de alguna manera alguno de mis lectores se encuentra en este momento fatigado, le suplico que se detenga y se pregunte a sí mismo: “¿A qué viene esta fatiga? ¿Cómo es que sigo adelante?”. Le suplico que examine su actitud completa hacia la vida y hacia lo que hace en particular, y descubra qué impresión tiene de la vida cristiana, por qué se incorporó a ella, y qué significa ella en su vida, etc. Por favor, deténgase y hágase estas preguntas.

Voy a expresarlo en términos más positivos. De acuerdo con las enseñanzas del apóstol, hay ciertos principios importantes que debemos reconocer, si es que vamos a sanar de esta condición. En primer lugar, hay fases en la vida cristiana como en cualquier otro aspecto de la vida. El Nuevo Testamento habla de que debemos ser niños en Cristo, y habla también de crecimiento. Juan dirige su primera epístola a niños, jóvenes y ancianos. Ésta es una realidad, y la encontramos en las Escrituras. La vida cristiana no siempre es exactamente la misma; tiene un principio, una etapa intermedia, y luego viene el fin. Debido a estas fases, se presentan muchas variaciones, siendo tal vez los sentimientos los más variables. Se puede esperar que haya más sentimientos al principio, y normalmente sucede así. Pero ocurre con frecuencia que algunos cristianos se cansen porque ciertos sentimientos ya no se hacen presentes, pero no se dan cuenta de lo que realmente ha sucedido, y es que su edad ha cambiado. Al ver que ya no son lo que antes fueron, concluyen que están del todo equivocados. Sin embargo, tales cambios tienen lugar a medida que vamos creciendo y desarrollándonos espiritualmente, y obviamente todo esto hace que nuestra experiencia sea diferente. Voy a poner un ejemplo. Hace tiempo me tocó ver a una niñita, tal vez de unos cuatro años, en el momento en que salía de su casa con su madre, y no pude menos que fijarme en la forma en que salió de la casa, pues no caminaba sino que saltaba, brincaba y hacía cabriolas como un corderito; la madre, sin embargo, caminaba normalmente. Muy bien, asegurémonos de no pasar por alto el hecho de que algo semejante ocurre en la vida espiritual. A la niña le sobraba energía, y aún no había aprendido a controlarla; la madre en realidad tenía mucha más energía que la niña, aunque mirándolas de manera superficial se diría que la madre tendría menos porque caminaba tranquilamente. Sabemos, sin embargo, que no es así. La energía era realmente mayor en la madre, aunque parecía ser mayor en la niña. Precisamente por haber malentendido esta experiencia de tomar las cosas con tranquilidad, mucha gente piensa que ha perdido algo vital, y eso la conduce al desaliento y a la depresión. Reconozcamos que hay distintas fases, que hay etapas de desarrollo en la vida cristiana. Algunas veces el solo hecho de darse cuenta de esto resolverá todo el problema.

Vayamos ahora al segundo principio. “No nos cansemos de hacer el bien”. No lo olvidemos: se trata de “hacer el bien”. Pero eso es lo que tendemos a olvidar. Decimos: “¡Ah, semana tras semana, siempre lo mismo!”. Tal es nuestra actitud hacia la vida, y justamente por tener tal

actitud llegamos a cansarnos. Pero no debemos olvidar que Pablo dice que estamos en la vida cristiana, y que vivir la vida cristiana es “hacer el bien”. Si usted considera la vida cristiana como una tarea monótona, realmente está insultando a Dios. ¿Qué es nuestra vida cristiana? La pregunta es de lo más importante, y nuestra respuesta más frecuente es que tiene que ver con no hacer lo que otros hacen y con caminar por este camino recto y angosto; que es decir “no” a esto y comprometernos a aquello; que tiene que ver con ir a la iglesia. ¡Qué tarea más terrible! ¡En qué vida más difícil nos encontramos! ¿Acaso no es ésta nuestra actitud más frecuente? Y la respuesta a todo esto es que estamos comprometidos a “hacer el bien”. Cuando llegamos a considerar cualquier aspecto de esta vida cristiana simplemente como una tarea y un deber, y cuando para realizarla tenemos que acicatearnos y apretar los dientes, yo digo que estamos insultando a Dios y que hemos olvidado la esencia misma del cristianismo. La vida cristiana no es una tarea. La vida cristiana, por sí sola, es digna de llamarse vida. Esto la hace justa y santa, pura y buena. Esta es la clase de vida que el Hijo mismo de Dios vivió, y significa ser semejante a Dios mismo en santidad. Por eso quiero vivirla. No depende de mi decisión a esforzarme para de alguna manera seguir adelante. De ninguna manera. Simplemente debo tener presente que ésta es una vida grandiosa y excelente, que significa “hacer el bien”. ¿Cómo llegué a esta vida, la cual encuentro tan dura y difícil, y por la cual estoy siempre refunfuñando y quejándome? Hasta llevaría yo más lejos la pregunta: ¿cómo me incorporé a esta vida cristiana? Ya que estamos en el camino estrecho, ¿cómo llegué del camino ancho? ¿Qué cambios significativos han ocurrido? Para tales preguntas, sólo hay una respuesta. Hemos llegado de aquella vida a ésta porque el Hijo unigénito de Dios vino a este mundo a salvarnos. Se despojó de todo vestigio de su eterna gloria, y se humilló a sí mismo para nacer como un niño, y para dormir en un pesebre. Durante treinta años soportó el vivir en este mundo, donde fue escupido y menospreciado. Se le coronó con espinas y se le clavó en una cruz para sufrir el castigo que merecía mi pecado. Así es como llegué de aquella vida a ésta, y si alguna vez, aun por una fracción de segundo, pongo en duda la grandeza y la gloria, el prodigio y la nobleza de este camino en el cual estoy comprometido, entonces también yo le estoy escupiendo. ¡Eso ni pensarlo! “No nos cansemos de hacer el bien”. Amigos, si acaso piensan en su vida cristiana con tal animosidad, o la ven como una tarea u obligación gravosa, yo les pediría que vuelvan a los primeros tiempos de su vida,

los invitaría a desandar lo andado y trasponer el portillo por el cual entraron. Contemplan la maldad y el pecado del mundo; miren el infierno al cual estaban siendo conducidos, y luego miren al frente y dense cuenta de que se encuentran en el centro de la campaña más gloriosa en que podrían participar, que están en el camino más noble que el mundo haya conocido.

Voy a ir más allá. El siguiente principio es que la vida que vivimos aquí en la tierra no es sino una escuela de preparación. “No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos”. ¿Nos sentimos cansados y angustiados, y sentimos que no podemos más? Hagamos un repaso de nuestra vida y pongámosla en el contexto de la eternidad. Detengámonos y preguntémosnos qué significa todo esto, y veremos que se trata de una escuela de preparación. Esta vida no es sino la antesala de la eternidad, y todo lo que hagamos en este mundo es sólo un anticipo. Nuestros más grandes gozos son apenas las primicias y un pequeño bocado del eterno gozo por venir. ¡Qué importante es que recordemos esto! Lo que nos agobia es el pesado ajetreo de la vida diaria. Alguien dirá: “¡Un día más por delante!”, y hasta un predicador puede decir: “Otro domingo... ¡Y hoy tengo qué predicar dos veces!”. ¡Qué terrible es llegar a decir esto! A veces el pesado ajetreo puede llevarnos a decir eso, pero nuestra reacción debe ser mirarlo todo, ponerlo dentro de este gran contexto, y decir: “Vamos camino a la eternidad, y esta vida es la escuela donde nos preparamos para ella”. ¡Qué diferencia decir eso! Por eso Pablo nos dice: “Sigán adelante haciendo el bien, con la seguridad de que recogerán una buena cosecha. ‘No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos’”. En el momento en que nos demos cuenta de que la cosecha es algo seguro, no desmayaremos.

El problema es que “el mundo está demasiado con nosotros”. Estamos demasiado inmersos en nuestros problemas. Necesitamos ver hacia adelante, anticiparnos, mirar hacia las glorias eternas que resplandecen a lo lejos. La vida cristiana es degustar por anticipado los primeros frutos de la gran cosecha venidera. “Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman” (1 Co. 2:9). “Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2). Démonos cuenta en la mente y en el corazón del glorioso lugar adonde vamos. Este es el antídoto, éste es el remedio. La cosecha que recogeremos es una cosa cierta y segura. De allí que Pablo les diga a los corintios: “Por

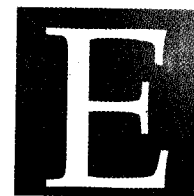
lo tanto, mis queridos hermanos, manténganse firmes e incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano" (1 Co. 15:58). Sigamos realizando nuestra tarea, al margen de nuestros sus sentimientos; continuemos trabajando, que Dios dará el crecimiento y enviará la lluvia de su misericordiosa gracia según la necesitemos. La cosecha será abundante. Esperémosla, que "¡a su debido tiempo cosecharemos!".

Por sobre todas las cosas, tomemos en cuenta al Amo para quien trabajamos. Recordemos cómo sufrió, y cuán paciente fue. Retomemos ese poderoso argumento del capítulo doce a los Hebreos. "[Ustedes] todavía no han tenido que resistir hasta derramar su sangre" (v. 4), pero él sí: descendió de los cielos y todo lo soportó, y ¡cuán paciente fue! ¡Cuán poco envidiable fue su vida! La mayor parte de su tiempo la pasó con gente ordinaria y despreciable que lo mal interpretaba. Pero él siguió adelante sin titubear, y jamás se quejó. ¿Cómo lo hizo? "Por el gozo que lo esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza" (Heb. 12:2). Así fue como lo hizo. Fue por el gozo que le esperaba, pues supo del día venidero de su coronación; vio la cosecha que iba a recoger y, al verla, tuvo el valor de no fijarse en estas otras cosas y pasó por ellas de modo glorioso y triunfante. Y nosotros tenemos el privilegio de ser como él. "Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme" (Lc. 14:26). Efectivamente. Hasta podemos tener el privilegio de sufrir por causa de su nombre. Al escribirles a los colosenses (1:24), Pablo dice algo de lo más extraordinario: reconoce que es su privilegio completar en él mismo "lo que falta de las aflicciones de Cristo". ¿Qué tal si nosotros, como cristianos, sin saberlo tenemos el mismo privilegio? Bien, recordemos a nuestro bendito Maestro, pongamos en él nuestros ojos y pidámosle que nos perdone por habernos dado el lujo de sentirnos cansados. Demos un nuevo vistazo a nuestra vida desde esta perspectiva, y mientras lo hagamos así podemos estar seguros de que nos encontraremos llenos de nueva esperanza, de nuevas fuerzas, de nuevo poder. No tendremos que recurrir a los estimulantes artificiales, ni a ninguna otra cosa, pues nos veremos nuevamente emocionados por el privilegio y el gozo de tener todo esto, y nos aborreceremos por haber refunfuñado y por habernos quejado, y seguiremos adelante con más gloria todavía, hasta que un día oigamos que nos dice: "¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! ¡Ven a compartir la felicidad de tu Señor!" (Mt. 25:21). "Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo" (Mt. 25:34).

# Disciplina

*Precisamente por eso, esfuércense por añadir a su fe, virtud; a su virtud, entendimiento; al entendimiento, dominio propio; al dominio propio, constancia; a la constancia, devoción a Dios; a la devoción a Dios, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.*

2 Pedro 1:5-7



En este primer capítulo de su segunda epístola, el apóstol Pedro trata con otro caso de depresión espiritual. En verdad, su propósito al escribir esta carta era el de ocuparse de éste, así que escribe para infundir ánimo en la gente desalentada, y desalentada a tal grado que parecía estar dudando de la fe que habían aceptado y en la que habían creído. Tal peligro puede surgir cuando se está en tal condición de depresión espiritual; si la condición persiste y continúa, invariablemente conduce a la duda y a la incertidumbre, lo mismo que a una propensión a mirar hacia atrás, a la antigua vida de la cual hemos sido liberados.

Afortunadamente para nosotros, en este caso el apóstol nos da una descripción muy atinada de tal condición, al tiempo que indirectamente nos dice varias cosas acerca de sus destinatarios. Por ejemplo, luego de hacerles una exhortación, expresa lo siguiente en el versículo 8: "Porque estas cualidades, si abundan en ustedes, les harán crecer en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, y evitarán que sean inútiles e improductivos". ¿Qué es lo que dice? Que "si [estas cualidades] abundan en ustedes", entonces llegarán a ser lo que no son ahora. ¿Y qué es lo que eran? "Les harán crecer en el conocimiento de nuestro

Señor Jesucristo, y evitarán que sean inútiles e improductivos”, con lo que implica que tal era su condición: “inútiles e improductivos”. Pero no sólo eso, sino que añade que ellos eran cortos de vista, y ni siquiera veían, pues ya no se acordaban de que habían sido limpiados “de sus antiguos pecados” (v. 9). En efecto, posteriormente Pedro sugiere que estos creyentes estaban a punto de caer, pues les dice que “si hacen estas cosas, no caerán jamás”, y no sólo eso sino que asegurarán “el llamado de Dios, que fue quien los eligió” (v. 10). Resulta evidente que en ese momento no estaban muy seguros de todo esto.

No hay duda de que estos eran cristianos. Esto lo estaremos repitiendo porque hay quienes tienen del cristiano cierta noción falsa y carente de base bíblica, que sostiene que quienes caben en la descripción que Pedro hace de esta gente no son realmente cristianos. Pero obviamente lo eran, pues de lo contrario Pedro no les habría escrito. Hay muchos que sostienen cierta noción falsa del cristiano, a quien se considera capaz de andar siempre en la cumbre de la montaña, y hay otros que piensan que no se es cristiano si no se está siempre allí. Tal punto de vista para calificar al cristiano es totalmente ajeno a las Escrituras. Tenemos aquí a unos cristianos que son infelices y de lo más ineficaces; su vida parece no conducir a nada, y no resultan de ayuda a los demás. No sólo eso sino que, en lo que a ellos concierne, no son muy productivos ni su fe los llena de gozo y de certidumbre. Son “inútiles e improductivos”. Las palabras los describen a la perfección: son ineficaces para ayudar a otros, y además faltos de sabiduría y de entendimiento. No han crecido en el conocimiento del Señor. Tienen a su disposición este inmenso conocimiento y entendimiento, pero no han echado mano de él, no han avanzado ni crecido en él; en ese aspecto, son improductivos. De hecho, aunque de manera definitiva y específica son cristianos, no parecen tener mucho que mostrar. Además, parecen no ser capaces de entender el significado de la conversión; parecen haber olvidado el hecho de que fueron “limpiados de sus antiguos pecados” (v. 9) y viven como si nada hubiera acontecido. Claro que, inevitablemente, todas estas cosas siempre van juntas: cuando hay falta de entendimiento y de productividad en este asunto de la comprensión, por lo general hay también una falla correspondiente en la vida, tanto con respecto a la propia santidad como a su utilidad y valor hacia otras gentes.

Tal es la descripción que hace el apóstol de esta gente y, por supuesto, todos nosotros conocemos alguien así. Es la clase de persona de quien nadie puede decir que no sea cristiano, aunque su vida muy poco lo

demuestra. Parece estar “atado en sombras y en miserias”, y no da la impresión de ser como nuestro Señor dijo que un cristiano sería cuando recibiera el Espíritu Santo: “De su interior correrán ríos de agua viva” (Jn. 7:38). Al contrario, da la impresión de esterilidad e improductividad; nada de lo que hace da frutos, ni parece influir en los demás. Por lo que a él respecta, su vida es débil y no parece crecer ni desarrollarse. Toda su vida parece totalmente ineficaz, y siempre está abatido e infeliz y sacudido por la duda. No parece poder dar “razón de la esperanza que hay” (1 P. 3:15) en él. Dice creer y, sin embargo, el fundamento mismo de su fe parece estar siempre al borde del colapso. Tal es la condición de la que el apóstol se ocupa aquí, y que ahora vamos a considerar.

Lo primero que tenemos que considerar es lo que da origen a esta condición. ¿Por qué alguien podría llegar a caer en tal estado? Hay cristianos que encajan en esta descripción. ¿Por qué son así? ¿Por qué no son productivos como otros cristianos, cuya vida es efectiva, y tienen vida y dan vida? ¿Cuál es la diferencia? Esa es la pregunta que debemos considerar, y parece quedar bien claro que aquí el apóstol llanamente le dice a esta gente que sólo hay una razón final para todas las manifestaciones de esta depresión, y que tal razón es la falta de disciplina y de orden en su vida. Pero, afortunadamente para nosotros, una vez más el apóstol no deja esto sólo en una declaración general. Los escritores del Nuevo Testamento nunca se quedan en generalidades sino que siempre van más adelante, presentan los detalles y consideran el problema punto por punto; afortunadamente, en este caso particular el apóstol lo hace así.

¿Por qué falta disciplina en la vida de esta gente? ¿Por qué tal falta, tal indolencia, resulta tan evidente en su vida? La primera razón parece ser su erróneo punto de vista en cuanto a la fe. Esto lo encuentro al principio del versículo cinco, donde Pedro les recomienda: “Precisamente por eso, esfuércense por añadir a su fe”, es decir, ellos debían complementar su fe, adornarla con lo que el apóstol menciona a continuación. Esto sugiere que ellos tenían una percepción equivocada de la fe. Esto es algo muy común. Parecen haber tenido una especie de concepto mágico en cuanto a la fe; en otras palabras, parecen haber creído que mientras se tenga fe todo estará bien, que la fe actúa en la vida de manera automática, y que lo único que el cristiano tiene que hacer es creer en la verdad. Lo que hay que hacer es aceptar la fe, y una vez hecho esto, todo lo demás viene solo. Sólo hay que dar un paso, tomar una decisión —o como se le quiera llamar— y nada más. Lo bosquejo casi como una

visión mágica o concepto automático de la fe, aunque tal vez pueda expresarlo de otra manera. Con mucha frecuencia se da lo que podríamos describir como visión mística de la fe, la cual explica los problemas de mucha gente. Por visión mística entiendo un concepto de la fe que la concibe siempre como un todo. Para decirlo en forma negativa, quiero decir que quienes así piensan no se dan cuenta de que la fe necesita complementarse con la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la piedad, el afecto fraternal y el amor, como el apóstol lo señala aquí. Pero hay quienes sólo cuentan con una fórmula, la cual es que hay que estar siempre “mirando al Señor”. Según esto, mientras estemos “mirando al Señor” no tenemos más que hacer. Según estas personas, cualquier intento por hacer alguna otra cosa es caer nuevamente en la creencia de la “salvación por las obras”. De modo que si alguien tiene un problema en su vida cristiana, ellos le recetan: “Pon los ojos en el Señor, y espera en él”.

Este error es muy común, y se le halla expresado de manera por demás interesante entre los expositores que sostienen este punto de vista. Cuando exponen ciertos pasajes de las Escrituras en los que se enfatizan mucho los detalles, obviamente ellos se encuentran en dificultades porque, desde su perspectiva, no hay que preocuparse por éstos. Lo único que hay que hacer es “esperar en el Señor y poner los ojos en él”. Mientras se haga esto, no hay nada más que hacer. Sin embargo, ésta es una de las causas que más producen la depresión espiritual y el letargo que estamos tratando. Tales personas se pasan la vida en esta condición de infelicidad. Todo el tiempo están tratando de aplicar a su vida esta exhortación de “esperar sólo en el Señor” y de “poner los ojos en él”. Durante algún tiempo, todo parece marchar bien; pero entonces, de una u otra manera algo sale mal, y ellos no parecen seguir “esperando”, y vuelve a aparecer la infelicidad; el problema se presenta de nuevo, y de este modo toda su vida se acaba tratando de mantener la única postura para ellos admisible. Como podemos ver, éste es un asunto de suma importancia, por lo que es necesario asegurarnos de que nuestro punto de vista de la fe coincida con el punto de vista neotestamentario, y que nos demos cuenta de lo que el apóstol quiere decir cuando habla de que tenemos que “añadir” a nuestra fe, o “complementarla” con algunas otras cosas.

La segunda causa general de esta condición es sin duda la pereza e indolencia, simple flojedad, o para usar el lenguaje del apóstol, falta de diligencia. “Precisamente por eso —nos dice— esfuércense . . .”. Pedro

se muestra muy preocupado por hacernos notar esto, y por lo tanto lo repite en el versículo diez. Me parece que todos sabemos algo al respecto. Hay una especie de indolencia o pereza general que a todos nos afecta, y que indudablemente la produce el diablo mismo. ¿Acaso no hemos notado todos que, cuando se trata de algo relacionado con la vida espiritual, parecemos no tener el mismo celo y entusiasmo ni aplicar la misma energía que ponemos en nuestro trabajo secular o vocación, profesión o negocio, placer u ocupación de nuestro interés? ¿Y no hemos advertido todos que, cuando hemos estado trabajando de lleno, en cierto modo nos sentimos de pronto sumamente fatigados si nos apartamos para una sesión de oración? ¿No es curioso que siempre que deseamos leer la Biblia nos sentimos cansados y con sueño? Quisiéramos creer que se trata de algo puramente físico, y que no podemos evitarlo; pero tan cierto como que el sol nos alumbra que, en cuanto empezamos a ocuparnos de las cosas espirituales, nos encontramos cara a cara con este problema de indolencia y de pereza, que nos aflige a pesar de la energía y buena disposición que poco antes mostrábamos.

En algunos casos se manifiesta en la actitud de dejar las cosas para más tarde. Deseamos leer la Biblia, queremos estudiarla, o queremos leer un comentario, pero no tenemos ganas de hacerlo en ese momento; pensamos que no es conveniente hacer algo cuando no nos sentimos en condiciones de hacerlo, y que es mejor posponerlo hasta sentirnos mejor, cuando se presente una mejor oportunidad. O no tenemos tiempo, o nos falta la oportunidad. ¿Con cuánta frecuencia hemos tenido todas experiencias así! Luego, llegado el momento, extrañamente nos encontramos con que no podemos hacerlo. No hace falta decir que la mayoría de nosotros vivimos en una total carencia de disciplina, orden y sistema. Tal vez nunca antes haya sido tan difícil la vida para el cristiano como lo es en nuestro tiempo. El mundo y la vida organizada que nos rodea hacen las cosas casi imposibles; lo más difícil en la vida es ordenarla y manejarla. La razón no es que estas cosas externas realmente nos obliguen sino que, si no percibimos el peligro de dejarnos arrastrar por ellas ni les ponemos un límite, podemos fracasar sin siquiera darnos cuenta. ¡Es tanto lo que nos distrae! Comenzamos por leer el diario matutino (muchas gentes empiezan leyendo dos), y algunas horas después vienen los diarios vespertinos. Todo esto nos bombardea. Claro que no estamos obligados a comprar un periódico, pero allí está, y todo el mundo lo compra. Tal vez nos lo entregan a la puerta de la casa. Se nos pone enfrente y, sin darnos cuenta, ya tenemos

algo que va a ocupar nuestro tiempo. No tengo que dedicar tiempo a hablar de esto en detalle; allí están la radio, la televisión, cosas que hacer, reuniones a las cuales asistir, incidentes aquí y allá, problemas que surgen. El hecho es que en nuestros días todo el mundo está luchando por salir bien librado, luchando por vivir y controlar su vida, por decidir cómo vivirla. Todos los pastores estarán de acuerdo conmigo cuando digo que lo que escuchamos con más frecuencia es lo siguiente: "No sé qué hacer. Tal parece que no tengo tiempo de leer mi Biblia ni de meditar como quisiera".

La respuesta es muy sencilla: lo que nos falta es disciplina, pura y simple disciplina, y orden en nuestra vida. No tiene caso que nos quejemos de las circunstancias. Todo vuelve a este punto, y no hace falta discutir al respecto: ¡Todos tenemos tiempo! Si podemos hacer otras cosas, entonces tenemos tiempo. El secreto del éxito a este respecto es apartar un tiempo e insistir en que lo dedicaremos a cuestiones del alma y no a otras cosas. Y la segunda causa del problema es la simple falta de disciplina en la vida, nuestra negligencia para ordenar, gobernar y controlar nuestras vidas, como en el fondo de nuestro corazón sabemos que deberíamos hacerlo.

Siendo ésta la causa, volvámonos al tratamiento. ¿Qué clase de tratamiento prescribe el apóstol para remediar esto? Precisamente lo contrario a la causa del problema. Antes que nada, recalca que "precisamente por eso", por esta razón, o en vista de todo esto —es decir, por las grandísimas y preciosas promesas que hemos recibido en todo lo perteneciente a la vida y a la santidad, y porque hemos escapado de la corrupción que hay en el mundo por causa de la concupiscencia— debemos esforzarnos, o poner "toda diligencia" (RV60). Por todo esto debemos esforzarnos, poner toda diligencia, o en las palabras del versículo diez, esforzarnos "más todavía" que antes por hacer estas cosas. He allí el tratamiento: debemos ejercitarnos en la disciplina y en la diligencia.

Tal vez esto halle mejor expresión si lo digo de manera simplemente histórica. ¿Cuándo hemos leído la vida de algún santo que haya adornado la vida de la Iglesia, sin que notemos de inmediato que las más grandes características de su vida fueron la disciplina y el orden. Invariablemente, ésta es la característica universal de todos los hombres y mujeres de Dios más sobresalientes. Leamos algo acerca de Henry Martyn, David Brainerd, Jonathan Edwards, los hermanos Wesley, y Whitfield. Leamos sus diarios. No importa a qué rama de la Iglesia

hayan pertenecido, todos disciplinaron su vida e insistieron en que era necesario hacerlo así. Obviamente, esto es algo en total acuerdo con las Escrituras, y que es absolutamente esencial. "Cualquiera que se acerca a Dios tiene que creer que él existe", dice el autor de la Epístola a los hebreos (11:6), y añade: "y que recompensa a quienes lo buscan". Debemos ser diligentes en nuestra búsqueda. Alguno me dirá: "Pero, ¿acaso no está usted inculcando con su predicación la justificación por las obras?". ¡Veamos cuán sutil es el diablo! "¿No es cierto que usted está volviendo a la herejía católicorromana, y a toda esa devoción católica?". Mi respuesta a tal argumento es que el apóstol Pedro, el apóstol inspirado, que deliberadamente hace un paréntesis para recordarnos que todas estas Escrituras son inspiradas, es quien nos dice que debemos "añadir" a nuestra fe todas estas cosas y esforzarnos por hacerlo así. Nos recomienda mostrar más celo y ser más activos. Y, por supuesto, no hay en esto ninguna contradicción. El error de la justificación por las obras consiste en confiar en la propia disciplina para la salvación del alma; pero lo opuesto a esa confianza en las propias obras no consiste en no hacer nada sino en hacerlo todo sin confiar en nada de lo que hacemos. El error no está en las obras que hacemos sino en poner nuestra fe y confianza en ellas. Pero, ¡vaya peligro más sutil! Tengo la impresión de que uno de los principales peligros en el protestantismo de hoy, y especialmente en los círculos evangélicos, es que nuestro temor a caer en el error de la justificación por las obras nos ha llevado a decir que las obras no importan en absoluto. Argüimos que la sola fe cuenta, y que por ser hombres y mujeres de fe no importa lo que hagamos, y que nuestra vida puede carecer totalmente de disciplina. ¡Ni siquiera lo pensemos! El antídoto contra la falsa confianza en las obras no es la indolencia, ni la falta de disciplina y el no hacer nada, sino más y mayor diligencia, más celo y más fe, a la que hay que añadir más fe. Pero debemos estar siempre conscientes de que nuestra sola acción nunca será suficiente, sino que Dios ciertamente galardona a los que diligentemente lo buscan. Tanta gente hay que asegura que daría cualquier cosa por tener tan sólo una pizca del conocimiento que tuvieron los santos. Hasta dicen: "Si pudiera llegar a tener ese gozo, ¡daría a cambio el mundo entero! ¿Por qué no puedo tener la experiencia de un corazón ferviente?". La respuesta es que en realidad nunca la han buscado. Observemos la vida de aquellos hombres y el tiempo que dedicaban a la oración y a la lectura de las Escrituras, así como a otras formas de autoexamen y de ejercicios espirituales. Ellos creían en cultivarse y en disciplinar su vida espiritual,



y por hacerlo así Dios los recompensó concediéndoles estas manifestaciones de gracia de Sí mismo y estas poderosas experiencias que enardecieron sus corazones.

De modo que ponemos en primer término la clara necesidad de la disciplina y el orden. En realidad, me siento tentado a ocuparme de este asunto ahora mismo y en forma detallada. Si estamos de acuerdo en la importancia de reivindicar el tiempo y de ordenar nuestra vida diaria, a toda cosa debemos insistir en que hay cosas que deben hacerse. En otras palabras, si realmente creo que la Biblia me es más importante que el diario, debo leerla antes de leer el diario. Y debo hacerlo sin importarme qué otra cosa deje de hacer. Debo insistir en mis momentos de oración y de meditación, y aunque no haga otras cosas debo orar y meditar. Por allí debo empezar, por este ejemplo de un elemento de orden que se reincorpora a mi vida. Mucha gente fracasa y llega a ser infeliz y se deprime simplemente porque no hacerse cargo de sí misma. Tengo que hacerlo yo mismo, pues nadie más puede hacerlo por mí, ni lo hará. Quien no se ocupa de estas cosas de manera detallada, seguirá siendo un cristiano deprimido. "Esfuércense", "esfuércense más todavía", "muestren más celo", encárguense de esto a toda costa.

El segundo principio es que debemos "complementar" nuestra fe. "Añadid a vuestra fe", dice algunas versiones (RV60, BJ, NBE, VM); una versión inglesa dice "suplementad"; y otra "equipad". Las autoridades nos dicen que el término griego se usaba en relación con la representación de un drama, y alude a la provisión de una especie de orquesta o coro, con la que se redondeaba y perfeccionaba la representación. Tal es, en efecto, el significado de la palabra: añadir algo, aparejar, completar o complementar, dar plenitud a la fe.

¿Qué estamos agregando a la fe? El apóstol nos da esta lista, y yo simplemente la menciono. Lo primero que dice es: "esfuércense por añadir a su fe, virtud". ¿Qué quiere decir con eso? Tenemos aquí nuevamente una palabra cuyo significado ha cambiado desde los días de Casiodoro de Reina. "Virtud" no tiene el sentido que comúnmente le asignamos ahora, ya que cada nombre de la lista es, en ese sentido, una virtud. Lo que aquí significa es "energía", energía moral, o "poder", y hasta "vigor". Esto es muy importante, ya que la condición de la cual se ocupa el apóstol es esa clase de vida cristiana floja, lánguida e indisciplinada, y comienza por recordarles: "No hay duda de que ahora ustedes creen la verdad y tienen fe, una fe tan preciosa como la nuestra" (2 P. 1:1). Y bien, ¿qué más deben hacer ellos al respecto? El apóstol les

dice que además de la fe que tienen deben abandonar su languidez. En otras palabras, debían añadir a su fe energía moral y ánimo, y no dejarse arrastrar a lo largo de su vida cristiana sino caminar vigorosamente, como se esperaba que lo hicieran, añadiéndole esa clase de fuerza y de poder. No debían ser cristianos lánguidos, siempre dando la impresión de estar a punto de desmayarse y desvanecerse, y listos a fracasar en cualquier momento. No se queden lánguidos, les dice el apóstol; infúndanle a su fe energía y poder: infúndanle virtud.

¡Cuán necesaria es esta exhortación! Comparemos y contrastemos al típico cristiano promedio con la típica persona promedio del mundo. El cristiano afirma estar interesado en las cosas espirituales y en el reino de Dios y en el conocimiento de Dios y de Cristo. Así lo afirma. Dice tener fe, y eso es lo que significa la fe. Comparémoslo, sin embargo, con la persona promedio interesada en los distintos juegos y en lo que sucede en el mundo de los deportes. La diferencia es notable: en la persona interesada en esas cosas no hay ninguna languidez. Fijémonos en su entusiasmo y su energía, y luego veamos en contraste al cristiano: qué lánguido, y cuán evidentemente apologético es. La razón es que este tipo de cristiano no ha añadido nada a su fe. Afirma ser cristiano y creer en la verdad, pero no "adorna" su fe.

"Esfuércense por añadir a su fe, virtud; a su virtud, entendimiento" (2 P. 1:5). Esto no significa simplemente conocer la doctrina, pues de ella tenemos ya una medida; de lo contrario, no tendríamos fe. Lo que significa es cierta clase de discernimiento; significa entendimiento, significa iluminación. En el momento de creer en Cristo, no lo sabemos todo ni lo entendemos todo por completo; eso es sólo el principio. En las epístolas del Nuevo Testamento hay constantes llamados y exhortaciones a crecer en entendimiento. "Que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento" (Fil. 1:9), dice Pablo, y eso es precisamente lo que el apóstol Pedro dice también aquí. Dice que no deben conformarse con sólo creer. Ya son cristianos, pero ahora tienen que entender la vida cristiana. Deben llegar a percibir los sutiles peligros que los rodean, y a entender también algo de la ingeniosidad de Satanás. Necesitan ganar entendimiento, de modo que hay que "añadir a su fe" y luchar por conseguir este discernimiento, esta capacidad de comprensión, esta iluminación. Cuán importante es que nos entreguemos a la lectura diligente de las Escrituras y de libros que hablen de ellas y de las doctrinas de la fe. Jamás llegaremos a entender verdaderamente la fe, a menos que nos dediquemos a estas cosas. Se trata de un proceso

que algunas veces resulta doloroso, y que ciertamente demanda toda la disciplina que podamos aplicar. Nunca el estudiante llega a estar capacitado en nada sin antes trabajar duramente. Las anécdotas acerca del tipo de brillante inteligencia, que nunca estudia pero obtiene el primer lugar en el examen, es puro mito. Esas cosas simplemente no suceden; son una mentira. Sin conocimientos —y nunca nadie los adquiere sin aplicarse al estudio— nadie puede nunca tener verdadero entendimiento ni verdadero conocimiento. Necesita aplicarse y disciplinarse. En realidad, complementar la fe con el conocimiento es un trabajo sumamente duro.

Sigue la templanza, que también significa dominio propio y no solamente controlar nuestra propia vida en términos generales. La templanza es algo mucho más detallado y especial; significa tener que controlar incluso lo que comemos y bebemos. Las autoridades alimenticias constantemente nos informan que mucha gente se encuentra en un pobre estado de salud física por comer y beber demasiado. Nadie duda de la verdad de esto, ni de que en el mundo moderno hay una creciente tendencia a caer en esto. Es algo que se nos impone y que se nos presenta como muy atractivo, y hay gente que con mucha frecuencia sufre de fatiga y de letargo simplemente por no tener templanza ni control de sí misma; no controla sus apetitos ni sus concupiscencias, ni sus pasiones y deseos; come o bebe demasiado, e incluso duerme demasiado. Un camino hacia el discernimiento en cuanto a esto es leer las vidas y los diarios de los santos, leer lo que ellos hacían consigo mismos, y cómo controlaban sus vidas. ¡Cuán temerosos eran de estas mismas cosas, y con cuánta claridad se dieron cuenta de que debían evitarlas a toda costa!

Paciencia significa aguante en el sufrimiento, seguir adelante aunque todo nos desaliente. Y esto tenemos que hacerlo nosotros mismos. Tenemos que añadir esto a nuestra fe. Lo cual no significa simplemente “poner los ojos en el Señor” de manera pasiva, sino que nosotros mismos tenemos que ejercitar esa paciencia, y hacerlo así constantemente, día tras día.

Viene luego la piedad, que en este caso indudablemente significa preocupación y cuidado en el mantenimiento de nuestra relación con Dios. Luego, en los dos últimos puntos de la lista Pedro se ocupa de nuestra actitud hacia nuestros semejantes. Con afecto fraternal se refiere a nuestra relación con nuestros hermanos cristianos. Y el amor es amor

hacia nuestros semejantes, aun cuando no se encuentren en el ámbito de la fe. Tenemos que fijarnos en todo esto detalladamente.

Luego de habernos llevado a través de todos estos pasos y etapas distintas, el apóstol nos anima a hacer todo lo que nos ha dicho que hagamos. ¿Cómo lo hace? Antes que nada, nos recuerda lo que somos. Nos dice que hemos llegado a “tener parte en la naturaleza divina” (2 P. 1:4). Si alguien considera que he estado predicando una doctrina rígida, y que esto reduce la vida cristiana a una tarea pesada, o si alguien se encuentra titubeante o lleno de dudas, permítame hacerle unas cuantas preguntas. ¿Está usted consciente de lo que es como cristiano? ¿Se da usted cuenta de que tiene “parte en la naturaleza divina”? ¿Se da usted cuenta de que el Hijo de Dios descendió del cielo a la tierra, y que hasta fue a la cruz del Calvario para salvarlo a usted, para librarlo del mundo y sus concupiscencias? “Luego de escapar de la corrupción que hay en el mundo debido a los malos deseos” (2 P. 1:4). La causa de la corrupción son los malos deseos. ¿Va usted a quedarse en tal condición? ¿No quiere huir de ella? Dése usted cuenta —y esto lo dice el apóstol— que Cristo murió para sacarlo de allí, y que ya lo ha sacado. Precisamente por esto, “esfuércense”. “Seguramente —arguye Pedro— no han olvidado ‘la purificación de sus antiguos pecados’; seguramente no han olvidado que han muerto con Cristo y que, por lo tanto, están muertos para la ley y muertos al pecado”. O como lo expresa Pablo: “Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él?” (Ro. 6:2). Tal es el argumento de Pedro. Tenemos que darnos cuenta de eso, y ¡qué tremendo estímulo resulta ser cuando nos enfrentamos a la batalla de la fe!

Pero no debemos detenernos allí. Démonos cuenta, dice el apóstol, de que sólo con hacer esto tendremos grande gozo y felicidad en el presente. “Por lo tanto, hermanos, esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió” (2 P. 1:10). Y nosotros podemos asegurarnos de su llamado y elección, si hacemos esto. Si no las hacemos, nunca seremos felices. No basta con decir: “La Palabra de Dios dice: ‘todo el que cree en él’, y yo creo. Así que . . .”. Esto, aunque cierto, no siempre satisface. Está bien que razonemos así, pues es parte de nuestra seguridad; pero si pensamos que la seguridad termina allí, estamos incurriendo en un grave error. Si queremos asegurarnos del llamado y de la elección de Dios tenemos que esforzarnos por hacer todo lo que el apóstol enumera, y al hacerlas tendremos gozo, paz y felicidad; sabremos dónde estamos, y cosecharemos estos primeros frutos de la gloria que nos espera.

“Si hacen estas cosas, no caerán jamás” (2 P. 1:10). Nada es más desalentador que nuestros varios fracasos. Caemos, y nos volvemos desdichados e infelices; sobreviene entonces la depresión, la cual nos hace sentirnos totalmente sin esperanza. Lo que hay que hacer entonces es evitar las caídas, y si las hacemos, nunca caeremos. Esto no significa que nos apartemos de todo y no hagamos nada. Lo que el apóstol dice es: “Si hacen estas cosas, no caerán jamás”. Así que pongamos todo nuestro empeño en hacerlas, para no caer.

Finalmente, nos dice —¡cuán glorioso es!— “se les abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 1:11). El apóstol no habla aquí de la salvación, porque sus destinatarios ya eran salvos, sino que habla de la entrada definitiva a la gloria. Fijémonos en la frase “se les abrirán”. El apóstol nos asegura que las puertas “se [nos] abrirán”. Se trata de la misma palabra que antes se tradujo como “añadir”. Si añadimos todo esto a nuestra fe, nosotros seremos “añadidos” al reino eterno. Es una acción recíproca. O dicho de otro modo, dice Pedro, “si hacen estas cosas, y si disciplinan y ordenan su vida, y complementan su fe de esta manera y con estas otras cualidades, nunca caerán” en el presente, y tendrán grande gozo y felicidad como resultado de su firmeza; y cuando llegue el fin, ustedes pasarán de esta vida a la próxima a toda vela, impulsados por las gloriosas brisas del cielo. No habrá vacilaciones, ni será una entrada con las velas caídas; más bien, “se [nos] abrirán de par en par las puertas del cielo”. Y no tendremos que decir como Lord Tennyson:

*Y que no cruja el timón  
cuando me haga a la mar.*

Porque no estaremos enfilándonos hacia un mar desconocido, sino que habremos pasado las tormentas de la vida y estaremos haciendo una entrada triunfal al puerto de nuestro eterno descanso y gloria en la presencia de Dios.

Si somos unos cristianos infelices y deprimidos, lo más probable es que todo se deba a falta de disciplina. Por lo tanto, levantémonos y actuemos; esforcémonos por complementar nuestra fe, y no tengamos temor. Aclaremos nuestras ideas y pongámoslas en práctica, complementando nuestra fe con esta fuerza y vigor, con este conocimiento y con esta templanza, con esta paciencia y con esta piedad, con este afecto fraternal y con este amor. Empecemos a disfrutar de nuestra vida

cristiana y a ser útiles y de ayuda a los otros. Crezcamos en la gracia y el conocimiento, para que podamos así atraer a todos los que nos conocen, para que vengan y se unan a nosotros en la misma fe preciosa, y para que experimenten la bendición de estas preciosas y magníficas promesas, las cuales nunca fallan.

# Pruebas

*Esto es para ustedes motivo de gran alegría, a pesar de que hasta ahora han tenido que sufrir diversas pruebas por un tiempo. El oro, aunque perecedero, se acrisola al fuego. Así también la fe de ustedes, que vale mucho más que el oro, al ser acrisolada por las pruebas demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele.*

1 Pedro 1:6, 7

**L**

uego de haber considerado muchas razones por las cuales los cristianos pueden sufrir depresión espiritual, llegamos ahora a la razón particular de la que se ocupa el apóstol Pedro en esta sección. Nadie puede dudar de que al escribir esta carta tenía como único objetivo tratar esta misma condición. De modo que comienza por recordarle a esta gente ciertas cosas, y pasa luego a desarrollar su tema, el cual presenta hablando de la gran salvación. “¡Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo! Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo, para que tengamos una esperanza viva y recibamos una herencia indestructible, incontaminada e inmarchitable...” (1 P. 1:3, 4), y añade: “Esto es para ustedes motivo de gran alegría, a pesar de que hasta ahora han tenido que sufrir diversas pruebas por un tiempo”. Así es como Pedro describe a sus destinatarios, para quienes esta bendita esperanza es “motivo de gran alegría”. No obstante, “han tenido que sufrir diversas pruebas”. Una vez más, como en tantos otros casos, la descripción resulta aparentemente contradictoria, pues habla de gente que experimenta gran regocijo y, al mismo tiempo, pasa por momentos difíciles. Ya hemos visto, sin embargo, que a menudo no hay en esto

nada contradictorio. Podríamos llamarlo paradójico, pero no contradictorio. A decir verdad, la condición de los cristianos, tal como se describe en el Nuevo Testamento, parece incluir siempre estos dos elementos, y nos encontramos con que estos cristianos de quienes escribe el apóstol, a un mismo tiempo tienen "motivo de gran alegría" y también "diversas pruebas".

Antes de continuar, debemos aclarar esto muy bien. Hay una visión superficial del cristianismo, que considera esto como algo totalmente imposible, y es la que afirma que en la vida cristiana todos los problemas simplemente desaparecen, y que ahora "todo el día lo pasamos muy felices". Quienes así piensan no pueden aceptar ni por un momento la descripción de Pedro, y hasta dudan de que cualquier cristiano que se halle afligido sea realmente cristiano. Hay enseñanzas acerca de la vida cristiana que dejan la impresión de que, tan pronto como alguien toma una decisión, o en cuanto alguien se convierte, se acaban las dificultades y el mar de la vida se apacigua; todo es perfecto y no hay un solo problema. Sin embargo, la respuesta más simple a tal punto de vista es que éste no es el cristianismo del Nuevo Testamento. Se trata, más bien, de la clase de atracción que los cultos han ofrecido siempre, y que también ofrece ahora la psicología moderna. Pero lo que más podemos agradecer a Dios es la honestidad con que nos hablan las Escrituras, pues nos presentan la simple verdad acerca de nosotros mismos y de nuestra vida en este mundo.

Debemos empezar, por lo tanto, por darnos cuenta de que éste es un postulado respecto de los cristianos. Pero no caigamos en un error en cuanto a la frase "momentos difíciles". Esto se refiere a esos estados de ánimo cuando nos hallamos apesadumbrados y molestos. No se trata solamente de que tengamos que sufrir ciertas cosas, sino que el hecho de sufrirlas nos causa pesadumbre. Esto nos lleva a estar molestos, y eso nos hace realmente infelices. Y así es como Pedro habla de estos cristianos: como personas que a un mismo tiempo muestran estas dos características: gran alegría y, sin embargo, evidente aflicción. Esto lo hallamos en las Escrituras con demasiada frecuencia. Un caso que ilustra esto a la perfección es la serie de paradojas que Pablo usa para describirse a sí mismo en 2 Corintios 4: "Nos vemos atribulados en todo, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, siempre llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús" (vv. 8-10), etc. A primera vista, estas declaraciones parecen excluirse mutuamente, pero

no es así; son una parte solamente de las paradojas de la vida cristiana. Esto es lo asombroso en cuanto al cristiano, que a un mismo tiempo experimenta ambas cosas. Pero alguien dirá: "Si esto es así, ¿dónde está el problema?". El problema radica en que fracasamos cuando no mantenemos el equilibrio y damos paso a la aflicción y a la pesadumbre, al derrotismo y al abatimiento. El peligro consiste, no en que estemos temporalmente molestos por ello sino en que puede llegar a ser un estado de ánimo prevalente, del cual no podremos librarnos, y cuyo resultado será que la gente que nos mire se fije más en nuestra "abrumadora aflicción" que en nuestra "gran alegría".

Lo que realmente estamos diciendo, y de lo que debemos darnos cuenta y tener presente, es que el cristiano no es alguien inmune a lo que sucede en su entorno. Tenemos que recalcar esta verdad porque hay algunos cuya noción y concepto totales de la vida cristiana hace del cristiano un ser enteramente antinatural. La pena y la aflicción son algo a lo cual el cristiano está sujeto, y en cierto sentido estoy dispuesto a argumentar que, en ciertas circunstancias, la ausencia del sentimiento de pesar en el cristiano no es recomendable para la fe cristiana. Eso sí es antinatural, eso va más allá del Nuevo Testamento y tiene sabor a lo estoico o al estado psicológico producido por un culto, más que a cristianismo. No hay nada más instructivo y alentador que recorrer las páginas de las Escrituras y observar que los santos de Dios han estado sujetos a las flaquezas humanas. Han sabido lo que es el pesar y la tristeza, han sabido lo que es sentirse solos, han sabido lo que es estar desilusionado. De esto hay en las Escrituras abundantes ejemplos, y tal vez lo notamos más en la vida del apóstol Pablo que en cualquier otro. Pablo estuvo sujeto a todo esto, y no lo oculta, pues era muy humano, a pesar de haber tenido una fe tan sorprendente y experiencias tan maravillosas en su comunión con su bendito Señor. Muy bien, todo esto puede hallarse en un punto de convergencia, y el cristiano no debe considerarse exento de los sentimientos naturales; ciertamente, tiene algo que lo capacita para sobreponerse a todo esto, pero la gloria de la vida cristiana consiste en sobreponerse a todo aunque sienta el dolor que todo esto causa. No se trata de no sentir nada. Establecer esta línea divisoria es de suma importancia.

Una vez establecido este postulado, pasemos a considerar por qué podría un cristiano encontrarse afligido y apesadumbrado. La respuesta, por supuesto, son las "diversas pruebas", o "tentaciones" (como también puede traducirse el término griego, aunque queda mejor traducido como

“pruebas”). Estos cristianos se encontraban así porque estaban pasando por múltiples pruebas. La palabra griega traducida en esta versión como “diversas” es muy interesante. Puede verse que era una palabra favorita del apóstol Pedro, pues más adelante la usa para referirse a la gracia de Dios. Significa “multicolor”, como el espectro con sus variados colores. Esta misma idea tuvo el poeta Shelley cuando escribió:

*Cual domo de policromos cristales,  
la vida empaña el albo brillo de la eternidad.*

Tal es el significado de la palabra usada aquí, y el apóstol dice que estos cristianos estaban afligidos por experimentar estas múltiples pruebas. Se presentan de diferentes modos y con distintos colores, en variadas formas y facetas, y su diversidad parece no tener fin.

¿Cuáles son estas pruebas? En esta epístola, Pedro deja en claro lo que tiene en mente. Muchos de estos cristianos estaban siendo perseguidos. En el segundo capítulo leemos: “Queridos hermanos, les ruego como a extranjeros y peregrinos en este mundo, que se aparten de los deseos pecaminosos que combaten contra la vida. Mantengan entre los incrédulos una conducta tan ejemplar que, aunque los acusen de hacer el mal, ellos observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios en el día de la salvación” (vv. 11, 12). El cristiano, por ser cristiano, está sujeto a sufrir esto en el mundo; inevitablemente está sujeto a ser mal entendido porque es un nuevo hombre, porque ha nacido de nuevo. Es un peregrino, un extranjero en tierra extraña. Vive de manera diferente, y tiene ideas y costumbres diferentes. Los otros que lo miran advierten la diferencia y no les gusta; de hecho, claramente dejan ver su disgusto. Los primeros cristianos estaban sujetos a persecución y a pruebas, las cuales se manifestaban así.

La Biblia nos presenta muchos relatos de pruebas como éstas, las cuales los santos de Dios han tenido que sufrir siempre. En efecto, cuando el apóstol Pablo le escribe a Timoteo llega incluso a decir: “Así mismo serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús” (2 Ti. 3:12). De acuerdo con las Escrituras, es una ley que mientras más aproximemos al Señor Jesucristo nuestra vida y nuestro modo de vivir, más probabilidades habrá de que encontremos problemas en el mundo. Mirémoslo a él: nunca hizo ningún mal, ni hubo engaño en su boca; dedicó su vida a sanar a la gente, a hacer el bien y a predicar; sin embargo, miremos la oposición y las pruebas que tuvo

que soportar. ¿Por qué? Porque era quien era. En lo más profundo de su corazón, el mundo odia a Cristo y a los cristianos; y los odia porque su santa manera de vivir lo condena. Esto al hombre de mundo le disgusta porque lo hace sentirse incómodo. El apóstol sabía lo que estos cristianos estaban sufriendo a manos de los malhechores, pero sigue adelante y en el capítulo cuarto lo dice aún más específicamente: “Ya basta con el tiempo que han desperdiciado haciendo lo que agrada a los incrédulos, entregados al desenfreno, a las pasiones, a las borracheras, a las orgías, a las parrandas y a las idolatrías abominables. A ellos les parece extraño que ustedes ya no corran con ellos en ese mismo desbordamiento de inmoralidad, y por eso los insultan” (1 P. 4:3, 4). El mundo estaba molesto con ellos porque habían abandonado esa clase de vida y ahora vivían la vida cristiana. Hacerse cristianos significaba entrar en conflicto inmediato con el mundo. La gente que antes se había mostrado amistosa con ellos, ahora empezaba a ignorarlos y criticarlos, a hablarles con rudeza y, lo que es peor, a hablar mal de ellos.

Esa era una de tantas cosas que les causaba pesar, y por eso estaban afligidos. Esto es algo que el cristiano ha tenido que sufrir a través de los siglos. Nada es más triste que ser malentendido por parte de la gente, y más difícil resulta aceptarlo cuando esto viene de algún ser querido y muy cercano a nosotros. ¡Qué difícil resulta cuando un cristiano es tal vez el único cristiano en la familia! Esta clase de pruebas suelen ocurrir, y que un cristiano no las afronte de una u otra manera sugiere que algo radicalmente erróneo debe haber en su cristianismo. El apóstol Pablo constantemente pasó por esto, como podemos recordar cuando dice: “Demas . . . me ha abandonado” (2 Ti. 4:10). Para Pablo, eso no fue algo de poca importancia, sino que le afligió mucho, pues tuvo que ser juzgado absolutamente solo; aquellos con cuyo apoyo creía poder contar súbitamente habían huido, y allí estaba él, completamente solo. “Nadie estuvo conmigo” (v. 16). Cosas así son las que afligen a un cristiano, y no tenemos más que leer las vidas de los santos para encontrarnos constantemente con esto. Leamos los diarios de Juan Wesley y encontraremos que él frecuentemente se hallaba en esta condición por causa de los malos entendidos. Esto se encuentra a gran escala en la vida de Carlos Haddon Spurgeon, en relación con la famosa controversia “Menosprecio”. Gente a la que había considerado amiga, y otros a quienes había instruido en su propio colegio a expensas de su propio bolsillo, de pronto se apartaron de él. Basta con leer su propio relato para ver como estaba herido y afligido. Su aflicción se debía a que aquellos en cuyo apoyo

había confiado, súbitamente le fallaron. No hay duda de que esto contribuyó a acortar su vida. Hace poco leí en los diarios de George Whitefield algo al respecto. Whitefield había gozado de una época de excepcional proximidad a Cristo, y se regocijaba de ello; pero incluye en su diario una nota para recordarse a sí mismo que, extrañamente, tales experiencias vienen seguidas frecuentemente de penosas pruebas, y por lo tanto dice: "Nuevamente me veré sujeto a esto". Lo sabía, lo había experimentado; en este mundo de pecado, esto es casi una ley inevitable en la vida del hombre de Dios.

Y aquí estaban estos cristianos, pasando por diversas pruebas. El término abarca más; significa todo lo que tiende a molestarlos, todo lo que toca la parte más sensible y delicada de nuestro ser y de nuestra mente, aquello que tiende a abatirlos. ¿Cómo afronta el apóstol esta situación? Del modo más interesante, y es lo que debemos hacer, si queremos mantener este doble aspecto de nuestra vida cristiana. Si hemos de seguir regocijándonos a pesar de lo que nos aflige, debemos enfocar y encarar todo esto tal y como nos dice el apóstol que debemos hacerlo.

¿Qué es lo que nos enseña? En primer lugar, establece un gran principio, y es que debemos entender por qué nos suceden estas cosas. Esta es lo primero que debemos hacer, ¡y cuán frecuentemente tenemos que repetírnoslo unos a otros! A veces pienso que el arte de la vida cristiana consiste en el arte de hacer preguntas. El peligro que afrontamos es siempre dejar que nos sucedan las cosas, y luego aguantarlas sin más protesta que un gemido, un rezongo o una queja. Lo importante es descubrir, de ser posible, por qué suceden estas cosas. Tratemos de encontrar una explicación, y en relación con esto el apóstol usa los siguientes términos: "Esto es para ustedes motivo de gran alegría, a pesar de que hasta ahora han tenido que . . . por un tiempo . . .". "¡Han tenido que!". ¡Allí está el secreto! ¿Qué quiere decir Pedro con esta frase? No hay incertidumbre al respecto. En el texto griego se trata de una declaración condicional, que bien puede traducirse como: "aunque ahora por un poco de tiempo, si esto ayuda". "Si esto ayuda" no es sólo una declaración general a efecto de que, en un mundo como éste, estas cosas sucedan. la frase tiene más fuerza. Pedro no dice: "Bien, ustedes están regocijándose grandemente en esta bendita esperanza, aunque en un mundo como éste tal vez tengan que soportar ciertas cosas". Eso está bien, y es del todo cierto, pero el apóstol no lo deja allí. Su declaración es de carácter afirmativo, pues dice: "De momento ustedes pasan por esta aflicción, porque ha resultado necesario que la sufran" (1 P. 1:6). De modo

que este es nuestro principio; en todo esto hay un propósito definido. Esto no es un acontecimiento accidental; no se trata de algo que pasa simplemente en razón de la organización total de la vida. Viene en ella, pero no es su razón principal. Todo esto viene, nos dice el apóstol, porque nos conviene, porque son parte de nuestra disciplina en esta vida y en este mundo, y porque (permítanme decirlo con toda franqueza) Dios así lo ha dispuesto.

Esta es la doctrina del apóstol y la doctrina de todo el Nuevo Testamento, lo mismo que la doctrina de los santos de todos los siglos. En otras palabras, debemos ver así la vida cristiana. En este mundo vamos caminando bajo la vigilante mirada de nuestro Padre celestial. Esto es lo fundamental: que el cristiano se vea en una relación especial con Dios. Esto no puede decirse de alguien que no sea cristiano. Mi vida entera cuenta con un plan y un propósito muy definidos; Dios se ha fijado en mí; Dios me ha adoptado y me ha incorporado a su familia. ¿Para qué? Para que él pueda perfeccionarme. Su objetivo es que yo pueda ser "transformado (cada vez más) según la imagen de su Hijo" (2 Co. 3:18). Eso es lo que Dios está haciendo. El Señor Jesucristo está trayendo muchos hijos a Dios, diciendo: "Aquí estoy yo, con los hermanos que Dios me ha dado" (Heb. 2:13). Si no partimos de este concepto fundamental, viéndonos a nosotros mismos como cristianos, lo más seguro es que interpretaremos mal todo esto y acabaremos por perdernos.

El aspecto más elemental de la doctrina bíblica nos enseña que Dios permite que estas cosas nos sucedan. Y más todavía. A veces Dios ordena que estas cosas nos sucedan para nuestro bien. otras veces puede hacerlo para disciplinarnos. Nos castiga por nuestra flojedad y nuestro fracaso. En el capítulo anterior estuvimos viendo cómo el cristiano deja de disciplinarse a sí mismo. Pedro exhorta a los cristianos a la autodisciplina, a añadir a su fe, a complementarla y no sólo a contentarse con lo mínimo de ella, sino que la dejen alcanzar su plenitud. Podemos no prestar atención a tal exhortación; podemos persistir en nuestra flojedad y en nuestra indolencia. Pero tal como yo entiendo la doctrina del Nuevo Testamento, si lo hacemos así no debemos sorprendernos si empiezan a sucedernos cosas. El argumento de Hebreos 12 lo expresa con fuerza: "Porque el Señor disciplina a los que ama" (v. 6). Si usted no ha conocido la disciplina, dudo de que alguna vez haya sido cristiano. Si usted puede decir que desde que creyó en el Señor nunca ha tenido ninguna dificultad seria, tal vez su experiencia sea psicológica y no espiritual. Como dije al principio, el realismo del

cristianismo es tal que enseña que Dios nos castigará, para nuestro bien, si no prestamos atención a las exhortaciones y al llamado de las Escrituras. También tiene Dios otros métodos. No hace esto con los que no pertenecen a la familia; pero si son sus hijos, los castigará para su propio bien. De modo que podemos estar experimentando múltiples pruebas como parte de nuestro castigo. No estoy diciendo que esto sea inevitable; sólo digo que así puede ser.

Sin embargo, algunas veces Dios hace esto como un preparativo para algo. Es una regla bíblica, la cual ha sido confirmada y ejemplificada en la larga historia de la Iglesia y de sus santos, que cuando Dios tiene para alguno de sus hombres una tarea particularmente grande para que la realice, generalmente lo pone a prueba. No importa qué biografía escojamos; tomemos la de cualquier hombre que de manera notable haya sido usado por Dios, y encontraremos que en su experiencia hubo un severo tiempo de prueba. Es como si Dios no se atreviera a usar a tal hombre, a menos que estuviera totalmente seguro de él. Así que es posible pasar por esta clase de experiencia debido a alguna gran tarea futura. Veamos a José y lo que le sucedió. ¿Podemos imaginar una vida más funesta? Todo parecía estar en contra suya. Sus hermanos le tenían celosos y se deshicieron de él. Fue llevado a Egipto, y allí la gente se volvió en su contra. No había hecho nada malo, pero las cosas iban en contra suya porque era lo que era. En todo esto, Dios sólo estaba preparándolo para el gran puesto que le tenía reservado. Lo mismo pasa con todos los grandes hombres de la Biblia. Miremos el sufrimiento de un hombre como David. En verdad, miremos a cualquiera de los hombres de Dios y encontraremos que sus vidas estuvieron llenas de pruebas y dificultades. El apóstol Pablo no fue la excepción. Miremos la lista de sus sufrimientos y pruebas en la Segunda epístola a los corintios, capítulos 11 y 12. Siempre ha sucedido así.

A juzgar por la enseñanza de las Escrituras y por la vida de los santos, parece también que algunas veces Dios prepara a un hombre así para una gran prueba. Quiero decir que Dios lo prepara para un gran prueba sometiéndolo a pruebas menores. Allí puedo ver brillar en toda su gloria el amor de Dios. En la vida sobrevienen ciertas grandes pruebas, y sería terrible que de pronto la gente fuera arrojada a una gran prueba desde el curso tranquilo y nada agitado de su vida normal. De modo que Dios, en su ternura y amor, algunas veces nos manda pruebas menores a fin de prepararnos para las mayores. Pero sólo si es necesario. Sólo si en realidad se hace indispensable; si Dios, mirándonos como

nuestro Padre, ve que eso es lo que necesitamos en ese momento. De modo que empezamos con este gran principio: que Dios ve y conoce lo que es mejor para nosotros, y lo que nos es necesario. Nosotros no nos damos cuenta, pero Dios sí, y como nuestro Padre celestial, se da cuenta de lo que nos hace falta y prescribe la prueba necesaria, la cual está destinada para nuestro bien.

Pero pasemos al segundo principio, que es el valioso carácter de la fe. En el versículo séptimo Pedro nos dice que estas cosas —estas diversas pruebas— tienen lugar para que “la fe de ustedes, que vale mucho más que el oro, demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele”. ¡Qué importante es esto! ¡El precioso carácter de la fe se pone de manifiesto en esta comparación que Pedro hace de ella con el oro. En efecto, lo que Pedro está diciendo es: “Miren al oro. Claro que es muy valioso, pero no tan valioso como la fe”. ¿Y cómo establece esto? Haciendo ver que el oro es algo que, en última instancia, habrá de perecer. Aunque el oro sea deslumbrante y muy valioso, sólo es algo temporal; en él no hay nada permanente. La fe, por el contrario, es eterna. El oro perece, pero no la fe, que es algo duradero y eterno. Aquello por lo que ustedes viven, dice el apóstol, es lo que explica por qué ustedes están en la vida cristiana. Ustedes están ya en la fe —sigue diciendo— y no se dan cuenta de lo maravillosa e increíble que es. Como pueden ver, dice el apóstol, caminamos por fe; toda nuestra vida es una cuestión de fe. Tan preciosa es a los ojos de Dios, y tan maravillosa e increíble, que Dios quiere que sea absolutamente pura. Ustedes purifican el oro en el fuego. Ustedes le quitan la escoria y todas las impurezas poniéndolo en el crisol y aplicándole intenso fuego. De ese modo todo lo demás se elimina, y lo que queda es el oro. El argumento del apóstol es que si esto lo hacemos con el oro que perece, ¡con mayor razón debemos hacerlo con la fe, ese extraordinario principio que vincula al hombre con Dios! La fe es lo que libra del infierno al hombre y lo pone en el cielo; es el punto de contacto entre este mundo y el mundo por venir; la fe es esta asombrosa experiencia mística que de un hombre muerto en sus transgresiones y pecados, puede crear un nuevo ser y hacerlo vivir como un nuevo hombre en Cristo Jesús. Por eso es tan preciosa. Y tan preciosa es que Dios quiere que sea absolutamente perfecta. He allí el argumento del apóstol. Estamos, pues, pasando diversas pruebas en razón del carácter de la fe.

Pero permitan expresarlo de manera ligeramente distinta. Como podemos ver, nuestra fe necesita ser perfeccionada; de modo que debe



haber grados de fe, diferencias en la calidad de la fe. En efecto, la fe es multifacética. Al principio, en lo que llamamos nuestra fe hay, por lo general, una buena cantidad de mezcla, una buena parte de la carne que no advertimos. A medida que empezamos a aprender estas cosas, y a medida que seguimos adelante, Dios nos somete a períodos de prueba. Nos pone a prueba como si nos probara en el fuego, a fin de limpiarnos de aquello que no pertenezca a la esencia de la fe. Tal vez nos imaginemos que nuestra fe es perfecta y que podemos hacerle frente a cualquier cosa. Pero súbitamente llega la prueba y nos encontramos con el fracaso. ¿Por qué? Bien, eso nos demuestra que el elemento de confianza en nuestra fe necesita desarrollarse; y Dios desarrolla ese elemento sometiéndonos a prueba de esa manera. Mientras más experimentamos estas cosas, más aprendemos a confiar en Dios. Naturalmente, confiamos en él mientras él nos sonríe; pero llega el día en que las nubes oscurecen los cielos, y empezamos a preguntarnos si Dios ha dejado de amarnos, y si realmente la vida cristiana es lo que pensábamos que era. ¡Ah!, nuestra fe no ha desarrollado ese elemento de confianza, y Dios nos trata así en esta vida para llevarnos a confiar ciegamente en él, aunque no podamos ver luz alguna, y hacer que lleguemos al punto en que podamos decir con confianza:

*Cuando todo parece estar en contra nuestra  
y llevarnos a la desesperación,  
sabemos que hay una puerta abierta  
y que un oído escucha nuestra oración.*

Esa es la verdadera fe; esa es la verdadera confianza. Miremos a alguien como Abraham. Dios lo había tratado de manera que pudiera “esperar contra toda esperanza” (Ro. 4:18). Abraham confió absolutamente en Dios cuando todo parecía estar en su contra, y eso es lo que falta desarrollarse en nosotros. Nosotros no empezamos así, pero según vamos pasando por estas experiencias nos encontramos con que “tras una providencia adusta Dios oculta el rostro de un Padre”. De modo que cuando las pruebas vuelven a presentarse, nosotros permanecemos tranquilos y sosegados, y aun podemos decir: “Sí, lo sé; no puedo ver el sol, pero sé que allí está. Sé muy bien que tras las nubes el Rostro de Dios me está observando”. Por medio de estas pruebas es como se desarrolla el elemento de confianza.

Lo mismo sucede con el elemento de la paciencia, o la resistencia paciente, la simple capacidad de seguir adelante y continuar a pesar del desaliento. Ésta es una de las pruebas más grandes que un cristiano puede llegar a afrontar. Por naturaleza, no somos pacientes. Iniciamos nuestra vida cristiana como niños, y todo lo queremos al momento; si nuestros deseos no se cumplen, nos impacientamos y refunfuñamos como niños, y nos quejamos y nos enojamos. Eso sucede porque nos falta paciencia y longanimidad. No hay nada que más recalquen las epístolas del Nuevo Testamento que esta capacidad de persistir, al margen de que las cosas nos salgan bien o mal. Tenemos que seguir adelante y decir: “En Dios habré de confiar, pues él sabe lo que más me conviene. Aun si me quitara la vida, yo seguiré confiando en él”. Eso es sufrir con paciencia, eso es ser persistente; y según vamos siendo sometidos a la prueba, todos estos elementos que habrán de añadirse a nuestra fe se van desarrollando y perfeccionándose.

Me voy a permitir establecer por último un principio general de la siguiente manera. El apóstol Pedro afirma que estas pruebas son esenciales para mostrar que nuestra fe es genuina. En efecto, Pedro usa la frase: “la fe de ustedes . . . al ser acrisolada por las pruebas . . .”. En este caso, “prueba” significa “certificación”. Lo que Pedro tiene en mente es la prueba que se hace de algo, y la certificación que se extiende luego de la prueba. Por ejemplo, el informe sobre un anillo puede ser: “En efecto, el anillo es de oro de 18 kilates”. Eso es lo que quiere decir cuando habla de “prueba”. A Pedro no le interesa el proceso como tal; la prueba es el certificado que comprueba lo genuino de nuestra fe. Así se manifiesta el carácter aprobado de nuestra fe. Por eso nos sucede todo esto.

Esto resulta evidente a todas luces. Lo que realmente certifica nuestra fe es el modo en que soportamos la prueba. Como seguramente recordaremos, en la parábola del sembrador nuestro Señor habla de la semilla que cayó entre abrojos. Todo parecía indicar que de allí saldría una cosecha maravillosa, pero no la hubo porque hubo otras cosas que ahogaron la Palabra. Nuestro Señor interpreta esto comparándolo con la forma en que se manifiestan las pruebas, las cuales vienen y aplastan la Palabra, y de tal modo la ahogan que nunca llega a dar fruto. Al principio se ve maravillosa, pero no dura mucho. Las pruebas demuestran que se trataba de una fe espuria, que no era real ni genuina. No hay nada que certifique mejor lo genuino de la fe como la paciencia, la loganimidad y la perseverancia, a pesar de todas las cosas. Así lo enseña nuestro Señor, y así lo enseña también el Nuevo Testamento entero.

No hay en la vida de los grandes santos nada tan maravilloso como el modo en que se mantuvieron firmes como la roca, mientras otros caían a su alrededor. Es la gloriosa historia de los mártires y de los grandes confesores. Ellos pasaron pruebas, pero se mantuvieron firmes en lo que sabían que era la verdad de Dios, sin ponerse a pensar en las consecuencias, y siguieron adelante con su fe resplandeciente. Y ahora, dice Pedro, esto mismo les sucede a ustedes, para que lo genuino de su fe se haga perfectamente evidente a todos. Los cristianos que se apartan no son una buena recomendación; y los que empiezan bien pero no siguen adelante desprestigian la fe. Lo que muestra la diferencia entre lo espurio y lo real es la capacidad de soportar la prueba. "No todo lo que brilla es oro". ¿Pero cómo probarlo? Pues echando el metal en un crisol, y poniéndole fuego abajo. Se verá cómo la escoria se quema mientras que el oro permanece, más puro que antes. Todo esto nos sucede para que lo genuino de nuestra fe pueda revelarse. Después de todo, esto es lo más importante.

Sólo agregaré una palabra más a lo que Pedro dice para infundirnos ánimo, y quiero que lo recordemos. ¿En qué consiste el consuelo? En que, aunque estas cosas nos suceden, sólo será "por un tiempo". "Esto es para ustedes motivo de gran alegría, a pesar de que hasta ahora han tenido que sufrir . . . por un tiempo . . .". No vayamos a pensar que lo que enseñó es que la condición perpetua del cristiano es este período de prueba, porque no es así. Todo esto va y viene, según Dios lo considera más apropiado. Jamás seremos sometidos a ninguna prueba que no sea para nuestro bien, ni Dios nos somete a pruebas todo el tiempo, sino que las retira dependiendo de nuestra respuesta a la enseñanza. Como lo dijo Whitefield, todo esto va alternándose, y Dios sabe exactamente cuándo y cómo enviarlo. Podemos estar seguros con el apóstol Pablo de que "no [hemos] sufrido ninguna tentación que no sea común al género humano. Pero Dios es fiel, y no permitirá que [seamos] tentados más allá de lo que [podamos] aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, él [nos] dará también una salida a fin de que [podamos] resistir" (1 Co. 10:13). Dios es nuestro Padre amante, y sabe hasta dónde podemos resistir. Nunca nos someterá a pruebas exageradas, sino sólo hasta un punto razonable; y cuando hayamos respondido, nos retirará la prueba. Ésta es sólo "por un tiempo". ¿Llegan estas palabras a alguno de nosotros que esté abatido y sobrecargado, para quien todo parece densa oscuridad? ¿Ya no tiene ese cristiano la libertad para orar que antes tuvo? ¿Casi ha perdido la fe que alguna vez tuvo? No se preocupe.

Usted está en las manos de su Padre, y tal vez esté llegando para usted un glorioso período, o tenga él reservada para usted alguna bendición excepcional. Tal vez quiera que usted realice una gran obra. No se desanime, que esto es sólo "por un tiempo". Usted está en las manos de su amante Padre, así que confíe en él y siga adelante. Persista y diga: "Estoy contento de estar sólo en tus manos. Mi única voluntad será el hacer la tuya".

El segundo punto es el siguiente. Cuando usted se encuentre afligido, tenga presente aquellos motivos "de gran alegría". Esto es algo que todos tenemos que hacer. El problema es que, cuando vienen las pruebas, tendemos a no ver otra cosa más que las pruebas, nada que no sea un cielo nublado. En momentos así, lo que debemos hacer es ir al versículo tercero de este capítulo. Cuando ya no veamos ninguna otra cosa, abramos las Escrituras y empecemos a leer estas palabras. Aunque de momento no veamos nada más que oscuridad, leamos este versículo y digamos: "¡Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo! (¡Yo sé que esto siempre es verdad!) Por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo, para que tengamos una esperanza viva y recibamos una herencia indestructible, incontaminada e inmarchitable. Tal herencia está reservada en el cielo para [nosotros], a quienes el poder de Dios protege mediante la fe hasta que llegue la salvación que se ha de revelar en los últimos tiempos" (1 P. 1:3-5). Recordemos esto y digamos: "Sí, todo esto me está sucediendo; estas pruebas llueven sobre mí, y caen a mi alrededor, ¡pero no voy a hundirme bajo su peso, ni a autocompadecerme! Más bien, me levantaré y diré: 'Sé que Dios es bueno; sé que Cristo murió por mí; sé que pertenezco a Dios; sé que mi herencia está en el cielo; aunque no la puedo ver ahora, sé que allí está; sé que Dios la está cuidando, y que nadie la arrebatará de sus manos poderosas'". Repitémonos esto. Recordemos nuestros motivos "de gran alegría", aunque sea "por un tiempo", si acaso nos es necesario afrontar "diversas pruebas".

Pasemos luego a la declaración final, que es ésta: "Así también la fe de ustedes, que vale mucho más que el oro, al ser acrisolada por las pruebas demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele". Está en camino, y no sé cuándo llegue, pero sé que el Día de Jesucristo está en camino y que yo estaré allí. Por lo tanto, sé que este es el objetivo final de todo lo que me sucede en esta vida y en el mundo. Va a ser un "gran día". Recordemos lo que Pablo escribe acerca de los

predicadores (esto es, de Apolos y de él mismo, y de otros) en 1 Corintios 3, cuando dice que todos estamos construyendo sobre un determinado fundamento. Algunos construyen con heno, madera y hojarasca; otros cuidadosamente construyen con material sólido, pero —advierte Pablo— “el día del juicio la dejará al descubierto” (v. 13). Las obras de cada uno de nosotros será puesta a prueba y sometida al fuego. Muchas de éstas se volverán humo, pues “el día del juicio las dejará al descubierto”. Ese día pondrá de manifiesto quién ha estado construido con solidez y quién ha construido apresuradamente con materiales de poca o ninguna consistencia. “Por mi parte —dice Pablo—, muy poco me preocupa que me juzguen ustedes o cualquier tribunal humano; es más, ni siquiera me juzgo a mí mismo” (v. 3). Pablo ha dejado el juicio en las manos de Dios, y sabe que en el día de la revelación del Señor Jesucristo se hará una declaración (1 Co. 4:1-5).

Pedro nos recuerda que eso es lo que debemos esperar. Cuando llegue el gran día, lo genuino de nuestra fe quedará de manifiesto. Habrá alabanza, honor y gloria; y nuestra fe, que consideramos tan pequeña, alcanzará una estatura imponente por haber resistido la prueba, y ofrecerá “alabanza, honor y gloria”. ¿Pero a quién? A Dios, antes que a nadie. Ya antes he usado esta cita, cuando el Señor Jesucristo dice: “Aquí estoy yo, con los hermanos que Dios me ha dado” (Heb. 2:13). En ese gran día, Jesús se levantará y mirará con gran satisfacción al pueblo cristiano, al cual llamó, y que habiendo pasado gran tribulación, habrá soportado la prueba sin claudicar. Jesús los mirará con orgullo, y en ese día que ya se acerca ellos lo alabarán, honrarán y glorificarán.

Pero ese honor y esa gloria y alabanza también serán nuestros, de cada uno de nosotros. Participaremos en esa gloria, y le oiremos alabarnos cuando diga: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! . . . ¡Ven a compartir la felicidad de tu Señor!” (Mt. 25:21). Y nos vestirá con su propia gloria, y pasaremos la eternidad disfrutando de su presencia. Y mientras más grande y más genuina haya sido nuestra fe, mayor será nuestra gloria. “Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo” (2 Co. 5:10). Habrá un juicio en el que se darán recompensas, y la nuestra será en conformidad con nuestra fe y con el modo como hayamos soportado la prueba.

Tal vez ahora estemos afligidos y pasando por muchas tentaciones y pruebas, y tal vez vayamos llorando por el camino. No importa.

Contamos con la promesa de que un día vendrá, cuando estaremos con él en su eterna gloria, y “el Cordero que está en el trono . . . [nos] guiará a fuentes de agua viva; y Dios enjugará toda lágrima de [nuestros] ojos” (Ap. 7:17).

Así es como los cristianos enfrentamos las pruebas. Gracias a Dios porque estamos en sus manos. Éste es su camino de salvación, no el nuestro. Sometámonos a Dios, regocijémonos de estar en sus manos, y digámosle: “Envíanos lo que quieras; nuestra única preocupación es poder complacerte siempre”.

# El castigo

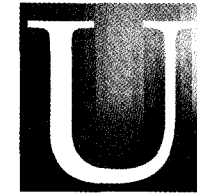
El castigo es una disciplina que Dios usa para corregir a los hijos que se desvían de su camino. Es un acto de amor que busca restaurar la vida espiritual y la obediencia a Dios. El castigo no es un fin en sí mismo, sino un medio para lograr la santificación y la paz interior.

*Y ya han olvidado por completo las palabras de aliento que como a hijos se les dirige:*

*“Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo”.*

*Lo que soportan es para su disciplina, pues Dios los está tratando como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien el padre no disciplina? Si a ustedes se les deja sin la disciplina que todos reciben, entonces son bastardos y no hijos legítimos. Después de todo, aunque nuestros padres humanos nos disciplinaban, los respetábamos. ¿No hemos de someternos, con mayor razón, al Padre de los espíritus, para que vivamos? En efecto, nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad. Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella.*

Hebreos 12:5-11



Una de las causas que más producen depresión espiritual es el no darnos cuenta de que, en el proceso de nuestra santificación, Dios usa distintos métodos. El es nuestro Padre, y nos ha amado con “amor eterno” (Jer. 31:3), y el gran propósito que tiene para nosotros es nuestra santificación: “La voluntad de Dios es que sean santificados” (1 Ts. 4:3), “para que seamos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). La mayor preocupación de Dios por nosotros no es, en primer término, nuestra felicidad sino nuestra santidad. Por el gran amor que nos tiene ha determinado que lleguemos a la santidad, y con ese fin usa los más variados medios.

Pero la causa de nuestros frecuentes tropiezos es el no darnos cuenta de esto. A veces, en nuestro pecado e insensatez, hasta malinterpretamos completamente la forma en que Dios actúa con nosotros. Sentimos, como unos niños necios, que nuestro Padre celestial no nos trata bien, y nos autocompadecemos y nos ponemos tristes, y tenemos la impresión de que Dios nos está tratando con dureza. Esto, por supuesto, nos lleva a la depresión, y todo se debe a que no nos damos cuenta de los gloriosos propósitos de Dios con respecto a nosotros.

Tal es el punto que de manera extraordinaria y perfecta trata este capítulo doce de la Epístola a los hebreos. El tema de este capítulo es que a veces Dios promueve la santificación de sus hijos mediante el castigo, y especialmente capacitándolos para entender el significado del castigo. Quisiera que nos enfocáramos en este tema. Tal vez en ninguna otra parte veamos con más claridad el hecho de que la santificación, que es *obra de Dios, está relacionada con el tema del castigo*. “Pónganse a pensar en todo lo que están sufriendo —parece decir el escritor— ¿por qué lo sufren?”. Y responde que lo están sufriendo porque son hijos de Dios, y que Dios está haciendo todo esto para el bien de ellos. “Porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo” (Heb. 12:6). Podemos notar también que, no contento con haberlo expresado así, lo dice también en forma negativa: “Lo que soportan es para su disciplina, pues Dios los está tratando como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien el padre no disciplina? Si a ustedes se les deja sin la disciplina que todos reciben, entonces son bastardos y no hijos legítimos”. Es decir, no son realmente parte de la familia; en una palabra, no son hijos. Ésta, por supuesto, es una declaración muy significativa, y voy a permitirme expresarla como un principio. Lo que el autor de esta carta está diciendo en realidad, es que la totalidad de la salvación es obra de Dios, de principio a fin, y que Dios tiene sus medios de producirla. Una vez que Dios inicia la obra, la lleva a cabo. “El que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús” (Fil. 1:6). Dios no empieza una obra para luego abandonarla o dejarla inconclusa. Cuando Dios inicia su obra en su pueblo, la realiza por completo. Dios tiene para ellos un objetivo y un propósito final, y es que ellos puedan pasar con él la eternidad en gloria. Mucho de lo que nos sucede en este mundo debe entenderse y explicarse a la luz de esta realidad, que es tan clara como el agua. Según este argumento humano, Dios nos llevará a alcanzar tal condición, y nada habrá de impedir que la alcancemos.

Dios tiene varios modos de hacerlo. Uno de ellos es instruirnos mediante las grandes doctrinas y principios que la Biblia nos enseña. Dios nos ha dado su palabra. Por medio del Espíritu Santo, Dios hizo que los hombres la pusieran por escrito para nuestra enseñanza, a fin de que *pudiéramos prepararnos y perfeccionarnos*. Pero si nos ponemos recalcitrantes y no queremos aprender las lecciones que tan positivamente se nos presentan en la Palabra, entonces Dios, como nuestro Padre que es, y teniendo a la vista el gran fin y objetivo de perfeccionar-

nos y prepararnos para la gloria, adoptará otros métodos. Uno de esos métodos es la disciplina. Los padres terrenales dignos de ser llamados así —los días en que vivimos son tan laxos que apenas si podemos usar este argumento en el sentido en que el autor de esta carta lo hizo— recurren a este método: castigan a sus hijos para su propio bien, y si como resultado de la instrucción positiva el hijo no se comportando *correctamente, entonces debe aplicarse el castigo y ejercerse la disciplina*. Esto, aunque doloroso, es necesario, y el buen padre no lo descuida. El autor de esta carta nos dice que Dios es así, e infinitamente más. Por lo tanto, si no queremos obedecer las lecciones positivas y las instrucciones de la Palabra de Dios, entonces no debe sorprendernos que otras cosas empiecen a sucedernos. No debe sorprendernos que empecemos a pasar por ciertas experiencias dolorosas. Esto, nos dice el autor de Hebreos, Dios lo hace deliberadamente, como parte del proceso de nuestra santificación. Y podemos notar la fuerza con que lo dice: *conforme a su argumento, tenemos que examinarnos a nosotros mismos y descubrir si estamos experimentando esto de manera completa, pues claramente afirma que si no hemos experimentado esta clase de trato, resulta muy dudoso que seamos hijos*. Si no sabemos nada de este proceso, no somos hijos legítimos sino bastardos, y no pertenecemos a Dios, “porque el Señor disciplina a los que ama”. En cierto sentido podemos decir que la persona que debería ser más infeliz es aquel cristiano, o cristiano profesante, que no está consciente de este trato. Y deberíamos preocuparnos si no es así. Lejos de molestarnos por este proceso, deberíamos darle gracias a Dios, pues estará dándonos una prueba de que somos sus hijos, pues nos estará tratando como a tales. Estará disciplinándonos y reprendiéndonos a fin de ajustarnos al modelo y de que seamos dignos de él, que es nuestro Padre.

Esto ocurre constantemente en la vida y en la experiencia de los hijos de Dios. También es algo que enseñan todas las Escrituras. Los casos y ejemplos que podrían citarse son innumerables. Tomemos, por ejemplo, el gran mensaje del Salmo 37. O el tremendo mensaje del libro de Job. También encontramos que el apóstol Pablo se ocupa de esto en el capítulo quinto de la Epístola a los romanos, donde habla de regocijarse en la tribulación, etc., y está presente en la argumentación del capítulo ocho de esa misma epístola; volvemos a encontrarlo en la Primera epístola a los corintios, y en el capítulo once, en la sección que habla de la eucaristía. El apóstol nos hace saber que había miembros de la Iglesia enfermos y debilitados por no vivir la vida cristiana: “Por eso hay entre

ustedes muchos débiles y enfermos". A decir verdad, muchos habían muerto por causa de eso: "incluso varios han muerto" (1 Co. 11:30). Leamos luego el primer capítulo de la Segunda epístola a los corintios y encontraremos al apóstol hablando de la experiencia que ha tenido, y hace ver que lo sucedido tuvo lugar a fin de que él pudiera aprender no a confiar en sí mismo sino en el Dios vivo. Otra gran declaración clásica de esta enseñanza se encuentra en el capítulo doce de la Segunda epístola a los corintios, donde Pablo habla de "una espina . . . clavada" (2 Co. 12:7) en su cuerpo, y presenta todo su razonamiento y argumentación al respecto: todo esto tenía el propósito de mantenerlo en la condición espiritual correcta, para que no se exaltara demasiado a sí mismo. Se le clavó una espina en el cuerpo, y aunque Pablo le rogó a Dios tres veces que se la quitara, Dios no lo hizo. Al fin de cuentas, Pablo aprendió la lección y de este modo se promovió su santificación. Leamos también el primer capítulo de la Epístola de Santiago: "Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas" (1:2), etc. Es algo de lo cual debemos regocijarnos. Y veámoslo luego todo resumido en la palabras mismas del Señor resucitado, tal como se encuentran en el versículo diecinueve del tercer capítulo del libro del Apocalipsis: "Yo reprendo y disciplino a todos los que amo".

Así que podemos ver cómo esta gran doctrina se desarrolla a través de la Biblia. En verdad, todo el trato que Dios les dio a los hijos de Israel bajo la antigua dispensación no es otra cosa que un extenso comentario al respecto. Hizo con ellos lo que hizo porque eran su pueblo. "Sólo a ustedes los he escogido entre todas las familias de la tierra. Por tanto, les haré pagar todas sus perversidades" (Am. 3:2). Dios los trataba así porque eran sus hijos.

Por tanto, la pregunta que obviamente se nos plantea es: ¿Qué es la disciplina? ¿Qué significa? "Educación". Ése precisamente es el significado fundamental de la palabra: la educación a la cual se somete a un niño, el método de educarlo. Tendemos a confundirla con la palabra "castigo"; pero aunque incluye corrección, también incluye instrucción, reprensión y, en realidad, hasta puede incluir algo de castigo; sin embargo, el objeto esencial y característico de la disciplina es el de educar y desarrollar al niño para hacer de él una persona adulta. Ahora bien, si tal es el significado de disciplina, veamos por un momento cómo la aplica Dios.

¿Cómo corrige Dios a sus hijos? Mayormente, a través de las circunstancias, de toda suerte y clase de circunstancias. Nada es más importante en la vida cristiana que darnos cuenta de que todo lo que nos sucede tiene significación, si tan sólo podemos percibirla. Nada de lo que nos sucede es accidental. Ni un gorrión "caerá a tierra sin que lo permita el Padre" (Mt. 10:29), dice nuestro Señor, y si puede decirse eso de un gorrión, con mayor razón puede decirse de nosotros. Sin la voluntad de nuestro Padre nada puede sucedernos. Las circunstancias —agradables o desagradables— nos afectan constantemente, y tienen como propósito producir nuestra santificación. Debíamos, por lo tanto, desarrollar cierta capacidad de observación y estar siempre atentos a aprender, e investigando y haciendo preguntas.

Me voy a permitir particularizar. La Biblia claramente nos enseña que una de las circunstancias especiales que Dios usa con mayor frecuencia puede ser alguna pérdida financiera, algún cambio en nuestro status material, la pérdida de bienes y posesiones, y la pérdida de dinero. Éstas son circunstancias que Dios usa con frecuencia. De esto podemos encontrar relatos completos en el Antiguo Testamento, y también ha sucedido con frecuencia en la historia subsecuente de la iglesia como pueblo de Dios, donde por medio de alguna pérdida en el sentido material o temporal Dios ha dado una lección a alguien, lección que evidentemente no habría podido recibir de otra manera.

Tomemos también, por ejemplo, la cuestión de la salud. Ya he mencionado antes la Primera epístola a los corintios, capítulo once. El apóstol nos enseña de manera enteramente gráfica que había gente enferma y debilitada porque Dios les había mandado estos males para enseñarlas y educarlas. "Así que cada uno debe examinarse a sí mismo antes de comer el pan y beber de la copa. Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condenación. Por eso hay entre ustedes muchos débiles y enfermos, e incluso varios han muerto" (1 Co. 11:28-30). Éste es un método que Dios ha usado con frecuencia, de modo que quienes dicen que Dios nunca quiere que los cristianos nos enfermemos o estemos débiles, simplemente están negando las Escrituras. Pero no caigamos en la trampa de creer que yo enseñe que toda enfermedad es un castigo enviado por Dios. ¡De ninguna manera! Simplemente, lo que estoy diciendo es que a veces Dios usa este método para reprender a sus hijos. Si entendemos que "por eso" muchos están enfermos y otros están débiles, es en todo caso es la acción de Dios, que permitió que les sucediera, o que puede habérselo enviado para su

propio bien. La voluntad de Dios es más importante que la salud del cuerpo, y si alguien no quiere someterse ni sujetarse a la enseñanza positiva de la Palabra, tengamos entonces por seguro que Dios se ocupará de esa persona, y para hacerlo reflexionar muy bien puede enviarle una enfermedad, o hacerlo caer en cama. Quisiera mencionar el caso del gran doctor Thomas Chalmers, quien siempre decía que lo que lo hizo entender realmente el Evangelio, y acercarse a Dios y ponerse a su servicio, fue una enfermedad que lo tuvo en cama durante casi doce meses. Chalmers había sido un brillante predicador "científico" e "intelectual", pero se levantó de su lecho de enfermo como un predicador del Evangelio, y daba gracias a Dios por haberlo visitado de esta manera. Algo parecido lo encontramos en la Segunda epístola de Pablo a los corintios, capítulo primero y versículo nueve, donde nos cuenta que él y otros se sentían como "sentenciados a muerte". Después, en el capítulo doce, viene su clásica declaración en cuanto a la "espina . . . en el cuerpo" (v. 7). Dios no le quitó esa espina al apóstol porque quería enseñarle a decir: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co. 12:10), y a regocijarse en la enfermedad más que en la salud, para que Dios fuera glorificado. No hay duda de que Dios permitió que esto sucediera, y hasta pudo haber puesto allí la espina, a fin de disciplinar y educar tan peculiarmente a su siervo.

Del mismo modo, Dios ha permitido la persecución. Estos hebreos cristianos estaban siendo perseguidos. Por eso se sentían tan infelices. Por ser cristianos, sus bienes les habían sido robados y sus casas habían sido destruidas, y ahora preguntaban: "¿Por qué Dios nos trata así? ¡Y nosotros que pensábamos que si creíamos al Evangelio nos iría bien siempre! Parece, sin embargo, que estamos llenos de problemas, mientras que a los no cristianos les va muy bien y prosperan en todo. ¿Por qué?" La respuesta a su pregunta la hallamos en el capítulo doce.

Sin embargo, la doctrina va más lejos, al grado de sugerir que algunas veces Dios emplea la muerte de este modo: "hay entre ustedes muchos débiles y enfermos, e incluso varios han muerto" (1 Co. 11:30). Esto es un misterio, y nadie lo puede entender, pero es lo que claramente enseñan las Escrituras, y por lo tanto digo que debemos darnos cuenta de que todo esto tiene alguna significación. Dios nos lleva a cumplir su propósito por medio de las circunstancias y de lo que nos ocurre en esta vida, en este mundo, en nuestra carrera, en un examen aprobado o reprobado, en la salud o en la enfermedad, o por medio de todo esto. Si somos hijos de Dios, todas estas cosas nos resultan significativas y debe

aprender a examinarlas para descubrir su mensaje. De este modo nuestra santificación se verá promovida.

Dios tiene otro modo de disciplinarnos, y debo ponerlo en una categoría aparte. Es el siguiente: no hay duda de que algunas veces, y precisamente con este propósito, Dios parece retirarse y darnos la espalda. Como sabemos, ése es el gran tema del libro de Job, pero podemos también hallarlo en los capítulos cinco y seis del libro de Oseas, donde Dios llega a decirle al pueblo: "Volveré luego a mi morada, hasta que reconozcan su culpa" (Os. 5:5). Dios se retiró, y retiró su presencia; retiró su rostro y su bendición, a fin de traerlos al lugar de arrepentimiento. Esto es parte de la santificación.

Es frecuente encontrar en la vida cristiana que hay fluctuaciones en el modo de sentir y en los sentimientos. Esto a menudo tiende a molestar al pueblo de Dios y a dejarlo perplejo. Todos lo hemos experimentado alguna vez. Encontramos que, por una u otra razón, de pronto llega a su fin la experiencia que hemos estado disfrutando, y decimos con Job: "¡Ah, si supiera yo dónde encontrar a Dios!" (Job 23:3). Aunque no tenemos consciencia de haber hecho algo malo, nos parece que Dios se ha alejado de nosotros, y nos sentimos desamparados. Estos abandonos del Espíritu, que parecen ocurrir de tiempo en tiempo, no son sino parte de la manera en que Dios reprende a sus hijos, parte de su gran proceso educativo que nos prepara para el gran objetivo final que él tiene pensado para nosotros.

Esto me lleva a mi siguiente pregunta, que es la siguiente: ¿Por qué nos disciplina Dios? Ya hemos visto lo que es la disciplina, y también cómo disciplina Dios. Nuestra gran pregunta ahora es: ¿Por qué lo hace? En esta porción de su palabra hallamos abundantes respuestas. Los versículos cinco al quince de este capítulo doce de la Epístola a los hebreos no son sino una amplia respuesta a esta pregunta. Lo hace porque nos ama. "Porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo". He aquí la respuesta fundamental. Todo se debe al amor de Dios. Precisamente porque Dios nos ama, a veces parece "cruel para ser bondadoso". Todo sucede para nuestro bien, y debemos aferrarnos a esa verdad; todo siempre es para nuestro bien. Miremos ahora la afirmación del versículo siete. La versión Reina-Valera 1960 dice: "Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos" (12:7). Sin embargo, otras versiones castellanas indudablemente expresan mejor el sentido del texto, que no es tanto "si soportáis la disciplina" sino más bien: "A vuestra corrección va encaminado cuanto

sufrís" (Nuevo Testamento Trilingüe); "Lo que soportan es para su disciplina" (NVI). ¿Por qué soportar el castigo? Esa es la pregunta que se hacían aquellos hebreos cristianos: Si somos cristianos, ¿por qué tenemos que soportar el castigo? Y la respuesta es precisamente que lo soportamos porque somos cristianos; lo soportamos para nuestra disciplina. Dicho de otro modo, el sufrimiento tiene como propósito hacernos crecer, educarnos, desarrollarnos; lo que ahora soportamos es parte de nuestra disciplina. ¿Pero qué es disciplina? Educación. Por tanto, debemos asirnos firmemente a este hecho: todo el sufrimiento y el aguante, y toda la infelicidad, tienen como gran finalidad y objetivo nuestra preparación y nuestra educación. Pero el autor vuelve a repetirlo en el versículo diez, y hay que notar como repite lo ya dicho: "En efecto, nuestros padres [terrenales] nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad". Ahí lo tenemos, expresado en su forma más explícita: definitivamente la enseñanza es que Dios nos disciplina para que podamos llegar a ser partícipes de su santidad, para que podamos ser santificados. Y nos dice que todo se hace "para nuestro bien", y nuestro bien es la santificación. Dios nos santifica por medio de la verdad haciendo esto en nosotros, y luego por medio de su palabra exponiéndonos lo que hace.

Ahora bien, si tal es el objetivo general de Dios al disciplinarnos así, veamos también algunas de sus razones particulares para hacerlo así. Una de ellas es que en todos nosotros hay ciertas faltas que deben ser corregidas. En la vida cristiana todos enfrentamos ciertos peligros contra los cuales debemos protegernos. El hecho de que alguien sea cristiano no significa que sea perfecto. Nadie llega inmediatamente a un estado de perfección total sólo por creer en el Señor Jesucristo; francamente, nadie en esta vida alcanza en absoluto ese estado, pues aún queda la imperfección; aún queda el "viejo hombre". El resultado es que siempre hay algunas cosas específicas de las cuales ocuparse, y las Escrituras claramente nos dicen cómo Dios usa la disciplina para tratar algunos de estos problemas. ¿Cuáles son? He aquí uno de ellos: el orgullo espiritual, la exaltación espiritual de manera errónea y peligrosa. Quisiera evocar aquí las palabras clásicas que tan atinadamente expresan esto, y las cuales no requieren mayor exposición. En el capítulo doce de la Segunda epístola a los corintios, el apóstol Pablo dice: "... sé que este hombre (no sé si en el cuerpo o aparte del cuerpo; Dios lo sabe) fue llevado al paraíso y escuchó cosas indecibles que a los

humanos no se nos permite expresar. De tal hombre podría hacer alarde; pero de mí no haré alarde sino de mis debilidades. Sin embargo, no sería insensato si decidiera jactarme, porque estaría diciendo la verdad. Pero no lo hago, para que nadie suponga que soy más de lo que aparento o de lo que digo" (vv. 3-6).

Y escuchemos esto más: "Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara" (2 Co. 12:7). He allí, todo está perfectamente expresado. El apóstol había tenido una experiencia muy rara, excepcional e inusitada: había sido llevado hasta el tercer cielo, y allí había visto, oído y sentido cosas maravillosas; ahora corría el riesgo de caer en el orgullo espiritual y de exaltarse sobremanera. Por eso, nos dice, recibió esa espina en el cuerpo, la cual le fue dada deliberadamente para salvaguardarlo de caer en esto. El orgullo espiritual es un peligro terrible, un peligro persistente. Si Dios, en su misericordia y en su amor, nos concede tener alguna experiencia extraordinaria, quedamos en una posición vulnerable, la cual el diablo puede explotar para nuestro perjuicio, y con frecuencia quienes han tenido tales experiencias han tenido que ser disciplinados para que se mantengan en un lugar apto y seguro.

Existe otro peligro: el de la confianza en sí mismo. Dios le ha dado dones al hombre, y este corre el riesgo de confiar en sí mismo y en sus dones, y de sentir, de alguna manera, que no necesita de Dios. El orgullo y la confianza en sí mismo son peligros constantes. Como tales, no son pecados de la carne sino peligros espirituales y, por lo tanto, resultan aún más peligrosos y sutiles.

Sigue luego el peligro de ser atraído por el mundo y por sus perspectivas y modos de ser. Las Escrituras sostienen que todas estas cosas son muy sutiles. No significa que alguien se siente y deliberadamente decida volver al mundo, sino algo que sucede de manera casi imperceptible. El mundo y sus atractivos siempre están allí, y el hombre se desliza hacia ellos sin casi darse cuenta. Por lo tanto, necesita ser disciplinado para no enamorarse de las cosas del mundo.

Otro peligro latente es el de dormirmos en nuestros laureles, el peligro de sentirnos satisfechos con lo que hemos llegado a ser en la vida cristiana (complacencia, autosatisfacción). "Nosotros no somos modernistas, ni creemos en las cosas que muchos creen hoy. Somos ortodoxos y hemos dejado de hacer ciertas cosas que sabemos que son obviamente malas. Creemos tener la fe perfecta, y vivir una vida



irreprochable . . . ”; de este modo, llegamos a ser presumidos y farisaicos. Nos dormimos en nuestros laureles, y dejamos de crecer. Si nos comparamos con lo que éramos diez años antes, vemos que no hay ninguna diferencia. No tenemos con Dios una relación más íntima, ni hemos avanzado un solo paso, ni hemos crecido “en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor” (2 P. 3:18). Nos encontramos en un remanso de autosatisfacción. Tal vez pueda yo resumirlo todo diciendo que se trata del terrible peligro de olvidar a Dios, y de no buscarlo a él ni a su comunión. Se trata del horrible peligro de pensar en nosotros mismos en términos de nuestra experiencia, más que en términos de nuestro inmediato y constante conocimiento directo de Dios, y de nuestra relación con él. Nosotros debiéramos poder decir que, con el correr de los años, en nuestra vida cristiana hemos llegado a conocer a Dios mejor de lo que lo conocíamos; deberíamos poder decir que lo amamos más de lo que antes lo amábamos. Mientras más conocemos a una buena persona, más nos gusta y más la amamos. Multipliquemos esto a la enésima potencia y tendremos como resultado nuestra relación con Dios. ¿Conocemos a Dios mejor que antes? ¿Realmente lo estamos buscando más y más? Dios sabe que el peligro consiste en olvidarlo por estar más interesados en nosotros mismos y en nuestra experiencia. Por eso Dios, en su infinito amor, nos disciplina para que nos demos cuenta de esto y para atraernos otra vez a él mismo, a fin de salvaguardarnos de estos terribles peligros que a todas horas nos rodean y nos amenazan. Voy a permitirle ponerlo en términos personales: ¿puede usted decir que le da gracias a Dios por todo aquello que le ha sido contrario? He aquí un excelente método para probar su profesión entera.

Y en aquello que fue desagradable, y que al momento de ocurrir hizo que usted se sintiera muy infeliz, ¿puede usted mirarlas retrospectivamente y decir como el salmista (Sal. 119:71): “Me hizo bien haber sido afligido”?

Yo digo que Dios nos disciplina por estas razones particulares. Pero voy a permitirle decir todo esto positivamente. Ser santificado significa manifestar ciertas cualidades positivas. Significa ser la clase de persona que ejemplifica las Bienaventuranzas del Sermón del Monte; significa ser alguien que muestra los frutos del Espíritu: amor, gozo, paz, etc. Eso es lo que significa “santificación”. Dios, al santificarnos, nos va conformando cada vez más para que alcancemos esa condición. Y resulta evidente que, para llevarnos a ella no basta que recibamos la enseñanza positiva de la Palabra; también nos hace falta el elemento de

la disciplina. La Palabra nos exhorta a “fijar la mirada en Jesús” (Heb. 12:2). Así nos lo hace notar en el capítulo once, antes de mencionar la disciplina. La exhortación que nos hace el autor es: “Corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús . . . ” (Heb. 12:1, 2). Si hiciéramos eso siempre, no tendríamos que hacer ninguna otra; si mantuviéramos siempre la mirada fija en él, y tratáramos de conformarnos a él, todo estaría bien. Pero no lo hacemos y, por lo tanto, se hace necesaria la disciplina. Y se hace necesaria a fin de producir en nosotros ciertas cualidades. Por ejemplo, la humildad, que en muchos sentidos es la virtud que nos corona. La humildad es la más preciosa de todas las gemas; es una de las más gloriosas manifestaciones del fruto del Espíritu. La humildad fue la suprema característica del Señor mismo, que era manso y humilde de corazón. “No quebrará la caña rajada, ni apagará la mecha que está por extinguirse” (Mt. 12:20). Es nuestro último punto de arriba, y Dios bien sabe que todos tenemos que ser humillados a fin de llegar a la humildad. Al llegar a ese punto, todos corremos el riesgo de fracasar. Es muy difícil ser humilde cuando siempre se tiene éxito; por eso Dios a veces nos disciplina con el fracaso, a fin de humillarnos y de mantenernos en estado de humildad. Examinemos nuestra vida y veremos cómo suceden estas cosas.

Tomemos luego la mentalidad celestial. El cristiano debe tener esa clase de mentalidad, pues su mayor interés debe estar puesto en el cielo y no en la tierra. ¡Cuán difícil es llegar a tener mentalidad celestial y concentrar “nuestra atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col. 3:2)”! Con cuánta frecuencia se hace necesario que Dios nos discipline a fin de que tengamos una mentalidad celestial. De tal modo nos aferramos al mundo que Dios tiene que hacer algo que nos muestre claramente que las cosas que nos atan a este mundo son frágiles y pueden terminar en un segundo. Y así, súbitamente despertamos a la realidad de que sólo somos peregrinos en este mundo, y que fuimos creados para pensar en el cielo y en la eternidad.

Mansedumbre. ¡Qué difícil es ser manso en nuestra actitud y en nuestras relaciones con los demás, en nuestro amor y simpatía hacia ellos! Me parece que, en cierto sentido, es casi imposible mostrar simpatía hacia los demás si no hemos tenido la misma experiencia. En mi trabajo como pastor sé muy bien que no hubiera podido mostrar verdadera simpatía por la gente, ni hubiera podido entender a ciertas personas y sus problemas, si yo mismo no hubiera pasado por la misma experiencia. Algunas veces Dios tiene que ocuparse de nosotros a fin de

recordarnos que debemos ser pacientes. En efecto, nos dice: "Tú sabes que yo soy paciente contigo, así que ve y sé paciente con esa persona".

Éstas son algunas de las cosas que claramente nos muestran cuán necesaria es la disciplina. Dios nos disciplina porque nos ama y porque somos sus hijos, para que esto nos conduzca, con el tiempo, a ese maravilloso e increíble "fruto apacible de justicia" (Heb. 12:11).

Hasta aquí todo lo hemos visto en principio. En nuestro siguiente estudio espero de mostrar cómo este mismo pasaje aplica toda esa enseñanza, y cómo hemos de aplicarla a nosotros mismos. El gran principio es que Dios se ocupa en disciplinarnos porque somos hijos suyos. Si usted, querido lector, no está consciente de esta clase de trato, lo invito a volver atrás la mirada para que usted mismo se examine y se asegure de ser un cristiano cabal: "Porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo". Bendito sea Dios, que ha iniciado nuestra salvación y nuestro perfeccionamiento, y que habiendo empezado la obra la continuará. Tanto nos ama que, si no queremos aprender las lecciones por nuestra propia voluntad, nos disciplinará a fin de que lleguemos a conformarnos a la imagen de su amado Hijo.

# En el gimnasio de Dios

*Y ya han olvidado por completo las palabras de aliento que como a hijos se les dirige:*

*"Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como por hijo".*

*Lo que soportan es para su disciplina, pues Dios los está tratando como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien el padre no disciplina? Si a ustedes se les deja sin la disciplina que todos reciben, entonces son bastardos y no hijos legítimos. Después de todo, aunque nuestros padres humanos nos disciplinaban, los respetábamos. ¿No hemos de someternos, con mayor razón, al Padre de los espíritus, para que vivamos? En efecto, nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad. Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella.*

Hebreos 12:5-11

**P**

rocederemos ahora a considerar más ampliamente la enseñanza bíblica de que en parte Dios produce y promueve nuestra santificación mediante varias cosas que él hace por nosotros. Más allá de las positivas instrucciones que Dios nos da en las Escrituras, también de otras maneras se ocupa de nosotros. Puesto que somos su pueblo, si no respondemos a sus enseñanzas, Dios se nos castigará. Ya hemos visto, en relación con esto, que hay muchos pasajes en las Escrituras donde esta doctrina particular claramente se define y se enseña. En mi opinión, que me parece generalmente aceptada, no hay mejor declaración al respecto que la que se encuentra en el capítulo doce de la Epístola a los hebreos, especialmente del versículo cinco al quince. De hecho, puede decirse que la Epístola a los hebreos en su totalidad no es sino una amplia exposición de esta gran doctrina de los propósitos de Dios con respecto a su pueblo, tal como se revela en la disciplina. Al considerar el tema de manera general, ya hemos visto que indudablemente Dios usa este método en particular. En efecto, el principal argumento de estos versículos es que el experimentar este trato es prueba fehaciente de que somos hijos de Dios; de lo contrario, se puede dudar muy seriamente,

para decir lo menos, de que realmente seamos hijos de Dios. Hemos considerado también la razón por la cual Dios nos disciplina, y llegamos a la conclusión de que lo hace para salvaguardarnos de las tentaciones que siempre nos están amenazando. En esta vida terrenal hay ciertos peligros que nos rodean, y tenemos que protegernos de ellos. Por ejemplo, el peligro del orgullo y de la satisfacción de uno mismo, el cual amenaza al cristiano en esta vida y en este mundo. Por el lado positivo vimos que Dios lo hace para estimular en nosotros el crecimiento del fruto del Espíritu. Para promover la humildad, nada hay tan bueno como la disciplina, la cual necesitamos si hemos de ser humildes, mansos y sencillos. La enseñanza recibida es que Dios es nuestro Padre, y que en su infinita gracia nos disciplina, pues "el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo". He allí la doctrina; he allí la enseñanza.

Una vez establecido este principio, debemos seguir reflexionando acerca de este pasaje, porque esto no es todo ni es suficiente. A decir verdad, y tal como yo entiendo el argumento del autor de esta carta a los Hebreos en el capítulo doce, podemos expresarlo de la siguiente manera: Que el castigo, incluso el castigo que Dios nos inflige, no actúa en nosotros automáticamente. El mero hecho de que seamos castigados no significa necesariamente que vaya a sernos de beneficio. El argumento del escritor es que sólo derivaremos algún beneficio de la disciplina en la medida en que entendamos esta enseñanza al respecto y nos la apliquemos con propiedad y verdad. Obviamente, este es un punto de capital importancia, porque si pensamos en nuestra santificación como algo que tiene lugar casi automáticamente, mientras nuestra actitud es meramente pasiva, entonces estamos negando la esencia misma y el punto central del argumento de esta epístola. La disciplina no actúa de manera automática, ni es algo mecánico; sino que en última instancia nos beneficia "por la Palabra". El todo de la santificación se realiza "en la verdad" (Jn. 17:3), por la aplicación de la Palabra en cada paso, en cada aspecto. Esto es particularmente cierto en relación con todo este asunto de la disciplina.

Voy a presentar el argumento tal como se ha desplegado aquí. Al castigo se le puede ver de manera equivocada, y se puede reaccionar a este también de manera equivocada. Como se recordará, hemos visto que la disciplina puede manifestarse de diferentes maneras: puede venir a través de las circunstancias, puede adoptar la forma de alguna pérdida financiera o de algún problema en nuestro negocio o profesión;

también puede venir como algo que nos abate y que nos causa molestia y perplejidad; o puede venir a través de alguna decepción personal, por ejemplo, la deslealtad de un amigo o el derrumbamiento de alguna gran esperanza que podemos haber tenido en la vida; puede venir por medio de la enfermedad. Aquí debo repetir y recalcar que no estoy diciendo que necesariamente todo esto lo produzca siempre Dios. De ninguna manera estoy diciendo eso. La Biblia no enseña que Dios sea la fuente de todo sufrimiento; lo que enseña es que esa enfermedad puede ser enviada por Dios, y que algunas veces Dios nos disciplina por medio de la enfermedad, o por varias otras circunstancias. Esto debemos dejarlo absolutamente en claro. Dios puede usar cualquiera de estas cosas, pero es obvio que todo esto puede sucederle a todo el mundo; por lo tanto, nunca debemos decir que todo acontecimiento no deseado sea, necesariamente, un castigo de Dios.

De modo que se puede reaccionar de manera equivocada a las pruebas, a las tribulaciones y a la disciplina. ¿Algunos ejemplos? El autor de esta carta señala tres, el primero de los cuales es el peligro del menosprecio. Lo encontramos en el quinto versículo: "Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor". He allí el primer ejemplo de considerar la disciplina de manera equivocada: tomarla a la ligera, no prestarle atención, sacudírsela como algo de poco valor y no tomarla con seriedad, adoptando una apariencia de soberbia y no permitiéndole que nos afecte en absoluto. Y nos encontramos viviendo sin pensar, y cuando alguna de estas cosas nos sucede, en vez de ponernos a pensar en ella y de permitirle que haga su obra, luchamos por sacudírnosla y librarnos de ella, y nos reímos de ella y no le damos importancia. Tal vez ni tenga yo que recalcar esto porque en nuestros días es quizá la reacción más común hacia las pruebas y las tribulaciones. Vivimos en una época en que la mente teme al verdadero sentimiento. La nuestra es una época muy sentimental, pero hay una gran diferencia entre sentimientos y emoción. En la vida se ha abierto camino la dureza. Siempre estamos tratando de mostrar nervios y sentimientos "de acero", y consideramos que es anticuado expresar nuestros sentimientos. El mundo se ha endurecido, y el curso total de la vida claramente lo demuestra. Mucho de lo que hoy hace desgraciada nuestra vida no sucedería si la gente fuera por lo menos un poco más sensible. Pero nos revestimos de acero y adoptamos esa apariencia soberbia, lo que redundará en que, cuando las cosas van mal y Dios nos está disciplinando, no le prestamos mayor atención. Lo tomamos a la ligera y, en vez de prestarle atención,

deliberadamente lo pasamos por alto sin permitirle que nos inquiete. Pero las Escrituras nos advierten de manera clara y solemne contra esto. No hay nada tan peligroso para el alma como cultivar esta actitud impersonal hacia la vida, que hoy es tan común. Por eso los lazos que nos unen a nuestros cónyuges o a nuestra familia son hoy tan frágiles. Por eso la gente puede desentenderse de sus responsabilidades y no tener ningún respecto hacia lo sacro. Esta actitud impersonal hacia la vida se enseña y se estimula de manera deliberada; se le considera como el toque que distingue al verdadero caballero y a la verdadera dama: la clase de persona recubierta de un blindaje de acero, que nunca manifiesta una emoción y parece totalmente carente de verdadera sensibilidad. Y esa actitud puede introducirse en la vida cristiana y causar que la gente menosprecie incluso el castigo del Señor. De este modo lo desechan, lo descartan, se niegan a prestarle atención.

La segunda reacción equivocada hacia la disciplina se encuentra en el mismo versículo cinco, y es la siguiente: "Ni te desanimes cuando te reprenda". Se trata, desde luego, de una cita del libro de Proverbios, en el Antiguo Testamento, y se refiere al peligro de desanimarse y descorazonarse por causa del castigo, al peligro de ceder y desistir, al peligro de perder toda esperanza. Todos sabemos lo que es esto. Cuando algo nos sucede, solemos decir: "Realmente no puedo soportarlo". El suceso nos rebasa, y nuestro corazón cede. Nos rendimos, cedemos, desmayamos bajo el peso de todo ello, perdemos el ánimo por completo. Esto, a su vez, nos hace preguntarnos por qué pudo haber sucedido, y si Dios ha sido justo con nosotros. Refunfuñamos, y nos quejamos, y damos lugar al rencor. En esta misma situación se encontraban los hebreos cristianos, y decían: "Cuando nos hicimos cristianos, pensábamos que entraríamos a una vida maravillosa; pero ¡vean lo que nos está sucediendo! ¿Por qué nos suceden estas cosas? ¿Está bien que nos sucedan? ¿Esta fe cristiana es verdadera?". Comenzaron entonces a volverse a su antigua religión. Por eso el autor de esta carta decidió escribirles: porque las pruebas que estaban pasando los habían desalentado. Puestos a prueba por el Señor, habían perdido el ánimo. "Ni te desanimes cuando te reprenda". Este sentimiento de desaliento tiende a colarse y nos lleva a decir: "Esto es realmente demasiado para mí; no puedo seguir. '¿Cómo quisiera tener las alas de una paloma y volar hasta encontrar reposo!'" (Sal. 55:6). Todos sabemos de esto; con demasiada frecuencia reaccionamos así a la disciplina del Señor, en vez de recibirla como el autor de Hebreos nos

enseña a hacerlo. Demasiado pronto levantamos nuestras manos y exclamamos: "¡Ya no puedo, ya no puedo! ¡Esto es demasiado! ¿Por qué, por qué me trata Dios así?". Pero no somos los primeros que así nos sentimos. Leamos los Salmos y encontraremos que muy a menudo el salmista atraviesa esta fase. No obstante, reaccionar así a la reprensión y al castigo de Dios, y a sus tratos paternales con nosotros, es un error.

La tercera de las reacciones equivocadas es la que el autor de Hebreos menciona en el versículo quince: "Asegúrense de que . . . ninguna raíz amarga brote y cause dificultades y corrompa a muchos". Lastimosamente, una vez más sabemos lo que esto significa. Hay gente cuya reacción ante las pruebas y problemas y castigos es amargarse la vida. No conozco nada en la vida que sea tan triste como esto. Como ministro de Dios, ciertamente no hay nada más triste en mi vida y obra y experiencia que observar los efectos que las pruebas y los problemas ejercen en la vida de algunas gentes. He conocido personas que antes del infortunio parecían muy afables y amistosas, pero que se amargaron cuando estas cosas sucedieron; se volvieron egocéntricas y difíciles de tratar, incluso con quienes trataban de ayudarlas y deseaban ayudarlas. Esta gente tiende a encerrarse en sí misma, y siente que el mundo entero está en su contra. No se les puede ayudar porque la amargura los embarga; se les ve en el rostro y en su apariencia entera. Un cambio completo parece tener lugar. Con frecuencia, y de manera inconsciente, proclamamos lo que somos por la forma en que reaccionamos a lo que nos sucede. Todo lo que nos pasa en la vida nos prueba en lo más profundo, y revela si realmente somos hijos de Dios. Por lo general, los que no son hijos de Dios se amargan por causa de las desgracias. Hay casos en que aun los hijos de Dios pueden amargarse por algún tiempo, y necesitan estar advertidos contra esta reacción particular hacia la disciplina y el problema, para combatir cualquier brote de amargura.

Si incurrimos en cualquiera de estas tres reacciones, lo que nos suceda no va a ayudarnos en absoluto. Y si reaccionamos así, aun las disciplinas de Dios no nos serán beneficiosas. Si nos las sacudimos ligeramente, si desmayamos bajo ellas, o si por causa de ellas nos amargamos, no nos harán ningún bien. La disciplina misma podrá haber sido enviada y distribuida por Dios, pero de nada nos aprovechará.

Por eso el autor de esta carta exhorta a sus destinatarios a recibirlo todo de manera correcta. ¿Y qué manera es la correcta? Veámoslo positivamente. Lo primero que nos dice es que debemos aprender a

comportarnos como hijos, no como párvulos. Es muy importante notar esto, porque lamentablemente la Versión inglesa King James traduce aquí: "Y habéis olvidado la exhortación que os habla como a niños", en vez de decir apropiadamente: "Y ya han olvidado por completo las palabras de aliento que como a hijos se les dirige" (Heb. 12:5). Se puede decir que un hijo es un niño, y que por lo tanto la palabra "niños" es correcta; sin embargo, quien escribió este capítulo realmente usó un término que debe traducirse "hijos" y que, en efecto, más tarde se traduce así. Ésta es una distinción importante. Lo que el autor realmente dice es: "Ya han olvidado la exhortación que se les hizo como adultos, como hijos. Ustedes no son niños; ya no son bebés ni párvulos". Nunca ha habido un bebé o un párvulo que no haya malinterpretado la disciplina. De niños siempre hemos pensado que se nos trataba con dureza, que nuestros padres eran injustos con nosotros, y que no merecíamos ser castigados. Esa reacción es típicamente infantil, y algunos de nosotros espiritualmente nos hemos quedado en esa etapa. Pero el autor de la carta nos dice: "Recuerden que ya no son niños. Son hombres, son hijos, son adultos". Su exhortación es, por lo tanto: "Recobren la calma, no se comporten como niños". Podemos advertir la gran sensatez de las Escrituras, y la manera en que se dirigen a nosotros: "Ustedes son hombres", nos dicen, "así que dejen de desmayarse, dejen de lloriquear, dejen de portarse y de enfurruñarse como niños. Ustedes dicen que son hombres, pero se portan de tal manera que demuestran ser todavía bebés".

Entonces, si somos hombres ¿qué debemos hacer? En el versículo cinco se nos dan varias exhortaciones. El autor empieza con una negativa en forma de regaño. Dice: "Ustedes ya han olvidado por completo la exhortación". Resulta evidente que lo que hay que hacer es recordar esa exhortación. Este autor, en efecto, dice: "Ustedes, cristianos hebreos, y todos los que son como ustedes, están cayendo en estas trampas; pero no tienen ninguna excusa. Si los cristianos gentiles hicieran eso, se les podría disculpar, pero para ustedes no hay excusa, pues tienen el Antiguo Testamento. Con que ustedes leyeran el libro de Proverbios y realmente reflexionaran en sus enseñanzas y las aplicaran a su vida, nunca reaccionarían como lo hacen. 'Recuerden las palabras de exhortación'". Y ahora, al aplicar esto a nosotros mismos, podemos asumir que cada vez que algo con carácter de prueba nos suceda en esta vida y en este mundo, no hemos de verlo sólo en sí mismo y por sí mismo. Como cristianos, debemos tomarlo todo y examinarlo inme-

diatamente en el contexto de la Biblia. "Recuerden las palabras de exhortación". En cierto modo, ésta es la gran diferencia entre los cristianos y los no cristianos: Cuando algo sale mal en la vida del no cristiano, ¿con qué apoyo cuenta? No cuenta con nada que no sea la sabiduría del mundo y el modo de reaccionar de éste, y eso no es ninguna ayuda. En cambio, el cristiano está en una situación totalmente distinta: tiene la Biblia, y cualquier circunstancia debería tomarla y ponerla inmediatamente dentro de este contexto. El cristiano no reacciona a los eventos como lo hace el mundo, sino que pregunta: "¿Qué dicen las Escrituras al respecto?". "La palabra de exhortación". El cristiano la pone en contexto, y la aplica. Todo lo pone en ese contexto. ¡Vaya criaturas insensatas que somos! ¡Con cuánta frecuencia resultamos culpables de actuar como lo hace el mundo y no como cristianos! Recordemos que somos hombres, que somos hijos de Dios, que tenemos la Palabra de Dios. Pongámoslo todo, sea lo que fuere, dentro del contexto de la Palabra de Dios.

¿Y después de esto, qué más? El siguiente punto del argumento, todavía en el versículo quinto, es que debemos escuchar y obedecer los argumentos de la Palabra de Dios. "Ya han olvidado por completo las palabras de aliento que como a hijos se les dirige". Notemos que la palabra "dirige" no es inadecuada, pero no es lo suficientemente fuerte. Una mejor traducción sería: "[ya han] olvidado la exhortación que como con hijos razona con [ustedes]" (Versión Hispano-Americana). Esto es algo que una vez más me fascina y me hace estremecer. Notemos que la Palabra de Dios no sólo nos da un consuelo general sino que siempre nos da un argumento. No hay nada que me disguste y que más aborrezca que la lectura emocional de las Escrituras. Hay mucha gente que lee las Escrituras de manera puramente sentimental. cuando están en problemas y no saben qué hacer. Dicen: "Voy a leer un salmo. ¡Es tan sedante!: 'El Señor es mi pastor, nada me falta'" (Sal. 23:1). Hacen de su lectura una especie de encantamiento, y toman los Salmos como otra persona tomaría una droga. ¡Esa no es la manera de leer las Escrituras! "La palabra de exhortación razona con usted", argumenta con usted. Y debemos seguir la lógica de esta Palabra, y leer las Escrituras con inteligencia. Este aspecto de una lectura inteligente de las Escrituras nunca será exagerado, porque ellas no se escribieron sólo para darnos consuelo general y calma. Sigamos su argumentación; dejemos que razonen con nosotros.

Obviamente, el siguiente paso es: ¿Cuál es el argumento? Bien, no necesito insistir en esto porque en cierto modo ya lo hemos visto. Pero voy a hacer un breve resumen. El tremendo argumento es que Dios está actuando, y que actúa porque nosotros somos sus hijos. Esto se halla expresado aquí de diferentes maneras, pero en ninguna parte ha hallado mejor expresión que en los versículos nueve y diez: "Después de todo, aunque nuestros padres humanos nos disciplinaban, los respetábamos. ¿No hemos de someternos, con mayor razón, al Padre de los espíritus, para que vivamos?" Dios es nuestro Padre espiritual, el Padre de la nueva vida que hay en nosotros; no ya de la vida terrenal y carnal, sino de la espiritual. Es Dios quien está haciendo esto, y lo hace porque somos sus hijos; y precisamente porque somos sus hijos, lo está haciendo para nuestro bien. He allí el argumento; he allí la verdad a la que debemos aferrarnos. Por lo tanto, no debemos reaccionar en términos generales; no debemos desmayar, ni tratar de librarnos de todo de una sola vez. Cambia nuestra actitud total y decimos: "Dios anda en esto, y Dios lo está haciendo porque soy su hijo, porque no pertenezco al mundo, porque él envió a su Hijo a morir por mí, y ha dispuesto que yo vaya al cielo. Dios anda en esto, y todo lo está haciendo para mi bien".

Sin embargo, se impone que sigamos el argumento y el razonamiento en relación con el modo en que Dios se ocupa de nosotros. Todo lo tenemos en el versículo once, que dice: "Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia . . .". Pero no termina allí, sino que añade: "para quienes han sido entrenados por ella". Todo el secreto radica en esta frase: "entrenados por ella". Los únicos que derivarán algún beneficio de este tratamiento, nos dice el autor de la carta, serán los que se ejerciten en la disciplina y sean "entrenados por ella"; es decir, los que se sometan a este tratamiento de Dios. Si trata de evitar este tratamiento, no nos hará ningún bien; si no lo resistimos, no nos hará ningún bien; si nos amargamos, no nos hará ningún bien. Sólo nos hará bien si nos sometemos a este proceso.

¿Y cuál es este proceso? Para usar las palabras mismas del autor de la carta, es el siguiente: nos dice que Dios va a ponernos en un gimnasio. Tal es, en efecto, el significado original de la palabra que se ha traducido como "entrenados", y la imagen que nos da es maravillosa. La raíz misma de la palabra "gimnasio" significa "desnudarse". De modo que

la imagen que tenemos aquí es la nuestra en un gimnasio, donde se nos pide que nos desnudemos.

¿Por qué se nos pide tal cosa? Por dos razones principales. La primera, obviamente, es que la ropa puede estorbarnos al hacer ejercicio. "Despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia" (Heb. 12:1). Pero hay otra razón por la cual debemos desnudarnos. No somos nosotros los que entramos a ese gimnasio por iniciativa propia para hacer nuestros propios ejercicios. Es el Instructor quien nos hace entrar, y quien nos mira y examina. El Instructor nos observa para ver si hay equilibrio y simetría en nuestro físico, algo que a los griegos les interesaba sobremanera: ellos se ocuparon del cultivo del cuerpo y de la simetría de las proporciones físicas. De modo que el Instructor nos desnuda para ver dónde necesitamos hacer un poco de ejercicio extra, a fin de desarrollar un conjunto determinado de músculos o para corregir alguna postura defectuosa. Éste es el cuadro que aquí se nos presenta. Estamos en un gimnasio donde el Instructor nos observa y nos dice qué debemos hacer y qué ejercicios realizar.

Tengo la impresión de que tenemos aquí una especie de doble imagen, o que al menos podemos ver este cuadro de dos maneras distintas. Podemos verlo simplemente en términos de alguien que necesita hacer ejercicio y que ha estado descuidando su cuerpo, que ha sido flojo e indolente en el aspecto físico, de modo que el Instructor lo pone a hacer sus ejercicios para que llegue a ser un buen ejemplo del género humano. Pero ante este contexto no puedo evitar la impresión de que también puede verse de otra manera. Escuchemos los versículos doce y trece: "Por tanto, renueven las fuerzas de sus manos cansadas y de sus rodillas debilitadas. 'Hagan sendas derechas para sus pies', para que la pierna coja no se disloque sino que se sane". No puedo evitar el concluir que aquí tenemos también el cuadro de alguien que sufre de cierta clase de enfermedad en las articulaciones. Notamos que sus rodillas están débiles y que está cojo. Su enfermedad se deriva de las molestias en las articulaciones; cuando esto sucede, por lo general se encuentra que no sólo está débil la rodilla sino que también los músculos cercanos se vuelven laxos. Veo aquí, por tanto, un maravilloso cuadro de lo que llamamos fisioterapia. No sólo hay que tratar la enfermedad articular sino que debe someterse al paciente a un tratamiento de varios ejercicios y movimientos. El masaje solo no es

suficiente, sino que el paciente debe hacer su parte y ejecutar activos movimientos.

Mantengamos estas dos ideas en mente a medida que desarrollamos detalladamente la enseñanza. De acuerdo con el autor de la carta, al hacer Dios lo que hace con nosotros, es como nos pusiera en un gimnasio espiritual. Desnudos en su presencia, nos examina y sabe exactamente lo que necesitamos. Todo lo que tenemos que hacer es someternos a él y hacer exactamente lo que nos diga. Atendamos al Instructor, cumplamos con los ejercicios y, de hacerlo así, tendremos “una cosecha de justicia y paz”. ¿Qué quiere decir todo esto? Luego de interpretarlo significa lo siguiente: lo primero que tenemos que hacer es examinarnos a nosotros mismos, o someternos al examen de la Palabra de Dios. En el momento en que nos sobrevenga algún acontecimiento desfavorable debemos decir: “Estoy en el gimnasio. Debe haber algún problema. ¿Qué he estado haciendo mal? ¿Dónde está mi problema?”. Así es como el cristiano debería reaccionar siempre ante cualquiera de estos sucesos. ¿Se trata de alguna enfermedad, de un accidente, o un fracaso, o alguna desilusión, o la muerte de alguien? Sea lo que sea, sobre la base de esta enseñanza lo primero que me diría a mí mismo sería: “¿Por qué me ha sucedido esto a mí? ¿Me he descarriado en algún punto?”. Leamos el Salmo 119, y encontraremos que el salmista dice: “Me hizo bien haber sido afligido . . .” (v. 71). “Antes de sufrir, anduve descarriado, pero ahora obedezco tu palabra” (v. 67). El salmista no se había dado cuenta de su descarrio, pero su aflicción lo lleva a reflexionar y a decir: “Le doy gracias a Dios por esto, que es muy bueno para mí; me estaba descarriando, pero esto ha hecho de mí una mejor persona”. Así que en primer lugar debíamos examinarnos a nosotros mismos y preguntarnos: “¿He sido negligente en mi vida espiritual? ¿He estado olvidando a Dios? ¿Me he vuelto muy eufórico y autosatisfecho? ¿He pecado, he hecho algo malo?”. Nos examinamos a nosotros mismos tratando de descubrir la causa, y lo hacemos completamente. Nada de esto, como nos dice el autor de la carta, “parece agradable”, pero debemos ahondar en nuestra vida y hacer un examen profundo de nosotros mismos, aunque resulte doloroso, para ver si nos hemos descarriado en algún aspecto sin siquiera advertirlo. Esto debemos encararlo con toda honradez.

En segundo lugar, debemos reconocer esto y confesárselo a Dios. Si encontramos que hemos pecado y nos hallamos culpables, o si encontramos en nosotros laxitud o alguna otra cosa vergonzosa o indigna,

debemos confesárselo inmediatamente a Dios con toda sinceridad. Ésta es una parte vital de los ejercicios, y no nos pondremos bien hasta llevarla a cabo. Dios nos ordena hacerlo, así que hagámoslo. Hablemos directamente con él, aunque también puede significar tener que hablar con alguien más; puede significar pedir disculpas; puede significar tener que confesar algo. No siempre es así, pero si Dios nos dice que lo hagamos, debemos hacerlo. Escuchemos esa voz interna en nosotros (la voz del Instructor en el gimnasio), la voz de Dios cuando nos habla; y a medida que nos examinemos a nosotros mismos pongamos atención y digamos: “Lo haré. Cueste lo que cueste, lo haré”. Debemos desarrollar el ejercicio en todos sus detalles. Debemos confesar ante Dios la culpa, la falta, o el pecado.

¿Y después de esto? Bien, una vez cumplido este proceso de relajamiento, si queremos llamarlo así, empezaremos a practicar ejercicios positivos. Y así, llegamos al versículo doce. Pero fijémonos en la lógica del argumento: “Por tanto, renueven las fuerzas de sus manos cansadas y de sus rodillas debilitadas” (Heb. 12:12). Esta es su manera de decirnos que nos tranquilicemos, que nos fortalezcamos, que nos pongamos de pie, que nos pongamos a tono. Mi ejemplo de las articulaciones resulta muy útil en este punto. Cualquiera que haya tenido reumatismo, en cualquiera de sus manifestaciones, sabe que todos instintivamente tendemos a cuidar y proteger las partes doloridas. Si me duele la rodilla, trato de no doblarla. Protegemos, escudamos las partes doloridas. Espiritualmente hacemos lo mismo. ¡Pero lo que el autor de la carta nos exhorta a hacer en el versículo doce es a dejar de cuidar nuestras articulaciones doloridas! En cierta etapa, el movimiento es el mejor remedio para ellas. “Por tanto, renueven las fuerzas de las manos cansadas y de sus rodillas debilitadas” (v. 12). Pero alguien me dirá: “No tengo la fuerza ni la energía para hacerlo”. Sin embargo, dice el Instructor: “Levanta las manos, ponte de pie, prepárate para el movimiento. Mientras más muevas tus músculos, mejor te sentirás”.

Esto es algo literalmente así a nivel médico, y uno encuentra que estas instrucciones siempre las da alguien que conoce su oficio: “Manténgase en movimiento”, “No deje que los músculos se endurezcan”, “Siga moviendo las articulaciones”, “Consérvelas todo lo flexibles que pueda”. Lo mismo puede decirse en el campo espiritual. ¿Acaso no hemos visto gente que, cuando vienen las pruebas, adopta cierta pose? Se aflige de su situación, y quieren que los demás se aflijan también. Pero el autor de la carta nos dice: “Déjate de poses. Aleja esa



actitud, levanta las manos cansadas y endereza las rodillas debilitadas. ¡Levántate! Date cuenta de tu personalidad. Tranquilízate". Éste es el momento de hacerlo, y no al principio; se hace luego de recibir instrucciones y de haber pasado por la etapa de relajamiento.

¿Algo más? La respuesta la tenemos en el versículo trece: "Hagan sendas derechas para sus pies", para que la pierna coja no se disloque sino que se sane". "Hagan sendas derechas para ustedes mismos". ¿Por qué? El argumento es totalmente razonable: Si la senda no es suave y recta, la articulación enferma puede dislocarse; pero si se hace un camino recto y plano para que el cojo transite por él, eso le ayudará a sanar. Podemos ver entonces la importancia de un camino recto. ¿Pero cuál es su significado espiritual? Lo que significa es que, una vez que hemos hecho todo lo que ya hemos considerado, nos decimos a nosotros mismos: "Sí, me he descarriado. Debo volver al camino recto y estrecho". De ese modo trazamos nuevamente el camino de santidad; volvemos a la autopista de Dios; nos damos cuenta, una vez más, de la necesidad de la disciplina y decidimos dejar de hacer ciertas cosas; hacemos una senda derecha para nuestros pies. Entonces, a medida que volvemos a transitar por este camino de santidad, nos encontramos con que nuestras rodillas débiles se van fortaleciendo y con que todo nuestro sistema se vigoriza como por el efecto de un tónico.

La última instrucción la encontramos en el versículo catorce: "Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor". Una vez más, el verbo "buscar" no es lo bastante fuerte. Lo que el escritor realmente quiso decir es "perseguir", de modo que el sentido es "persigan la paz", "persigan la santidad", y hasta con más fuerza "andar tras", o "ir en pos de" la paz, "ir en pos de" la santidad, "esforzarse" por alcanzarla. No puedo entender cómo quien haya leído las Escrituras pueda aceptar y adoptar una idea de pasividad respecto al camino de la santidad. He aquí alguien que nos dice que debemos anhelar la santidad con todas nuestras fuerzas hasta conseguirla, que debemos ir en pos de ella, que debemos perseguirla, e incluso cazarla. Paz y santidad; paz con los demás. Sí. Y también todo lo que podamos hacer para llegar a ser santos y poder agradar a Dios. Tales son los ejercicios que Dios nos pide realizar en el gimnasio. Así es como Dios quiere que actuemos quienes somos sus hijos.

Voy a concluir con algunas palabras de aliento. "Ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz". Este proceso,

aunque doloroso ahora, contiene una promesa. Escuchémosla: "Después produce una cosecha de justicia y paz". No nos preocupemos por el dolor sino sigamos moviendo esos músculos tiesos y pronto los veremos flexibles. Continuemos haciendo los ejercicios, pues "después produce una cosecha de justicia y paz". Mientras más se nos ponga a entrenar en el gimnasio, mejor; Dios no sólo nos está preparando para el presente sino para la eternidad. Los ejercicios físicos sirven sólo por algún tiempo en el presente, y nuestros padres terrenales nos disciplinan sólo durante algún tiempo, mientras estamos en este mundo; pero nuestra vida en este mundo es sólo una preparación para la eternidad. Lo que importa no es este mundo sino el venidero; lo que importa no es el aquí y el ahora sino lo eterno. En esta vida Dios nos está preparando para sempiterna bienaventuranza y gloria.

Recordemos también, en relación con esto, a Aquel que un día veremos. ". . . la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (v. 14). Si queremos ver a Dios, es mejor que en el gimnasio cumplamos cabalmente con los ejercicios. Repito, del versículo catorce: ". . . la santidad, sin la cual nadie verá al Señor". Dios nos pone a realizar estos ejercicios para hacernos santos. Por lo tanto, si no prestamos atención a este tratamiento de Dios, significa que no sabemos quiénes somos, o bien que no somos en absoluto hijos de Dios. Si realmente queremos llegar al cielo y ver a Dios, debemos someternos y hacer exactamente lo que él nos dice que hagamos, porque él nos está sometiendo a este tratamiento con el fin de proteger nuestra santidad. Todo es para nuestro beneficio, y para que podamos llegar a ser partícipes de su propia santidad.

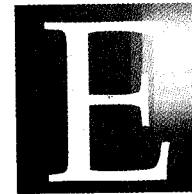
Finalmente, y más allá de cualquiera otra cosa, como estímulo para nosotros miremos a Aquel que se sometió a todo esto, aun cuando no tenía por qué hacerlo. "Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba". Jesús sabía lo que esto significaba, pues dijo: "Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Mt. 26:39, 42). Jesús lo sufrió todo por "el gozo que le esperaba" y por nuestra salvación. Así que cuando sintamos que es mucha la disciplina y muy dolorosa, además de todo lo que he dicho mirémoslo a él, mantengamos la mirada fija en él, y sigámoslo. En la medida en que hagamos esto encontraremos que ésta, que por el momento nos resulta tan dolorosa y pesada, más tarde producirá, en

esta vida y en este mundo, y más aún en la gloria, esta maravillosa cosecha de salud y justicia, de paz y de gozo, y del placer de estar con Dios. No sé lo que mis lectores sientas, pero las dos últimas semanas he estado meditando en torno a este pasaje, y digo muy sinceramente y en la presencia de Dios, que no hay nada que me dé mayor consuelo y solaz que saber que estoy en las manos de Dios, y que tanto me ama y tan decidido está de hacerme santo y de llevarme al cielo, que si no presto atención a su Palabra y la sigo, él se ocupará de mí de otra manera. Dios me va a llevar a ese lugar. Esto es alarmante, pero también glorioso. “[Nada] podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ro. 8:39). Pongámonos a hacer estos ejercicios, amigos míos; corramos al gimnasio, hagamos lo que él nos diga, examinémonos a nosotros mismos, practiquémoslo todo, cueste lo que cueste y sin importar el dolor, y entremos en el gozo del Señor.

# La paz de Dios

*No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.*

*Filipenses 4:6, 7*



Esta es, indudablemente, una de las declaraciones más nobles, más grandiosas y más reconfortantes que puedan encontrarse en cualquier parte y en cualquiera literatura existente. Uno se siente tentado a decir lo mismo respecto de muchos pasajes de las Escrituras y, sin embargo, desde el punto de vista de nuestra vida personal en este mundo y de la experiencia práctica, no hay nada que contenga mayor consuelo para el pueblo de Dios, que estos dos versículos. En ellos el apóstol sigue bordando sobre lo que no sólo es el tema principal de este capítulo cuarto sino el tema principal de la epístola entera. Pablo está preocupado por la felicidad y el gozo de los miembros de la iglesia de Filipos; les ha escrito la exhortación específica de que deberían alegrarse siempre en el Señor, y vuelve a decirles: “¡Alégrese!” (Fil. 4:4). En su afán porque los filipenses pudieran mantener constantemente esa alegría en el Señor, el apóstol ha considerado varias fuerzas y factores que de tiempo en tiempo tienden a despojar a los cristianos de esa alegría, y a llevarlos a un nivel más bajo de vida cristiana. Pablo les ha dicho: “Que su amabilidad—su aguante—sea evidente a todos. El Señor está cerca” (v. 5). Les ha mostrado cómo

con frecuencia un espíritu inquieto y un deseo insaciable de seguir nuestro propio camino nos despoja de nuestra alegría.

En estos versículos Pablo sigue considerando otro factor que tal vez presente más problemas que cualquiera otro de los que tienden a despojarnos de nuestra alegría en el Señor, y al cual podríamos llamar la tiranía de las circunstancias o de las cosas que nos suceden. ¡Son muchas, y se manifiestan con demasiada frecuencia! Aquí el apóstol se ocupa de este asunto de manera definitiva. A medida que leemos la Biblia conviene advertir la frecuencia con que se trata este tema en particular. Hasta podría afirmarse que todas las epístolas del Nuevo Testamento se ocupan de este problema especial, y que fueron escritas para ayudar a los primeros cristianos a vencer la tiranía de las circunstancias, ya que vivían en un mundo difícil y tenían qué sufrir y soportar muchísimo. Los hombres llamados por Dios escribieron esas cartas a fin de enseñar a los cristianos a vencer estas situaciones. Éste es el gran tema del Nuevo Testamento, pero también lo encontramos en el Antiguo Testamento. Tomemos, por ejemplo, los salmos tercero y cuarto; ¡con que precisión lo expresan todo! En cierto modo, el gran problema de la vida es cómo acostarse a descansar, ¡y dormir! “Yo me acuesto y me duermo”, dice el salmista (Sal. 3:5; 4:8). Acostarse, cualquiera puede hacerlo; la cuestión es si puede dormir. El salmista se describe a sí mismo rodeado de enemigos, dificultades y pruebas; la fuerza de su testimonio radica en que, a pesar de eso, y gracias a su confianza en el Señor, se acuesta y también duerme, y a la mañana siguiente despierta sano y salvo. ¿Por qué? Porque el Señor está con él y lo cuida.

Este tema se presenta en gran parte del Antiguo Testamento, y en el Nuevo Testamento es obviamente un asunto de capital importancia. A veces me parece que tal vez no haya nada que provea una prueba tan completa de nuestra fe y de toda nuestra condición cristiana como esta cuestión. Una cosa es subscribir la fe cristiana; una cosa es decir, luego de haber leído su Biblia y de haber absorbido la doctrina: “Sí, yo creo todo esto. Esta es la fe que vivo”. Otra cosa muy distinta es poder mantenerse gozoso cuando todo parece haberse puesto en contra nuestra y habernos llevado al borde de la desesperación. Esa fe triunfante y victoriosa no siempre se encuentra, pues representa una prueba sutil y delicada de nuestra postura cristiana, porque es una prueba esencialmente práctica, muy alejada del campo meramente teórico. Uno se encuentra en esa situación, en esa circunstancia específica, las cosas le están sucediendo, y uno se pregunta: “¿Cuánto

vale mi fe en este momento? ¿Me hace diferente de la gente que no tiene fe?”. Obviamente, estas preguntas son de gran importancia, no sólo para nuestra paz y consuelo sino también, y especialmente en tiempos así, para la perspectiva total de nuestro testimonio cristiano. En nuestros días, la gente dice ser realista y práctica; dice no tener interés en la doctrina ni desear escuchar lo que tenemos que decir; pero si ven un grupo de gente que parece ofrecerles algo que las capacite para triunfar en la vida, inmediatamente se interesan. Esto se debe a que la gente está infeliz y frustrada, insegura y temerosa; pero si a pesar de encontrarse en esa condición, ven que hay otros que parecen tener paz, calma y tranquilidad, entonces se disponen a observarlos y escucharlos. Así que, desde la perspectiva de nuestra propia felicidad personal y permanencia en el gozo del Señor, y también desde la perspectiva de nuestro testimonio en estos días difíciles, nos corresponde considerar muy cuidadosamente lo que el apóstol Pablo tiene que decir en estas afirmaciones magistrales, en cuanto al modo de tratar a la tiranía de las circunstancias y de las condiciones.

El asunto parece dividirse en forma bastante simple. En primer lugar, nos dice lo que tenemos que evitar, como en efecto nos lo dice el apóstol: “No se inquieten por nada”. Tenemos aquí un mandamiento negativo de algo que debemos evitar. Ahora bien, dejemos en claro el sentido del verbo “inquietarse”. “Por nada estéis afanosos”, dice la Versión Reina-Valera 1960, pero hay otras posibilidades de traducción. “Afanosos” significa “lentos de afán”, lo que significa “estar angustiado por algo”, “tener un cuidado extremo”, “mostrarse nerviosamente solícito”, y hasta “tender a incubar ideas” o “reflexionar” acerca de otras cosas. Es la misma palabra que usó nuestro Señor en el Sermón del Monte, y que podemos recordar en la sección del capítulo sexto de Mateo: “. . . no se angustien” (v. 25), o bien “. . . no os afanéis” (RV60). Eso quiere decir no angustiarse demasiado, no estar incubando ni imaginando cosas, no preocuparse demasiado por ello, no mostrar ninguna solicitud ni inquietud. Eso es lo que este verbo significa.

Y ya que estamos en esto, es importante que entendamos que en ninguna parte nos enseña la Biblia a no anticipar las necesidades ordinarias de la vida, ni a no usar el sentido común. La Biblia no estimula la pereza. Podemos recordar que Pablo, al escribirles a los tesalonicenses, dijo: “El que no quiera trabajar, que tampoco coma” (2 Ts. 3:10). De modo que aquí el no inquietarse no se refiere a las previsiones sabias sino que debe interpretarse como esa angustia o

preocupación fatigosa, cansada y agotadora. Eso es lo que el apóstol Pablo nos recomienda evitar a toda costa.

Advertamos, sin embargo, que Pablo no se detiene en ese mandato negativo. Tenemos aquí una porción de psicología bíblica de gran profundidad. El apóstol nos muestra cómo tendemos a caer en ese estado de nervios, morbidez y ansiedad. Podemos advertir que nos dice que todo se debe a la actividad del corazón y del pensamiento: "Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4:7). Así que el problema está en el corazón y en la mente; son ellos los que tienden a producir este estado de angustia, este cuidado mórbido y esta solicitud.

Yo digo que esta es una porción de psicología muy profunda, y lo quiero recalcar porque más tarde veremos cuán vital es para que apliquemos el remedio del apóstol, y para que captemos y entendamos la explicación psicológica de esta condición. Lo que Pablo está diciendo, con otras palabras, es que podemos controlar muchas cosas en nuestra vida y fuera de ella, pero que no podemos controlar nuestro corazón ni nuestro pensamiento. He aquí lo que dice: "Esta condición de angustia es algo que, en cierto sentido, ustedes no pueden controlar, pues sucede al margen de ustedes y a pesar de ustedes". ¡Y cuán cierto resulta esto en la experiencia! Recordemos cualquiera ocasión en que estuvimos en esta condición de angustia. Recordemos cómo no podíamos controlarla. Estábamos acostados pero sin poder dormir, y hubiéramos dado el mundo entero con tal de poder dormir. Pero nuestro pensamiento no nos lo permitía; nuestro corazón no nos dejaba dormir. El corazón y la mente quedan fuera de nuestro control. Daríamos el mundo entero por lograr que el corazón y el pensamiento dejaran de trabajar, de estar dando vueltas, pensando en mil cosas y manteniéndonos despiertos. En realidad, tenemos aquí psicología profunda, y el apóstol no duda en recurrir a ella. Una vez más nos encontramos cruzando el maravilloso realismo de las Escrituras, por su honradez total y absoluta, por reconocer al hombre tal cual es. De modo que el apóstol nos dice que así es como el corazón y el pensamiento —o si preferimos, la profundidad de nuestro ser— tiende a producir en nosotros ese estado de angustia. En este caso, "corazón" no significa sólo la sede de las emociones sino el centro mismo de nuestra personalidad. En cuanto a "mente", se puede traducir, si lo deseamos, como "pensamiento". Todos hemos experimentado esta condición, y sabemos exactamente lo que el apóstol quiere decir. El corazón tiene sentimientos y emociones; si una persona querida

se enferma, ¡cómo trabaja el corazón! Y lo que genera su angustia es precisamente su preocupación y su amor por la persona. Si no pensáramos en ese ser querido, no sentiríamos angustia, por lo que podemos ver dónde intervienen el corazón y los afectos. Y no sólo eso, sino ¡la imaginación! ¡Qué fuente tan fecunda en angustia es la imaginación! Cuando afrontamos alguna situación, si sólo tuviéramos que ocuparnos de ella probablemente podríamos acostarnos y dormir; pero cuando interviene la imaginación, comenzamos a pensar: "¿Qué pasa si sucede esto o aquello? Todo está bajo control esta noche, pero ¿qué tal si mañana en la mañana las cosas suben de tono, o si surge algo y me lleva a hacer algo diferente?". Y así nos pasamos las horas, en constante agitación por causa de tales imaginaciones. Y de este modo el corazón nos mantiene despiertos.

Otras veces nos hallamos, no tanto en el campo de la imaginación sino en el de la mente y del pensamiento, y empezamos a pesar las posibilidades y a formular posiciones, y a ocuparnos de ellas y analizarlas, y a decir: "Si eso llega a suceder, tendremos que hacer algún ajuste, o tendremos que hacer otra cosa". Podemos ver cómo es esto: el corazón y la mente nos están controlando; en esta condición, somos víctimas de la angustia y de nuestros propios pensamientos; estos poderes que están dentro de nosotros, y que son el corazón y la mente, quedan fuera de nuestro control; se convierten en amos nuestros y nos tiranizan. El apóstol nos dice que debemos evitar a toda costa que lo hagan. No creo que haga falta sustentar la razón para hacerlo así. Creo que todos debemos saberlo por experiencia. cuando estamos angustiados, nos pasamos todo el tiempo razonando, discutiendo y yendo en pos de nuestra imaginación. En ese estado no servimos para nada. No queremos hablar con nadie. Fingimos escuchar lo que otros nos dicen, pero nuestra mente anda en pos de nuestra imaginación. En tales condiciones, nuestro testimonio cristiano pierde efectividad, no resultamos de valor para nadie y, lo que es peor, perdemos el gozo del Señor.

Pero apresurémonos a considerar el segundo principio. ¿Qué podemos hacer para evitar esta agitación interna? ¿Qué nos enseña aquí el apóstol?

Llegamos aquí a lo que es peculiar y especialmente cristiano. Si acaso no puedo hacer otra cosa, espero poder mostrar la eterna diferencia entre la vía cristiana para tratar la angustia y la vía psicológica o del sentido común. Algunos de mis amigos tienen la impresión de que no soy muy amable con la psicología, pero permítame hacer una pequeña

apología al respecto. Soy de la opinión de que la psicología es uno de los peligros más sutiles en relación con la fe cristiana. Hay gente que piensa estar apoyándose en la fe cristiana, pero que en realidad se está apoyando en un simple mecanismo psicológico, de modo que ante una crisis real se desmoronan. Pero nosotros no predicamos psicología; lo que predicamos es la fe cristiana.

Paso entonces a mostrar la diferencia entre la vía cristiana para el tratamiento de la angustia y el método psicológico. ¿Qué nos aconseja hacer el apóstol cuando nos amenaza la angustia? No nos dice que dejemos de preocuparnos, pues eso ya lo recomiendan el sentido común y la psicología cuando dicen: "Tú no te preocupes; tranquilízate". El apóstol no lo recomienda por la sencilla y muy buena razón de que es inútil decirle eso a quien se encuentra en tal condición. Y dicho sea de paso, hacer eso es, además, mala psicología, y se le llama "represión". Si nos topamos con alguien que tenga una voluntad fuerte, a nivel consciente apartará estas cosas de su mente, pero a nivel subconsciente su mente seguirá pensando en ellas, y eso es lo que produce la represión, que es aún peor que la angustia misma. Pero no sólo eso, sino que resulta ocioso decirle a la persona promedio que deje de preocuparse, pues precisamente eso es lo que no puede hacer. Quisiera hacerlo, pero no puede. Es como decirle a un borracho consuetudinario que deje de beber: No puede dejar de hacerlo, porque se encuentra víctima de su concupiscencia y pasión, y no cuenta con ninguna ayuda. Por eso insisto en la importancia de la "psicología" de Pablo. Además, tampoco la Biblia dice: "No te preocupes, que tal vez nunca suceda". Ésta es una cantaleta psicológica muy popular, que la gente considera maravillosa: "¿Por qué te preocupas? Tal vez nunca suceda". Pero si alguien me dice esto a mí cuando me encuentro en ese estado, mi reacción sería: "Claro que sí, pero mi problema es que *puede* suceder. ¿Y qué tal si sucede? He allí la esencia de mi problema, y de nada me sirve que me digan que tal vez nunca suceda".

La tercera negativa es la siguiente: La gente tiende a decir a esos desdichados que se encuentran angustiados y en apuros: "No tienes por qué preocuparte. Eso es un error. Por más que te preocupes, las cosas no van a cambiar". Hay que admitir que esto es muy cierto, y que refleja un sano sentido común. A su vez, los psicólogos dicen: "No desperdicie usted su energía. El hecho de que usted se preocupe no va a afectar en nada la situación". Y yo contesto: "Claro que sí, eso está muy bien y es muy cierto; pero ¿sabe usted algo?, eso no llega al origen de mi

problema, por una buena razón: me preocupa lo que *pueda* suceder. Conuerdo con usted cuando me dice que preocuparme no va a afectar la situación, pero la situación permanece, y es ella la que me está provocando esta angustia. Lo que usted dice es muy cierto, pero no remedia mi situación particular". En otras palabras, estos métodos no llegan a remediar la situación porque nunca toman en cuenta el poder de lo que Pablo llama "el corazón" y "la mente", dos cosas que nos aprisionan. Por eso al fin de cuentas ninguno de los métodos psicológicos y de sentido común sirve de mucho.

¿Qué responde a esto el apóstol? Pone su remedio bajo la forma de un mandato positivo: "Presenten sus peticiones a Dios". He allí la respuesta. Pero aquí y ahora es de vital importancia que sepamos de manera precisa y detallada cómo tratar esto. El apóstol dice: "Presenten sus peticiones a Dios". Pero muchos que sufren de angustia dicen: "¡Ay! Ya lo he probado. He orado y no encuentro la paz de que me habla. No he tenido respuesta. De nada me sirve que usted me diga que ore". Afortunadamente para nosotros, el apóstol se dio también cuenta de eso y nos ha dejado instrucciones especiales para cumplir su mandato. "No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios". ¿Está el apóstol simplemente barajando el orden de las palabras, o está hablando inteligentemente? Puedo demostrar que en verdad él está hablando inteligentemente al mostrarnos cómo hacer que nuestras peticiones lleguen a Dios.

¿Y cómo vamos a hacerlo? En primer lugar, nos recomienda orar. Pablo establece una diferencia entre oración y ruego y acción de gracias. ¿Qué entiende él por oración? Éste es el término más general, y significa adoración y culto. Cuando tenemos problemas aparentemente insolubles, o estamos expuestos a sentirnos angustiados y abrumados, y alguien viene y nos dice que oremos, no vayamos corriendo a Dios con nuestra petición. Así no se hace. Antes de presentar nuestras peticiones a Dios, debemos orar, rendirle culto y adorarlo. Entremos en la presencia de Dios y, por un momento, olvidemos nuestros problemas. No empecemos con ellos, sino démonos cuenta de que estamos cara a cara ante Dios. La idea de estar cara a cara es inherente a la palabra misma "oración". El primer paso es siempre entrar en la presencia de Dios y darse cuenta de que él está allí. Debemos comenzar por darnos cuenta de que estamos cara a cara ante Dios, de que estamos en su presencia, y de que debemos derramar nuestro corazón en adoración antes de que le demos a conocer nuestras peticiones.

Pero inmediatamente después de la adoración viene el ruego. Vamos avanzando. Una vez que hemos rendido culto a Dios porque es Dios, y habiéndole ofrecido esta adoración y este culto general, llegamos a lo particular, y aquí el apóstol nos anima a presentar nuestras súplicas. Nos dice que podemos presentar a Dios cosas específicas, que la petición es parte legítima de la oración. De modo que le presentamos nuestras peticiones, aquellas cosas específicas que nos preocupan.

Nos vamos acercando ya al momento de darle a conocer nuestras peticiones. Pero, un momento, que hay algo más: "con oración y ruego . . . y denle gracias". He aquí uno de los términos más importantes de los tres. Es precisamente aquí donde tantos de nosotros perdemos la dirección cuando estamos en la condición de la cual se ocupa el apóstol. Considero innecesario desviarme del tema para señalar que, en relación con estos pasos, el apóstol no estaba interesado sólo en las formas litúrgicas. ¡Es realmente trágico que la gente se interese en la forma del culto sólo desde una perspectiva meramente litúrgica! Esto no es lo que le preocupa al apóstol. No está interesado en las formas sino en la situación, de allí que la acción de gracias sea absolutamente esencial. Si mientras oramos a Dios abrigamos contra él resentimientos en nuestro corazón, no tenemos derecho a esperar que la paz de Dios guarde nuestro corazón y nuestro pensamiento. Si al caer sobre nuestras rodillas tenemos la impresión de que Dios está en contra nuestra, bien podemos levantarnos y salir de allí. Lo que debemos hacer es acercarnos a él con "acción de gracias". No debemos abrigar en nuestro corazón ninguna duda acerca de la bondad de Dios. No debe haber dudas ni inseguridad; debemos tener razones positivas para dar gracias a Dios. Ciertamente, tenemos problemas y dificultades, pero allí, de rodillas, debemos preguntarnos: "¿De qué puedo darle gracias a Dios?". Tenemos qué hacerlo deliberadamente, y lo podemos hacer. Debemos tenerlo presente y decir: "Aunque esté yo en dificultades en este momento, puedo darle gracias a Dios por mi salvación y porque envió a su Hijo a morir en la cruz por mí y por mis pecados. Estoy enfrentando un terrible problema. Lo sé. Pero él ha hecho tanto por mí. Le doy gracias a Dios por haber enviado al mundo a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Le doy gracias por haber llevado mis pecados en su propio cuerpo sobre el madero; le doy gracias por haber resucitado para que yo fuera justificado. Por eso derramo mi corazón en acción de gracias. Le agradezco las muchas bendiciones que he recibido en el pasado". No tenemos más que reconstruir en nuestra mente, con toda energía, las

razones que tenemos para darle gracias y alabarlo. Debemos recordar que él es nuestro Padre, que nos ama tanto que hasta nuestros cabellos están contados. Y cuando hayamos recordado todas estas cosas, debemos derramar nuestro corazón en gratitud. Debemos estar en una buena relación con Dios. Debemos darnos cuenta de la verdad en relación con él. Por lo tanto, debemos entrar en su presencia con un espíritu de adoración llena de amor y de alabanza, y con plena confianza, y después de eso podremos darle a conocer nuestras peticiones. Dicho de otro modo, la oración por la que Pablo aboga no es un grito desesperado en la oscuridad, ni una apelación frenética a Dios sin pensamiento ni contenido real. ¡No, no, no! Antes que nada debemos tener presente, y reconocer, que estamos adorando a un Dios bendito y glorioso. En primer lugar, lo adoramos; después de eso, podemos darle a conocer nuestras peticiones.

Me apresuro a hablar del tercer gran principio, que es la bendita promesa de Dios para todos los que hacen esto. Ya hemos visto lo que tenemos qué hacer; ya hemos sido instruidos en cuanto a cómo ocuparnos de ello; ahora viene la bondadosa promesa para quienes hagan lo que el apóstol acaba de decirnos. Esto, por supuesto, es lo mejor de todo, pero debemos llegar a apreciarlo. ¿Hemos advertido ya la promesa y su carácter? ¿Hemos advertido que ni siquiera menciona las cosas que nos preocupan? Eso es lo peculiar en cuanto al método cristiano para tratar la angustia. Dice el apóstol: "En toda ocasión, . . . presenten sus peticiones a Dios" (es decir, todo aquello que nos preocupa), ¿y Dios las desvanecerá y removerá? No, Pablo no dice eso; no habla de ellas, y ni siquiera las menciona. Esto es para mí una de las cosas más conmovedoras en la vida cristiana. La gloria del Evangelio consiste en que tiene que ver con nosotros y no con nuestras circunstancias. El triunfo final del Evangelio se ve en que, cualesquiera que sean nuestras circunstancias, nosotros mismos podemos ser justificados y mantenernos allí. El Evangelio no menciona nuestra condición, ni habla de lo que nos atormenta y nos llena de perplejidad; de ellas no dice una sola palabra. Pueden suceder, y pueden no suceder; eso no lo sé. Pablo no dice que aquello que tememos jamás sucederá; lo que dice es que Dios cuidará de nosotros, al margen de que las cosas sucedan o no. Gracias a Dios, en esto consiste la victoria. Dios me lleva por encima de las circunstancias, y me hace triunfar a pesar de ellas.

Este es el gran principio. Todos nos vemos sujetos a la tiranía de las circunstancias porque dependemos de ellas, y nos gustaría que

estuvieran gobernadas y controladas, pero no es así como las Escrituras tratan la situación. Lo que el apóstol dice es esto: "Presenten sus peticiones a Dios . . . Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos". Dios nos mantendrá absolutamente seguro de estas cosas que nos mantienen despiertos y nos impiden conciliar el sueño. Éstas serán anuladas, y nosotros gozaremos de paz a pesar de ellas.

Yo volvería a señalar que el apóstol nunca dice que, si oramos, nuestra oración como tal nos hará sentir mejor. Sería una lástima que la gente orara por esa razón. Así es como los psicólogos usan la oración. Nos dicen que, si estamos en problemas, nos hará bien orar. Tal vez ésta sea muy buena psicología, pero como cristianismo es completamente errónea. La oración no es autosugestión.

Tampoco nos dice Pablo: "Oren, porque mientras estén orando no van a pensar en el problema; por lo tanto, orar les servirá de alivio temporal". Una vez más, esto podrá ser buena psicología, pero es un mal cristianismo.

Pablo tampoco dice: "Si llenan ustedes su mente con pensamientos acerca de Dios y de Cristo, estos pensamientos echarán fuera las otras cosas". Una vez más, esto puede ser buena psicología, pero nada tiene que ver con el cristianismo.

Tampoco dice (y lo digo con toda premeditación): "Oren, porque la oración cambia las cosas". No; no lo hace. La oración "no cambia las cosas". Ni es eso lo que dice el apóstol; una vez más, eso es psicología, y nada en absoluto tiene que ver con el Evangelio. Lo que el apóstol dice es lo siguiente: "Si ustedes oran y presentan sus peticiones a Dios, él hará algo al respecto". No es la oración la que va a hacerlo, ni tampoco nosotros, sino Dios. "La paz de Dios —él, presente en todo— que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús".

Debo decir algo con respecto a la frase "cuidará sus corazones y sus pensamientos". El verbo significa "poner una guarnición" o una guardia. Son varias las palabras que pueden usarse, y evocan todo un cuadro. Lo que sucede es que esta gracia de Dios rondará por los baluartes y torres de nuestra vida, dentro de los cuales estamos. Desde afuera, las actividades del corazón y del pensamiento producen esas tensiones, ansiedades y tirantezas. Sin embargo, la paz de Dios los mantendrá afuera, y nosotros, aquí adentro, gozaremos de perfecta paz. Quien hace todo esto es Dios, y no nosotros mismos, ni la oración, ni

algún mecanismo psicológico. Presentamos nuestras peticiones a Dios, y Dios hace todo eso por nosotros y nos conserva en perfecta paz.

¿Qué diremos de la frase: "La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento"? No podemos entender esta paz, y ni siquiera imaginárnosla; en cierto modo, ni siquiera podemos creerla, y sin embargo es una realidad y estamos experimentándola y disfrutando de ella. Es la paz de Dios en Cristo Jesús. ¿Qué quiere decir Pablo con esto? Quiere decir que esta paz de Dios actúa presentándonos al Señor Jesucristo y haciendo que lo tengamos presente. Para decirlo en términos del argumento de la Epístola a los romanos: "Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida!" (Ro. 5:10). "Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito". "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?" (Ro. 8:28, 32). "Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor" (Ro. 8:38, 39). El argumento es que si Dios ha hecho por nosotros algo tan sublime en la muerte de su Hijo sobre la cruz, no puede abandonarnos ahora, ni puede dejarnos a medio camino, por así decirlo. Y así, la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuida nuestros corazones y nuestros pensamientos mediante (o en) Cristo Jesús. De este modo Dios garantiza nuestra paz y nuestra liberación de la angustia.

Termino con sólo una palabra en torno al último principio, en el que se recoge toda la promesa: "No se inquieten por nada". "No se inquieten por nada, sino por todo". No importa cuánto pueda ser todo, no hay límite. Amado cristiano, no importa qué sea lo que tiende a deprimirte y a convertirte en víctima de esta angustia, de esta preocupación mórbida, y qué atormenta y estropea tu vida cristiana y tu testimonio; pero sea lo que sea, preséntala ante el Señor de esa manera. Si lo haces así, puedes estar absolutamente seguro de que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará, cuidará y protegerá tu corazón y tu pensamiento. Ese poderoso torbellino interior del corazón y de la mente no te afectará más. Como el salmista, te acostarás y te quedarás dormido, y conocerás esta perfecta paz. ¿La conoces ya? ¿Tienes ya esta paz? ¿Es

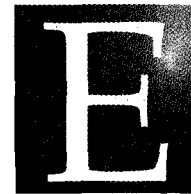


esto un poco más de teoría, o realmente sucede? Yo afirmo que cerca de dos mil años de historia cristiana —que es la historia de la Iglesia Cristiana— proclaman que esto es una realidad. Leamos las historias de los santos, de los mártires y de los confesores. ¡Y la misma evidencia obtenemos en las historias contemporáneas! Recientemente leí la experiencia que cuenta John George Carpenter, hasta hace pocos años general del Ejército de Salvación. Nos cuenta cómo su esposa y él tuvieron que separarse de su hija, una jovencita adorable, a la que ellos querían mucho y de quien estaban muy orgullosos, la cual había dedicado su juventud al trabajo misionero en el Oriente. Súbitamente se enfermó de fiebre tifoidea. Por supuesto, ellos empezaron a orar, pero John Carpenter y su esposa de alguna manera sentían, aunque no podían explicarlo, que no debían orar por la recuperación de su hija. Aunque no dejaron de orando, su oración fue: “Señor, si tú quieres, tú puedes sanarla”. No podían pedirle positivamente a Dios que la sanara; lo único que pudieron decir fue: “Si tú quieres, puedes”. No podían ir más allá. Esto siguió así durante seis semanas, al cabo de las cuales murió la hermosa joven. La mañana misma en que murió, John Carpenter le dijo a su esposa: “¿Sabes? Siento claramente una extraña y curiosa calma interior”. La respuesta de la señora Carpenter fue: “Siento exactamente lo mismo”, a lo que añadió: “Ésta debe ser la paz de Dios”. Y en efecto, era la paz de Dios, la paz que mantiene sosegados el corazón y el pensamiento, en el sentido de que no llegan a inquietar a la persona. Allí estaban. Habían dado a conocer a Dios su petición como debían hacerlo, y para su maravilla y asombro, aunque casi reprendiéndose a sí mismos por esto mismo— les había sobrevenido esta increíble calma y paz. No lo podían entender, y la única explicación era: “Debe ser la paz de Dios”. Y gracias a Dios, lo era. Ni usted ni yo podemos explicarnos estas cosas, pues nos sobrepasan; pero Dios es Todopoderoso. Por lo tanto, con oración y ruego y acción de gracias démosle a conocer nuestras peticiones y, a través de la paz de Cristo, él mantendrá en paz y en reposo nuestro corazón y nuestro pensamiento.

# Aprendiendo a estar satisfecho

*Me alegro muchísimo en el Señor de que al fin hayan vuelto a interesarse en mí. Claro está que tenían interés, sólo que no habían tenido la oportunidad de demostrarlo. No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez.*

*Filipenses 4:10-12*



En las palabras de Filipenses 4:10-12 tenemos una de esas porciones de la Escritura que siempre me dan la impresión de tener un sentido donde lo único apropiado y correcto que puede hacerse, después de leerlas, es pronunciar la bendición. Sólo de aproximarse a palabras tan nobles y sublimes uno tiembla, recordando como ellas una de las más altas marcas de la marea en la experiencia cristiana de este poderoso apóstol de los gentiles. Sin embargo, y aunque nos aproximemos a ellas con temor y temblor, nuestra tarea consiste en tratar de analizarlas y exponerlas. Al final del versículo noveno de este capítulo el apóstol ha llegado al final de las exhortaciones particulares que deseaba dirigir a los miembros de la iglesia de Filipos. Aunque en realidad ha terminado con el aspecto doctrinal, no puede cerrar la carta todavía pues tiene algo más que hacer, y es expresar a los miembros de la iglesia de Filipos su profunda gratitud por el regalo personal que, por medio de su amigo y hermano Epafrodito, le enviaron mientras estuvo preso en Roma.

La iglesia filipense le había enviado un regalo, y en cierto modo ésa es realmente la razón por la cual Pablo escribió toda esta carta. Del regalo mismo no sabemos mucho. No sabemos si fue en dinero o en especie,

pero los filipenses se lo habían enviado con su emisario Epafrodito. Éste volvía ahora a Filipos, y Pablo envía la carta con él. Habiendo concluido su enseñanza doctrinal, Pablo quiere agradecerles esta expresión de amor y solicitud por él en su sufrimiento y en su prisión. Eso es lo que hace en estos versículos, concretamente del versículo 10 al versículo 20. Siempre me ha parecido que no hay nada más interesante en esta gran Epístola que observar detalladamente cómo hace el apóstol cada cosa, así como el modo en que ofrece su agradecimiento a los miembros de la iglesia de Filipos por su regalo y su bondad cuando se encaró el apóstol con un problema. Uno pensaría seguramente que no sería ningún problema darles las gracias a quienes se habían mostrado bondadosos y generosos; sin embargo, esto para Pablo era obviamente un problema, pues emplea diez versículos para hacerlo. Con frecuencia lo encontramos desarrollando una poderosa doctrina en uno o dos versículos, pero cuando sólo se trata de darles las gracias a los miembros de la iglesia de Filipos por su bondad y amabilidad, ¡dedica diez versículos! Advertimos también que su lenguaje es repetitivo: “No digo esto porque esté necesitado, . . . ” y más adelante: “No digo esto porque esté tratando de conseguir más ofrendas, . . . ” (v. 17). Parece que hay aquí una especie de argumentación, y que Pablo encuentra difícil encontrar las palabras apropiadas.

El problema de Pablo era el siguiente. Ansiaba agradecer a la iglesia de Filipos su bondad, pero al mismo tiempo ansiaba, y hasta podría decirse que le urgía, demostrarles que él no había estado esperando ni dando como un hecho esta expresión de su bondad; más aún, que de ninguna manera dependía él de su bondad y generosidad. En este sentido, tenía ante sí un problema, pues debía hacer dos cosas al mismo tiempo: necesitaba hacer patente su gratitud a la iglesia de Filipos, pero hacerlo de un modo que no traicionara ni negara en ningún sentido la realidad de su experiencia como hombre cristiano, dependiente de Dios. Por eso hacer esto le lleva diez versículos. Se trata del problema de un caballero cristiano que, por ser sensible a los sentimientos de los otros, trata de reconciliar ambas cosas. ¡Qué gran caballero era este apóstol, que se preocupaba por los sentimientos de los otros! Como caballero, le urge expresarles su profunda gratitud y hacerles saber que su bondad lo conmovió profundamente; por otra parte, le preocupa hacerles ver claramente que él no se había pasado el tiempo preguntándose por qué no habían pensado ellos en sus necesidades, ni sufriendo porque ellos no le habían enviado nada a la cárcel, ni preguntándose por qué las

iglesias no habían enviado ninguna ayuda. Pablo quería dejar perfectamente claro que esa nunca había sido su actitud, y lo que tenemos en estos diez versículos es la manera en que el apóstol resuelve este problema específico.

Ahora bien, lo que debemos entender en cuanto a la verdad cristiana, es que ésta es algo que gobierna toda nuestra vida. El Evangelio cristiano domina la vida entera del cristiano: controla su pensamiento, como vemos en el versículo 8; controla su acción, como vemos en el versículo 9. En estos diez versículos vemos como incluso para dar las gracias por un acto de bondad, el cristiano lo hace de manera totalmente distinta a como lo haría quien no lo es. Incluso en cuestiones como ésta, el cristiano no puede actuar de otra manera que no sea verdaderamente cristiana. Así que a la vez que el apóstol muestra su deuda moral con sus amigos, reconoce también su deuda aun mayor con el Señor. Pablo siempre fue un celoso guardián de la reputación del Señor, y temía que, al darles las gracias a los filipenses por su regalo, pudiera de alguna manera dar la impresión de que, al no contar con ellos, no le bastaba la ayuda del Señor. Antes que nada, Pablo debía cuidar este aspecto. Amaba entrañablemente a los filipenses, y estaba profundamente agradecido con ellos, pero amaba más todavía a su Señor, y temía que al darles las gracias a los filipenses pudiera de alguna forma insinuar que el Señor no era suficiente para él, o que en última instancia había estado dependiendo de los filipenses.

Es así como Pablo lanza este poderoso pasaje, con sus estremeedoras y asombrosas afirmaciones, para mostrar la primacía y la suficiencia plena del Señor, mientras al mismo tiempo muestra su gratitud, su deuda moral y su amor hacia los filipenses por esta manifestación de su cuidado personal y solicitud hacia él. La esencia real de este asunto se encuentra en los versículos 11 y 12. Ésta es la doctrina: “No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez”.

Ahora debemos analizar esta gran doctrina, que Pablo anuncia de esta manera. Aquí hay dos grandes principios. El primero, por supuesto, es la condición a la cual ha llegado el apóstol. El segundo es la forma en que llegó a esa condición. Ambos principios constituyen el punto medular de tan tremenda declaración.

Veamos primero la condición a la que había llegado el apóstol, y que él mismo describe con la frase verbal "estar satisfecho": "He aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre". Pero es importante penetrar en el significado exacto y preciso de este término. Traducirlo como "estar satisfecho" no lo explica del todo, pues en realidad, e independientemente de las circunstancias o condiciones predominantes en el entorno, significa "autogobernarse", "ser autosuficiente". Esto es lo que realmente significa la palabra traducida como "estar satisfecho". "En cualquier condición en que me encuentre, he aprendido a ser autosuficiente, independiente de las circunstancias, independiente del entorno, independiente de las condiciones". La afirmación hecha por el apóstol es que ha llegado a un estado en que con toda honradez y verdad puede afirmar que él no depende de su situación ni de sus circunstancias y ambientes, ni de cualquier otra cosa que le suceda. Que esta no era una declaración meramente retórica por parte del apóstol resulta evidente en los relatos que de él y de su vida tenemos en varias partes del Nuevo Testamento. Por ejemplo, contamos con un interesante caso en el capítulo dieciséis de los Hechos de los apóstoles, que habla de la primera visita de Pablo a Filipos, donde vivían lo destinatarios de esta carta. Recordamos cómo Pablo y Silas fueron arrestados y azotados, y arrojados a la prisión, con los pies sujetos a los cepos. Sus condiciones físicas no podían ser peores; sin embargo, tan poco efecto tuvo esto sobre Pablo y Silas que "a eso de la medianoche . . . se pusieron a orar y a cantar himnos a Dios" (Hch. 16:25). No depender de las circunstancias ni de los entornos, "estar satisfecho en cualquier situación", estar satisfecho consigo mismo: eso es lo que encontramos también en el famoso pasaje de la Segunda epístola a los corintios, capítulo doce, donde Pablo nos dice como aprendió a liberarse de la "espina en el cuerpo" (v. 7), y a ser autosuficiente a pesar de ella. Recordamos también cómo Pablo exhorta a Timoteo a aferrarse a este principio, cuando le dice: "Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero sólo si uno está satisfecho con lo que tiene" (1 Ti. 6:6). En efecto, dice Pablo, no hay nada como ella. Si la tienes, lo tienes todo. Para entonces Pablo ya había envejecido, y le escribe al joven Timoteo y le dice: Lo primero que debes aprender es a no depender de las circunstancias ni de las situaciones: "Religión verdadera y plena satisfacción". Estos son apenas unos cuantos ejemplos de los muchos que podríamos señalar.

Sin embargo, la enseñanza del Nuevo Testamento no sólo afirma que esto pudo decirse de Pablo, sino que deja muy en claro que es una condición que todos nosotros, como pueblo cristiano, deberíamos compartir. Recordemos a nuestro Señor recalcar esto en el capítulo sexto del Evangelio según San Mateo: "No se angustien por el mañana . . ." (v. 34), no se preocupen de más ni se apuren por la comida o la ropa, o por cosas así. He allí nuestra poderosa y gloriosa independencia de lo que nos sucede, independencia que todos deberíamos conocer y experimentar. Es autosuficiencia, en el buen sentido de la palabra.

Pero es sumamente importante que tengamos un claro entendimiento de lo que esto significa. La frase verbal "estar satisfecho" tiende a provocar algunas malas interpretaciones de lo que nos está enseñando el apóstol. Se puede interpretar esta declaración de Pablo como para justificar, en grado mayor o menor, la acusación que se hace al Evangelio cristiano de ser "el opio del pueblo". Particularmente característico de esta generación en la cual vivimos es encontrarnos con que muchísima gente siente que el Evangelio cristiano ha sido una rémora, un estorbo para el progreso de la humanidad, y que no ha sido otra cosa que "la droga del pueblo". Se le considera una doctrina que ha enseñado a la gente a conformarse con toda clase de condiciones, por desgraciadas e injustas que sean. Ha habido una violenta reacción política en contra del Evangelio de Jesucristo porque la gente ha malinterpretado esta clase de textos, al grado de expresarlo en versos como los siguientes:

*A los pobres y a los ricos Dios los hizo,  
y determinó su condición:  
al rico lo puso en un castillo,  
y al pobre, del castillo en el portón.*

Claro que tales versos no son más que basura, y abiertamente niegan lo el apóstol enseña aquí. Sin embargo, ¡con cuánta frecuencia su enseñanza ha sido interpretada así! Es de lamentar grandemente que quien pudo escribir el himno: "Allá a lo lejos hay una verde colina" hubiera también cometido el pecado de escribir tal violación a la enseñanza de la Biblia: "Al rico lo puso en un castillo, y al pobre, del castillo en el portón". ¿Fue creado el género humano para ser así, y para permanecer así toda la vida? La Biblia nunca enseña eso, ni dice que el hombre deba estar satisfecho con ser pobre y permanecer así, sin jamás hacer un esfuerzo por "mejorarse" a sí mismo. No hay nada en la Biblia

que niegue el postulado de que a los ojos de Dios todos los hombres son iguales, y de que todos tienen derecho a la igualdad de oportunidades. Grave daño se le ha causado a la Iglesia de Cristo por declaraciones como ésta de nuestro texto, cuando se han malinterpretado así.

Tampoco significa esto simple indiferencia ante las circunstancias. Eso no es sino la resignación negativa del estoicismo pagano, la cual está muy lejos de la postura cristiana. Pero entonces, ¿qué es lo que significa? Para expresarlo de manera positiva, lo que el apóstol nos dice aquí es que a él las circunstancias no lo dominan ni lo controlan. Quien pueda mejorar sus circunstancias por todos los medios justos y legítimos, debe tratar de hacerlo; pero si no puede hacerlo, y tiene que permanecer en situaciones difíciles y de prueba, no se deje dominar por ellas; no deje que lo depriman, no deje que lo controlen, no deje que ellas determinen su infelicidad o su gozo.

El apóstol dice: "No importa en qué condiciones te encuentres, no debes llegar al punto en que sean ellas las que te controlen". Esto lo puede afirmar él de sí mismo, pues dice que: "... en cualquier situación en que me encuentre' yo tengo el control. Yo soy el amo de la situación, pues esta no me domina; soy libre, tengo libertad, y mi felicidad no depende de lo que me suceda. Mi vida, mi felicidad, mi gozo y mi experiencia son independientes de las cosas que pasan en mi alrededor, y aun de lo que me sucede a mí". Quisiera volver a recordar que cuando Pablo profirió estas palabras, en efecto estaba en prisión, probablemente encadenado, con un soldado a su derecha y otro a su izquierda; y que no obstante esta condición real, pudo decir que no dependía de sus circunstancias. Prosigue: "Mi vida no está controlada ni determinada por lo que me sucede; me encuentro en un estado y en una condición a los que me sobrepongo. Esto no es un factor determinante en mi vida ni en mi experiencia".

Eso es lo que afirma, y se muestra muy dispuesto a recalcar el hecho de que es una afirmación incluyente. Una vez más prestemos atención a sus propias palabras. Después de hacer la declaración general, ahora la amplía: "Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias...", y entra en pormenores: "tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez". Pablo ansiaba dejar bien clara la total inclusividad de su afirmación. Voy a permitirme enumerar una serie de contrastes. Pablo sabe lo que es ser humillado; sabe lo que es tener hambre y sufrir necesidad; por otra parte, sabe lo que es tener

abundancia, lo que es estar saciado y lo que es tener en demasía. Sería interesante discutir la dificultad relativa que hay entre estas dos situaciones. ¿Qué es más difícil: vivir humildemente o tener abundancia, sin perder la actitud de satisfacción? No sé si alguna vez podremos dar respuesta a esta pregunta. Las dos cosas son extremadamente difíciles, y ésta es tan difícil como aquélla. ¿Puedo ser humillado sin abrigar algún sentimiento de rencor, o sin preocuparme, o sin angustiarme? ¿Puedo soportar la necesidad de vestido o de alimentos? ¿Puedo ser humillado en mi profesión, u oficio o trabajo? ¿Puedo ser humillado en una u otra forma, y todavía permanecer en el mismo espíritu en que antes estaba yo? ¿Qué difícil es aceptar un segundo lugar, o ser herido, o insultado, o ver que otros sufren de igual manera, o sufrir necesidades o dolores físicos! ¿Qué difícil es saber, de alguna manera, estar humillado, tener hambre, o padecer necesidad! Una de las más grandes tareas en la vida es aprender a sufrir alguna o todas estas cosas sin guardar resentimientos, sin quejarse ni disgustarse, ni amargarse el espíritu; ¡aprender a no preocuparse ni angustiarse! Pablo nos dice que él ha aprendido a hacerlo así. Ha experimentado toda clase de pruebas y tribulaciones y, no obstante, no ha sido afectado por ellas.

Veamos ahora la contraparte. "Sé . . . lo que es vivir en la abundancia", dice Pablo. "Sé lo que es quedar saciado; sé tener de sobra". ¿Qué difícil resulta todo esto! ¿Qué difícil es para los ricos no sentirse completamente independientes de Dios! Cuando se es rico, y todo se puede arreglar y manipular, hay la tendencia a olvidarse de Dios. La mayoría de nosotros nos acordamos de él cuando estamos deprimidos. Cuando estamos en necesidad, nos ponemos a orar; pero cuando tenemos todo lo que necesitamos, ¡qué fácil es olvidar a Dios! Dejo al lector decidir qué es más difícil. Lo que Pablo dice es que él se siente liberado de cualquiera de estas dos situaciones. La pobreza no lo derriba; las riquezas no lo cautivan ni lo hacen perder la cabeza. En este sentido, Pablo asegura no depender de ninguna de ellas sino ser totalmente autosuficiente; afirma que su vida no la controlan estas cosas, sino que es quien es, con ellas o sin ellas. "Vivir en la abundancia" o "sufrir escasez", no le afecta.

Pero no contento con eso, Pablo va más allá y dice: "en todas y cada una de las circunstancias", cuyo sentido es evidente: en cada detalle de cada cosa, y en todas las cosas juntas. Pero Pablo lo divide todo deliberadamente. Lo que quiere decir es que no hay límite para lo que él puede hacer en este sentido. "En cada cosa en particular soy así". Y

añade: "Ahora voy a poner todo junto. En todas las cosas, cualquier cosa que sea lo que pueda sucederme, soy autosuficiente y no dependo de nada; mi vida, mi felicidad y mi gozo no están determinados ni controlados por estas cosas".

De acuerdo con el apóstol, así es como se debe vivir; así es como vive cristiano. Conviene que nos enfrentemos a esta poderosa afirmación. Estamos viviendo días y tiempos de incertidumbre, y bien podría ser que la primera y más grande lección que todos tengamos que aprender, sea vivir sin dejar que las circunstancias afecten nuestra paz y nuestro gozo interiores. Sin embargo, tal vez nunca en la historia del mundo hubo algún tiempo en que fuera tan difícil como hoy aprender esta lección. En nuestro tiempo, la totalidad de la vida está organizada de tal modo que vivir esta vida cristiana autosuficiente resulta casi imposible. Incluso en el sentido natural, todos somos tan dependientes de las cosas que se hacen por nosotros, para nosotros y alrededor de nosotros, que se ha vuelto muy difícil vivir nuestra propia vida. Prendemos la radio y el televisor, y gradualmente llegamos a depender de ellos. Lo mismo pasa con nuestros periódicos, nuestros cinemas y nuestras diversiones. El mundo está organizando cada aspecto de nuestra vida, y cada vez nos volvemos más dependientes de todo. Un buen ejemplo de lo que quiero decir tuvo lugar en los primeros meses posteriores a la última guerra, cuando por primera vez se nos impusieron reglamentos en cuanto a los "apagones". Llegamos entonces a saber de lo que se llamaba "el tedio de los apagones". La gente encontraba casi imposible pasar en sus hogares varias noches sin hacer nada. Habían llegado a depender del cine y del teatro, y de otras formas de entretenimiento, de modo que cuando estas cosas fueron cortadas de repente, la gente no sabía qué hacer consigo misma. "¡El tedio de los apagones!". Esto es la antítesis misma de lo que Pablo describe aquí. Pero más y más esta ha llegado a ser la tendencia de la vida del hombre moderno; más y más hemos llegado a depender de lo que otros hacen por nosotros. Esto es exactamente lo contrario de lo que Pablo nos enseña aquí.

Desgraciadamente, esto no sólo es cierto del mundo en general sino que está llegando a ser cierto también del pueblo cristiano en particular. Tengo la impresión de que uno de los mayores peligros con que nos enfrentamos, en un sentido espiritual, es el de volvernos dependientes de las reuniones. Ha surgido una especie de manía o adicción por las reuniones, y muchos cristianos parecen estar siempre en reuniones. No niego el valor de éstas. Y no quiero que nadie me malentienda y me haga

decir que al templo se va solamente los domingos. Las reuniones son muy recomendables y tienen gran valor; pero tengamos cuidado de no llegar a depender tanto de ellas que un día, cuando estemos enfermos y en cama, no sepamos qué hacer con nosotros mismos. Aun en reuniones cristianas y dentro del ámbito cristiano podemos llegar a ser dependientes. Un día, alguien comentaba conmigo lo que se conoce como "fuga", fenómeno que se da entre los miembros de ciertas organizaciones cristianas, principalmente entre las relacionadas con la gente joven. He aquí un problema real, pues estos jóvenes, mientras están en el ambiente de una organización cristiana, se muestran vehementes e interesados, pero en el transcurso de unos cuantos años llegan a perderse para la Iglesia. ¿Cuál es la razón de esta "fuga"? Con frecuencia sucede que llegan a depender demasiado de algún grupo de amigos en particular, de modo que cuando algunos de ellos se van de viaje, o se mudan a otro barrio u otra ciudad, donde ya no se ven rodeados por toda esa camaradería cristiana, súbitamente flaquean y caen. Contra esta clase de peligro nos advierte el apóstol. Debemos estar atentos al peligro de apoyarnos en otras cosas, aun en el servicio y en el testimonio cristianos. El apóstol nos exhorta a entrar en ese estado en el que, aun en estas cosas, no dependeremos de lo que suceda a nuestro alrededor o cerca de nosotros. Debemos cultivar esta gloriosa autosuficiencia.

El Profesor Whitehead dijo una gran verdad cuando en su definición de religión declaró que "Religión es lo que el hombre hace con su propio aislamiento". Nosotros, en última instancia, somos lo que somos cuando estamos solos. Confieso que, en cierto sentido, para mí es más fácil predicar desde un púlpito que sentarme a solas en mi estudio; y para la mayoría de la gente probablemente sea más fácil disfrutar de la presencia de nuestro Señor en compañía de otros cristianos que a solas. Pablo querría que disfrutáramos de lo que él estaba disfrutando. El amor que sentía por su Señor hacía que él no dependiera de todo lo que estaba sucediendo o pudiera suceder. En cada cosa y en todas las cosas, dondequiera que estuviera e hiciera lo que hiciera, Pablo estaba contento. No importaba que estuviera abatido o en abundancia, en necesidad o saciado, porque él tenía su vida, esta vida, escondida en Cristo.

Consideremos brevemente la segunda cuestión que encontramos aquí, es decir, cómo alcanzó el apóstol esta condición. Una vez más, Pablo hace una declaración muy interesante. Advertamos que dice: "He aprendido", o mejor aun: "He llegado a aprender". Le doy gracias a Dios de que Pablo haya dicho eso. Pablo no siempre fue así, como

tampoco lo somos muchos de nosotros; él "había llegado a aprender". Y dice además algo muy interesante: "He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre". Todas las autoridades concuerdan en que lo que Pablo realmente dice aquí es: "He sido iniciado", "soy partícipe del secreto", "se me ha permitido conocer el misterio".

Pablo dice haber llegado a aprender cómo estar en esta condición. En el Nuevo Testamento hay varios indicios de que esto no le fue fácil. Pablo era muy sensible y orgulloso por naturaleza; por añadidura, era intensamente activo. Nada podía resultar más irritante para alguien así que encontrarse preso. Había sido educado como ciudadano romano, pero en la cárcel recibía trato de esclavo; no pasaba su vida entre intelectuales de renombre sino entre esclavos. ¿Cómo lo maneja? Y contesta: "¡Ah, he llegado a aprender. Ahora participo del secreto. ¡Se me ha permitido penetrar en el misterio!".

¿Cómo llegó a aprender? Permítanme intentar una respuesta. En primer lugar, aprendió a fuerza de experiencia. No tengo más que apuntar hacia la Segunda epístola a los corintios, capítulo doce, y especialmente hacia los versículos 9 y 10, que hablan de "la espina en el cuerpo". Esta espina no le gustaba, y Pablo luchó contra ella. Tres veces oró para que Dios se la quitara, pero Dios no accedió a su petición. Pablo no pudo aceptar esto. Estaba impaciente y ansioso por seguir predicando, y esta espina en su cuerpo lo deprimía. Fue entonces cuando recibió una lección: "Te basta con mi gracia". Y como resultado de la pura experiencia que tuvo del trato de Dios hacia él. Llegó a un punto de entendimiento. Tuvo que aprender, y la experiencia es nuestra gran maestra. Algunos de nosotros somos muy lentos para aprender, pero Dios en su bondad puede mandarnos una enfermedad, y algunas veces hasta nos derriba. Dios hace cualquier cosa que nos dé esta gran lección y nos lleve a alcanzar estas alturas.

Pero no podía ser sólo experiencia. Pablo había llegado a aprender esta gran verdad mediante el desarrollo de un gran argumento. Permítanme, queridos lectores, señalar algunos de los pasos del argumento, que ustedes mismos podrán desarrollar. Creo que la lógica del apóstol seguía la siguiente línea de pensamiento. Se dijo a sí mismo:

1. Las circunstancias siempre están cambiando, por lo que resulta obvio que no debo depender de las circunstancias.

2. Lo que tiene importancia suprema y vital es mi alma y mi relación con Dios. Estas dos cosas, antes que nada.

3. Como mi Padre que es, Dios se preocupa por mí. Aparte de Dios, nada puede sucederme. Aun mis cabellos están todos contados. Siempre debo tenerlo presente.

4. La voluntad y los caminos de Dios son un gran misterio, pero yo sé que cualquier cosa que él quiera o permita que suceda, necesariamente es para mi bien.

5. Toda situación en la vida es una manifestación del amor y de la bondad de Dios. Por lo tanto, lo que debo hacer es buscar esta manifestación peculiar de la bondad y del amor de Dios, y estar preparado para recibir sorpresas y bendiciones, porque "Sus caminos no son mis caminos, ni sus pensamientos son mis pensamientos" (cf. Is. 55:8). Por ejemplo, ¿cuál fue la gran lección que Pablo recibió en el caso de la espina en el cuerpo? Fue la siguiente: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co. 12:10). Pablo aprendió, por medio de la debilidad física, esta manifestación de la gracia de Dios.

6. Debo tomar en cuenta las circunstancias y las condiciones, pero no por sí mismas sino como parte del trato que Dios me da para perfeccionar mi alma y conducirme a la perfección final.

7. Cualesquiera que sean mis circunstancias en este momento, su carácter es temporal y pasajero, y nunca podrán despojarme del gozo y de la gloria futuras que me esperan con Cristo.

Quiero pensar que Pablo habría razonado y argumentado de este modo, ya que había encarado condiciones y circunstancias a la luz de la verdad y del Evangelio de Cristo, y había desarrollado estos pasos y etapas. Habiéndolo hecho así, dice: "Podrá sucederme todo lo que ustedes puedan imaginarse, pero yo permaneceré exactamente donde estoy. Me puede suceder cualquier cosa, pero yo de aquí no me muevo".

Surge claramente un principio, y es que Pablo había aprendido a encontrar su solaz y su satisfacción en Cristo, y sólo en él. Tal es el aspecto positivo de este asunto. Debemos aprender a depender de él, y para lograrlo debemos llegar a conocerlo, llegar a tener comunión con él, debemos aprender a solazarnos en él. O para decirlo francamente: algunos de nosotros corremos el peligro de estar dedicando mucho tiempo a la lectura, incluso a lecturas acerca de él. Pero viene el día, y en efecto vendrá, cuando ya no podremos leer. Vendrá entonces la prueba. ¿Seremos felices todavía? ¿Llegamos a conocerlo tan bien que, aunque nos quedemos sordos o ciegos, todavía estará abierta esta fuente? ¿Lo conocemos tan bien que podemos hablar con él, y escucharlo, y gozar con él siempre? ¿Estará todo bien porque siempre fuimos tan

dependientes en nuestra relación con él que nada era más importante? En esa condición se hallaba el apóstol. Su intimidad con Cristo era tan grande y tan profunda que él no dependía de ninguna otra cosa.

Para terminar, creo que lo que más ayudó a Pablo a aprender su lección fue el mantener fija la mirada en el ejemplo grande y perfecto de Cristo mismo. "Fijemos la mirada en Jesús . . . quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba" (Heb. 12:2). Pablo "fijó la mirada en Jesús", y se mantuvo viéndolo, a él y a su ejemplo perfecto, y aplicó su ejemplo a su propia vida. "Así que no nos fijamos en lo visible sino en lo invisible, ya que lo que se ve es pasajero, mientras que lo que no se ve es eterno" (2 Co. 4:18).

"Cualquiera que sea mi situación, he aprendido a ser autosuficiente y a no depender de las circunstancias".

Lectores cristianos, ¿pueden ustedes decir lo mismo? ¿Han estado ya en tal condición? Pongamos esto como nuestra primera meta, y sea ésta nuestra ambición; hagamos todo lo posible por entrar a este bendito estado. La vida puede tratar de impedirnoslo, pero aun si las circunstancias no lo hacen, tarde o temprano vendrá un día en que la tierra y todo el panorama terrenal desaparecerán, y en ese aislamiento final del alma nos encontraremos solos, frente a la muerte y la eternidad. Lo más grande en la vida será poder decir en esa hora, con Cristo mismo: "Solo no estoy, porque el Padre está conmigo" (Jn. 16:32).

Quiera Dios, en su infinita gracia, darnos la capacidad de asimilar tan tremenda y vital lección. Con esto en mente, hagamos de esta oración de Augustus Toplady nuestra oración más frecuente:

*Mientras haya de vivir,  
Y al instante de expirar,  
Cuando vaya a responder*

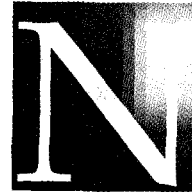
*En tu augusto tribunal,  
Sé mi escondedero fiel,  
Roca de la Eternidad.*



# El remedio final

*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.*

*Filipenses 4:13*



os enfrentamos ahora a una de esas estremecedoras declaraciones que tan profusamente se encuentran en las epístolas de este grande y poderoso apóstol de los gentiles.

Cuando uno lee las cartas del apóstol Pablo, nada es más engañoso que suponer que, una vez concluido el asunto que expone, Pablo ha terminado, al mismo tiempo, de decir cosas grandes y poderosas. Siempre debemos estar atentos a las posdatas de este apóstol, pues nunca se sabe cuándo va a arrojarnos una joya. Por todas partes, en cada línea de sus cartas, o en las introducciones o posdatas de éstas, hay por lo general alguna nota incisiva de la verdad o alguna revelación profunda de doctrina.

Nos encontramos ahora mirando, en cierto sentido, la posdata de esta carta. Con el final del versículo 9 el apóstol ha dado por concluido su argumento, y ahora presenta solamente su agradecimiento personal a los miembros de la iglesia de Filipos por la singular bondad que les han mostrado y por el regalo que le enviaron. Pero ya hemos visto que el apóstol no pudo hacer esto sin involucrarse de inmediato en cuestiones de doctrina. Ansioso como estaba por darles las gracias, más ansioso estaba por mostrarles, a ellos y a los demás, que la fuente de su

suficiencia estaba en Cristo y que, al margen de que los hombres lo recordaran u olvidaran, en el Señor nada le faltaría. Es así como llegamos a este versículo trece.

Yo afirmo que ésta es una declaración estremecedora: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Es una declaración caracterizada, al mismo tiempo, por un sentido de triunfo y de humildad. Al principio parece que se estuviera jactando; sin embargo, cuando se reexamina su declaración, se encuentra que es uno de los más gloriosos y sorprendentes tributos que Pablo haya rendido jamás, en cualquier parte, a su Señor y Maestro. Es una de esas declaraciones paradójicas en las que este apóstol parece haberse solazado. En efecto, es una verdad irrefutable decir que, en esencia, la verdad cristiana siempre es paradójica. Nos exhorta a regocijarnos y jactarnos y, sin embargo, al mismo tiempo nos invita a ser mansos y humildes. Y no hay contradicción, porque la jactancia del cristiano no radica en él mismo sino en el Señor.

Pablo era muy afecto a decir eso. Veamos, por ejemplo, esta declaración: "En cuanto a mí, jamás se me ocurra jactarme de otra cosa sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gá. 6:14). O esta otra: "El que se quiera enorgullecer, que se enorgullezca en el Señor" (1 Co. 1:31).

De modo que, por una parte, tenemos aquí una exhortación a gloriarnos; pero, por otra parte, la gloria es para él y no para nosotros.

Esta declaración pertenece a la categoría particular de la paradoja, por lo que tal vez sea mejor enfocarla desde la perspectiva de una traducción alternativa. En cierto sentido la Versión Reina-Valera 1960 y la Nueva Versión Internacional son del todo correctas, aunque no llegan a reflejar el matiz especial de significado que el apóstol quería imprimir a sus palabras. Ambas versiones dicen: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Sin embargo, me permito sugerir que una mejor traducción sería: "Tengo las fuerzas necesarias para hacerlo todo por medio de Alguien constantemente me infunde esas fuerzas". Esto reflejaría el significado exacto del texto: "Soy lo suficientemente fuerte, o se me han dado las fuerzas, para hacer cualquier cosa por medio de Uno que constantemente me infunde fuerza". Las autoridades en la materia concuerdan en que la palabra "Cristo" no debería aparecer en este texto, pero eso no debe inquietarnos. Pablo realmente lo expresó de la siguiente manera: "Soy fuerte para todas las cosas en Uno (Cristo) que constantemente me infunde fuerza". En realidad, lo que el apóstol está diciendo no es tanto que él pueda hacer ciertas cosas por sí mismo,

sino que puede hacer ciertas cosas, y en realidad todo, por medio de quien le infunde su fuerza. En otras palabras, en este versículo tenemos la explicación última y definitiva de lo que Pablo ha venido diciendo en los versículos precedentes. Recordemos que ya el apóstol ha dicho: "He aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez" (Fil. 4:11, 12). Como hemos visto ya, el apóstol está diciendo que ha llegado a aprender, algo que no siempre pudo decir. Pablo tuvo que aprender a estar satisfecho en estas circunstancias; tuvo que aprender a ser autosuficiente y a no depender de las circunstancias ni del entorno. En una palabra, tuvo que aprender. Y, en efecto, sigue diciendo que había sido "iniciado" en el secreto de cómo hacerlo. Esto es lo que quiere decir "he aprendido", y ya hemos visto varios caminos por los que el apóstol ha debido transitar. Lo hemos visto llegar a este conocimiento por experiencia propia, por el razonamiento lógico de su fe cristiana y mediante el cultivo de un conocimiento personal e íntimo del Señor, manteniendo fija la mirada en él y en su glorioso ejemplo.

Pero es aquí, en este versículo trece, donde tenemos la explicación final. El gran secreto que he llegado a descubrir, dice Pablo, es que para todo esto recibo fuerzas de Alguien que constantemente me nutre de ellas. He allí la explicación final. Casi no es necesario que recordemos que el apóstol siempre vuelve a este punto. Pablo nunca desarrolla un argumento sin volver a éste. Todo argumento y discusión los lleva siempre allí: todo termina siempre en Cristo, y con Cristo. El punto final siempre es él. Cristo es la explicación del vivir de Pablo y de su perspectiva completa sobre la vida. Tal es la doctrina que nos entrega aquí. Dicho de otro modo, Pablo nos está diciendo que en toda circunstancia Cristo es suficiente para toda circunstancia, toda eventualidad y toda posibilidad. Por supuesto, al decir eso nos introduce a lo que de múltiples maneras podemos describir como la doctrina cardinal del Nuevo Testamento. Después de todo, la vida cristiana es vida, es poder, es actividad. Esto es lo que con tanta frecuencia tendemos a olvidar. No se trata sólo de una filosofía, ni de un punto de vista, ni es simplemente alguna enseñanza que aceptamos y tratamos de poner en práctica. Claro que es todo eso, pero también es algo infinitamente mayor. De acuerdo con la enseñanza presente en cada página del Nuevo Testamento, la vida cristiana es, en esencia, una

fuerza poderosa que cala en nosotros; es, si se prefiere, una vida que late en nosotros. Es una actividad, actividad que proviene de Dios.

Esto lo ha estado acentuando ya el apóstol en varias partes de esta misma epístola. Me voy a permitir mencionar algunas de ellas. En el primer capítulo Pablo dice estar "convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús" (v. 6). Pablo parece decir: "Yo quiero que ustedes piensen de sí mismos como cristianos. Dios ha empezado la obra en ustedes; Dios ha entrado en ustedes; Dios está actuando en ustedes". Esto es lo que realmente son los cristianos. No se trata sólo de gente que ha aceptado cierta teoría y ahora trata de ponerla en práctica, sino que es Dios quien está haciendo algo en ellos y por medio de ellos. Veamos nuevamente estos versículos: "Lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad" (2:12, 13). En efecto, Dios por su propia buena voluntad está produciendo en nosotros el querer y el hacer. Nuestros más altos pensamientos, nuestras más nobles aspiraciones, todas nuestras inclinaciones justas son de Dios y provienen de Dios; es algo que Dios mismo hace realidad dentro de nosotros. No se trata sólo de nuestra actividad, sino de la actividad de Dios; por eso en el capítulo tercero, versículo diez, Pablo nos dice que su mayor ambición en la vida era "conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resurrección . . .". En todo momento Pablo se muestra interesado en esta cuestión del poder y de la vida.

En las epístolas lo encontramos diciendo exactamente lo mismo. ¿Cuál es la gran oración de Pablo a favor de los efesios? Su ruego es que conozcan "la grandeza de su poder a favor de los que creemos. Ese poder es la fuerza grandiosa y eficaz que Dios ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos" (Ef. 1:19, 20). Más adelante, en 2:10, Pablo sigue diciendo que somos "hechura de Dios, creados en Cristo Jesús". Recordemos también su gran declaración al final del capítulo tercero: "Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros, . . ." (v. 20). Tenemos aquí una doctrina típica y característica del Nuevo Testamento, y si no la hemos captado nos estamos perdiendo de una de las cosas más gloriosas en cuanto a la vida y la postura cristianas. El cristiano es, esencialmente, alguien que ha recibido nueva vida. Volvemos otra vez a lo que nunca me canso de citar, es decir, a la definición favorita de John Wesley de lo que es un cristiano, la cual encontró en el título mismo del

libro de Henry Scougal, un escocés del siglo XVII: "La vida de Dios en las almas de los hombres". Eso es lo que hace a un cristiano. Éste no sólo es un hombre bueno, decente y moral, sino que la vida de Dios ha calado en él, y ahora tiene energía, poder y vida, y esto lo hace peculiar y específicamente cristiano. Esto es exactamente lo que Pablo nos está diciendo aquí.

Voy a comenzar por decir esto en forma negativa. En este versículo el apóstol no nos está diciendo que se haya convertido en un estoico. Tampoco está diciendo que como resultado de mucha autoeducación haya desarrollado indiferencia hacia el mundo y lo que le rodea, ni que como resultado de la disciplina haya podido ver al fin que, gracias a tal educación, él es capaz de hacerlo todo y de soportarlo todo. De ninguna manera. Como bien recordaremos, los estoicos podían hacer esto. El estoicismo no era sólo una teoría sino, para mucha gente, un modo de vida. Leamos la vida de algunos estoicos y encontraremos que, como resultado de este conocimiento, ellos habían desarrollado una especie de indiferencia pasiva hacia lo que pudiera suceder en el mundo. Tal vez hemos oído decir lo mismo, o leído, acerca de los faquires hindúes, hombres que de tal manera han desarrollado el poder de la mente que pueden controlar su cuerpo, y que mediante la concentración en la cultura mental desarrollan esta clase de inmunidad o indiferencia a lo que pueda suceder alrededor de ellos, o a ellos mismos.

Éste es igualmente el gran principio que caracteriza a muchas religiones orientales como el hinduismo y el budismo. Todas estas religiones están básicamente pensadas para ayudar a la gente a morir a toda circunstancia y condición, y para desarrollar indiferencia hacia el mundo que los rodea, a fin de pasar por esta vida y este mundo sin verse afectados por las circunstancias. Ahora bien, lo que quiero señalar es que el apóstol no está enseñando ninguna doctrina semejante. Pablo no nos dice que haya llegado a ser como los místicos orientales, y tampoco dice que haya desarrollado esta filosofía estoica al grado de que nada pueda afectarlo.

¿Por qué me preocupo por este énfasis negativo? La razón que me lleva a hacerlo así es que todas esas doctrinas carecen totalmente de esperanza; todas esas religiones son, al fin de cuentas, pesimistas. El estoicismo era, en última instancia, profundamente pesimista y podía resumirse en lo siguiente: este mundo no tiene ninguna esperanza; nada hay que pueda hacer algo bueno; por lo tanto, lo que hay que hacer es pasar por la vida lo mejor que se pueda y cuidarse de no resultar herido.

De modo que las religiones orientales son enteramente pesimistas. Consideran que la materia en sí misma es mala, y que la carne es esencialmente perversa; según ellas, todas las cosas son perversas, y lo único que hay que hacer es pasar por la vida con un mínimo de dolor y esperar que en alguna reencarnación subsecuente seamos totalmente libres y finalmente absorbidos para siempre en lo absoluto y eterno, donde nos perderemos y dejaremos de ser una personalidad separada.

Pero eso es la antítesis misma del Evangelio cristiano, que no es negativo sino esencialmente positivo. No considera la materia como esencialmente perversa, ni que en un sentido material el mundo sea esencialmente perverso en sí mismo o de sí mismo. Pero rechazamos *in toto* el punto de vista negativo mayormente por esta razón: porque no da la gloria y el honor al Señor Jesucristo. Y esto es lo que más preocupa a Pablo. Lo que él quiere es que veamos que su victoria se basa en su relación con Cristo. En otras palabras, volvemos nuevamente a nuestra definición original: ser cristiano no es creer solamente en la enseñanza de Cristo y practicarla, sino que es estar tan vitalmente relacionado con Cristo que su vida y su poder trabajen y operen en nosotros. Significa que estemos "en Cristo", y que Cristo esté en nosotros. Estos son términos del Nuevo Testamento, y se encuentran por doquier en las epístolas neotestamentarias: "en Cristo", "Cristo en ustedes, la esperanza de gloria" (Col. 1:27).

Dicho de otro modo, podemos dar expresión a nuestra doctrina en tales términos. Lo que Pablo está diciendo aquí es que Cristo le infunde fuerza y poder, que él es fuerte y capaz de hacer cualquier cosa. No está abandonado a sí mismo, ni está luchando sólo y en vano contra estas poderosas adversidades. Lo que recibe es el gran poder de Cristo mismo, el cual ha penetrado en su vida, donde se convierte en potencia y energía. "Con esto", dice Pablo, "todo lo puedo".

Ésta es una de las afirmaciones más gloriosas que Pablo haya hecho alguna vez. porque aquí vemos a un hombre en la cárcel, un hombre que ya ha sufrido mucho en su vida, un hombre que de tantas maneras ha sabido lo que es verse desilusionado, y perseguido, y tratado con burla y escarnio, y algunas veces hasta decepcionado de sus colaboradores, como nos lo cuenta allí en la prisión, en el primer capítulo, cuando tal vez se enfrenta a un cruel martirio, en condiciones propias para producir el abatimiento aun en el corazón más valiente. Sin embargo, Pablo es capaz de proclamar este poderoso desafío: "Puedo

mantenerme de pie, y soportarlo todo, en Uno que constantemente me infunde su poder".

Estoy ansioso por presentar así esta doctrina para nuestro tiempo. Hay quienes piensan que en tiempos como estos la ocupación del predicador cristiano y de la Iglesia Cristiana consiste en hacer constantes comentarios en torno a la situación general. Hay mucha gente que dice: "¿Se están ocupando ustedes sólo de asuntos de experiencia personal, mientras el mundo anda como anda? ¿Acaso no está eso alienado de la vida real? ¿Qué, no ha leído usted su periódico, o por lo menos oído la información en la radio? ¿Qué, no ven ustedes cómo anda nuestro mundo? ¿Por qué no hacen algunas declaraciones sobre la situación mundial, o sobre la situación en que se encuentran las naciones?" Mi respuesta ante tanta palabrería es siempre la siguiente: Lo que yo, o un buen número de predicadores, o la Iglesia Cristiana entera, pudiéramos decir acerca de la situación total, tal vez no la afectaría en nada. Durante muchos años la Iglesia ha estado hablando de política y de la situación económica, pero sin efecto aparente. Ése no es asunto que deba atender la predicación cristiana. Lo que ésta debe hacer es entregarle a la gente el siguiente mensaje: "En este mundo de incertidumbre, donde ya hemos experimentado dos guerras mundiales en el lapso de un cuarto de siglo, y donde tal vez tengamos que enfrentar una más, y cosas aún peores, queda la pregunta: ¿Cómo va usted a enfrentarlo todo? ¿Cómo podrá hacerle frente a todo? En mi opinión, ofrecer mis puntos de vista sobre política internacional no ayuda a nadie; gracias a Dios, hay algo que sí puedo hacer: puedo hablarle a usted de algo, de un camino que, si usted lo sigue y lo practica, lo capacitará para decir, con el apóstol Pablo, ¡Soy fuerte! Estoy listo para todo lo que me pueda suceder, sea la paz o la guerra, la libertad o la esclavitud, la bondad de la vida que durante tanto tiempo hemos conocido, o algo enteramente diferente; ¡estoy listo para afrontarlo! Debo repetir que esto no significa una aquiescencia pasiva y negativa con aquello que está mal. De ninguna manera. Pero sí quiere decir que estamos preparado para cualquier cosa que pueda venir.

¿Podemos hablar como hablaba San Pablo? Ya hemos experimentado algunas pruebas y aflicciones, y tal vez nos sobrevengan más. ¿Podemos decir con él que tenemos tal fuerza y poder que estamos listos para todo lo que pueda venir? El apóstol tenía un poder que lo capacitaba para soportar cualquier cosa que pudiera suceder. ¿Cómo podemos obtener tal poder?

Hay mucha confusión al respecto, y yo sólo pretendo atenuarla. Mucha gente se pasa toda su vida tratando de obtener este poder y, no obstante, nunca parecen llegar a tenerlo. Algunos comentan: "Conozco a otros cristianos que tienen ese poder, pero tal parece que yo nunca puedo conseguirlo". Otros añaden: "Daría el mundo entero por llegar a tener ese poder en mi vida. ¿Cómo puedo conseguirlo?". Y se pasan la vida tratando de obtenerlo y, sin embargo, nunca lo tienen. ¿Por qué? Me parece que el problema principal se debe a que no han reconocido, ni se han dado cuenta de la respectiva posición correcta de los pronombres "yo", "él", o "uno", que el apóstol menciona: "Yo puedo hacerlo todo", o bien "Yo puedo hacerlo todo por medio de Uno que constantemente me infunde su fuerza"; o, para expresarlo en los términos de la Versión Reina-Valera 1960, "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Pero allí está el meollo del asunto, y que es la relación justa y equilibrada entre el "yo" y "Cristo".

Aquí hay una gran confusión, que comienza cuando se acentúa solamente el "yo". En cierto modo, ya me he ocupado de esto. Es lo que hacen los estoicos, los hindúes, y hasta los budistas. Es lo que constantemente hacen todos los que ingresan a la "cultura mental", y ya hemos visto que es inadecuado. Pero tal vez la razón final de su inadecuación sea que se trata de un tipo de enseñanza posible sólo para quienes tienen gran fuerza de voluntad y tiempo para cultivar esa fuerza. Francamente, convengo plenamente con lo que dijo G. K. Chesterton en cuanto a su principal objeción a la vida simple: hay que ser millonario para poder vivirla. Se necesita tiempo, pero el hombre que trabaja no tiene tiempo ni oportunidad para el ocio. Y hay que ser millonario antes de poder vivir esa vida simple. ¿Y acaso no resulta exactamente lo mismo, o más aún, con esta otra enseñanza? Si uno nace en un ambiente altamente intelectual, y tiene tiempo para el ocio, podrá dedicar días y semanas a la concentración y al cultivo de la mente y del espíritu. Pero eso no es evangelio para quien no tiene el tiempo ni la energía; y especialmente no lo es para quienes no tienen la inteligencia. No hay que enfatizar demasiado el "yo".

Pero si éste es un error, en el otro extremo se da otro. Así como hay algunos que recalcan el "yo", los hay también que tienden a anularlo. Voy a decirlo en los términos de algo que leí hace poco en un diario religioso. He aquí su definición de cristiano.

Según ese artículo, el cristiano es:

*Una mente por medio de la cual Cristo piensa;  
Una voz por medio de la cual Cristo habla;  
Un corazón por medio del cual Cristo ama;  
Una mano por medio de la cual Cristo ayuda.*

Mi respuesta a tal definición, desde la perspectiva de mi texto, es: ¡Tontería! Y no sólo es una tontería sino una parodia de la enseñanza cristiana. Si el cristiano es sólo una mente por medio de la cual Cristo piensa, una voz por medio de la cual Cristo habla, un corazón por medio del cual Cristo ama, y una mano por medio de la cual Cristo ayuda, ¿dónde queda el "yo"? Se ha desvanecido, ha sido anulado; ¡ya no está presente, ni existe! La enseñanza que representa esa cita es que el cristiano es alguien cuya personalidad ha dejado de existir, mientras Cristo usa sus distintos poderes y facultades. Pero no usa a esa persona, sino que usa su voz, su mente, su corazón, su mano. Sin embargo, no es eso lo que dice Pablo cuando afirma: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". Pero escuchémoslo en otro lugar; recordemos lo que dice en el segundo capítulo de la epístola a los Gálatas: "Ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí" (v. 20). ¿Hay en este versículo alguna nulificación del "yo"? "Ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí". ¡El "yo" todavía está allí!

De modo que, si hemos de ser justos con esta doctrina, debemos salvaguardar la postura verdadera. La vida cristiana no es una vida que viva yo mismo, y por mi propio poder; pero tampoco es una vida en la que yo quede anulado y Cristo lo haga todo. De ninguna manera. "Todo lo puedo en Cristo". Me pregunto si acaso podría dar mejor expresión a esto contando cómo un famoso predicador del siglo pasado presentó esto una vez, al predicar en torno a este mismo texto. Aquellos predicadores de antaño algunas veces solían predicar de manera dramática, manteniendo en el púlpito un supuesto diálogo con el apóstol. Fue así como este viejo predicador comenzó a predicar sobre este texto de la siguiente manera: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece". "Un momento, Pablo. ¿Qué fue lo que oí que dijiste?". "Que todo lo puedo". "Pablo, estoy seguro de que eso es jactancia. ¡Seguramente estás diciendo de ti mismo que eres un superhombre!". "No, no. Yo lo puedo todo". Aquel predicador siguió con el diálogo. Interrogó a Pablo y citó una de sus declaraciones, en la que dice ser el más pequeño de todos los santos, etc. "Pablo, por lo general tú eres muy humilde; pero ahora nos sales con

que 'Todo lo puedo'. ¿No te parece que has empezado a jactarte?". Pero al final Pablo aclara: "Todo lo puedo en Cristo". "¡Ah! Lo siento", dijo el antiguo predicador. "Pablo, te pido perdón. ¡No me había dado cuenta de que ustedes son dos! Eso aclara las cosas. 'Todo lo puedo en Cristo que me fortalece'. ¡Así que ustedes son dos!". En efecto, no soy sólo "yo"; no es sólo Cristo; somos yo y Cristo, Cristo y yo, los dos juntos.

Muy bien, entonces formulemos así la doctrina. ¿Cuál es la manera correcta de enfocar esta cuestión del poder? ¿Cómo puedo obtener este poder del cual Pablo nos dice que le era infundido, y que lo había hecho fuerte y capaz de aguantar y soportar todas las cosas? ¿Podría sugerir una analogía? Lo hago titubeante y con temor, pues en este caso ninguna analogía es perfecta; sin embargo, recurrir a una podría ayudarnos a llegar a la verdad. El punto medular en relación con esto es cuestión de enfoque, o si optamos por un término militar, de estrategia. Nunca la estrategia del "enfoque indirecto" ha sido más importante que en este caso. Sabemos que en la estrategia militar no siempre se va directamente al objetivo; algunas veces se da la impresión de ir en sentido opuesto, pero luego se regresa. Esa es la estrategia del enfoque indirecto, y es la estrategia que necesitamos aquí.

Voy a decirlo en términos de una ilustración. Esta cuestión del poder en la vida cristiana es semejante a la cuestión de la salud física. Hay mucha gente en este mundo que pasa la mayor parte de su vida buscando la "fuente de la eterna juventud". Gastan su tiempo y su dinero yendo de una clínica a otra, de uno a otro tratamiento, de uno a otro médico. Quieren estar siempre sanos. Dondequiera que se les encuentre, de inmediato comienzan a hablar de su salud. Lo más importante en su vida es la cuestión de la salud y, sin embargo, nunca están bien. ¿Qué es lo que pasa? Que algunas veces el problema se debe a que esta gente olvida los principios elementales, y la explicación total del estado en que se encuentran es que comen demasiado o hacen muy poco ejercicio. Viven una vida anormal; por comer demasiado, producen ciertos ácidos, y estos ácidos producen condiciones que demandan un tratamiento. Hay que decirles que coman menos, o que hagan más ejercicio, o cualquier otra cosa posible. Este problema nunca se les hubiera presentado si no hubieran olvidado los principios elementales, las reglas fundamentales de la vida y del vivir. Por tal razón desarrollan una situación anormal y una condición que requiere ser tratada. Quiero pensar que esto es análogo a toda esta cuestión del poder en nuestra vida como cristianos. La salud es resultado directo de

una vida bien vivida. La salud no puede obtenerse de manera directa o inmediata, en sí misma y de sí misma. En cierto modo, estoy dispuesto a decir que nadie debería pensar en absoluto en su salud como tal. La salud es el resultado de una vida correcta, y yo digo exactamente lo mismo en relación con el poder en nuestra vida cristiana.

Me voy a permitir usar otro ejemplo. Tomemos este asunto de la predicación. Ningún tema se discute con mayor frecuencia que el poder de la predicación. "¡Ah, si yo tuviera poder para predicar!", dice el predicador, y cae de rodillas y ora a Dios pidiéndole poder. Yo pienso que eso puede ser una actitud totalmente equivocada. Y en verdad lo es, si sólo eso hace el predicador. El camino para tener poder en la predicación es preparar cuidadosamente el sermón. Hay que estudiar la Palabra de Dios, y meditar en ella, y analizarla, y ordenarla, y poner en ella todo el corazón. Ese es el mensaje que más probablemente será bendecido por Dios: el que aplica el enfoque indirecto más que el directo. Lo mismo pasa en el asunto del poder y de la capacidad para vivir la vida cristiana. Además de orar y pedir poder y capacidad, hay que obedecer ciertas leyes y reglas fundamentales.

Por lo tanto, puedo resumir la enseñanza de la siguiente manera. El secreto del poder radica en descubrir y aprender en el Nuevo Testamento lo que nos es posible realizar en Cristo. Lo que tengo que hacer es acudir a Cristo, y pasar con él mi tiempo, y meditar en él, y llegar a conocerlo. Tal era la ambición de Pablo: "... a fin de conocer a Cristo" (cf. Fil. 3:10). Debo mantener mi contacto y comunión con Cristo, y concentrarme en llegar a conocerlo.

¿Qué más? Debo hacer exactamente lo que él me diga. Debo evitar lo que pueda estorbarme. Para citar mi ejemplo anterior, si quiero estar bien, no debo comer mucho, ni entrar en ambientes que me sean perjudiciales, ni exponerme a enfriamientos. De igual manera, si no guardamos las reglas espirituales, nunca recibiremos poder, aun cuando incesantemente lo pidamos en oración. En la vida cristiana no hay atajos. Si en medio de la persecución queremos sentirnos como Pablo se sintió, debemos vivir como él vivió. Debo hacer lo que Dios me ordene hacer, y no hacer lo que me diga que no debo hacer. Debo leer la Biblia, debo ejercitarme, debo practicar la vida cristiana y vivirla en toda su plenitud. En otras palabras, debo llevar a la práctica lo que Pablo enseña en los versículos 8 y 9. Tal como yo lo entiendo, ésta es la doctrina del Nuevo Testamento en cuanto a morar en Cristo. Claro que la palabra "morar" hace que la gente se ponga sentimental. Se piensa en "morar"

como en algo pasivo y pegajoso, pero morar en Cristo es hacer de manera positiva lo que él nos ordena, y orar sin cesar. Morar en Cristo es algo tremendamente activo.

“Bien”, dice el apóstol, “si ustedes hacen todo eso, él infundirá en ustedes su poder”. ¡Qué idea tan maravillosa! Lo que Pablo enseña aquí es una especie de transfusión de sangre espiritual: Hay un paciente que por una u otra razón ha perdido mucha sangre; está desfallecido y jadea para respirar; no tiene caso darle medicamentos porque no tiene sangre suficiente para absorberlas y usarlas. El hombre está anémico. Lo único que se puede hacer por él es aplicarle una transfusión de sangre. Y precisamente eso es lo que Pablo nos dice que el Señor Jesús estaba haciendo por él. Dice: “Me doy cuenta de que estoy muy débil; mi energía parece abandonarme, y algunas veces siento que no tengo en absoluto sangre vital. Sin embargo, y como ustedes saben, me encuentro con que, gracias a esta relación entre él y yo, encuentro que él la infunde en mí. Él sabe el estado en que me encuentro; él sabe exactamente lo que necesito. ¡Oh, cuánto me da! Me ha dicho: ‘Te basta mi gracia’, de modo que puedo decir ‘cuando soy débil, entonces soy fuerte’ (2 Co. 12:9). Algunas veces estoy consciente de tener gran poder; otras veces, cuando nada espero, él me da todo”.

Eso es lo conmovedor de la vida cristiana. En ninguna parte se experimenta esto más que en un púlpito cristiano. Ciertamente, en la predicación hay romance. Con frecuencia digo que el lugar más romántico de la tierra es el púlpito. Subo al púlpito domingo tras domingo, y nunca sé lo que puede suceder. Confieso que algunas veces, y por varias razones, llego sin esperar nada; pero súbitamente recibo poder. Otras veces pienso que, por haberme preparado bien, tengo un gran mensaje; pero, desgraciadamente, encuentro que no hay poder en él. ¡Gracias a Dios porque sea así! Yo pongo lo mejor de mi parte, pero él controla la energía y el poder; él me lo infunde; él es el médico celestial y conoce cada cambio de mi condición; examina mi complexión y me toma el pulso. Él conoce lo inadecuado de mi predicación; ¡Él lo sabe todo! Y Pablo añade: “Así es, y por lo tanto lo puedo todo por medio de uno que constantemente me infunde su fuerza”.

Esa es la receta. No hagamos oraciones agónicas para suplicarle que nos dé poder. Hagamos lo que nos ha ordenado hacer: vivamos la vida cristiana. Oremos y meditemos en él. Dedicuémosle tiempo y pidámosle que se manifieste en nuestra vida. Mientras hagamos eso, podemos dejar el resto en sus manos. Él nos dará fuerza, ¡y será “tu fuerza como tus

días”! Él nos conoce mejor de lo que nos conocemos nosotros, y recibiremos conforme a lo que necesitemos. Hagamos eso, y podremos decir con el apóstol: “¡Todo lo puedo (pues tengo las fuerzas para ello) por medio de Uno que constantemente me infunde su fuerza!”.

## Índice general

Prefacio del autor.....	7
1 Consideraciones generales.....	9
2 El verdadero fundamento.....	25
3 Parecen árboles que caminan.....	41
4 Mente, corazón y voluntad.....	55
5 Ese pecado.....	69
6 Vanos remordimientos.....	83
7 El temor al futuro.....	97
8 Los sentimientos.....	113
9 Los obreros del viñedo.....	127
10 ¿Dónde está la fe de ustedes?.....	141
11 Puestos los ojos en Jesús.....	155
12 El espíritu esclavizante.....	169
13 La falsa enseñanza.....	185
14 Cansados de hacer el bien.....	201
15 Disciplina.....	215
16 Pruebas.....	229
17 El castigo.....	245
18 En el gimnasio de Dios.....	259
19 La paz de Dios.....	275
20 Aprendiendo a estar satisfecho.....	289
21 El remedio final.....	303
Índice general.....	317